

Terrorismo y Comunismo (Anti-Kautsky)

León Trotsky



Textos del marxismo revolucionario 1

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del “socialismo en un solo país” y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase– , en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo “lucharmatista”; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

La 1ª edición, digital, en castellano fue concluida el 8 de Marzo de 2015.

Realizada a partir de la 1ª edición impresa en italiano en marzo del 2010 por las **Edizioni Il Comunista, presso la Tipografia Print Duemila srl - Albairate (Milano). Il Comunista, C.P. 19835 - 201110 Milano. Reg. Tribunale di Milano n 431/1982**

PARA COPIAS EN PAPEL DIRIGETE A LAS DIRECCIONES DEL PARTIDO.

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano

Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon Cedex 07

Suiza : La dirección se modificará pronto. Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

Visita el sitio del Partido:
[www. p c i n t. org](http://www.pcin.t.org)

**¡SOSTENED
Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!**



La idea fundamental de este libro es la siguiente: la historia no ha encontrado, hasta ahora, otros medios para hacer avanzar a la humanidad que oponiendo, siempre, a la violencia conservadora de las clases condenadas, la violencia de la clase progresista.

Trotsky

ESTA EDICIÓN

En Junio de 1920 salía publicado este texto, titulado *Terrorismo y Comunismo*, uno de los más eficaces y tajantes de Trotsky. Fue entonces cuando la Internacional Comunista se encargó de su edición en diversas lenguas: rusa, francesa, alemana, inglesa, etc. Con la victoria de la contrarrevolución estaliniana y con la victoria de la democracia burguesa sobre el comunismo, este texto ha logrado convertirse en uno de los más indigestos que pudieran existir para todos aquellos – empezando por los propios trotskistas – que conciliaron con toda la ideología y la praxis de la democracia, del antifascismo democrático, de los frentes populares, del parlamentarismo y el electoralismo, del pacifismo.

En 1980, nuestro partido de ayer, a través de su casa editora, Editions Prométhée, de París, volvía a publicar este texto sobre la base de la traducción francesa de las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920, confrontándolo con el texto ruso contenido en Sotchinenia, Moscú, Ediciones del Estado, 1925. Luego ha sido publicado por entregas, esta vez en lengua italiana, desde septiembre de 1995, en nuestro órgano "Il comunista" (n° 46 - 47) hasta febrero de 2003 (n° 83), y después, en 2010, gracias a una importante colaboración de nuestros lectores, fue publicado en un solo volumen.

En esta ocasión, ponemos esta importante obra – esta vez en lengua castellana (*) – a la disposición de todos aquellos militantes, simpatizantes, o simples lectores, que siguen nuestra actividad y leen nuestra prensa. Esta edición ha sido cuidada y revisada, teniendo por base y comparación tanto la traducción italiana, como la traducción francesa publicadas por las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920 (reproducida casi sin cambios por todas las ediciones francesas sucesivas), revisada en su tiempo a partir del texto ruso que figura en los Sotchinenia, Moscú, Ediciones del Estado, 1925.

(*) La traducción más conocida en lengua castellana de *Terrorismo y Comunismo* es la de **Juan Pablos Editor**, México, 1972. Esa edición dejaba mucho que desear: había sido hecha sin criterios precisos y hasta con desconocimiento de su contenido. Algunos pasajes y frases son tan groseramente erróneos que en ciertos momentos llegan a la clara tergiversación y falsificación de lo que propone la obra, sobre todo cuando ésta ha sido escrita con el tino y la pluma acerada de un revolucionario incontestable (**).

En el trascurso de su re-traducción no pudimos quedarnos como simples y neutros lectores. Ya en su simple lectura, esta obra reclama de por sí un mínimo esfuerzo de asimilación, ser en cierta medida su co-autor, para adentrarse a un período, probablemente el más importante – junto a la Comuna de París – de la historia del proletariado mundial, como fue la Revolución de Octubre. Sobra decir que sus alcances seguirán estando hoy latentes, y mañana omnipresentes.

Las otras traducciones del "Anti-Kautsky" de Trotsky han seguido o copiado la misma traducción arriba citada; podemos inferir, sin ninguna pretensión de menoscabo moral por la *lesa* escritura, que no han sido publicadas sino bajo un criterio puramente comercial, como un producto más arrojado al mercado capitalista.

(**) Los errores hallados en la traducción de marras fueron reproducidos, casi tal cual, por **Gabriel León Trilla**, ediciones **Júcar**, Madrid, 1977, y luego en las **Ediciones de la Fundación Federico Engels**, Madrid, 2005. Los más importantes son:

Subtítulo: «**Renacimiento** [¿?] *imperialista de la democracia*» (c.f. § III La Democracia, p. 46, op. cit.), en lugar de «**Degeneración** [¡!] *imperialista de la democracia*».

«... *abarca el nuevo imperialismo, necesario* [¿?] *en el mundo entero*», en lugar de «... *imperialismo generado en el mundo entero*». (c.f. § Ibidem. p. 48 \ 2° párrafo).

§ IV El terrorismo: ¡Falta todo el primer párrafo! (c.f. Ibidem p. 68, op. cit.).

«... *Clemenceau, que vivía ya entonces y era ya hombre de vigor*», en lugar de «... *Clemenceau, hombre poco maduro en aquella época*». (c.f. § V La Comuna de París y la Rusia de los sóviets, p. 121 / 2° párr.).

«*El capitalismo ruso, [...] su independencia...*» (ibid.), en lugar de «... *su dependencia...*». (C.f. § VIII Las Cuestiones de Organización del Trabajo, p. 213 / 3° párr.).

PREMISA

Qué duda cabe que *«Terrorismo y Comunismo»* es uno de los escritos de Trotsky más irreconciliables con los falsos comunistas y todas aquellas fuerzas que sólo buscan obstaculizar la lucha de clase, y que la misma desemboque históricamente en lucha revolucionaria. Aquí ya no se trata de reivindicar abierta y declaradamente el uso de la violencia revolucionaria llevada hasta el terrorismo, ejercido por el poder revolucionario del proletariado comunista con el fin de impedir la reorganización y el combate de las clases burguesas vencidas; se trata también de reivindicar la necesidad histórica del ejercicio de la dictadura de clase del proletariado hasta su completa victoria a nivel mundial, tarea que sólo el partido de clase, el partido comunista internacional, puede llevar hasta sus últimas consecuencias y finalidades, la única fuerza política capaz de conducir la dictadura del proletariado de acuerdo al trazado programático del comunismo revolucionario.

Siguiendo el desarrollo histórico de las sociedades humanas, la tesis marxista afirma que la clase proletaria o es revolucionaria o no es clase en absoluto; afirma que la revolución proletaria no es un complot de grupos de vanguardia, no es la suma de acciones valientes de grupos políticos dispuestos al sacrificio a través de una lucha desesperada contra las fuerzas militares y de represión; no lo es tampoco el radiante día de la insurrección de las masas explotadas contra las clases que los explotan y hacen sus esclavos. La revolución proletaria es la cosa más autoritaria y violenta que las masas proletarias son capaces de expresar históricamente en su lucha contra el opresivo y dictatorial poder burgués, para



abatirlo y sustituirlo por un poder que encauce el desarrollo de la sociedad hacia la definitiva superación de la opresión y explotación de todo tipo, y la transformación general del modo de producción social del capitalismo al comunismo, esto es, el paso del modo de producción que hace de la gran mayoría de los hombres esclavos del capital, el mercado, la propiedad privada, la apropiación privada de la riqueza social, al modo de producción comunista que restablece la vida de los hombres en la armonía social que solamente puede asegurar una sociedad sin clases, sin opresión ni antagonismos de clase. Del reino de la necesidad al reino de la libertad, afirma Engels; del reino en el cual la gran mayoría de los hombres se encuentran reducidos a la esclavitud salarial, al reino donde toda la humanidad vive en la libre expresión de la capacidad y en la satisfacción de las necesidades de cada uno.

La historia del desarrollo social humano es cuestión de luchas de clases contrapuestas, es historia de modos de producción que, para dar un más amplio desarrollo a las fuerzas productivas, han llegado a través de guerras y revoluciones hasta el modo de producción capitalista, el cual marca la última conquista posible para la sociedad dividida en clases: luego del capitalismo no hay sino comunismo, cuya representación es el movimiento real que avanza hacia la abolición del actual estado de cosas (Marx). Como en cada recodo histórico fundamental, el paso de una sociedad a otra, de un modo de producción a otro superior, en este caso del capitalismo al comunismo, jamás arribará gradualmente, por aproximación progresiva, sino a través de rupturas revolucionarias, de guerras revolucionarias. Cada clase que anteriormente ha representado el salto revolucionario histórico entre la vieja y la nueva

sociedad, ha debido aplicar el máximo de fuerza y violencia que su desarrollo histórico había producido para poder vencer la resistencia de las clases dominantes e impedirles luego retornar al poder. El proletariado, única fuerza revolucionaria en época burguesa, tampoco obrará de manera diferente. Y, puesto que es la única clase sin-reservas de la sociedad, que no posee ningún poder económico, el proletariado está llamado a realizar la revolución política más perturbadora de la historia, puesto que es sólo abatiendo el poder político de la clase burguesa que luego podrá arrojarse a la conquista de su poder económico; y es sólo a través de una férrea dictadura de clase que tendrá la posibilidad de aplicar las medidas sociales y políticas que lleven a la sociedad hacia la superación del capitalismo, esto es, hacia la abolición del estado de crisis permanente, para finalizar con la prehistoria humana y entrar finalmente en la historia de la especie humana.

Esta grandiosa perspectiva histórica no es una utopía, sino el recorrido histórico del movimiento real. Su realización no está escrita en ideales a los que la realidad deberá adaptarse, sino que está escrita en la historia de las revoluciones y las luchas entre las clases. Pero esta perspectiva es contrastada ferozmente con el máximo grado de violencia que es capaz de ejercer la clase dominante burguesa - como han demostrado más de 160 años de guerras por la conquista de nuevos mercados y nuevas colonias hasta llegar a la guerra mundial - para que el proletariado no lleve su lucha revolucionaria y de clase hasta el fondo, hasta la victoriosa dictadura de clase.

En la formidable defensa del marxismo contra la ola oportunista que había tomado el social-chovinismo por bandera, *«Terrorismo y Comunismo»* de Trotsky no sólo es complementario al *«Renegado Kautsky»* de Lenin, sino también a *«El Estado y la Revolución»* en la valerosa defensa de los principios fundamentales del marxismo: revolución por la conquista del poder político, hundimiento del Estado burgués, instauración de la dictadura proletaria ejercitada por el partido de clase, formación del Estado proletario, ejercicio de la fuerza y la violencia de la dictadura proletaria - incluyendo el terror - para defender el poder proletario conquistado y para desarrollar el movimiento revolucionario en todos los países aún dominados por la burguesía. Trotsky escribe en el célebre tren blindado con el que atravesaba todos los frentes de la guerra civil revolucionaria contra los guardias blancos y los demás ejércitos contrarrevolucionarios apoyados por todas las potencias imperialistas de la época; escribe desde la posición de un poder que demuestra cuánto es indispensable una férrea dictadura para defender la victoria revolucionaria, aplicando las enseñanzas que, desde la primera dictadura proletaria de la historia, la Comuna de París, los comunistas revolucionarios han asimilado para no sucumbir en la guerra de clase en la cual no se admiten debilidades, so pena de ser aniquilados.

En Rusia, durante los tres años extremadamente intensos de guerra civil, de 1918 a 1921, la dictadura proletaria logró resistir y vencer, gracias al partido bolchevique. Ninguna potencia imperialista tuvo la fuerza militar capaz de doblegar el poder revolucionario en Rusia, debido sin duda alguna a la gran solidez del proletariado revolucionario ruso, a su magnífico espíritu de sacrificio, pero sobre todo a la gran lucidez y la amplia visión política del partido bolchevique que dio en aquellos años un ejemplo de ejercicio de la dictadura del proletariado, cual el más válido para todos los países del mundo, sobre todo para los países más avanzados desde el punto de vista capitalista y democrático.

Diciembre 2014

PRESENTACIÓN

«*Terrorismo y Comunismo*» es probablemente uno de los textos mayores de Trotsky, uno de los más claros, tajantes y potentes. La razón es simple: más allá de las cualidades personales del autor, es **la voz de la revolución** que se expresa en la hora de la lucha suprema, a través de uno de sus jefes, quien dirige la lucha en el propio campo de batalla.

El libro de Trotsky está dirigido formalmente contra Karl Kautsky, y fue escrito, como él lo dirá más tarde, «en el vagón de un tren militar, y bajo el fuego de la guerra civil». El antiguo jefe de la IIª Internacional pasado al enemigo, el viejo pontífice internacional del marxismo, estuvo a la cabeza de una campaña de infamias contra la revolución bolchevique, en nombre del «socialismo democrático». En 1918, este había consagrado un folleto para demostrar que la dictadura del proletariado debía ser... democrática, y para atacar a los bolcheviques cuya revolución no lo era. Esto provocó una fulminante réplica de Lenin en «*La revolución proletaria y el renegado Kautsky*». Un año más tarde, el renegado re incidía arrojando en un folleto intitulado «*Terrorismo y Comunismo*» su bilis de pequeño-burgués pacifista, sofocado por los métodos inclementes de la revolución rusa que luchaba para entonces por su existencia misma contra las múltiples intervenciones imperialistas, el hundimiento económico y la contra-revolución interna. Esta vez va a ser Trotsky quien le responderá. Con dieciocho meses de intervalo, los dos «*Anti-Kautsky*», escritos por los dos principales dirigentes de la revolución bolchevique, constituyen una magnífica defensa del marxismo revolucionario contra el pacifismo pequeño-burgués y democrático, hipócritamente vestido de vocabulario marxista. Con tanta razón estos textos no tienen un interés simplemente histórico; en la medida en que la revolución proletaria queda por realizarse tratan problemas **del futuro**.

* * *

La cuestión central, a la cual en definitiva se remiten las otras cuestiones, es simple: ¿SI o NO la revolución implica el recurso a las armas, la insurrección, la guerra civil, la instauración de la dictadura del proletariado?

Aquellos que responden no, le dan la espalda al marxismo y abandonan el terreno de la revolución por el de las «*nuevas vías*», las «*vías pacíficas al socialismo*» cuya diversidad, novedad y especificidad son tanto más altamente proclamadas, cuanto más estas se reintegran totalmente a la matriz carcomida del reformismo y del pacifismo social, en otras palabras, de la sumisión a la ideología de la clase dominante. Tal es el caso, principalmente, de los partidos comunistas «oficiales», alineados desde hace tiempo bajo la bandera del orden establecido, haciendo creer que la burguesía imperialista pudiera abandonar el poder... por la vía electoral. A estos, Lenin ya había respondido:

«... suponer que en una revolución más o menos seria y profunda la solución del problema depende sencillamente de la relación entre la mayoría y la minoría, es el colmo de la estupidez, el más necio prejuicio de un vulgar liberal, es **engañar a las masas**, ocultarles una verdad histórica bien establecida, a saber, que en toda revolución profunda, **la regla es que los explotadores – quienes, de hecho, durante muchos años han conservado grandes ventajas sobre los explotados – opongan una resistencia larga, tenaz, desesperada**. A no ser en la fantasía dulzona del páñfilo Kautsky, los explotadores jamás se someterán a la decisión de la mayoría de los explotados, sin antes haber puesto a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas» (1).

Es por esto por lo que en determinados momentos de la historia, la lucha de clases desemboca ineluctablemente en la guerra civil, y cuya solución depende, en última instancia, de las armas. La revolución, escribía Engels, es «*el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios por excelencia; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios*» (2).

Si admitimos esta realidad – y revolucionarios dignos de este nombre no pueden contentarse con *admitirla*, sino que deben *prepararla* – entonces no queda sino asumir todas sus consecuencias. En la revolución y en la guerra civil, como lo muestra magníficamente Trotsky, no se trata solamente de batirse contra, sino de **vencer al adversario burgués, de aniquilarlo para siempre** en cuanto clase; si no, la historia lo ha demostrado abundantemente, éste no dará cuartel. Para vencer, hay que utilizar **todas** las armas, sin vacilar, sin ninguna excepción, y utilizarlas de manera **despiadada**, sin la menor concesión, ni a los principios de la democracia o de la metafísica pequeño-burguesa, ni siquiera a un solo principio humanitario que no pueden ser, en toda sociedad de clase, y mil veces más todavía en la sociedad imperialista, más que una cínica mascarada.

Estas armas son la violencia proletaria sin trabas, dirigida por el partido centralizado del proletariado, el desmantelamiento del Estado y la dispersión, en consecuencia, de todas sus instituciones «democráticas» que no sirven sino para mixtificar a la clase oprimida; además de la supresión de partidos enemigos, de todos sus apoyos y periódicos, la instauración del terror proletario contra la clase vencida para desorganizarla e impedirle levantar

cabeza; la guerra civil conducida de manera decisiva e implacable contra todo enemigo armado, la liquidación física de los jefes políticos y militares de la clase enemiga, hasta que la revolución no halla asegurado definitivamente su poder, la toma de rehenes y las represalias – en una palabra, *todas las medidas que se adoptan en una guerra civil sin exceptuar ninguna*.

¿Es horrible todo esto? Sin duda alguna.

Pero el capitalismo imperialista, con sus rivalidades y conflictos que se exageran cada vez más, con sus guerras y represiones incesantes, con el latrocinio que inflige al planeta, aparte de sus crisis periódicas, es una atrocidad mil veces más horrible para nueve décimas partes de la humanidad – e incluso para el décimo restante representado por los estratos privilegiados que se creen al abrigo en el interior de los grandes centros imperialistas – que es regularmente arrojada al holocausto por el reparto del mundo.

De la utilización implacable de **todas** las armas, es la clase dominante misma quien ha dado y aporta constantemente su ejemplo, bien sea en la represión o en ajustes de cuentas entre burguesías rivales. Ella muestra, de esta manera, la vía al proletariado, quien no tiene otra opción histórica que la de ejercer la opresión para acabar con la opresión, la dictadura para acabar con la dictadura, la violencia suprema de las armas para poner fin a toda violencia.

¡Ebriedad sanguinaria! gritan todos los filisteos. Pero es exactamente lo contrario. Mientras más la revolución proletaria se muestre decidida, audaz, despiadada con la burguesía, nos enseña Trotsky citando a Lavrov, más rápida será su victoria, y sin embargo, menos sangrienta, menos costosa en vidas humanas para la clase obrera. Es así como razonan los marxistas, como materialistas implacables, y no como llorones o pusilánimes pequeños burgueses.

Vacilar, desviarse, querer fijar reglas de conducta, querer evitar el enfrentamiento que es inevitable, oponer la menor restricción al paso implacable de la revolución, es **debilitarla**; quien así actúa no está tratando de ahorrar vidas humanas, sino de preparar, en el mejor de los casos, baños de sangre suplementarios, o desastres, en el peor de los casos. ¡Cuántos centenares de miles de vidas proletarias, desde la Comuna de París hasta la represión en Chile, no habrá costado esta verdad! (3).

Es por eso que, aquellos que no dan la espalda de manera franca a la revolución proletaria, pero la aceptan **en principios y en palabras**, aunque siempre expresando reservas implícitas y explícitas en torno a sus *modalidades*; todos aquellos que dan vueltas y más vueltas evitando como la peste pronunciarse claramente y sin equívocos sobre las cuestiones de la insurrección, de la dictadura y de la guerra civil, todos aquellos que no aceptan el recurso a las armas más que en forma restringida, «sólo si es absolutamente necesario» – ¡como si montones de cadáveres de proletarios no hubieran ya respondido desde hace tiempo! –, todos aquellos que querrían una violencia no-violenta o «no tan» violenta y una dictadura no-dictatorial con libertad de organización y de expresión para el adversario burgués (¿y por qué no de armamento, ahora que hablamos?), todos aquellos que quisieran someter el huracán de la revolución a los pequeños prejuicios razonables, democráticos y legalistas que les han sido insuflados por la ideología burguesa – todos éstos serán tan peligrosos mañana para la revolución, como aquellos que hoy le dan francamente la espalda, profesando el evolucionismo democrático y electoral. Todos ellos, en la época de Lenin y Trotsky, eran los kautskistas del exterior y los mencheviques del interior. ¿Hacer la guerra civil? ¡Qué horror, decían los mencheviques, abajo la guerra civil! ¿Fusilar a los contrarrevolucionarios? ¡Qué falta de humanidad! ¿Tomar rehenes? ¡Qué barbaridad! ¿La dictadura dirigida por un solo partido? ¡Ese partido «sustituye» a la clase! ¡qué atentado contra las otras «tendencias» del movimiento obrero! ¿Suprimir los periódicos del adversario? ¡Qué crimen contra la democracia! Y así hasta el infinito.

Emancipar a los explotados a escala del planeta, derribar el peor régimen de opresión y de masacre que haya existido en la historia, crear las condiciones para una sociedad nueva y fraternal que hará desaparecer la explotación, estos señores bien quisieran consentirlo. Pero que baste para ello pisar las delicadas platabandas de las «conquistas democráticas» que adornan tan bellamente los presidios obreros y que estos quisieran conservar para la casita de sus sueños; esto, ellos no lo soportan.

Todos estos apóstoles del *sí-sí* o del *sí-pero* abundan en la hora actual, contribuyendo a oscurecer la visión de la emancipación proletaria. Pero la historia nos enseña suficientemente que en materia de revolución, a la hora del enfrentamiento supremo, ya no hay lugar para el *sí-sí* o el *sí-pero*; no hay sino dos campos, el de la revolución y el de la contrarrevolución – y los apóstoles del *sí-pero*, en su gran mayoría, siempre terminan por adherirse al segundo, lo que en nada nos sorprende puesto que todas sus objeciones y sus reservas dejan transparentar en filigrana la ideología burguesa y sus prejuicios. Esto es lo que muestra Trotsky contra cada uno de los miserables argumentos que pondera Kautsky, y sus refutaciones no tienen precio para el presente y el porvenir.

* * *

Una precisión es necesaria a propósito de las medidas de movilización del trabajo, de los llamados a la intensificación de la producción y al voluntariado, de la «militarización del trabajo» e incluso de la «militarización» de los sindicatos, comentadas por Trotsky en el capítulo VIII de este su libro. No faltarán aquellos que hagan notar

una analogía entre estas medidas y aquellas que tomará más tarde el estalinismo con sus campos de trabajo, su productivismo forzoso, su estakhanovismo, etc., y de sacar la conclusión de que en materia económica como en materia política, el presidio estaliniano se encontraba ya contenido en las medidas dictatoriales de los bolcheviques.

Esto equivale a olvidar que la Rusia de 1918-1920 era una **fortaleza asediada** por la contra-revolución; sometida al bloqueo económico, donde la producción se hundía, donde reinaba el hambre, y que varios ejércitos blancos o extranjeros buscaban liquidar, donde había que, a pesar de todo, **aguantar**. Tal fue el conjunto de medidas tomadas por los bolcheviques y designadas con la expresión «comunismo de guerra», cuyo nombre de «*comunista*» sólo lo merecía el **poder proletario** que las aplicaba y no las medidas en sí mismas, que eran medidas de **guerra**: guerra económica, guerra imperialista, guerra civil. Notemos que en ningún lugar Trotsky las califica de medidas económicas socialistas, así como no veremos en ninguna parte a Lenin calificar la Rusia post-revolucionaria de país **económicamente** socialista.

Es preciso recordar brevemente que si la dictadura del proletariado en Rusia es un poder **políticamente** comunista (o socialista, o proletario; en este sentido, las tres palabras tienen la misma significación), la misma fue instaurada en un país que no podía ser **económicamente** socialista, puesto que él mismo era apenas capitalista en la industria (reducida a la nada debido a la guerra) y enteramente pre-capitalista en la agricultura. La perspectiva de los bolcheviques no era, ni pudo ser, **ni jamás fue** la de «construir el socialismo» en la sola Rusia atrasada y aislada, sino la de **resistir**, la de conservar el poder allí hasta el estallido de la revolución en la Europa desarrollada, favoreciendo por todos los medios y, principalmente mediante la fundación de la Internacional Comunista, el incendio y su resultado victorioso. El abandono de dicha perspectiva, gracias a la adopción, años más tarde, de la teoría del «socialismo en un solo país», significará en efecto el adiós a la revolución mundial, en provecho de la construcción del capitalismo nacional ruso. Como el poder revolucionario tenía el derecho, más aún el deber mismo, de exigir todos los sacrificios a la clase obrera por la victoria de la revolución (esto sobrepasa evidentemente el entendimiento de los pequeños-burgueses kautskianos de ayer y de hoy), así estos mismos llamados o las mismas obligaciones y el mismo sacrificio en nombre de la Rusia burguesa que ha dado la espalda a la revolución mundial, y donde el proletariado no tiene ya **nada** qué defender, no son más que una cínica mixtificación (4). Más allá de las analogías formales, es la finalidad política, el contenido de clase, lo **determinante**.

Esta **situación extrema** de fortaleza asediada explica la **forma extrema** que tomó la «militarización del trabajo» – nosotros decimos la **forma** extrema, y no el principio del trabajo obligatorio en sí mismo que se remite al viejo principio socialista de «quien no trabaja no come», del cual sólo los parásitos pueden espantarse. Este mismo contexto explica la exageración cometida por Trotsky en la cuestión de la «militarización» de los sindicatos. Debido enteramente a la necesidad de levantar la producción, costara lo que costara, y evitar el derrumbamiento, Trotsky olvida el carácter necesariamente **complejo** de los sindicatos durante el período de la dictadura. Ésta no puede instantáneamente abolir el salariado y las otras relaciones de producción capitalista, lo que implica que los sindicatos conserven en cierta medida la función de defensa de los asalariados. Menos aun dicha función podía ser borrada de un trazo en el cuadro de una Rusia donde una de las bases del poder proletario residía en el campesinado, cosa de la cual el aparato de Estado, que sufría además de las deformaciones burocráticas, no podía dejar de resentirse. Pertenece a Lenin el recordarlo severamente (5). Mas es claro que este error sobre un punto particular y en una situación terriblemente difícil, no suprime nada del rigor de las tesis fundamentales soberbiamente defendidas por Trotsky.

* * *

Los dos «*Anti-Kautsky*» de Lenin y de Trotsky jugaron, en la época de la creación de la Internacional Comunista, un rol importante en la formación y el armamento político de los jóvenes partidos comunistas occidentales, llamados a constituirse en la atmósfera deletérea de una democracia burguesa que había logrado atrapar en sus redes a los viejos partidos socialistas y sus núcleos dirigentes. Hoy, todo queda por hacer: el enemigo está de pie todavía, la ideología reformista y pacifista domina el movimiento obrero, mientras que las contradicciones de la sociedad burguesa se agudizan cada vez más. Para guiar la larga y difícil lucha que deberá derribar esta sociedad, las lecciones de «*Terrorismo y Comunismo*» son hoy más actuales que nunca.

París, Febrero de 1980

PREFACIO

de León Trotsky, 29 de mayo de 1920

Este libro nos ha sido sugerido por el sabio panfleto de Kautsky publicado con el mismo título (1). Nuestro trabajo, comenzado en el momento de la lucha encarnizada contra Denikin y Youdenitch, ha sido frecuentemente interrumpido por los acontecimientos del frente. En los días penosos en que escribíamos los primeros capítulos, toda la atención de Rusia estaba concentrada en tareas puramente militares. Había ante todo que preservar la posibilidad misma de una obra económicamente socialista. No podíamos ocuparnos en nada de la industria, fuera del trabajo que ésta debía aportar para el frente. Nos hallábamos en la obligación de desenmascarar las calumnias de Kautsky en cuestiones económicas, haciendo resaltar la analogía de estas con sus calumnias en materia política. Al empezar este trabajo – hace ya casi un año – podíamos refutar las afirmaciones de Kautsky sobre la incapacidad de los trabajadores rusos a imponerse una disciplina de trabajo y de restringirse económicamente, señalando la alta disciplina y el heroísmo de los obreros rusos sobre los frentes de la guerra civil. Dicha experiencia nos fue largamente suficiente para desmentir las calumnias burguesas. Pero hoy, a varios meses de distancia, podemos recabar algunos datos y hechos tomados de la vida económica de la Rusia de los Soviets.

Desde que el esfuerzo militar se relajó un tanto, después del aplastamiento de Kolchak y Youdenitch, luego de haber infligido a Denikin los primeros golpes decisivos, concluida la paz con Estonia y comenzadas las negociaciones con Lituania y Polonia, un retorno de la vida económica se hizo sentir en todo el país. Y el solo hecho que la atención y la energía del país se hayan rápidamente trasladado y concentrado de una tarea hacia otra, profundamente diferente, aunque ésta exija no menos sacrificios, ya es una prueba decisiva de la potente vitalidad del régimen soviético.

A pesar de todas las vicisitudes políticas, de todas las miserias y horrores físicos, las masas trabajadoras rusas están lejos de la disgregación política, del decaimiento moral o de la apatía. Gracias a un régimen que, por más pesada que haya sido la carga impuesta, ha dado un sentido y una meta más elevada a sus vidas, han conservado una notable ductilidad moral y la aptitud, sin comparación en la historia, de concentrar su atención y voluntad en las tareas colectivas. Actualmente se está llevando a cabo en todas las ramas de la industria una campaña en pro de una estricta disciplina en el trabajo y por la intensificación de la producción. Las organizaciones de partido y sindicatos, las administraciones de fábricas y talleres rivalizan en esta campaña, contando con el concurso sin reservas de la opinión pública de toda la clase obrera. Una tras otra, las fábricas deciden, mediante el órgano de las asambleas generales de trabajadores, la prolongación de la jornada de trabajo. Petrogrado y Moscú ofrecen el ejemplo, y la provincia marcha a la par de la primera. Los «sábados» y «domingos comunistas» – es decir, el trabajo gratuito voluntariamente consentido durante las horas de descanso – son cada vez más ampliamente practicados por centenas de miles de trabajadores de ambos sexos. La intensidad y productividad del trabajo de los sábados y domingos comunistas son, en la opinión de los especialistas y, a partir del testimonio de las cifras, verdaderamente considerables.

Las movilizaciones voluntarias del partido y de las Uniones de la Juventud Comunista (2) se realizan con tanto entusiasmo por el trabajo como antes por el frente. El trabajo voluntario completa, vivifica el trabajo obligatorio. Los Comités del Trabajo obligatorio, recientemente creados, abarcan todo el país. La participación de la población al trabajo colectivo de masas (despeje de rutas o caminos obstruidos por la nieve, reparación de las vías férreas, tala de árboles, preparación y transporte de madera combustible, pequeños trabajos de construcción, extracción de la pizarra y el carbón) reviste cada día un carácter más amplio y racional. La utilización cada vez más frecuente de unidades militares en el trabajo hubiera sido absolutamente imposible sin un verdadero empeño en el esfuerzo...

Vivimos, es verdad, bajo condiciones de terrible ruina económica, entre el agotamiento, la pobreza y el hambre. Pero esto no es un argumento contra el régimen de los Soviets; todas las épocas de transición se han caracterizado por estos aspectos trágicos. Toda sociedad de esclavitud (esclavista, feudal, capitalista), una vez cumplido su rol, no abandona la escena de buena gana: hay que extirparla a través de una áspera lucha interior causando con frecuencia a los combatientes sufrimientos y privaciones mayores que aquellas contra las cuales estos se insurreccionaron.

El paso de la economía feudal a la economía burguesa – cuya significación era inmensa para el progreso – es un martirologio inaudito. Cualesquiera que hayan sido los sufrimientos de las masas sometidas al feudalismo, por penosas que sean las condiciones de existencia del proletariado bajo el capitalismo, jamás las calamidades sufridas por los trabajadores fueron tan terribles como en la época en que la vieja sociedad feudal, destrozada por la violencia, cedía la plaza a un nuevo orden de cosas. La revolución francesa del siglo XVIII, que no habría alcanzado su inmensa amplitud sino gracias a la presión de las masas exasperadas por el sufrimiento, acrecentó ella misma su miseria durante un largo período y en proporciones extraordinarias. ¿Podiera haber sido de otra manera?

Una cosa son los dramas de palacio, que pueden ser breves y no tener casi ninguna influencia sobre la vida

económica de un país, terminando en simples cambios de personal en la cumbre del poder. Otra cosa es una revolución arrastrando en su torbellino a millones de trabajadores. Cualquiera que sea la forma de una sociedad, esta reposa sobre el trabajo. Arrancando a las masas, arrojándolas por largo tiempo a la lucha, rompiendo el tramado de la producción, la revolución conlleva inevitablemente golpes a la economía, rebajando el nivel de desarrollo económico con respecto al que este poseía entonces en su comienzo. Cuanto más profunda es la revolución social, más arrastra a las masas tras de sí, más es larga, más deteriora el mecanismo de la producción, más agota las reservas de la sociedad. No se puede deducir de esto más que una cosa que no tiene necesidad de ser demostrada; a saber, que la guerra civil es perjudicial a la economía. Sin embargo, reprochar esto a la economía soviética viene a ser lo mismo que imputar al recién nacido los dolores de la madre durante el parto. Se trata de abreviar la guerra civil, y esto sólo puede lograrse por la resolución en la acción. Ahora bien, es precisamente contra esa resolución revolucionaria que todo el libro de Kautsky está dirigido.

* * *

Desde la publicación del libro que examinamos, han ocurrido no sólo en Rusia, sino también en el mundo entero, grandes acontecimientos; han tenido lugar procesos profundamente significativos que destruyen, hoy, los últimos reductos del kautskismo.

La guerra civil en Alemania reviste un carácter cada vez más encarnizado. La potencia aparente de la vieja organización social-demócrata del partido y los sindicatos, lejos de facilitar el tránsito pacífico y «humanitario» al socialismo – como resultado de la actual teoría de Kautsky – ha sido, al contrario, una de las causas principales de la prolongación de la lucha y su furia creciente. En la medida en que la social-democracia se ha hecho inerte y conservadora, asimismo el proletariado, traicionado por ella, tiene que sacrificar fuerzas, sangre y vida en sus ataques persistentes contra la sociedad burguesa y, así forjarse, en el curso de esta misma lucha, una nueva organización capaz de conducirla a la victoria definitiva. El complot de los generales alemanes, su éxito momentáneo y sus sangrientas consecuencias, han revelado de nuevo en qué ruín e insignificante mascarada se reduce la llamada democracia en las condiciones creadas por el hundimiento del imperialismo y por la guerra civil. Sobreviviendo en sí misma, la democracia no resuelve ningún problema, no borra contradicción alguna, no cura ninguna herida, no anticipa ni las insurrecciones de derecha ni las de izquierda; ella es impotente, insignificante, falaz, sirviendo sólo para engañar a los estratos atrasados de la población y especialmente a la pequeña burguesía.

La esperanza, expresada por Kautsky en la última parte de su libro, de que los países de Europa occidental, las «viejas democracias» de Francia e Inglaterra, coronadas de laureles por la victoria, nos ofrezcan el cuadro de un desarrollo normal, sano, pacífico, verdaderamente kautskiano, hacia el socialismo, es la más absurda de las ilusiones. Lo que llamamos «democracia republicana» de la Francia victoriosa, constituye hoy el gobierno más reaccionario, sanguinario y decadente que jamás haya existido. Su Política interior, tanto como su Política exterior se funda en el miedo, la avaricia y la violencia. Cabe agregar que el proletariado francés, engañado como jamás ninguna otra clase lo ha sido, pasa cada vez más a la acción directa. Las represalias del gobierno contra la C.G.T. (3) muestran perfectamente que ni siquiera para el sindicalismo kautskiano existe sitio legal dentro de la democracia burguesa; es decir, para una hipócrita política de conciliación. El avance de las masas hacia la revolución, el encarnizamiento de los propietarios y la debacle de los grupos políticos intermediarios – tres procesos que condicionan y presagian, en un futuro no lejano, el estallido de una áspera guerra civil – se han acrecentado rápidamente en Francia en el curso de los últimos meses.

En Inglaterra, los acontecimientos prosiguen en forma diferente el mismo camino. En este país, cuya clase dominante oprime y expolia el mundo entero, ahora más que nunca las fórmulas democráticas han perdido toda significación, incluso en la farsa parlamentaria. El especialista más calificado al respecto, Lloyd George, no invoca ya la democracia, sino la coalición de propietarios liberales y conservadores contra la clase obrera. No hayya trazas en sus argumentos, de las efusiones democráticas del «marxista» Kautsky. Lloyd George se coloca en el terreno de las realidades de clase y emplea, por esta razón, el lenguaje de la guerra civil. La clase obrera inglesa va a abrir, con el fuerte empirismo que la caracteriza, un capítulo de la historia de sus luchas que hará palidecer las más gloriosas páginas del cartismo, del mismo modo que el próximo alzamiento del proletariado francés hará empalidecer los fastos mismos de la Comuna de París.

Precisamente porque los acontecimientos históricos se han desarrollado en el curso de los últimos meses con una rigurosa lógica revolucionaria, el autor del presente libro se ha preguntado si su publicación respondía todavía a una necesidad; si era preciso aún refutar teóricamente a Kautsky; si el terrorismo necesitaba ser justificado teóricamente.

Desgraciadamente sí. La ideología, por su misma naturaleza, desempeña un rol considerable en el movimiento socialista. Hasta la misma Inglaterra, tan propensa al empirismo, entra en un período en que la clase obrera exigirá cada vez más el estudio teórico de sus experiencias y de sus tareas. La psicología – incluida la del proletariado – comporta, sin embargo, una terrible fuerza de inercia conservadora. Tanto más cuanto se trata nada menos que de la ideología tradicional de los partidos de la IIª Internacional, que despertaron al proletariado y, recientemente

aún, conservaban una potencia real. Después del derrumbamiento del social-patriotismo oficial (Scheidemann, Victor Adler, Renaudel, Vandervelde, Henderson, Plejánov), el kautskismo internacional (el estado mayor de los independientes alemanes, Fritz Adler, Longuet, una fracción importante de los socialistas italianos, los «independientes» ingleses, el grupo Martov, etc.) es el principal factor político gracias al cual se mantiene el equilibrio inestable de la sociedad capitalista. Podemos asegurar que la voluntad de las masas trabajadoras del mundo civilizado, desplegada sin cesar por el curso de los acontecimientos, es infinitamente más revolucionaria que su conciencia, influenciada aún por los prejuicios parlamentarios y las teorías conciliadoras. La lucha por la dictadura de la clase obrera significa en este momento la acción más despiadada contra el kautskismo en el seno de la clase obrera. Las mentiras y prejuicios conciliadores que envenenan todavía la atmósfera, hasta en los partidos que gravitan en torno a la IIIª Internacional, deben ser rechazados. Este libro está destinado a servir a la causa de aquellos que, en todos los países, combaten sin misericordia al medroso kautskismo, equívoco e hipócrita.

PostScriptum. – En estos momentos (mayo de 1920) las nubes se acumulan sobre la Rusia de los Soviets. Por su agresión contra Ucrania, la Polonia burguesa ha inaugurado una nueva ofensiva del imperialismo mundial contra la Rusia de los Soviets. De nuevo la revolución se encuentra amenazada por los mayores peligros; los inmensos sacrificios que la guerra impone a las masas laboriosas incitan nuevamente a los kautskistas rusos a oponerse abiertamente al poder de los Soviets; es decir, a ayudar a los asesinos internacionales de la Rusia soviética. La misión de los kautskistas es tratar de ayudar a la revolución proletaria sólo cuando sus negocios nadan en la bonanza, y de crearle toda suerte de obstáculos cuando mayor necesidad tiene esta de que la apoyen. Kautsky ha predicho muchas veces ya nuestra derrota, la cual debe ser la mejor prueba de la justeza de su teoría. Este «heredero de Marx» se ha hundido tanto en su caída, que su programa político no es más que una especulación sobre la caída de la dictadura proletaria.

Él se engaña una vez más. La derrota de la Polonia burguesa por el ejército rojo, conducida por obreros comunistas, manifestará la fuerza de la dictadura del proletariado y asestará un nuevo golpe al escepticismo pequeño-burgués (kautskismo) en las filas del movimiento obrero. A pesar de la loca confusión de apariencias y consignas, la historia contemporánea ha simplificado hasta el extremo su proceso esencial, reduciéndolo al duelo entre el imperialismo y el comunismo. No es sólo por las tierras de magnates polacos en Ucrania y en la Rusia blanca, por la propiedad capitalista y la Iglesia católica, que Pilsudski hace la guerra, sino también por la democracia parlamentaria, por el socialismo evolucionista, por la IIª Internacional, por el derecho de Kautsky a seguir siendo, en la crítica, el acólito de la burguesía. Frente a él, nosotros combatimos por la Internacional del proletariado. La apuesta, por ambas partes, es grande. La batalla será dura y difícil. Nosotros confiamos en la victoria, teniendo sobre ella todos los derechos históricos.

L. Trotsky,
Moscú, 29 de mayo de 1920.

I

LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

Un argumento frecuente en la crítica al régimen de los Soviets en Rusia, y sobre todo en la crítica a las tentativas revolucionarias para instalar el mismo régimen en otros países, es el argumento de la **correlación de fuerzas**. El régimen soviético en Rusia es utópico ya que no corresponde a la «correlación de fuerzas». La Rusia atrasada no puede prefijarse tareas que pudieran ser las de la Alemania avanzada. Incluso para el proletariado germano, tomar el poder político sería una locura, ya que en estos momentos sería romper la «correlación de fuerzas». La Sociedad de Naciones no es en nada perfecta pero responde a la «correlación de fuerzas». La lucha por la abolición del régimen capitalista es utopista, pero algunas enmiendas al Tratado de Versalles corresponderían a la «correlación de fuerzas». Cuando Longuet paticojeaba detrás de Wilson, no era por su debilidad política manifiesta, sino por la gloria de la ley de la «correlación de fuerzas». El presidente austríaco Seidtz y el canciller Renner deben, según Federico Adler, ejercer su trivialidad pequeño-burguesa en las primeras magistraturas de la nación, a fin de que no sea rota la «correlación de fuerzas». Hace cosa de dos años antes de la Guerra Mundial, Karl Renner quien aún no era canciller, sino un abogado «marxista» del oportunismo, me demostraba que el régimen del 3 de junio (4), es decir, el régimen de los capitalistas y terratenientes coronado por una monarquía, se mantendrá inevitablemente en Rusia durante toda una época histórica, puesto que correspondería a la «correlación de fuerzas».

¿Qué es, pues, esta «correlación de fuerzas» – fórmula sacramental que debe definir y explicar todo el curso de la historia, en líneas generales y detalladamente? ¿Y por qué, precisamente, esta «correlación de fuerzas» sirve invariablemente a la escuela actual de Kautsky para justificar la indecisión, la inercia, la cobardía, la traición?

La «correlación de fuerzas» significa todo cuanto se quiera; el nivel de la producción, el grado de diferenciación de las clases, el número de obreros organizados, los fondos de los sindicatos, a veces el resultado de las últimas elecciones parlamentarias, en otras ocasiones el grado de condescendencia del ministerio, o de la impudicia de la oligarquía financiera. Pero, mucho más a menudo, es la impresión política somera de un pedante semiciego quien se proclama «político realista», que tal vez ha asimilado la fraseología marxista, pero que se inspira en realidad en las más bajas combinaciones, en los prejuicios más extendidos y en los métodos parlamentarios. Luego de un breve encuentro confidencial con el director general de la Seguridad Interior, el político socialdemócrata austríaco sabía siempre exactamente, en los buenos viejos tiempos (no tan lejanos), si la «correlación de fuerzas» permitiría en Viena, para el 1º de Mayo, una manifestación pacífica. Los Ebert, los Scheidemann, los Davis, no hace mucho medían la «correlación de fuerzas» por los dedos que les tendían Belthman-Holweg y Luddendorf cuando les encontraban en el Reichstag. La instauración de la dictadura de los Soviets en Austria habría roto desastrosamente, según Federico Adler, la «correlación de fuerzas» y la Entente habría hambreado al país. Como prueba, Federico Adler nos señalaba a Hungría, donde los Renner magiars aún no habían conseguido, hasta aquel entonces, derribar con el concurso de los Adler el poder de los Soviets. A primera vista puede que Federico Adler tenga razón. La dictadura del proletariado en Hungría no tardó en ser derrocada, reemplazada por el Ministerio ultrarreaccionario de Friederich. Entonces, podemos preguntarnos si esto respondía a la «correlación de fuerzas». Ni Friederich ni Hutzar hubiesen podido tomar el poder, siquiera momentáneamente, si no hubiera existido el ejército rumano. Vemos que para explicar los destinos de Hungría, es conveniente al menos tomar en consideración la «correlación de fuerzas» en ambos países: Hungría y Rumanía. Es evidente que no hay motivo para detenerse en esto. Si la dictadura de los Soviets se hubiese implantado en Austria antes de la crisis húngara, el derribamiento del poder de los Soviets en Budapest hubiese sido mucho más difícil. Estamos, pues, obligados a tomar en cuenta la «correlación de fuerzas» que determinará la caída momentánea de los Soviets húngaros, Austria y la política de traición de Federico Adler.

El propio Federico Adler no busca la clave de la «correlación de fuerzas» en Rusia o en Hungría, sino en Occidente, en Clemenceau y Lloyd George, quienes detentan el pan y el carbón; ahora, el pan y el carbón en el mecanismo de la «correlación de fuerzas» son factores tan importantes como los cañones en la Constitución de Lasalle. Descendida de las alturas en que se refugia, la opinión de Federico Adler es que el proletariado austríaco no debe tomar el poder hasta tanto no sea autorizado por Clemenceau (o Millerand; es decir, un Clemenceau de segunda mano).

Pero aquí también está permitido preguntarse: ¿la política de Clemenceau responde verdaderamente a la «correlación de fuerzas»? A primera vista, pudiera parecer que la misma corresponde bastante bien y si no es así, en todo caso, los gendarmes de Clemenceau la garantizarán dispersando las reuniones obreras y deteniendo y fusilando a los comunistas. Y no podemos dejar de recordar a tal propósito que las medidas de terror tomadas por el Gobierno de los Soviets no corresponden a la «correlación de fuerzas». Mas sería en vano buscar hoy en el mundo entero un régimen que para mantenerse no haya recurrido a terribles represalias contra las masas. Y es que las

fuerzas de las clases enemigas, habiendo roto con las apariencias de todos los derechos, incluyendo los derechos «democráticos», aspiran a determinar nuevas correlaciones a través de una lucha despiadada.

Cuando el sistema de los Soviets fue establecido en Rusia, los políticos capitalistas no fueron los únicos en considerarlo como una afrenta insolente a la «correlación de fuerzas»; los oportunistas socialistas de todos los países eran de la misma opinión. No existía al respecto ningún desacuerdo entre Kautsky, el conde habsburgués Czernin y el primer ministro búlgaro Radoslavov. Desde entonces, las monarquías austro-húngara y alemana han sido derrocadas y su potente militarismo destruido. El Gobierno de los Soviets se ha mantenido. Las potencias victoriosas de la Entente han movilizado y arrojado contra él todo cuanto han podido. El poder de los Soviets ha resistido. Si Kautsky, Federico Adler y Otto Bauer hubieran podido predecir, hace dos años, que la dictadura del proletariado se mantendría en Rusia, pese a los ataques del imperialismo alemán y de la lucha ininterrumpida contra el imperialismo de la Entente, los sabios de la II Internacional habrían considerado que semejante predicción acreditaba una risible ignorancia de la correlación de fuerzas.

La correlación de las fuerzas políticas es, en un momento dado, la resultante de diversos factores fundamentales de potencia y valor desiguales, que en última instancia no se determinan más que por el grado de desarrollo de la producción. La estructura social de un pueblo tarda considerablemente en plasmarse, con relación al desarrollo de las fuerzas productivas que la engendran. La pequeña burguesía, y en particular el campesinado, subsisten mucho tiempo después de que sus métodos económicos han sido superados y condenados por el desarrollo industrial y técnico de la sociedad. La conciencia de las masas tarda en formarse con respecto al desarrollo de las relaciones sociales que la originan; la conciencia de los antiguos partidos socialistas es de una época anterior al actual estado de ánimo de las masas; la conciencia de los viejos líderes parlamentarios y sindicales, más reaccionaria que la de sus partidos, forma una especie de coágulo endurecido que la historia, hasta hoy, no ha podido ni digerir ni vomitar. En los tiempos de parlamentarismo pacífico, dada la estabilidad de las relaciones sociales, el factor psicológico podía ser situado – sin cometer gruesos errores – en la base de todos los cálculos; y se pensaba que las elecciones parlamentarias expresaban suficientemente la correlación de fuerzas. La guerra imperialista ha revelado, rompiendo el equilibrio de la sociedad burguesa, la radical insuficiencia de los antiguos criterios que no tomaban en cuenta los profundos factores históricos lentamente acumulados en el tiempo, y que ahora brotan a la superficie para determinar el curso de la historia.

Los políticos rutinarios, incapaces de abarcar el proceso histórico en toda su complejidad, contradicciones y discordancias internas, se han imaginado que la historia habría preparado simultánea y racionalmente, en todo tiempo y lugar, el advenimiento del socialismo, de tal modo que la concentración de la producción y la moral comunista del productor y del consumidor habrían madurado a la par de los carros eléctricos y las mayorías parlamentarias. De aquí, la adopción de una actitud puramente mecánica frente al parlamentarismo que a los ojos de la mayor parte de los políticos de la Segunda Internacional, indicaba el grado de preparación de la sociedad para el socialismo, del mismo modo que un manómetro señala la presión del vapor. Nada hay más absurdo, sin embargo, que esta representación tan mecánica del desarrollo de las relaciones sociales.

Si, partiendo de la producción, fundamento de las sociedades, nos elevamos hasta las superestructuras – clases, Estados, derechos, partidos, etc. –, puede establecerse que la fuerza de inercia de cada escalón en la superestructura no se añade simplemente a la de los escalones inferiores, sino que, en ciertos casos, es multiplicada por ella. Como resultado, la conciencia política de grupos que han fingido ser durante mucho tiempo los más avanzados, aparece en el período de transición como un obstáculo terrible al desenvolvimiento histórico. Está absolutamente fuera de duda que los partidos de la IIª Internacional, colocados ahora a la cabeza del proletariado, al no haberse atrevido, al no haber sabido, al no haber querido conquistar el poder en el momento más crítico de la historia de la humanidad, al haber conducido al proletariado al exterminio mutuo, han sido **la fuerza decisiva de la contrarrevolución.**

Las poderosas fuerzas de la producción, ese factor decisivo del movimiento histórico, se asfixiaban en las superestructuras sociales atrasadas (propiedad privada, Estado nacional), en donde la evolución anterior las había bloqueado. Intensificadas por el capitalismo, las fuerzas productivas chocaban contra los muros del Estado nacional y burgués y exigían su emancipación mediante la organización universal de la economía socialista. La inercia de los grupos sociales; la inercia de las fuerzas políticas que se mostraron incapaces de destruir las antiguas agrupaciones de clase; la inercia, la poca inteligencia y la traición de los partidos socialistas, que asumían de hecho la defensa de la sociedad burguesa, dieron por resultado la rebelión espontánea, elemental de las fuerzas productoras, bajo el aspecto de la guerra imperialista. La técnica humana, el factor más revolucionario de la historia, con su poder acumulado durante décadas, se alzó contra el conservadurismo nauseabundo y la vil inepticia de los Sheidemann, Kautsky, Renaudel, Vardavelde, Longuet, y, con la ayuda de sus ametralladoras, de sus acorazados y de sus aviones desencadenó contra la cultura humana un espantoso pogromo.

La causa de las calamidades que la humanidad padece hoy reside, pues, precisamente en el hecho de que el poder técnico del hombre estaba ya, desde hace tiempo, maduro para la economía socialista, que el proletariado ocupaba en la producción una situación que aseguraba su dictadura, mientras que las fuerzas productoras más conscientes de la historia – los partidos y sus líderes – estaban todavía por completo bajo el yugo de los viejos

prejuicios y alimentaban la desconfianza de las masas con respecto a ellas mismas. Kautsky lo comprendía hace años. «*El proletariado*— escribía en su folleto "La vía del poder"— *se ha fortalecido de tal forma que puede esperar con tranquilidad la guerra que se aproxima. No debe pensarse siquiera en una revolución prematura a la hora en que el proletariado ha extraído de los actuales fundamentos del Estado cuanto podía sacar y en que su transformación ha llegado a ser la condición de su elevación ulterior*». (5)

Desde el momento en que el crecimiento de las fuerzas productoras, saliéndose de los límites del Estado nacional-burgués, ha abierto para la humanidad una era de crisis y sublevaciones, el equilibrio relativo de la conciencia de las masas en el curso de la época precedente ha sido roto por amenazadoras sacudidas. La rutina e inercia de la marcha cotidiana, la hipnosis de la legalidad, han perdido ya toda su influencia sobre el proletariado. Pero éste no ha entrado todavía conscientemente y sin reservas en la senda de las francas luchas revolucionarias. En sus últimos momentos de equilibrio inestable, vacila. El papel de las dirigentes, del gobierno por una parte y del partido revolucionario por otra, adquiere en este momento psicológico una significación colosal. Basta un impulso decisivo— de derecha o izquierda— para dar al proletariado— durante un período más o menos largo— una u otra orientación. Lo hemos visto en 1914, cuando la presión de los gobiernos imperialistas y de los partidos socialpatriotas unidos, rompió instantáneamente el equilibrio de la clase obrera, lanzándola por la vía del imperialismo. Vemos, además, cómo los trastornos de la guerra, el contraste entre sus resultados y sus propósitos primitivos, conmueven a las masas, haciéndolas cada vez más aptas para la rebelión abierta contra el capital. En estas condiciones, la existencia de un partido revolucionario que se dé cuenta exacta de las fuerzas dirigentes de la época actual, que comprenda el lugar exclusivo que ocupa entre ellas la clase revolucionaria, que conozca los recursos inagotables de ésta, que crea en ella y conozca todo el valor del método revolucionario en épocas de relaciones sociales inestables, que esté dispuesto a aplicar este método hasta el final; la existencia de un partido semejante constituye en tales condiciones un factor histórico de alcance inapreciable.

En cambio, un partido socialista que se beneficie de una cierta influencia tradicional, pero que no se dé cuenta de lo que ocurre en torno suyo, que, no comprendiendo la situación revolucionaria, no pueda encontrar la clave de ella, que no tenga fe ni en sí ni en el proletariado, un partido de este tipo constituye en nuestra época el obstáculo histórico más nocivo y es causa de confusión y de un caos abrumador.

Tal es el papel actual de Kautsky y sus discípulos. Enseñar al proletariado a no creer en sí mismo, sino a tener por verdadera la imagen que de él da el desigual espejo de la democracia, hecho pedazos por la bota del imperialismo. En su opinión, la política revolucionaria del proletariado no debe estar determinada por la situación internacional, por la destrucción efectiva del capitalismo, por la ruina social consiguiente, por la necesidad objetiva del dominio de la clase obrera que clama por su rebelión entre los escombros humeantes de la civilización capitalista; nada de esto debe determinar la política del partido revolucionario proletario, que ha de depender únicamente del número de votos que reconozcan, después de sus prudentes cálculos, los escribas del parlamentarismo. Pocos años antes, Kautsky comprendía, al parecer, la esencia del problema revolucionario. Escribía en el folleto ya citado ("La vía del poder"): «*Siendo el proletariado la única clase revolucionaria de una nación, resulta que el derrumbamiento de la sociedad actual, que este revista un carácter militar o un carácter financiero, significa la bancarrota de los partidos burgueses, sobre los cuales recae toda la responsabilidad y que no se puede salir de este callejón sin salida más que instaurando el gobierno del proletariado*». Pero hoy, el partido de la apatía y el miedo, el partido Kautsky, dice a la clase obrera:

«La cuestión no consiste en saber si tú eres en este momento la única fuerza creadora de la historia, si eres capaz de expulsar a la banda de malhechores, producto de la degeneración de las clases poseedoras que gobiernan; no se trata de que nadie pueda hacerlo más que tú, ni de que la historia no te conceda ninguna prórroga— las consecuencias del actual caos sangriento amenazan sepultarte a ti también bajo las últimas ruinas del capitalismo. El problema es otro muy distinto: consiste en que los bandidos que gobiernan han conseguido ayer u hoy engañar, violentar, frustrar la opinión pública, alcanzando, gracias a ello, el 51% de los votos, contra el 49%. ¡Perezca el mundo, pero que viva la mayoría parlamentaria!».

II

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

«Marx y Engels han forjado la noción de **dictadura del proletariado** – tenazmente defendida por Engels en 1891, pocos años antes de su muerte –; es decir, el ejercicio exclusivo del poder político por el proletariado, única forma en la que este puede ejercer el poder» (6).

Así escribía Kautsky hace unos diez años. Consideraba entonces el ejercicio del poder político por el proletariado, la dictadura, y no la mayoría socialista en un parlamento democrático, como la única forma de poder socialista. Y es evidente que si se asigna como fin la abolición de la propiedad individual sobre los medios de producción, no tiene otros medios para realizarla más que con la concentración de todos los poderes del Estado en manos del proletariado, y la instauración durante el período de transición de un régimen de excepción durante el cual la clase gobernante no se dejará guiar por el respeto de normas calculadas para un tiempo muy largo, sino por consideraciones de eficacia revolucionaria.

La dictadura es indispensable porque se trata, no de cambios parciales, sino de la existencia misma de la burguesía. Bajo esta circunstancia, ningún acuerdo es posible. Sólo la fuerza puede decidir. El poder único del proletariado no excluye, naturalmente, llegar a acuerdos parciales o dar grandes concesiones, sobre todo a la pequeña burguesía y a los campesinos. Pero, en interés de la causa socialista, el proletariado no puede concertar estos acuerdos hasta después de haberse apoderado del órgano material del poder y haber asegurado la posibilidad de hacer o rechazar concesiones libremente.

Kautsky se opone hoy totalmente a la dictadura del proletariado, «*violencia ejercida por una minoría contra la mayoría*»; es decir que, para definir el régimen del proletariado revolucionario, se sirve de los mismos términos que repetían los socialistas honrados de todos los países para atacar la dictadura de los explotadores, aunque estuviese encubierta con el velo de la democracia.

Al renegar de la dictadura del proletariado, Kautsky diluye la cuestión de la toma del poder por parte del proletariado y la transforma en la de la conquista de una mayoría socialdemócrata en el curso de la próxima campaña electoral. Según la ficción jurídica del parlamentarismo, el sufragio universal expresa la voluntad de los ciudadanos pertenecientes a todas las clases de la sociedad, y permite que el socialismo alcance la mayoría. Mientras no se realice esta posibilidad teórica, la minoría socialista debe inclinarse ante la mayoría burguesa. El fetichismo de la mayoría parlamentaria no implica sólo la negación brutal de la dictadura del proletariado, sino también la del marxismo y la revolución en general. Si en principio hay que subordinar la política socialista al rito parlamentario de mayorías y minorías, no queda margen en las democracias formales para la lucha revolucionaria. Si una mayoría elegida por sufragio universal toma, en Suiza, medidas draconianas contra los huelguistas; si el poder ejecutivo, producto de la voluntad de una mayoría formal, fusila en América a los trabajadores. ¿Tienen derecho los obreros suizos y americanos a protestar con una huelga general? Indudablemente, no.

La huelga política ejerce una presión extraparlamentaria sobre la «voluntad nacional», expresada por el sufragio universal. Aquí, sin duda, Kautsky se encontrará en aprietos si debe llevar hasta el extremo la lógica de su nueva posición. Atado por las huellas de su pasado, se ve obligado a admitir la acción directa como correctivo del sufragio universal. Las elecciones parlamentarias no fueron nunca, al menos en principio, para los socialdemócratas, el sucedáneo de la lucha de clases, de sus choques, de sus ofensivas, de sus insurrecciones; no fueron más que un medio auxiliar empleado en esta lucha – desempeñando un papel más o menos de importancia, según las ocasiones –, que había de abolirse por completo en la época de la dictadura del proletariado.

En 1891, esto es, poco antes de su muerte, Engels defendía tenazmente, como acabamos de ver, la dictadura del proletariado en cuanto forma única de su poder de Estado. Esta definición la ha repetido muchas veces Kautsky – lo cual, entre paréntesis, demuestra toda la indignidad de sus actuales tentativas encaminadas a falsificar la dictadura del proletariado hasta el punto de hacer de ella una invención rusa.

Quien desea el fin no puede rechazar los medios. La lucha debe ser conducida con suficiente intensidad para asegurar efectivamente al proletariado la exclusividad del poder. Siendo necesaria la dictadura para la transformación socialista, «única forma bajo la cual puede instituir el proletariado un poder estatal», esta dictadura debe ser a toda costa asegurada.

Para escribir un folleto sobre la dictadura del proletariado hay que tener tintero, papel y, naturalmente, algunas ideas en la cabeza. Pero para establecer y afianzar la dictadura del proletariado es preciso impedir que la burguesía mine el poder de los trabajadores. Kautsky supone que este resultado se puede alcanzar fácilmente con lacrimosos folletos. No obstante, su experiencia personal debía de haberle convencido de que no basta perder toda influencia sobre el proletariado para adquirirla sobre la burguesía.

La exclusividad del poder de la clase obrera sólo puede garantizarse si se consigue hacer comprender a la burguesía, acostumbrada a gobernar, todo el peligro que engendra rebelarse contra la dictadura del proletariado,

minar sus cimientos mediante el sabotaje, los complotos, los alzamientos, la intervención de los ejércitos extranjeros. Debe obligarse a la burguesía, arrojada del poder, a que se someta. ¿Pero cómo? Los curas intimidan al vulgo por medio de los castigos de ultratumba. Nosotros no poseemos este recurso. Por otra parte, el infierno no es el único medio de acción de los curas; se asociaban a los ruegos bien materiales de la Santa Inquisición o a los escorpiones del Estado democrático. ¿No estará inclinado Kautsky a creer que se puede domeñar a la burguesía por medio del imperativo categórico de Kant que, en sus últimos escritos, desempeña casi el mismo papel que el Espíritu Santo? Nosotros, por nuestra parte, no podríamos prometerle nuestra ayuda salvo si se decidiera enviar una misión humanitaria y kantiana al país de Denikine y de Koltchak. Hubiera sido la ocasión de convencerse de que la Naturaleza no ha privado a los contrarrevolucionarios de un cierto carácter, forjado en seis años vividos entre el humo y las llamas de la guerra. Todo guardia blanco está convencido de esta sencilla verdad: que es más fácil ahorcar a un comunista que convertirle haciéndole leer a Kautsky. Estos señores no sienten una veneración supersticiosa por los principios democráticos ni terror alguno ante las llamas del infierno, mucho menos ahora que los pontífices de la Iglesia y de la ciencia oficiales obran de concierto con ellos y lanzan sus rayos fulminantes exclusivamente contra los bolcheviques. Los guardias blancos rusos se parecen a los guardias blancos alemanes – y a todos los demás – en el sentido de que no es posible convencerles ni avergonzarles. Hay que conquistarles por el terror o aplastarles.

El que por principio renuncia al terrorismo, esto es, a las medidas de intimidación y represión con respecto a la contrarrevolución armada, debe renunciar también a la dominación política de la clase obrera, a su dictadura revolucionaria. Quien renuncia a la dictadura del proletariado, renuncia a la revolución social y hace la cruz sobre el socialismo.

* * *

Kautsky no tiene, en este momento, ninguna teoría sobre la revolución social. Cada vez que intenta generalizar sus ideas sobre la revolución y la dictadura, no hace sino servirnos la sopa recalentada de los viejos prejuicios del jauresismo y del bersteinismo.

«*La misma revolución de 1789 – escribe Kautsky – suprimió las causas más importantes que le dieron un carácter tan cruel y violento y preparó el terreno para que las revoluciones sucesivas tuviesen formas más dulcificadas*» (7). Admitámoslo, aunque para ello sea preciso olvidar el recuerdo de las jornadas de junio de 1848 y de los horrores de la represión de la Comuna (8). Admitamos que la gran revolución del siglo XVIII, por su terrorismo implacable, al destruir el absolutismo, el feudalismo y el clericalismo, haya preparado para el porvenir la posibilidad de resolver pacíficamente, sin choques, las cuestiones sociales. Aun admitiendo esta afirmación puramente liberal, nuestro adversario está completamente equivocado, pues la revolución rusa, coronada con la dictadura del proletariado, ha empezado precisamente realizando la misma obra que la revolución hizo en Francia a fines del siglo XVIII. Nuestros antepasados no se preocupaban de preparar – mediante el terror revolucionario – las condiciones democráticas que hubieran debido suavizar las costumbres de nuestra revolución. El mandarín Kautsky, tan moralista, debería tener en cuenta este hecho y no acusarnos, sino acusar a nuestros predecesores.

Parece, por lo demás, que nos consiente una ligera concesión en este sentido. «*Ningún crítico, escribe Kautsky, podía poner en duda la necesidad de emplear medios violentos para derribar una monarquía militar como la alemana, austríaca o rusa, pero cada vez se pensaba menos en la fuerza de las armas, y cada vez más en el instrumento de fuerza específico del proletariado: la huelga general... Pero nadie podía esperar que parte del proletariado, una vez llegado al poder, volviese a emplear los mismos métodos sangrientos y vengativos que se emplearon a fines del siglo XVIII, porque esto hubiera destruido toda la evolución*» (9).

Como se ve, ha sido necesaria la guerra y toda una serie de revoluciones para poder echar una ojeada sobre la bóveda craneana de algunos teóricos y averiguar lo que ocurría en ella. Ahora ya lo sabemos: Kautsky no creía que se pudiese alejar del poder a los Romanof o los Hohenzollern mediante la persuasión; pero se imaginaba muy en serio que una monarquía militar podía ser derribada por una huelga general; es decir por una manifestación pacífica de brazos cruzados. A pesar de la experiencia rusa de 1905 y de la discusión mundial que esta produjo, Kautsky, como se advierte, había conservado su punto de vista anarco-reformista sobre la huelga general. Podríamos recordarle que su propio periódico, la *Neue Zeit*, demostraba hace una docena de años, que la huelga general no es más que la movilización del proletariado opuesta a las fuerzas enemigas del poder de Estado, y que no puede resolver por sí misma nada, porque agota las fuerzas del proletariado antes que las de su adversario, obligando a aquél por eso a reanudar el trabajo.

La huelga general no puede tener influencia decisiva más que si es el prelude de un conflicto entre el proletariado y la fuerza armada del enemigo, es decir, una insurrección. El proletariado no puede resolver el problema del poder, problema fundamental de toda revolución, sino quebrantando la voluntad del ejército enemigo. La huelga general lleva aparejada la movilización por ambas partes y permite una primera apreciación seria de las fuerzas de resistencia de la contrarrevolución; pero sólo los avances ulteriores de la lucha determinan el precio en sangre que ha de costarle al proletariado la conquista del poder. Que haya que pagar con sangre; que

en su lucha por tomar el poder y conservarlo, el proletariado debe saber morir y saber matar, ningún verdadero revolucionario lo ha puesto nunca en duda. Declarar que la aspereza de la lucha entre el proletariado y la burguesía – lucha a muerte – «destruye la evolución», prueba únicamente que las cabezas de algunos ideólogos respetados son cámaras oscuras – *camera obscura* – en donde las imágenes aparecen invertidas.

Por lo que concierne a los países más adelantados y cultos, sometidos a la influencia de antiguas tradiciones democráticas, nada acredita la exactitud de las teorías históricas de Kautsky. Estas, por otra parte, no son nuevas. Los revisionistas les conferían antes un carácter de principio más serio. Demostraban que el crecimiento de las organizaciones proletarias en el seno de la democracia, garantizaba el paso gradual e imperceptible – reformista, evolucionista – al régimen socialista, sin huelgas generales, sin insurrecciones, sin dictadura proletaria.

En esta época – que fue la del apogeo de su actividad – Kautsky mostraba los antagonismos de clase de la sociedad capitalista, que se acentuaban a pesar de las formas de la democracia y que tenían que conducir a la revolución y a la conquista del poder por el proletariado. Naturalmente, nadie ha intentado calcular por adelantado el número de víctimas de la insurrección y la dictadura proletaria. Pero estaba clarísimo que este número dependería de la fuerza de resistencia de las clases propietarias. Si el librito de Kautsky trata de probar que la educación democrática no ha suavizado el egoísmo de clase de la burguesía, se lo concederemos inmediatamente. Si quiere añadir que la guerra imperialista, que ha durado cuatro años, a pesar de la democracia, ha fomentado la brutalidad en las costumbres, ha habituado a la violencia y ha enseñado a la burguesía a no sentir escrúpulos por el exterminio de las masas, también tendrá razón. Esa es la verdad. Pero tenemos que combatir en estas condiciones. No se trata de un duelo entre criaturas proletarias y burguesas salidas del alambique de Wagner-Kautsky, sino de una batalla entre un proletariado **real** y una burguesía **real**, tal cual han salido de la gran matanza imperialista.

En la despiadada guerra civil que tiene lugar en el mundo entero, Kautsky ve el nefasto resultado del... abandono de la «táctica probada y gloriosa» de la Segunda Internacional.

«En efecto – escribe –, desde que el marxismo domina el movimiento proletario, este no ha sufrido hasta la guerra ninguna derrota, y la idea de imponerse por el régimen del terror había desaparecido enteramente de sus filas. Mucho contribuyó a esto la circunstancia de que, simultáneamente a la hegemonía del marxismo en el campo socialista, la democracia se arraigó en Europa occidental, dejando de ser un objetivo de lucha para convertirse en la base firme de la vida política» (10).

Esta «fórmula de progreso» no contiene ni un átomo de marxismo: el proceso real de la lucha de clases, de sus conflictos materiales, se disuelve en la propaganda marxista que, gracias a las condiciones de la democracia, parece garantizar el tránsito indoloro a formas sociales «más racionales». Vulgarización extrema del viejo racionalismo del siglo XVII, en que las ideas de Condorcet son substituidas por una indigente versión del *Manifiesto Comunista*. La historia no es más que el despliegue de una cinta de papel impreso; en el centro de este proceso «humanitario» se ve la distinguida mesa de trabajo de Kautsky.

Se presenta como ejemplo el movimiento obrero de la época de la Segunda Internacional que, enarbolando la bandera marxista, nunca experimentó derrotas en sus ofensivas conscientes. Pero todo el movimiento obrero, todo el proletariado mundial y con él toda la cultura humana, sufrieron una espantosa derrota en agosto de 1914, momento en que la Historia hacía el balance de las fuerzas y actitudes de todos los partidos socialistas, dirigidos, según nos dicen, por el marxismo «sólidamente apoyado en la democracia». **Estos partidos cayeron en la bancarrota**. Las características de su trabajo anterior, que Kautsky quisiera inmortalizar ahora – capacidad para adaptarse a las circunstancias, abandono de la acción ilegal, alejamiento de las luchas abiertas, esperanza en la democracia, camino de una transformación social sin dolores – ¡todo se lo ha llevado el viento! Por temer las derrotas, por retener en todas ocasiones a las masas inclinadas a la lucha franca, por hacer desaparecer en sus discusiones hasta la huelga general, los partidos de la Segunda Internacional han preparado por sí mismos su propia ruina; pues no han sabido mover un dedo para evitar la inmensa catástrofe de la guerra mundial que ha durado cuatro años determinado el carácter feroz de la guerra civil. ¡Hay que tener una venda no sólo en los ojos, sino en los oídos y las narices para que, después del derrumbamiento de la Segunda Internacional, después de la bancarrota del partido que la dirigía – la socialdemocracia alemana –, después de la sangrienta insensatez de la guerra mundial y la inmensa amplitud de la guerra civil, nos opongamos ahora a la profundidad de pensamiento, la lealtad, el amor a la paz y la lucidez de la Segunda Internacional, cuya herencia liquidamos hoy!

III

LA DEMOCRACIA

"O la democracia o la guerra civil"

Kautsky no conoce más que una vía de salvación: **la democracia**. Basta con que sea reconocida por todos y todos admitan someterse a ella. Los socialistas de la derecha deben renunciar a las violencias sanguinarias ejecutadas por voluntad de la burguesía. La misma burguesía debe para siempre renunciar a la idea de mantener eternamente su situación privilegiada gracias a Noske y a los lugartenientes de Vogel. El proletariado, en fin, de una vez para siempre, debe abandonar el propósito de hacer desaparecer a la burguesía de otro modo que por las vías constitucionales. Si estas condiciones son bien observadas, la revolución social ha de resolverse sin dolor en el seno de la democracia. Basta, como nos demos cuenta, con que nuestra borrascosa historia acepte ponerse el gorro de Kautsky y extraer sabiduría de su tabaquera.

«No hay más que dos alternativas, expone nuestro sabio, o la democracia o la guerra civil» (11). En Alemania, donde, sin embargo, se hallan reunidos los elementos de una democracia formal; a pesar de esto, la guerra civil no se interrumpe siquiera por una hora: «Es cierto que Alemania no podrá esperar nada de la actual Asamblea Nacional. Pero no se favorece el progreso alemán, sino que se va en contra suya, convirtiendo la lucha contra la Asamblea existente en una lucha contra la democracia del sufragio universal, y, en general, contra la institución de una asamblea nacional» (12). ¡Como si en Alemania se tratara de las formas de escrutinio y no de la posesión efectiva del poder!

La actual Asamblea Nacional – Kautsky lo reconoce – no puede restituir la salud al país. ¿Qué se deduce de esto? Que es necesario volver a empezar la partida.

¿Lo permitirán nuestros colegas? Puede ponerse en duda. Si la partida no es ventajosa para nosotros, sin duda, lo es para nuestros enemigos.

La Asamblea Nacional, incapaz de «restituir la salud al país», es muy capaz de preparar con la dictadura reticente de Noske, la dictadura «seria» de Luddendorf. Así ocurrió con la Asamblea Constituyente que preparó el camino a Koltchak. Kautsky está predestinado históricamente, precisamente después del golpe de Estado, a escribir el **enésimo** opúsculo que explique el fracaso de la revolución, por todo el curso precedente de la Historia, del mono a Noske y de Noske a Luddendorf. Muy distinta es la labor de un partido revolucionario: consiste en prever el peligro en tiempo oportuno, y prevenirlo **por la acción**. Para este fin, sólo hay que hacer una cosa: arrancar el poder de manos de los que verdaderamente lo detentan, los terratenientes y capitalistas que se ocultan detrás de Ebert y Noske. La ruta se bifurca, pues, al salir de la Asamblea Nacional: o dictadura de una pandilla imperialista o dictadura del proletariado. Ninguna puerta se abre hacia la «democracia». Kautsky no lo comprende. Expone, sin dejar de ser meticuloso, la impotencia de la democracia para el desarrollo político y la educación organizadora de las masas, y hace valer que ella puede conducir al proletariado a la emancipación total de las masas (13). ¡Hay que creer que no ha ocurrido nada importante en el mundo hasta el día en que se escribió el Programa de Erfurt!

El proletariado francés o alemán, entre otros países importantes, ha militado no obstante durante décadas, beneficiándose de todas las ventajas de la democracia para crear potentes organizaciones políticas. Este camino de la educación del proletariado a través de la democracia hacia el socialismo ha sido interrumpido, sin embargo, por un acontecimiento imposible de omitir: la guerra imperialista mundial. El Estado de clase, en el momento en que la guerra estallaba por su culpa, logró engañar al proletariado con la ayuda de los organismos dirigentes de la democracia socialista y arrastrarlo a su órbita. Los métodos democráticos han dado pruebas de que, a pesar de las ventajas indiscutibles que ofrecían en cierta época, su acción es sumamente limitada, puesto que la educación democrática de dos generaciones proletarias no había preparado el terreno político para la comprensión y apreciación de un acontecimiento de la índole de la guerra imperialista mundial. Esta experiencia no permite afirmar que si la guerra hubiese estallado diez o veinte años más tarde hubiera encontrado al proletariado mejor preparado políticamente. El Estado democrático burgués no se limita a conceder a los trabajadores mejores condiciones de desarrollo, con relación al absolutismo; con su legalidad limita este mismo desarrollo, acumula y afianza con arte entre pequeñas aristocracias proletarias los hábitos oportunistas y los prejuicios legalistas. En el momento en que la catástrofe – la guerra – se hizo inminente, la escuela de la democracia reveló toda su incapacidad para conducir al proletariado a la revolución (14). Fueron necesarias la bárbara escuela de guerra, las ambiciones social-imperialistas, los mayores éxitos militares y una derrota sin ejemplo. Después de estos acontecimientos, que han cambiado al mundo incluyendo al programa de Erfurt, volver a emplear los viejos lugares comunes sobre la significación del parlamentarismo para la educación del proletariado equivale a infantilizarlo políticamente. Y esta es la desgracia de Kautsky.

Este escribe:

«La doctrina de Proudhon estaba animada por una profunda desconfianza hacia las luchas políticas del proletariado por la libertad y por su participación en el poder. Hoy vuelven a surgir corrientes de igual pensamiento que se presentan como las últimas conquistas del pensamiento socialista, como producto de experiencias que Marx ni conoció ni podía conocer. Y en el fondo no son sino variaciones sobre ideas que cuentan con más de medio siglo de vida, que Marx conocía perfectamente y que fueron por él combatidas y derrotadas» (15).

¡Así pues, el bolchevismo no es más que... un refrito del proudhonismo! Desde el punto de vista teórico, esta desvengorzada afirmación es una de las más impúdicas del libro.

Los proudhonianos rechazaban la democracia por la misma razón que rechazaban la política en general. Eran partidarios de la organización económica de los trabajadores sin intervención del poder del Estado, sin conmociones revolucionarias; eran partidarios de la mutualidad obrera sobre la base de la economía comercial. En la medida en que la fuerza de las cosas les empujaba a la lucha política, preferían – en cuanto ideólogos pequeño-burgueses – la democracia a la plutocracia y hasta a la dictadura revolucionaria. ¿Qué tienen en común con nosotros? Mientras nosotros rechazamos la democracia en nombre de un poder proletario centralizado, los proudhonianos, en cambio, estaban plenamente dispuestos a aliarse a una democracia, medio mezclada con federalismo, con el fin de evitar el poder revolucionario exclusivo de la clase obrera.

Kautsky hubiera podido compararnos con mucha más razón con los **blanquistas**, adversarios de los proudhonianos; con los blanquistas que comprendían perfectamente la importancia del poder revolucionario y se guardaban bien, al plantear el problema de su conquista del poder, de respetar religiosamente los aspectos formales de la democracia. Pero para justificar la comparación de los comunistas con los blanquistas, sería preciso añadir que nosotros disponemos de una organización revolucionaria como siempre soñaron tener los blanquistas: los Soviets de diputados obreros y soldados; que tenemos en nuestro partido una organización de dirección política incomparable, armada de un programa completo de revolución social; y, en fin, que nuestros sindicatos que marchan compactos bajo la bandera comunista y apoyan sin reservas el poder de los Soviets, constituyen un potente instrumento para la transformación económica. En estas condiciones, no se puede hablar de la resurrección de los principios proudhonianos por el bolchevismo, más que perdiendo hasta los últimos residuos de sentido histórico y de honestidad en materia de doctrina.

LA DEGENERACIÓN IMPERIALISTA DE LA DEMOCRACIA

No sin razón la palabra «democracia» tiene un doble significado en el vocabulario político. Por un lado, designa el régimen fundado en el sufragio universal y demás atributos de la «soberanía popular» formal. Por otro, designa a las mismas masas populares, en la medida en que tienen una vida pública. En estas dos significaciones la noción de democracia prescinde de las consideraciones de clase.

Estas particularidades terminológicas tienen una significación política profunda. La democracia como régimen político es tanto más inquebrantable, más acabada y más sólida, cuanto más la masa pequeño-burguesa de las ciudades y los campos, insuficientemente diferenciada desde el punto de vista de clase, ocupa mayor espacio en la vida social. La democracia ha llegado a su apogeo en el siglo XIX en los Estados Unidos y en Suiza. Al otro lado del Atlántico, la democracia gubernamental de la República Federativa se fundaba en la democracia agraria de los colonos. En la pequeña República helvética, la pequeña burguesía de las ciudades y los campesinos ricos formaban la base de la democracia conservadora de los cantones.

Nacido en la lucha del Tercer Estado contra el feudalismo, el Estado democrático se convirtió muy rápidamente en un arma contra los antagonismos de clase que empezaban a desarrollarse en la sociedad burguesa. La democracia burguesa consigue realizar su obra cuanto más amplio sea el estrato de la pequeña burguesía que lo apoya, cuanto mayor sea la importancia de esta última en la vida económica del país y más atrasado sea por consiguiente el nivel de los antagonismos de clase. Pero, sin esperanzas, la clase media cuanto más atrasada se encuentre con respecto al desarrollo histórico, más pierde el derecho a hablar en nombre de la nación.

Sus doctrinarios pequeño-burgueses (Bernstein y consortes) han podido afirmar con satisfacción que la clase media está muy lejos de desaparecer tan rápidamente como la escuela marxista suponía. Y se puede convenir, en efecto, en que los elementos pequeño-burgueses de las ciudades y los campos ocupan todavía un puesto numéricamente importantísimo. Pero la significación capital de su desarrollo consiste en la pérdida de su importancia en la producción; el valor de las riquezas que la pequeña burguesía vierte en el activo de las naciones ha bajado mucho más pronto que su importancia numérica. El desarrollo histórico se ha basado siempre, y cada vez más, en los polos opuestos de la sociedad – burguesía capitalista y proletariado –, y no en las capas conservadoras heredadas del pasado.

Cuanto más perdía su importancia social la pequeña burguesía, menos capaz era de desempeñar con autoridad la función de árbitro en el gran conflicto histórico entre el capital y el trabajo. Muy numerosa, la pequeña burguesía de las ciudades, y más aún en los campos, seguía, sin embargo, hallando su expresión en la estadística electoral del parlamentarismo. La «igualdad» formal de todos los ciudadanos en su calidad de electores no hacía sino

atestiguar más claramente, en esta circunstancia, la incapacidad del «parlamentarismo democrático» para resolver las cuestiones esenciales que suscitaba el desarrollo histórico. La «igualdad» de los sufragios del proletario, del campesino o el director de un trust, pone formalmente al campesino como el mediador entre los dos antagonistas. Pero de hecho, la clase campesina, políticamente impotente, servía siempre en todos los países de apoyo a los partidos más reaccionarios, aventureros, confusos y mercenarios, que terminaban, invariablemente, por sostener el capital contra el trabajo.

A pesar de todas las profecías de Bernstein, de Sombart, de Tougan-Baranovsky, la vitalidad de las clases medias no ha atenuado la intensidad de las crisis revolucionarias de la sociedad burguesa, antes bien, las ha agravado en extremo. Si la proletarianización de la pequeña burguesía y de los campesinos hubiese tomado formas químicamente puras, la conquista pacífica del poder por el proletariado, por medio del mecanismo parlamentario, hubiese sido mucho más probable que lo es hoy. El hecho al que se agarraban los partidarios de la pequeña burguesía – su no-desaparición – ha sido fatal, incluso para las formas externas de la democracia, una vez el capitalismo hubo deshecho sus fundamentos. Ocupando en la política parlamentaria el puesto que había perdido en la producción, la pequeña burguesía ha comprometido definitivamente al parlamentarismo, reduciéndolo a una charlatanería difusa y a la obstrucción legislativa. Este solo hecho imponía al proletariado el deber de conquistar el poder del Estado, independientemente de la pequeña burguesía y hasta contra ella – no contra sus intereses, sino contra su inepticia y su política sin consistencia, hecha de arrebatos impulsivos e impotentes.

«El imperialismo – escribía Marx a propósito del Imperio de Napoleón III – es la forma más prostituida y perfecta de poder gubernamental, que (...) la sociedad burguesa, al alcanzar su apogeo, ha transformado en instrumento de opresión del trabajo por el capital». Esta definición excede al segundo Imperio francés, y abarca al nuevo imperialismo, generado en el mundo entero como objeto del capital nacional de las grandes potencias. En el dominio económico, el imperialismo suponía el fracaso definitivo del papel de la pequeña burguesía; en el campo político, significaba el aniquilamiento total de la democracia, por la transformación de su contextura propia y por la subordinación de todos sus medios e instituciones a los fines del imperialismo. Abrazando a todos los países, independientemente de su destino político anterior, el imperialismo mostró que todos los prejuicios políticos le eran ajenos y que estaba dispuesto (y era capaz de hacerlo) a servirse igualmente, después de haberlas transformado socialmente y sometido, de las Monarquías de Nicolás Romanof o de Guillermo Hohenzollern, de la autocracia presidencial de los Estados Unidos y a la impotencia de algunos cientos de legisladores corrompidos del Parlamento francés.

La última gran matanza – baño de sangre en que la burguesía ha intentado rejuvenecerse – nos ha ofrecido el cuadro de una movilización sin igual de todas las formas de Estado, de Administración, de orientación política, de escuelas religiosas o filosóficas, al servicio del imperialismo. Entre los pedantes, cuyo letargo de docenas de años no había sido turbado por el desarrollo del imperialismo y que seguían considerando la democracia, el sufragio universal, etc. desde el punto de vista tradicional, hubo muchos que acabaron por darse cuenta durante la guerra de que las ideas cotidianas tenían ya un nuevo contenido. Absolutismo, Monarquía parlamentaria, democracia; para el imperialismo, como sin duda para la revolución que acaba de sucederle, todas las formas gubernamentales de dominación burguesa, desde el zarismo ruso al federalismo casi democrático de la América del Norte, gozan de iguales derechos y forman parte de combinaciones en las cuales se completan indisolublemente unas a las otras. El imperialismo ha logrado someter en el momento crítico, por todos los medios de que dispone y sobre todo por los Parlamentos – cualquiera que sea la aritmética de los escrutinios –, a la pequeña burguesía de las ciudades y los campos y hasta a los estratos superiores del proletariado. La idea nacional, que había guiado al tercer Estado en su advenimiento al poder, tuvo en el curso de la guerra su período de renacimiento gracias a la «defensa nacional». La ideología nacional se inflamó inesperadamente con claridad deslumbradora, en detrimento de la ideología de clase. El naufragio de las ilusiones imperialistas que arrasó en los países vencidos, primero; luego, con algún retraso, en los países vencedores, destruyó las bases de lo que fue en otro tiempo la democracia nacional y su instrumento esencial: el Parlamento democrático. La debilidad, la descomposición, la impotencia de la pequeña burguesía y de sus partidos aparecieron en todas partes con aplastante evidencia. En todos los países se planteó claramente la cuestión del poder gubernamental como una abierta exhibición de fuerzas entre la pandilla capitalista – oculta o a la luz del sol – que dispone de centenas de miles de oficiales adiestrados, aguerridos y sin escrúpulos – a veces de cientos de miles de hombres –, y el proletariado revolucionario insurrecto, todo en presencia de las clases medias espantadas, aterradas, postradas. ¡Miserables tonterías los discursos, en estas circunstancias, sobre la conquista pacífica del poder por el proletariado por medio del parlamentarismo democrático!

El esquema de la situación política a escala mundial es absolutamente claro. Habiendo conducido a los pueblos agotados y sangrando al borde del abismo, la burguesía, sobre todo de los países vencedores, ha demostrado su incapacidad absoluta para sacarles de su terrible situación, más la incompatibilidad de su existencia con el progreso ulterior de la humanidad. Todos los grupos políticos intermedios, los social-patriotas sobre todo, se pudren en vida. El proletariado, engañado por ellos, se manifiesta cada día más hostil y se confirma en su misión revolucionaria, como la única fuerza que pueda salvar a los pueblos de la barbarie y de la muerte. Pero, en estos momentos, la historia no otorga al partido de la revolución social una mayoría parlamentaria formal. En otros

términos, no ha transformado a las naciones en clubes que voten solemnemente, por mayoría de votos, pasar a la revolución social. Por el contrario, la revolución violenta ha llegado a ser una necesidad, precisamente porque las exigencias ineluctables de la historia no podían ser satisfechas por el mecanismo de la democracia parlamentaria. La burguesía capitalista se dice a sí misma: «Mientras tenga las tierras, los talleres, las fábricas, los bancos, la prensa, las escuelas, las universidades; mientras tenga – pues es lo esencial – el Ejército, el mecanismo de la democracia, sea el que fuere el modo como se maneje, seguirá sometido a mi voluntad. La pequeña burguesía inepta, conservadora y desprovista de carácter, está también sometida a mí espiritual y materialmente. La reduzco y la reduciré por el poder de mis empresas, de mis beneficios, de mis proyectos y de mis crímenes. Cuando prorrumpe en murmuraciones de descontento, crearé pararrayos a centenares. Suscitaré cuando lo necesite partidos de oposición, que desaparecerán tan pronto como hayan cumplido su misión, facilitando a la burguesía el modo de manifestar su indignación, sin causar el más leve perjuicio al capitalismo. Mantendré para las masas populares el régimen de instrucción primaria obligatoria, que las ponga en el límite de la ignorancia y no les permita elevarse intelectualmente por encima del nivel tenido por inofensivo por mis técnicos. Relajaré, sacudiré, intimidaré a las capas más privilegiadas y a las más atrasadas del proletariado. Mientras los instrumentos de opresión e intimidación continúen en mis manos, la coordinación de todas estas medidas no permitirá que la vanguardia de la clase obrera ilumine la conciencia del mayor número».

A lo cual el proletariado revolucionario responde: Indudablemente que, en consecuencia, la primera condición para lograr nuestra emancipación es arrancar los instrumentos de dominio en manos de la burguesía. No hay esperanza de conquistar pacíficamente el poder mientras la burguesía conserve todos los instrumentos de dominación. Es tres veces insensata la esperanza de llegar al poder por el camino que la misma burguesía señala y atrinchera simultáneamente: la vía de la democracia parlamentaria. No existe más que un camino: arrancar el poder de manos de la burguesía, quitándole los instrumentos materiales de su dominación. Cualquiera que sea la aparente correlación de fuerzas en el parlamento, socializaré los medios más importantes de producción. Daré libertad a la conciencia de las clases pequeño-burguesas hipnotizadas por el capitalismo. Les mostraré con los hechos qué cosa es la producción socialista. Entonces, las capas más atrasadas, más ignorantes y más aterrorizadas de la población me sostendrán, viniendo voluntaria y conscientemente en auxilio de la obra de edificación socialista».

Cuando el gobierno de los Soviets ruso dispersó la Asamblea Constituyente, los dirigentes social-demócratas de Europa consideraron este hecho, si no como el prelude del fin del mundo, por lo menos como una ruptura arbitraria y brutal con todo el desarrollo anterior del socialismo. Sin embargo, no era más que una consecuencia inevitable de la situación creada por el imperialismo y la guerra. Si el comunismo ruso fue el que primero sacó sus conclusiones teóricas y prácticas, obedece esto a las mismas razones por las cuales el proletariado ruso ha sido el primero que ha entablado la lucha por la conquista del poder.

Todo lo que después ha acontecido en Europa nos demuestra que teníamos razón. Creer en la posibilidad de restaurar la democracia, en toda su inconsistencia, es alimentarse de pobres utopías reaccionarias.

METAFÍSICA DE LA DEMOCRACIA

Sintiendo que el suelo histórico se hundía bajo sus pies, Kautsky pasa de la democracia a la filosofía trascendental y se pone a razonar sobre lo que debía ser.

Los principios democráticos – soberanía del pueblo, sufragio universal, libertades – le aparecen con la aureola del deber moral. Se disocian de su contenido histórico y, considerados en su naturaleza abstracta, aparecen invariables y sagrados. Este pecado metafísico no es producto del azar. El difunto Plejanov, después de haber sido en las mejores épocas de su vida, un adversario irreductible del kantismo, trató también, al final de su vida, cuando la ráfaga del patriotismo le inflamaba, de asirse al feto de paja del imperativo categórico; y esto es muy característico...

A la democracia real, que el pueblo alemán acaba de conocer, Kautsky la contrasta con una democracia ideal, tal como se opone *la cosa en sí* al fenómeno vulgar. Kautsky no nos indica con certeza ningún país cuya democracia garantice el paso sin dolor al socialismo. Por contra, está firmemente convencido de que ésta democracia debe existir. A la actual Asamblea Nacional alemana – ese instrumento de la impotencia, de la intriga reaccionaria, de las viles maniobras –, Kautsky opone otra Asamblea Nacional verdadera, auténtica; dotada de todas las cualidades, salvo una, sin duda de poca importancia: su existencia.

La doctrina de la democracia formal no viene del socialismo científico, sino del derecho natural. La esencia del derecho natural consiste en el reconocimiento de normas jurídicas eternas e invariables que, en las diversas épocas y en los distintos pueblos, encuentran expresiones restringidas y deformes. El derecho natural de la historia moderna, tal cual lo ha producido la Edad media, significaba, ante todo, una protesta contra los privilegios de las castas, contra los abusos permitidos por la legislación del despotismo y contra otros productos «artificiales del derecho positivo» feudal. La ideología del Tercer Estado, débil aún, expresaba su interés propio por medio de algunas normas ideales que habían de ser más tarde la enseñanza de la democracia y adquirir al mismo tiempo un

carácter individualista. La personalidad es un fin en sí; todos los hombres tienen derecho a expresar sus ideas por la palabra y por la pluma; todo hombre goza de un derecho de sufragio igual al de los demás. Las reivindicaciones de la democracia – emblema de combate contra el feudalismo – marcaban un progreso. Pero cuanto más seguimos, más se pone de manifiesto el aspecto reaccionario de la metafísica del derecho natural (la teoría de la democracia formal): la instauración de una norma ideal que permita controlar las exigencias reales de las masas obreras y de los partidos revolucionarios.

Si se echa una ojeada sobre la sucesión histórica de las concepciones del mundo, la teoría del derecho aparece como una transposición del espiritualismo cristiano desembarazado de su misticismo grosero. El Evangelio anunció al esclavo que tenía un alma igual a la de su dueño, e instituyó así la igualdad de todos los hombres ante el tribunal celeste. De hecho, el esclavo siguió siendo esclavo y la sumisión se convirtió para él en un deber religioso. Hallaba en la enseñanza cristiana una satisfacción mística a su oscura protesta contra su condición de humillado. Pero al lado de la protesta, había el consuelo. «Aunque te parezcas a un asno que rebuzna, tienes un alma eterna», le decía el cristianismo. Resonaba en ello una nota de indignación. Pero el cristianismo añadía: «Eres tal vez como un asno que rebuzna, pero a tu alma inmortal le espera una recompensa eterna». Era la voz de la consolación. Estas dos notas se han asociado en el cristianismo de diversas maneras, según las épocas y clases. Pero en su conjunto, el cristianismo, como todas las demás religiones, se convierte en un medio para adormecer la conciencia de las masas oprimidas.

El derecho natural, convertido en teoría de la democracia, le decía al obrero: «Todos los hombres son iguales ante la ley, cualquiera que sea su origen, sus bienes y el papel que desempeñen; todos gozan de un derecho igual a decidir mediante el sufragio de los destinos del pueblo». Esta norma ideal ha realizado una labor revolucionaria en la conciencia de las masas, en la medida en que condenaba el absolutismo, los privilegios aristocráticos, el sufragio censitario. Aparte de esto, no ha hecho más que adormecer la conciencia de las masas, legalizar la miseria, la esclavitud y la humillación. ¿Cómo puede, en los hechos, rebelarse contra la servidumbre si cada uno tiene un voto igual para determinar los destinos del pueblo?

Rothschild, que ha sabido convertir la sangre y el sudor del mundo en buenos napoleones de oro, no tiene más que un voto en las elecciones parlamentarias. El oscuro minero que no sabe firmar, que toda la vida duerme sin desnudarse y lleva en la sociedad la existencia de un topo, también detenta una parcela de la soberanía popular, es el igual de Rothschild ante los tribunales y durante los períodos de elecciones. En las condiciones reales de la vida, en el proceso económico, en las relaciones sociales, en la forma de vivir, los hombres eran cada vez más desiguales: acumulación de riquezas inauditas en un polo, y miseria sin esperanzas en el otro. Pero, en la esfera de la estructura periódica del Estado, estas terribles contradicciones desaparecen; en ella no se encuentran más que sombras legales desprovistas de cuerpos. Propietario, obrero agrícola, capitalista, proletario, ministro, limpiabotas, todos son iguales en cuanto «ciudadanos» y «legisladores». La igualdad mística del cristianismo ha descendido un pequeño escalón desde los cielos bajo la forma de la igualdad «natural» y «jurídica» de la democracia. Pero no ha descendido hasta la tierra misma, hasta el fundamento económico de la sociedad. Para el oscuro jornalero que en ninguna hora de su vida dejaba de ser una bestia de carga al servicio de la burguesía, el derecho ideal de influir sobre los destinos del pueblo por las elecciones parlamentarias es apenas más real que la felicidad que hace poco se le prometía en el reino de los cielos.

Guiado por los intereses prácticos del desarrollo de la clase obrera, el partido socialista, en un momento dado, entró en la vía del parlamentarismo. Pero esto no significaba absolutamente tener que reconocer por principio la teoría metafísica de la democracia basada en un derecho superior a la historia y a las clases sociales. La doctrina proletaria consideraba la democracia como un instrumento al servicio de la sociedad burguesa, perfectamente adaptado por otra parte a las necesidades y propósitos de las clases dominantes. Pero, como la sociedad burguesa vivía del trabajo del proletariado, no podía, so pena de arruinarse, negarse a legalizar algunos aspectos cuando menos de la lucha de clases, ofreciendo de este modo a los partidos socialistas la posibilidad de utilizar en períodos determinados, y dentro de ciertos límites, el mecanismo de la democracia, sin que por esto hubiera que prestarle juramento como si se tratara de un principio intangible.

La obra esencial del partido socialista, en todas las fases de su lucha, fue la de crear las condiciones de una igualdad efectiva, económica, de una igualdad de vida entre los miembros de la comunidad humana, fundada en la solidaridad. Precisamente por esto, era el deber de los teóricos del proletariado desenmascarar la metafísica de la democracia, que sirve de velo filosófico a las mixtificaciones políticas.

Si el partido democrático, en la época de sus entusiasmos revolucionarios, al descubrir delante de las masas la mentira del dogma de la Iglesia, les decía: «Os arrullan con la promesa de una felicidad ultraterrena, mientras que aquí, en el mundo, carecéis de derechos y estáis encadenados por la arbitrariedad», de la misma manera, el partido socialista no tenía menos razón para decir una decena de años más tarde: «Os adormecen con una ficción de igualdad y de derechos políticos; pero la posibilidad de gozar de estos derechos os es negada; la igualdad jurídica, aparente y convencional, se convierte en una ideal cadena de forzado que os ata a cada uno de vosotros a la rueda del capital»

En función de su obra fundamental, el partido socialista movilizó también a las masas para la acción

parlamentaria, pero nunca se comprometió en ninguna parte a conducir al proletariado hacia el socialismo sólo por la vía democrática. Al adaptarnos al régimen parlamentario en la época precedente, nos limitábamos a desenmascarar teóricamente la democracia, que todavía no podíamos superar prácticamente por falta de fuerza. Pero la curva ideológica del socialismo bien delineada a pesar de las desviaciones, de las caídas y hasta de las traiciones, acaba con la negación de la democracia y su sustitución por un mecanismo proletario, tan pronto como la clase obrera dispone de las fuerzas necesarias.

No daremos más que una prueba de ello, pero sumamente contundente. En 1888, Paul Lafargue escribía en **El Social-Demócrata** (ruso): El parlamentarismo es un sistema gubernamental que da al pueblo la ilusión de que él dirige los destinos del país, cuando realmente todo el poder está concentrado en manos de la burguesía, y ni siquiera de toda la burguesía, sino de algunas capas sociales relacionadas con esa clase social. En el primer período de su dominación, la burguesía no comprende o no siente la necesidad de dar al pueblo esta ilusión. Por eso todos los países parlamentarios de Europa han empezado por el sufragio restringido; en todas partes, el derecho a dirigir los destinos políticos del país eligiendo diputados, ha pertenecido primero a los propietarios más o menos ricos, y sólo después se ha extendido a los ciudadanos menos favorecidos por la fortuna, hasta el momento en que el privilegio de algunos ha llegado a ser en determinados países el derecho de todos y cada uno.

«En la sociedad burguesa, cuanto más considerable es el patrimonio social, menor es el número de aquellos que se lo apropian. Lo mismo ocurre con el poder: a medida que crece la masa de ciudadanos que gozan de derechos políticos y de gobernantes nombrados por elección, el poder efectivo se concentra y llega a ser el monopolio de un grupo de personalidades cada vez más reducido». Este es el misterio del régimen de mayorías.

Según el marxista Lafargue, el parlamentarismo subsiste mientras dura el dominio de la burguesía. «El día – escribe – en que el proletariado de Europa y América se apodere del Estado, deberá organizar un poder revolucionario y regir dictatorialmente la sociedad, mientras la burguesía, considerada como clase social, no haya desaparecido».

En esa época, Kautsky conocía esta valoración socialista del parlamentarismo y hasta la repitió muchas veces, aunque sin este mordiente y esta claridad francesas. La abjuración teórica de Kautsky consiste precisamente en abandonar la dialéctica materialista para volver al derecho natural, reconociendo intangible y absoluto el principio democrático. Lo que el marxismo consideraba como un mecanismo transitorio de la burguesía, lo que no podía ser utilizado en política más que temporalmente, con el fin de preparar la revolución proletaria, nos lo presenta Kautsky como un principio original, situado por encima de las clases y al cual se subordinan sin discusión los métodos de la lucha proletaria. La degeneración contrarrevolucionaria del parlamentarismo ha encontrado su expresión más acabada en la glorificación de la democracia por los teóricos decadentes de la Segunda Internacional.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

De un modo general, para el partido proletario la obtención de una mayoría democrática en un Parlamento burgués no es absolutamente imposible. Pero este hecho, aunque se realizara, no aportaría nada nuevo ni esencial al curso de los acontecimientos. Bajo la influencia de la victoria parlamentaria del proletariado, los intelectuales pertenecientes a la clase media quizás ofrecerían tal vez una resistencia menor al nuevo régimen. Pero la resistencia esencial de la burguesía estaría determinada por hechos como el estado de ánimo del ejército, el nivel de armamento de los obreros, la situación en los países vecinos; y la guerra civil seguiría su curso bajo la influencia de estos factores reales y no de la frágil aritmética parlamentaria.

Nuestro partido no se negaba a conducir al proletariado a la dictadura pasando por la democracia; se daba exacta cuenta de las ventajas que ofrecía a la propaganda y a la acción política semejante transición «legalizada» al nuevo orden. De ahí nuestra tentativa de convocar la Asamblea Constituyente. Esta tentativa fracasó. El campesino ruso, a quien la revolución acababa de despertar a la vida política, se vio en presencia de una docena de partidos, cada uno de los cuales parecía tener por finalidad embrollarle las ideas. A la Asamblea Constituyente se le atravesó la revolución, y fue barrida.

La mayoría «conciliadora» de la Asamblea Constituyente no era más que el reflejo político de la estupidez y la falta de firmeza de las capas intermedias de las ciudades y los campos y de los elementos atrasados del proletariado. Si nos colocáramos en el punto de vista de las posibilidades históricas abstractas, podríamos decir que la crisis hubiese sido menos dolorosa si la Asamblea Constituyente, en uno o dos años de trabajo, hubiera desacreditado definitivamente a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques por su coalición con los cadetes y provocado así un cambio formal en favor de los bolcheviques, demostrando a las masas que no hay en realidad más que dos fuerzas: el proletariado revolucionario, dirigido por los comunistas, y la democracia contrarrevolucionaria, a la cabeza de la cual están los generales y almirantes. Pero el nudo de la cuestión estaba en otra parte: el pulso, la situación interna, distaba mucho de latir al ritmo de la situación internacional. Si nuestro partido se hubiese dejado guiar por la pedagogía objetiva del «curso de las cosas», la evolución de los acontecimientos militares hubiera podido pasarnos por encima. El imperialismo alemán podía haberse apoderado

de Petrogrado, cuya evacuación había comenzado el gobierno de Kerensky. La pérdida de Petersburgo hubiese sido entonces mortal para el proletariado ruso, puesto que las mejores fuerzas estaban allí, en la flota del Báltico y en la capital roja.

No puede, pues, reprocharse a nuestro partido que haya querido actuar a contra-corriente del curso de la historia, sino, más bien, que haya saltado algunos grados de la evolución política. Se adelantó a los socialistas revolucionarios y los menchevíques, para no permitir que el militarismo alemán se adelantase al proletariado ruso y concertara la paz con la Entente en detrimento de la revolución, antes de que ésta hubiese tenido tiempo de desplegar sus alas sobre el mundo entero.

No es difícil deducir de lo que precede las respuestas a las dos cuestiones que nos plantea insidiosamente Kautsky. En primer término, ¿por qué hemos convocado la Asamblea Constituyente, si deseábamos la dictadura del proletariado? Y además, si la primera, cuya convocatoria creíamos que debíamos hacer, se ha mostrado reaccionaria y no ha correspondido a los intereses de la revolución, ¿por qué nos negamos a convocar una nueva Asamblea Constituyente? La idea tácita de Kautsky es que nos hemos opuesto a la democracia, no por razones de principio, sino porque se manifestaba en contra nuestra. Restablezcamos los hechos para darnos mejor cuenta de esta insinuante burrada.

La consigna: «¡Todo el poder a los Soviets!» fue lanzada por nuestro partido desde el comienzo de la revolución, es decir, mucho antes de la disolución de la Asamblea Constituyente, e incluso, mucho tiempo antes de la aparición del decreto en que se la convocaba. Nosotros **no oponíamos**, es cierto, los Soviets a la futura Asamblea Constituyente cuya convocatoria volvía completamente problemático el gobierno de Kerensky, que la retrasaba sin cesar; pero tampoco considerábamos la futura Asamblea Constituyente con el criterio de los demócratas pequeño-burgueses, que veían en ella al árbitro del país ruso, llamada a decidir todo. Hacíamos comprender a las masas que sus propias organizaciones revolucionarias – los Soviets – debían y podían ser auténticamente las dueñas de la situación. Si no habíamos rechazado formalmente por adelantado la Asamblea Constituyente, es sólo porque no se presentaba como oposición al poder sino al de Kerensky, que no era más que el testaferro de la burguesía. Habíamos decidido, previamente, que si alcanzábamos la mayoría en la Asamblea Constituyente, ésta se disolviera, transmitiendo sus poderes a los Soviets, como hizo más tarde la Duma municipal de Petrogrado, elegida sobre la base del más amplio sufragio democrático. En mi libro **La Revolución de Octubre** (16) me he esforzado por mostrar las razones que hacían de la Asamblea Constituyente el reflejo tardío de una época superada ya por la revolución. No viendo el órgano del poder revolucionario más que en los Soviets que ya se habían apropiado del poder real, cuando se convocó la Asamblea Constituyente, la cuestión estaba inevitablemente resuelta para nosotros disolviéndola por la fuerza, puesto que ésta no podía estar dispuesta a hacerlo por sí misma en beneficio del poder de los Soviets.

Pero ¿por qué – nos pregunta Kautsky – no convocáis una Asamblea Constituyente?

Porque no vemos la necesidad de ello. Si la primera Asamblea Constituyente podía aún desempeñar momentáneamente un papel progresivo, y sancionar con ella, a ojos de la pequeña burguesía, el régimen de los Soviets que acababa de fundarse, ahora, después de dos años de dictadura victoriosa del proletariado, después del fracaso total de todos los intentos democráticos en Siberia, en las costas del mar Blanco, en Ucrania, en el Cáucaso, el poder soviético no tiene necesidad de ser santificado por la dudosa autoridad de la Asamblea Constituyente. Sin embargo, Kautsky aprovecha para interrogar con el tono de Lloyd George: ¿no tenemos derecho, puesto que eso ocurre, a afirmar que el Gobierno de los Soviets se mantiene por la voluntad de una minoría, ya que elude el control de una consulta pública?

Esta pregunta deja a un lado lo más importante.

Mientras el régimen parlamentario, incluso en la época de su desarrollo «pacífico» y seguro, no reflejaba más que bastante groseramente el estado de ánimo del país; en la época de las tempestades revolucionarias, ha perdido por completo la facultad de seguir la lucha y la evolución de la conciencia política. El régimen de los Soviets establece un contacto infinitamente más estrecho, más orgánico, más honesto con la mayoría de los trabajadores. Su significación más importante no es reflejar estáticamente la mayoría, sino formarla dinámicamente. Ya en la vía de la dictadura revolucionaria, la clase obrera rusa ha dado a entender con ello que, en período de transición, ella no construye su política sobre el arte inconsistente de rivalizar con partidos camaleones, a la caza de votos campesinos, sino sobre la participación real de las masas campesinas, en estrecha relación con el proletariado en la administración del país, en lucha conforme a los verdaderos intereses de los trabajadores. Y esta es una democracia bastante más profunda que la parlamentaria.

Ahora que la tarea esencial de la revolución, la cuestión de vida o muerte, es rechazar el ataque de las bandas blancas, ¿piensa Kautsky que una «mayoría» parlamentaria cualquiera podría crear una organización más enérgica, abnegada y victoriosa de la defensa revolucionaria? Las condiciones de la lucha son tan claras en el país de la revolución, cobardemente estrangulado por el bloqueo, que los grupos sociales de clases intermedias no pueden elegir más que entre Denikine y el Gobierno de los Soviets. ¿Se necesitan más pruebas, después de haber visto a los partidos del justo medio – menchevíques y socialistas revolucionarios – por estas mismas razones?

Cuando Kautsky nos propone un nuevo escrutinio para la Constituyente, ¿es que se imaginará que la guerra

se interrumpirá durante el período electoral? ¿En virtud de cuál decisión? Si abriga el propósito de activar en ese sentido a la Segunda Internacional, apresurémonos a comunicarle que apenas goza de más crédito junto a Denikine que junto a nosotros. Si la guerra entre las bandas del imperialismo y el ejército de obreros y campesinos continúa, si las elecciones deben limitarse necesariamente al territorio de los Soviets, ¿exigiría Kautsky que otorguemos a los partidos que apoyan a Denikine el derecho de reaparecer libremente? Vana y despreciable charlatanería: bajo ninguna circunstancia, jamás gobierno alguno puede permitir que las fuerzas del enemigo a quien hace la guerra movilicen la retaguardia de su propio ejército.

El hecho de que la flor de nuestra población trabajadora esté en este momento en los frentes de guerra, basta para resolver la cuestión. Los proletarios avanzados, los campesinos más conscientes, los que, en todas las elecciones y acciones políticas de masas, se colocan en primera fila y dirigen la opinión pública de los trabajadores, todos, en este instante, se baten y mueren como comisarios, comandantes o soldados del Ejército rojo. Si los gobiernos más «democráticos» de los Estados burgueses, cuyo régimen se funda en el parlamentarismo, no han creído que podían proceder a las elecciones durante el período de guerra, tanto más absurdo es pedir semejante cosa a la República de los Soviets, cuyo régimen no se funda absolutamente en el parlamentarismo. Nos basta con que el gobierno revolucionario de Rusia no haya impedido, ni aun en las horas más graves, la renovación periódica de sus órganos electivos, los Soviets locales y centrales.

Diremos, por fin, como última conclusión – **the last and the least** – para ilustrar a Kautsky, que los mismos kautskistas rusos, los mencheviques Martov y Dan, no creen posible reclamar actualmente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, abandonan este hermoso proyecto para tiempos mejores. ¿Pero, será necesario para entonces? Está permitido dudarlo.

Una vez terminada la guerra civil, la clase obrera revelará su fuerza creadora y mostrará en los hechos a las masas más atrasadas lo que ella puede dar de sí. Con la aplicación racional del trabajo obligatorio y una organización centralizada del reparto de los productos, toda la población del país estará involucrada en el sistema soviético general de economía y auto-gobierno. Los mismos Soviets, órganos del poder hoy, se transformarán en organizaciones puramente económicas. En estas condiciones, dudamos que la idea de coronar el edificio real de la sociedad socialista con una Asamblea Constituyente arcaica, pueda pasarle por la cabeza a alguien; tanto más cuanto que esta Asamblea no podría hacer otra cosa que constatar la «creación, ante ella y sin ella, de todas las instituciones de que tuviera necesidad el país (*).

(*) Para vendernos la bella promesa que representa la Asamblea Constituyente, Kautsky apoya su argumentación fundada en el imperativo categórico de consideraciones tomadas del curso de los cambios. Citemos: «Rusia necesita ayuda del capital extranjero; pero esta idea sólo puede operar en detrimento de la República de los Soviets, si ésta no convoca la Asamblea Constituyente y no concede la libertad de prensa, no porque los capitalistas estén penetrados de idealismo democrático – ya que no han dudado en prestarle al zarismo varios cientos de miles de millones – sino porque en materia de negocios no tienen confianza en el régimen de los Soviets» (17).

En este discurso sin pies ni cabeza hay una gran verdad. De hecho, la Bolsa sostuvo al gobierno de Koltchak cuando éste se apoyaba en la Asamblea Constituyente. Pero ella lo apoyó más enérgicamente aún, cuando ésta última se disolvió. Por la experiencia de Koltchak, la Bolsa se confortó en su convicción de que el mecanismo de la democracia burguesa puede ser utilizado para defender la causa del capitalismo y luego desechado como un vestido viejo. Puede pasar que la Bolsa permita nuevos empréstitos a la Asamblea Constituyente, con la esperanza, justificada plenamente por la experiencia anterior, de ver a esta Asamblea Constituyente restablecer la dictadura capitalista. Nosotros no pensamos pagar a este precio la «confianza en materia de negocios» de la Bolsa, decididamente preferimos la «confianza» que inspiran, en toda Bolsa realista, las armas del Ejército Rojo.

IV EL TERRORISMO

El tema principal del libro de Kautsky es el terrorismo. La opinión según la cual el terrorismo pertenece a la esencia misma de la revolución es, si seguimos a Kautsky, un error ampliamente compartido. No es exacto, pretende Kautsky, que «quien quiere la revolución debe aceptar el terrorismo». En cuanto a lo que le concierne, Kautsky está por la revolución de manera general, pero está enérgicamente contra el terrorismo. Es aquí donde comienzan las dificultades.

«La revolución, gime Kautsky, nos ha traído un terrorismo sanguinario puesto en vigor por los gobiernos socialistas. En Rusia, los bolcheviques han sido los primeros en comprometerse en esta vía, es por esto que han sido juzgados muy severamente por todos los socialistas que no han admitido el punto de vista de los bolcheviques, entre los cuales figuran los mayoritarios alemanes. Pero estos últimos, tan pronto se sintieron amenazados en su dominación no vacilaron en recurrir a su vez a los métodos terroristas cuyo empleo ellos mismos habían condenado en Oriente» (18).

Pareciera pues que habría que sacar de estas premisas la conclusión de que el terrorismo está mucho más profundamente ligado a la Revolución de lo que piensan algunos sabios. Kautsky saca para sí una conclusión diametralmente opuesta. El formidable desarrollo del terrorismo de blancos y rojos en las últimas revoluciones – rusa, finlandesa, alemana, austríaca, húngara – es para él una prueba de que estas revoluciones se han apartado de la buena senda y no se han mostrado como hubieran debido ser, conforme a sus teóricos ensueños. Sin pararnos a discutir acerca de la «inmanencia» del terrorismo considerado «en sí», en la revolución entendida también «en sí», detengámonos en el ejemplo de algunas revoluciones, tal como nos lo muestra la historia de la humanidad.

Recordaremos en primer término, la Reforma, que traza una especie de línea divisoria entre la historia de la Edad media y la historia moderna: cuanto más abarcaba los intereses profundos de las masas populares, más amplitud toma, más encarnizada se hacía la guerra civil que se desarrollaba bajo los estandartes religiosos y más despiadado era el terror por ambas partes.

En el siglo XVII, Inglaterra hizo dos revoluciones: la primera, que provocó violentas conmociones sociales y largas guerras, suscitó, particularmente, la ejecución de Carlos I; la segunda, terminó con el feliz advenimiento al trono de una dinastía nueva. La burguesía inglesa y sus historiadores consideran esta dos revoluciones desde puntos de vista muy diferentes: la primera es a sus ojos, un abominable levantamiento, una «Gran Rebelión»; la segunda, ha sido bautizada con el nombre de «Revolución Gloriosa». El historiador francés Augustin Thierry mostró las causas de estas diferencias de apreciación. En la primera revolución inglesa, en la «Gran Rebelión», era el pueblo quien actuaba, mientras que en la segunda se queda casi «silencioso». De donde resulta que en un régimen de esclavitud de clase es muy difícil enseñar los buenos modales a las masas oprimidas que, exasperadas, se baten con chuzos y piedras, con el fuego y la cuerda. A los historiadores, al servicio de los monarcas y los explotadores, les ofusca esto a veces. Advirtamos, no obstante, que en la historia de la nueva Inglaterra (burguesa) es la «Gran Rebelión», y no la «Revolución Gloriosa», la que se considera como un evento capital.

El acontecimiento más considerable de la historia moderna después de la Reforma y la «Gran Rebelión» – acontecimiento que por su importancia deja muy atrás a los dos precedentes – ha sido la Revolución francesa. A esta revolución clásica le ha correspondido un terrorismo clásico. Kautsky está dispuesto a excusar el terror de los jacobinos, reconociendo que ninguna otra medida les hubiese permitido salvar la República. Pero para nadie vale esta justificación tardía. Para los Kautsky de fines del siglo XVIII (los jefes de los girondinos franceses), los jacobinos personificaban el mal. He aquí, en toda su banalidad, una comparación entre girondinos y jacobinos bastante instructiva. La encontramos bajo la pluma de uno de los historiadores burgueses franceses. «Unos como otros querían la República...». Pero los partidarios de la Gironda «querían una República legal, libre, generosa. Los miembros de la Montaña querían (!) una República despótica y terrible. Unos y otros eran partidarios de la soberanía del pueblo; sin embargo los girondinos, precisamente entendían por **pueblo** al conjunto de la nación, mientras que para los montañeses no era pueblo más que la clase trabajadora, por lo cual sólo a ella debía pertenecer el poder». La antítesis entre los caballerescos paladines de la Asamblea Constituyente y los agentes sanguinarios que han establecido la dictadura del proletariado está bastante bien señalada en ese párrafo, naturalmente en los términos políticos de la época.

La dictadura de hierro de los jacobinos había sido impuesta por la situación sumamente crítica de la Francia revolucionaria. He aquí lo que de ella dice un historiador burgués: «Los ejércitos extranjeros habían entrado en territorio francés por cuatro lados a la vez: al Norte, los ingleses y austríacos; en Alsacia, los prusianos; desde Dauphiné hasta Lyon, los piemonteses; en el Rosellón, los españoles. Y esto en el momento en que la guerra civil hacía estragos en cuatro puntos diferentes, en Normandía, en la Vendée, en Lyon y en Tolón». A esto hay que añadir los enemigos del interior, los innumerables defensores ocultos del viejo orden de cosas, prestos a ayudar

al enemigo por todos los medios.

Nos corresponde observar que el rigor de la dictadura del proletariado en Rusia ha sido condicionado por circunstancias no menos críticas. Un frente ininterrumpido desde el Norte hasta el Sur, del Este al Oeste. Además de los ejércitos contrarrevolucionarios de Koltchak, de Denikine, etc., la Rusia soviética era atacada simultánea y sucesivamente por los alemanes, austríacos, checoslovacos, rumanos, franceses, ingleses, americanos, japoneses, finlandeses, estonios y lituanos. En el interior del país, bloqueado por todas partes y consumido por el hambre, sólo había incesantes complots, levantamientos, actos terroristas, destrucciones de depósitos, de ferrocarriles y puentes. «El gobierno, que se había encargado de combatir al enemigo del exterior y el interior, no tenía dinero, ni ejército suficiente, en una palabra, no tenía nada, salvo una energía sin límites, un apoyo caluroso por parte de los elementos revolucionarios del país y la audacia de recurrir a todas las medidas para la salvación de la patria, cualesquiera que fuesen su arbitrariedad, ilegalidad y rudeza». En estos términos caracterizaba antaño Plejanov el gobierno de los... jacobinos» (19).

Ahora veamos la revolución que estalla en la segunda mitad del siglo XIX, en los Estados Unidos, país de la «democracia». Aunque se tratara de la abolición, no de la propiedad privada, sino de la trata de negros, las instituciones democráticas no fueron por ello menos incapaces de resolver el conflicto por vías pacíficas. Los Estados del Sur, derrotados en las elecciones presidenciales de 1860, habían decidido recobrar a cualquier precio la influencia que hasta entonces habían ejercido para el mantenimiento de la esclavitud de los negros. Al mismo tiempo que pronunciaban, como era la ley, discursos grandilocuentes sobre la libertad y la independencia, fomentaban la rebelión de los propietarios de esclavos. Ahí se originarán ineluctablemente todas las consecuencias ulteriores de la guerra civil. Desde que comenzó la lucha, a pesar del «habeas» corpus, el gobierno militar de Baltimore encerraba en el fuerte Mac Henry a muchos partidarios de la esclavitud. La cuestión de la legalidad o ilegalidad de estos actos era objeto de acaloradas discusiones entre los llamadas «altas autoridades». El juez de la Corte suprema, Teiney, declaró que el presidente de la República no tenía derecho ni a suspender la acción del habeas corpus ni a conferir en consecuencia semejantes poderes a las autoridades militares. «Tal es, según toda probabilidad, la solución normal de esta cuestión – dice uno de los primeros historiadores de la guerra americana-. Pero la situación era tan crítica y tan imperiosa la necesidad de tomar medidas radicales contra la población de Baltimore, que el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos reclamaban medidas más enérgicas» (20).

Los pocos objetos que necesitaba el Sur en rebelión le eran suministrados secretamente por los comerciantes del Norte. En estas condiciones, a los nordistas no les quedaba otra alternativa que recurrir a las represiones. El 6 de Agosto de 1861 fue ratificada por el presidente una ley del Congreso sobre la confiscación de la propiedad privada empleada para fines insurreccionales. El pueblo, representado por los elementos más democráticos, era partidario de las medidas extremas; el partido republicano tenía en el Norte una mayoría decisiva, y todos los sospechosos de secesionismo, esto es, de favorecer a los Estados disidentes del Sur, eran objeto de violencias. En algunas ciudades del Norte, y hasta en los Estados de la Nueva Inglaterra, que se vanagloriaban de su buen orden, la población asaltó en varias ocasiones las sedes de los periódicos que defendían a los partidarios de la esclavitud insurrectos, y rompió sus imprentas. No era raro ver a los editores insurrectos untados de alquitrán, envueltos en plumas y paseados por las calles en tal vestimenta hasta que consintieran en jurar fidelidad a la Unión. La personalidad del propietario de un plantío untado de alquitrán no tenía nada de común con «la cosa en sí», y el imperativo categórico de Kant sufrió en el curso de la guerra civil americana más de un golpe de esa índole. Pero eso no es todo. «Por su parte, el gobierno – nos refiere el mismo historiador – dictó también diversas medidas represivas contra las publicaciones que sostenían opiniones opuestas a las de la administración. Y la prensa americana, que había gozado hasta entonces de la mayor libertad, fue sometida a las autoridades tal como en las monarquías absolutas de Europa. La libertad de palabra corrió la misma suerte. Así, pues – continúa el coronel Fletcher –, al mismo tiempo, el pueblo americano se vio privado, en esa época, de la mayor parte de sus libertades. Es de hacer notar – añade como moralista – que *«la mayoría de la población absorbida por la guerra y tan profundamente dispuesta a realizar todos los sacrificios por alcanzar su fin que, lejos de lamentar la pérdida de sus libertades, parecía no darse cuenta de ello»*.

Los sanguinarios esclavistas del Sur y su turba desencadenada de criados, procedieron con un furor mucho más grande aún. «En todas partes – refiere el conde de París – donde se formaba una mayoría en favor de los propietarios de esclavos, la opinión pública se volvía terriblemente despótica frente a la minoría. A todos los que lamentaban la bandera nacional, se les obligaba a guardar silencio. Pero, muy pronto, esto no pareció bastar. Como ocurre en todas las revoluciones, se obligó a los indiferentes a que manifestaran su adhesión a la nueva causa. Aquellos que se negaban a ello eran abandonados al odio y la violencia del populacho... En todos los centros de la civilización naciente (Estados del sudoeste) se constituyeron Comités de vigilancia, integrados por todos los que se habían distinguido por su extremismo durante la lucha electoral... La taberna era el sitio ordinario de las reuniones, y, en ella, donde la orgía ruidosa se mezclaba con una miserable parodia de las formas soberanas de la justicia. Algunos energúmenos, sentados alrededor de una barra por la que corría el whisky, juzgaban a sus conciudadanos presentes y ausentes. El acusado, antes de ser interrogado, veía ya preparar la cuerda fatal. Y el que no comparecía ante el tribunal, sabía su condena al caer bajo la bala del verdugo oculto entre las malezas del

bosque....» Este cuadro evoca las escenas que ocurren a diario en las regiones donde operan Denikine, Koltchak, Youdenitch y demás campeones de la «democracia» franco-inglesa y americana.

Cómo se planteaba la cuestión del terrorismo bajo la Comuna, lo veremos más adelante. Sea como quiera, los esfuerzos que hace Kautsky por oponer la Comuna a nuestra revolución no tienen el menor fundamento y le obligan a recurrir a bien tristes contorsiones verbales.

Parece que deben considerarse las capturas de rehenes como «inherentes» al terrorismo de la guerra civil. Kautsky, adversario del terrorismo y de la captura de rehenes, es sin embargo defensor de la Comuna de París (es verdad que esta ocurrió hace cincuenta años). Sin embargo, la Comuna había tomado rehenes. Esto parece poner en aprietos a nuestro autor. Pero ¿para qué serviría la casuística si no fuese para estas circunstancias?

Los decretos de la Comuna sobre los rehenes y su ejecución como respuesta a las atrocidades de los versalleses, fueron motivados – según la profunda explicación de Kautsky – «por el deseo de conservar las vidas humanas y no de destruirlas» (21). ¡Admirable descubrimiento! No falta más que ensancharlo. Se puede y se debe hacer comprender que en tiempos de guerra civil exterminamos a los guardias blancos con el objeto de que ellos no exterminen a los trabajadores. Nuestro propósito, pues, no es suprimir vidas humanas, sino preservarlas. Pero, para preservarlas tenemos que combatir con las armas en la mano, y esto nos lleva a hacer destruir vidas humanas. Allí hay un enigma cuyo secreto dialéctico ha sido puesto en claro por el viejo Hegel, para no hablar de sabios que pertenecen a escuelas más antiguas.

La Comuna no hubiera podido sostenerse y afianzarse más que haciendo una guerra sin cuartel a los versalleses. Estos tenían un buen número de agentes en París. En guerra con las bandas de Thiers, la Comuna no podía hacer otra cosa que exterminar a los versalleses, tanto en el frente como en la retaguardia. Si su autoridad se hubiese extendido fuera de París, habría chocado – en el desarrollo de la guerra civil con el ejército de la Asamblea Nacional – con enemigos mucho más peligrosos, en el seno mismo de la población pacífica. La Comuna no hubiese podido, mientras combatía a los monárquicos, conceder la libertad de palabra a sus agentes en la retaguardia.

Kautsky, a pesar de todos los acontecimientos actuales, no entiende absolutamente nada de la guerra en general y de la guerra civil en particular. No logra comprender que todo partidario de Thiers en París no era sólo un simple «adversario» ideológico de los comunistas, sino un espía o agente de Thiers, un enemigo mortal que acechaba el momento para herirles a traición. Ahora bien, al enemigo se le debe poner en condiciones de que no pueda hacer daño, lo que, en tiempos de guerra, no puede traducirse más que por la supresión.

En la revolución, como en la guerra, se trata de quebrantar la voluntad del enemigo, de obligarle a capitular aceptando las condiciones del vencedor. La voluntad es, seguramente, un hecho de orden psicológico, pero, a diferencia de un mitin, de una reunión pública o de un congreso, la revolución persigue sus fines echando mano de medios materiales, aunque en menor medida que la guerra.

La burguesía misma conquistó el poder mediante una insurrección, y lo afianzó con la guerra civil. En tiempos de paz, lo conserva con ayuda de un instrumento de coerción bastante complejo. Mientras haya una sociedad de clases, basada en los antagonismos más profundos, el uso de la represión será indispensable para someter a la parte adversa.

Aunque la dictadura del proletariado naciese, en tal o cual país, en el seno de la democracia, la guerra civil no se habría evitado por esto. La cuestión de saber a quién pertenecerá el poder en el país, es decir, la vida o la muerte de la burguesía, se resolverá no por referencias a los artículos de la Constitución, sino recurriendo a todas las formas de violencia. Haga lo que quiera Kautsky para analizar el alimento del antropopithecus (ver las páginas 85 y siguientes de su libro (22)) y demás circunstancias próximas o remotas que le permitan determinar las causas de la crueldad humana, no hallará en la historia otro medio de quebrantar la voluntad de clase del enemigo que la utilización racional y enérgica de la fuerza.

El grado de violencia de la lucha depende de toda una serie de condiciones interiores e internacionales. Cuanto más obstinada y peligrosa sea la resistencia del enemigo de clase vencido, tanto más inevitablemente el sistema de coerción se transformará en sistema de terror.

Pero aquí Kautsky toma inesperadamente una nueva posición en la lucha contra el terrorismo soviético; finge ignorar la furiosa resistencia contrarrevolucionaria de la burguesía rusa. «No se ha observado – dice – semejante ferocidad en Petrogrado y Moscú en noviembre de 1917 y menos aún en Budapest recientemente» (23). A consecuencia de esta alegre manera de plantear la cuestión, el terrorismo resulta ser simplemente un producto del espíritu sanguinario de los bolcheviques, que rompen al mismo tiempo con las tradiciones del herbívoro antropopithecus y las lecciones de moral del «kautskismo».

La conquista del poder por los Soviets a principios de noviembre de 1917 se efectuó a costa de pérdidas insignificantes. La burguesía rusa se sentía de tal manera alejada de las masas populares, de tal modo impotente interiormente, tan comprometida con el destino de la guerra, tan desmoralizada por el régimen de Kerensky, que no se arriesgó, por decirlo así, a resistir. En Petersburgo, el gobierno de Kerensky fue derribado casi sin combate. En Moscú se prolongó la resistencia debido, sobre todo, al carácter indeciso de nuestras propias acciones. En la mayor parte de las capitales de provincia, el poder pasó a manos de los soviets, sólo con la llegada de un simple telegrama de Petersburgo o Moscú. Si las cosas no hubiesen pasado de ahí, no habría existido terror rojo. Pero

desde noviembre de 1917 fui testigo del comienzo de la resistencia por parte de los propietarios. Ciertamente que fue necesaria la intervención de los gobiernos imperialistas de Occidente para dar a la contrarrevolución esa confianza en sí mismos y a la resistencia una fuerza siempre creciente, lo que puede probarse por los hechos cotidianos secundarios o importantes que ocurrieron durante toda la revolución soviética.

El «Gran Cuartel General» de Kerensky sentía que no le apoyaban las masas de soldados. Estaba tan dispuesto a reconocer sin resistencia el poder soviético, que entraba en negociaciones con los alemanes para concertar el armisticio. A esto debía seguir una protesta de las misiones militares de la Entente, acompañada de amenazas directas. El GCG se asustó. Bajo la presión de los oficiales «aliados» entró en la vía de la resistencia, suscitando de este modo un conflicto armado y el asesinato del general Dounkhonine, jefe del Estado Mayor, por un grupo de marineros revolucionarios.

En Petersburgo, los agentes oficiales de la Entente, y muy especialmente la misión militar francesa, obrando de concierto con los socialistas revolucionarios y los mencheviques, organizaban abiertamente la resistencia desde el segundo día de la revolución. Movilizaron, armaron y dirigieron contra nosotros a los alumnos de las academias militares (junkers) y a la juventud burguesa en general. La asonada de los junkers del 10 de noviembre dejó cien veces más pérdidas que la revolución del 7 del mismo mes. La campaña aventurera de los Kerensky-Krassnov contra Petersburgo, provocada también por la Entente, debía, por supuesto, introducir en la lucha los primeros elementos de ensañamiento. El general Krassnov, sin embargo, fue puesto en libertad bajo palabra. La insurrección de Yaroslav (durante el verano de 1918), que costó tantas víctimas, fue organizada por Savinkof, bajo las órdenes y los costos de la Embajada de Francia. Arkhangel fue conquistado conforme al plan de los agentes militares y navales ingleses, con el concurso de los barcos de guerra y aeroplanos de la misma nación. La llegada de Koltchak, el hombre de las finanzas americanas, ha sido obra de las legiones extranjeras checoslovacas, a sueldo del gobierno francés, Kaledine y Krassnov (recordemos que éste último fue puesto en libertad por nosotros), primeros jefes de la contrarrevolución del Don, a quienes habíamos puesto en libertad, no pudieron obtener más que algunos éxitos parciales gracias a la ayuda financiera y militar de Alemania. En Ucrania, el poder soviético fue destruido a principios de 1918 por el militarismo alemán. El ejército contrarrevolucionario de Denikine fue creado con los recursos financieros y técnicos de Francia y la Gran Bretaña. Sólo con la esperanza de una intervención de Inglaterra y a consecuencia de su ayuda material, fue organizado el ejército de Youdenitch. Los políticos, diplomáticos y periodistas de los países de la Entente debaten con toda franqueza, desde hace dos años, la cuestión de saber si la guerra civil en Rusia es una empresa lo bastante ventajosa para que se la pueda financiar. Realmente hay que tener el cráneo tan duro como una piedra para buscar, en tales condiciones, las causas del carácter sangriento de la guerra civil en Rusia en la mala voluntad de los bolcheviques y no en la situación internacional.

El proletariado ruso ha sido el primero en tomar la vía de la revolución social, y la burguesía rusa, políticamente impotente, ha tenido la audacia de no permitir su expropiación política y económica, sólo porque veía en todas partes a sus hermanas primogénitas respaldándola con toda su potencia económica, política y, en cierta medida, militar.

Si nuestra revolución de octubre hubiese ocurrido algunos meses o incluso pocas semanas después de la conquista del poder por el proletariado en Alemania, Francia e Inglaterra, sin ningún género de dudas, nuestra revolución hubiera sido la más «pacífica», la menos «sangrienta» de las revoluciones posibles aquí en la Tierra. Pero este orden histórico – a primera vista el más «natural» y en todo caso el más ventajoso para la clase obrera rusa –, no ha sido violentado por culpa nuestra, sino por culpa de los acontecimientos: en lugar de ser el último, el proletariado ruso ha sido el primero. Precisamente esta circunstancia ha sido la que ha dado, después del primer período de confusión, ese carácter encarnizado a la resistencia de las antiguas clases dominantes de Rusia y la que ha obligado al proletariado ruso, en el momento de los mayores peligros, de las agresiones del exterior, de los complots y alzamientos en el interior, a recurrir a las crueles medidas del terror de Estado.

Nadie puede sostener actualmente que estas medidas hayan sido ineficaces. Pero ¿acaso se puede exigir que sean consideradas como... «inadmisibles»?

La tarea y el deber de la clase obrera, que se ha adueñado del poder tras una larga lucha, era fortalecerlo inquebrantablemente, asegurar definitivamente su dominación, cortar todo intento de golpe de Estado por parte de sus enemigos y otorgarse, por ello, la posibilidad de realizar las grandes reformas socialistas. No había otra razón para conquistar el poder. La revolución no implica «lógicamente» el terrorismo, así como tampoco implica «lógicamente» la insurrección armada. ¡Qué banalidad tan grandilocuente! Pero la revolución exige de la clase destinada a realizarla que ponga todos los medios a la obra para alcanzar sus fines; mediante la insurrección armada, si es preciso; con el terrorismo, si es necesario. La clase obrera que ha conquistado el poder con las armas en la mano debe deshacer por la violencia todas las tentativas encaminadas a arrebatárselo. Siempre que se halle en presencia de un ejército enemigo, ella lo afrontará con su propio ejército. Donde ella se vea confrontada a un atentado, un levantamiento, su represión será despiadada. ¿Es que tal vez Kautsky ha inventado otros procedimientos? ¿O reduce toda la cuestión al **grado** de represión y propondría en este caso que se recurriera al encarcelamiento en lugar de la pena de muerte?

La cuestión de las formas y del grado de la represión no es evidentemente una cuestión «de principio». Es un

problema de adaptación de los medios conforme a los fines. En una época revolucionaria, el partido que ha sido arrojado del poder, que no quiere admitir la estabilidad del partido que dirige y lo prueba sosteniendo una furiosa lucha contra él, no se dejará intimidar por la amenaza de encarcelamientos en cuya duración no cree. Sólo por este simple hecho decisivo se explica la frecuente aplicación de la pena de muerte en la guerra civil.

Pero ¿acaso quiere decir Kautsky que la pena de muerte no está en general conforme con el fin que se desea alcanzar, y que es imposible aterrorizar a las «clases»? Esto tampoco es verdad. El terror es impotente – y lo es sólo «en último extremo» – si es aplicado por la reacción contra la clase históricamente en ascenso. En cambio, el terror es eficaz contra la clase reaccionaria que no se decide a abandonar el campo de batalla. **La intimidación** es el medio más poderoso de acción política, tanto en la esfera internacional como en el interior de cada país. La guerra, como la Revolución, en la intimidación se basan. Una guerra victoriosa no extermina, por regla general, más que a una parte ínfima del ejército vencido, pero desmoraliza a las restantes y quebranta su voluntad. La revolución procede del mismo modo: mata a unos cuantos individuos, aterra a mil. En este sentido, el terror rojo no se diferencia en principio de la insurrección armada, de la que no es más que su continuación. Sólo puede condenar «moralmente» el terror de Estado de la clase revolucionaria aquel que repruebe por principio (de palabra) toda violencia en general. Pero para esto es preciso ser un cuáquero hipócrita.

«¿Cómo, entonces, podemos diferenciar vuestra táctica de la del zarismo?» – nos preguntan los pontífices del liberalismo y del «kautskismo».

¿No lo comprendéis, falsos devotos? Pues os lo explicaremos. El terror del zarismo estaba dirigido contra el proletariado. La gendarmería zarista estrangulaba a los trabajadores que luchaban por el régimen socialista. Nuestras Comisiones Extraordinarias fusilan a los grandes terratenientes, a los capitalistas, a los generales que intentan restablecer el régimen capitalista. ¿Percibís este... matiz? ¿Sí? Para nosotros, los comunistas, es por completo suficiente.

LA «LIBERTAD DE PRENSA»

Hay algo que inquieta particularmente a Kautsky, autor de un gran número de libros y artículos: se trata de la libertad de prensa. ¿Es admisible suprimir los periódicos?

En tiempos de guerra, todas las instituciones, órganos del poder gubernamental y de la opinión pública, se convierten directa o indirectamente en órganos para la dirección de la guerra. Esto ocurre en primer término con la prensa. Ningún gobierno empeñado en una guerra seria puede permitir la impresión en su territorio de publicaciones que abierta o solapadamente favorezcan al enemigo. Menos aún en período de guerra civil. La naturaleza de esta última es de tal suerte que ambos bandos tienen en la retaguardia de sus tropas poblaciones que hacen causa común con el enemigo. En la guerra, donde la muerte sanciona los éxitos y los fracasos, los agentes enemigos que se han introducido en la retaguardia de los ejércitos deben sufrir la pena de muerte. Ley inhumana sin duda alguna; pero nadie todavía ha considerado la guerra como una escuela de humanidad; mucho menos todavía, la guerra civil. ¿Puede exigirse en serio que durante la guerra con las bandas contrarrevolucionarias de Denikine, se permita que aparezcan sin dificultad en Petrogrado y Moscú las publicaciones que les defienden? Proponerlo en nombre de la «libertad» de prensa, equivaldría a exigir en nombre de la publicidad la publicación de secretos militares. «Una ciudad sitiada – escribía Arthur Arnould, partidario de la Comuna – no puede admitir ni que el deseo de verla capitular se exprese en su seno, ni que se excite a la traición a sus defensores, ni que se comuniquen al enemigo los movimientos de sus tropas. Así fue la situación de París durante la Comuna». Y tal ha sido la situación de la República soviética en estos dos años de existencia.

Escuchemos, no obstante, lo que dice Kautsky al respecto:

«La justificación de este sistema (se trata de la represión en materia de Prensa) descansa en la ingenua creencia de que existe una verdad absoluta (¡!) que sólo los comunistas detentan [¡¡!!]... Y agregando – continúa Kautsky – la creencia de que el resto de los escritores son embusteros por naturaleza [¡¡!!] y que sólo los comunistas son los fanáticos de la verdad [¡¡!!], mientras que, en realidad, en todos los campos se encuentran embusteros y fanáticos de lo que ellos consideran como verdad». Etcétera, etcétera, etcétera.

Así, para Kautsky, la revolución en su fase más aguda, cuando se trata de vida o muerte para las clases, sigue siendo como antaño una discusión literaria con el fin de establecer... la verdad. ¡Qué profundo es esto!... Nuestra «verdad» evidentemente no es absoluta. Pero como a la hora presente estamos vertiendo sangre en su nombre, no tenemos razón ni posibilidad alguna de entablar una discusión literaria sobre lo relativo de la verdad con los que nos «critican» haciendo uso de todo tipo de armas. Nuestra misión no consiste en castigar a los falaces y alentar a los justos de la prensa de todos los matices, sino exclusivamente en ahogar la mentira de clase de la burguesía y en asegurar el triunfo de la verdad de clase del proletariado – independientemente de que haya en los dos campos fanáticos y mendaces. «El poder soviético – sigue lamentándose Kautsky – ha destruido la única fuerza capaz de extirpar la corrupción: la libertad de prensa. El control ejercido por la libertad de prensa ilimitada hubiera sido el único medio de contener a los bandidos y aventureros, que inevitablemente querrán aprovecharse de todo poder

no limitado, no controlado...». Y así sucesivamente. ¡La prensa, arma segura contra la corrupción! Esta receta liberal suena muy triste cuando se piensa en los dos países de mayor «libertad» de prensa: América del Norte y Francia, que son exactamente los mismos donde la corrupción capitalista llega a su máxima expresión.

Alimentado por el chismorreo en desuso de las trastiendas políticas de la revolución rusa, Kautsky se imagina que, sin la libertad de los cadetes y mencheviques, el aparato soviético será carcomido por los «bandidos y aventureros». Tal era la voz de alarma de los mencheviques hace un año, un año y medio... A la hora presente, no se atreverían ni ellos mismos a repetirla. Gracias al control soviético y a la selección que hace sin cesar el partido en la atmósfera intensa de la lucha, el poder soviético ha dado buena cuenta de los bandidos y aventureros, que han reaparecido en el momento de la revolución, incomparablemente mejor que lo hubiera hecho en cualquier otro momento, sea el que fuere el género de poder.

Hacemos la guerra. Luchamos a vida y a muerte. La prensa no es el arma de una sociedad abstracta, sino de dos campos irreconciliables que combaten con las armas en la mano. Suprimimos la prensa de la contrarrevolución como destruimos sus posiciones fortificadas, sus depósitos, sus comunicaciones, sus servicios de espionaje. ¿Acaso nos privamos de las revelaciones de los cadetes y mencheviques sobre la corrupción de la clase obrera? Es posible, pero, en compensación, destruimos victoriosamente las bases de la corrupción capitalista.

Pero Kautsky va más lejos en la exposición de su tema: se queja de que cerramos los periódicos de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques y hasta de – lo que también ocurre – la detención de sus dirigentes. ¿Es que aquí no se trata de «matices» de opinión en el seno del proletariado o en el movimiento socialista? Nuestro pedante escolar, detrás de sus acostumbradas palabras, no ve los hechos. Los mencheviques y socialistas revolucionarios no constituyen para él más que tendencias dentro del socialismo, mientras que en el curso de la revolución se han transformado en organizaciones en estrecho contacto con los contrarrevolucionarios y que nos hacen una guerra abierta. El ejército de Koltchak ha sido formado por los socialistas revolucionarios (¡cuán falso y vacío suena hoy este nombre!) y sostenido por los mencheviques. En el frente norte, unos y otros combaten contra nosotros desde hace un año y medio. Los dirigentes mencheviques del Cáucaso, antiguos aliados de los Hohenzollern, aliados hoy de Lloyd George, detenían y fusilaban a los bolcheviques de perfecto acuerdo con los oficiales ingleses y alemanes. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios de la Rada de Kouban crearon el ejército de Denikine. Los mencheviques estonios, miembros del gobierno, han participado directamente en la última ofensiva de Youdenitch contra Petersburgo. He aquí de cuáles «tendencias» del socialismo se tratan. Kautsky cree que se puede estar en guerra declarada con los mencheviques y socialistas revolucionarios quienes, con ayuda de los ejércitos de Youdenitch, de Koltchak, de Denikine, creados gracias a su concurso, obran en contra nuestra, y conceder al mismo tiempo, en la retaguardia de nuestro frente, la libertad de prensa a estos «inocentes matices». Si el conflicto entre los socialistas revolucionarios y los mencheviques hubiese podido ser resuelto por la persuasión y el voto, es decir, si no estuviesen detrás los imperialismos rusos y extranjeros, no habría guerra civil.

Kautsky, naturalmente, está dispuesto a «condenar» (otra gota de tinta que se pierde) el bloqueo, y el apoyo otorgado a Denikine por la Entente, y el terror blanco. Pero desde la altura de su imparcialidad no puede dejar de encontrar circunstancias atenuantes a este último. El terror blanco, fíjense ustedes bien, no viola sus propios principios, mientras que los bolcheviques, al aplicar el terror rojo, violan el respeto al «carácter sagrado» de la vida humana, que ellos mismos proclaman... (24).

Lo que en la práctica significa el respeto al carácter sagrado de la vida humana y en qué se diferencia del mandamiento «No matarás», es lo que se abstiene de explicar Kautsky. Cuando un bandido levanta su cuchillo sobre un niño, ¿se puede matar al primero para salvar al segundo? ¿No es esto un atentado contra el «valor sagrado» de la vida humana? ¿Se puede matar a un bandido para salvar la propia vida? ¿Es admisible la insurrección de los esclavos contra sus amos? ¿Es aceptable que un hombre alcance la libertad a costa de la vida de sus carceleros? Si la vida humana es, en general, sagrada e inviolable, hay que renunciar a recurrir no sólo al terror, a la guerra, sino también a la revolución. Kautsky no se da cuenta de la significación contrarrevolucionaria del «principio» que trata de imponernos. Veremos, más adelante, cómo nos reprocha el haber concertado la paz de Brest-Litovsk. En su opinión, debíamos haber seguido la guerra. Pero entonces, ¿en qué se convierte el «carácter sagrado» de la vida humana? ¿Dejará de ser sagrada la vida cuando se trata de individuos que hablan otro idioma? ¿O considera Kautsky que los asesinatos en masa, organizados conforme a las reglas de la estrategia y la táctica modernas, no son asesinatos? A decir verdad, es difícil afirmar en nuestra época un principio más hipócrita e inepto. Mientras la fuerza de trabajo humana y, por consiguiente, la vida sea un artículo de comercio, de explotación y dilapidación, el principio del «carácter sagrado de la vida humana» no será sino la más infame de las mentiras, cuyo objeto es mantener a los esclavos bajo el yugo.

Hemos luchado contra la pena de muerte introducida por Kerensky, porque era aplicada por la Corte marcial del antiguo ejército contra los soldados que se negaban a continuar la guerra imperialista. Hemos arrancado este arma de manos de los antiguos Consejos de guerra. Hemos destruido estos mismos consejos de guerra, y disuelto los antiguos ejércitos que los habían creado. Al exterminar en el ejército rojo y en todo el país en general a los conspiradores revolucionarios, que trataban de restablecer el viejo régimen mediante la insurrección, el asesinato,

la desorganización, hemos actuado en conformidad con las férreas leyes de la guerra, una guerra en la cual queremos asegurar nuestra victoria.

Si se buscan las contradicciones formales, habrá que buscarlas principalmente en el terror blanco, arma de las clases que se consideran cristianas, que profesan la filosofía idealista y están firmemente convencidas de que la personalidad (la de ellos) es un fin en sí. Por lo que a nosotros se refiere, nunca hemos perdido el tiempo en las charlatanerías de los pastores kautskistas y de los cuáqueros vegetarianos acerca del «carácter sagrado» de la vida humana. Éramos revolucionarios en la oposición, ahora lo seguimos siendo en el poder. Para que la personalidad humana llegue a ser sagrada es necesario destruir primero el régimen social que la oprime. Y esta obra no puede realizarse más que a sangre y fuego.

Existe todavía otra diferencia entre el terror blanco y el terror rojo. El actual Kautsky lo ignora, pero para un marxista esta tiene una importancia capital. El terror blanco es el arma de una clase históricamente reaccionaria. Cuando nos dimos cuenta de la impotencia de la represión del Estado burgués contra el proletariado, también afirmábamos que mediante los arrestos y las represalias las clases dirigentes podían, bajo ciertas condiciones, retardar temporalmente el estallido de la revolución social. Pero estábamos convencidos de que no lograrían evitarlo. Nuestra certeza provenía de que el proletariado es una clase históricamente ascendente, y que la sociedad burguesa no puede desarrollarse sin aumentar las fuerzas del proletariado. La burguesía, en los momentos actuales, es una clase en decadencia. No sólo ha dejado de jugar el papel esencial en la producción, sino que destruye la economía nacional y la cultura humana. No obstante, la tenacidad histórica de la burguesía es colosal. Se aferra al poder y no quiere soltar prenda. De allí, amenaza con arrastrar en su caída a toda la sociedad. Hay que arrancarle el poder de las manos, y amputárselas para conseguirlo... El terror rojo es el arma empleada contra una clase condenada a perecer y que no se resigna a ello. Si el terror blanco sólo puede retardar la ascensión histórica del proletariado, el terror rojo no hace más que precipitar la muerte de la burguesía. En ciertas épocas la aceleración, que hace ganar tiempo, tiene una importancia decisiva. Sin el terror rojo, la burguesía rusa de concierto con la burguesía mundial, nos hubiera aplastado mucho antes del estallido de la revolución en Europa. Hay que ser ciego para no verlo, o un falsario para negarlo.

Quien concede importancia revolucionaria histórica a la existencia misma del poder soviético debe sancionar igualmente el terror rojo. Y Kautsky, después de haber emborronado montañas de papel contra el comunismo y el terrorismo de estos dos últimos años, se ve obligado a reconocer al final de su libro que el poder de los Soviets rusos representa actualmente el factor principal de la revolución mundial. «Piénsese como se piense de los métodos bolcheviques, el hecho de que en una gran nación no sólo haya ascendido al poder un gobierno proletario, sino que se haya mantenido en él durante más de dos años, en las más difíciles circunstancias, tiene que exaltar enormemente el sentimiento de su fuerza de las clases proletarias de todos los países. Con este hecho, los bolcheviques han hecho un favor inestimable a la causa de la revolución mundial» (25). Esta declaración nos sorprende profundamente, como el reconocimiento de una verdad histórica que sobreviene en el momento en que menos se esperaba. Al enfrentar al mundo capitalista coaligado, los bolcheviques han realizado una obra histórica considerable. No se han mantenido en el poder sólo por la fuerza de la idea, sino también por la fuerza de las armas. La confesión de Kautsky es la sanción involuntaria de los métodos del terror rojo y, al mismo tiempo, la más severa condena de sus propios procedimientos críticos.

LA INFLUENCIA DE LA GUERRA

Kautsky ve en la guerra, que endurece a la gente y vuelve insensible el espíritu de las masas, una de las causas del carácter sangriento de la lucha revolucionaria. Esto es indiscutible. Semejante estado de ánimo, con todas las consecuencias que de ella derivan, podía preverse ya en la época en que Kautsky no sabía todavía si debía votarse en pro o en contra de los créditos militares.

«El imperialismo ha roto a viva fuerza el equilibrio inestable de la sociedad – escribíamos hace unos cinco años en nuestro libro alemán *La Guerra y la Internacional*. Ha hecho saltar las esclusas por las cuales la socialdemocracia contenía el torrente de energía revolucionaria y lo ha canalizado en su cauce. Esta formidable experiencia histórica, que ha deshecho de un golpe la Internacional socialista, lleva en su seno, al mismo tiempo, un peligro mortal para la sociedad burguesa. Le ha retirado el martillo al obrero para sustituirlo por la espada. El obrero, los pies y las manos atados al engranaje de la economía capitalista, se ha encontrado de pronto alejado de su medio y aprende a colocar los fines de la colectividad por encima del bienestar doméstico y de la vida misma.

«Al tener en las manos las armas que él mismo ha forjado, se encuentra en una situación tal que la suerte política del Estado depende directamente de él. Los que normalmente lo oprimían y despreciaban, ahora lo halagan y buscan sus favores. Al mismo tiempo, aprende a conocer íntimamente los cañones, que, en opinión de Lassalle, constituyen una de las partes integrantes más importantes de la Constitución. Franquea los límites del Estado, toma parte en las requisiciones violentas, ve cambiar las ciudades de unas manos a otras bajo sus golpes. Se producen cambios que la anterior generación no había presenciado jamás.

«Si los obreros avanzados supiesen teóricamente que la fuerza es la madre del derecho, su forma política de pensar les llenaría, por supuesto, de un espíritu de posibilismo y de adaptación a la legalidad burguesa. Ahora, la clase obrera aprende a despreciar profundamente y a destruir por la violencia esta legalidad. Las fases estáticas de su psicología ceden su lugar a las fases dinámicas. Los pesados cañones han inculcado a la clase obrera la idea de que cuando no se puede esquivar un obstáculo, queda el recurso de romperlo. Casi todos los adultos pasan por la escuela de la guerra, terrible en su realismo social, creadora de un nuevo tipo humano.

«Encima de todas las normas de la sociedad burguesa – con su derecho, su moral y su religión – está suspendido hoy el puño de la férrea necesidad: «La necesidad carece de leyes», declaraba el Canciller alemán el 4 de Agosto de 1914. Los monarcas bajan a la plaza pública con un lenguaje de vendedor de pescado a acusarse de perfidia los unos a los otros. Los gobiernos pisotean las obligaciones que han contraído solemnemente, mientras que la Iglesia nacional, como un forzado, encadena su Dios y Señor al cañón nacional. «¿No es evidente que estas circunstancias deben provocar cambios muy profundos en la psiquis de la clase obrera, después de haberla curado radicalmente del hipnotismo de la legalidad, provocado por una época de estancamiento político? Las clases poseedoras, horrorizadas, habrán de convencerse pronto de ello. El proletariado, que ha pasado por la escuela de la guerra, al primer obstáculo serio que surja en su propio país, sentirá la necesidad de aprehender el lenguaje de la fuerza. «La necesidad carece de leyes» lanzará al rostro de los que traten de detenerlo con las leyes de la sociedad burguesa. Y las terribles necesidades económicas que se harán sentir durante esta guerra, sobre todo al final, incitarán a las masas a pisotear muchas, muchas leyes».

Todo esto es indiscutible. Pero hay que añadir que la guerra también ha ejercido gran influencia sobre la psicología de las clases dominantes; en la misma medida en que las masas se han vuelto exigentes, la burguesía se ha vuelto intratable.

En tiempos de paz, los capitalistas afianzaban sus intereses por el robo «pacífico» del asalariado. En tiempo de guerra, se han procurado estos mismos intereses haciendo exterminar multitudes de vidas humanas, lo que ha añadido a su espíritu de dominación un nuevo carácter «napoleónico». Durante la guerra, los capitalistas se han acostumbrado a enviar a la muerte a millones de esclavos, nacionales y coloniales, en nombre de los beneficios obtenidos de las minas, ferrocarriles, etc.

En el curso de la guerra han salido del seno de la alta, media y pequeña burguesía centenares de miles de oficiales, de combatientes profesionales, de hombres cuyo carácter, templado en la guerra, se ha librado de todas las conveniencias externas; en fin, de soldados calificados, dispuestos y capaces de defender con denuedo cercano – a su manera – al heroísmo, la situación privilegiada de la burguesía que los ha educado.

La revolución sería probablemente más humana si al proletariado se le hubiera ofrecido la posibilidad de «librarse de toda esta banda», como Marx decía. Pero el capitalismo, en el curso de la guerra, ha hecho caer sobre los trabajadores un fardo de deudas demasiado aplastante; ha arruinado tan profundamente las bases de la producción como para que no se pueda hablar en serio de esta liberación, a costa de la cual la burguesía pudiera resignarse a aceptar en silencio la revolución. Las masas han perdido mucha sangre; han sufrido por ello excesivamente, se han insensibilizado demasiado para tomar semejante decisión, la cual no podrían realizar económicamente.

Otros circunstancias que actúan en el mismo sentido vienen a añadirse a estas. La burguesía de los países vencidos, enfurecida por la derrota, tiende a hacer recaer la responsabilidad en los de abajo, sobre los obreros y campesinos que no han sido capaces de seguir «la gran guerra nacional» hasta la victoria. Desde este punto de vista, las explicaciones de una impudicia inaudita, dadas por Luddendorff en la comisión de la Asamblea Constituyente, son de lo más instructivo. Las bandas de Luddendorff arden del deseo revanchista de lavarse de la humillación sufrida en el exterior, con la sangre de su propio proletariado. En cuanto a la burguesía de los países victoriosos, llena de arrogancia, está más dispuesta que nunca a defender su situación social recurriendo a los métodos bestiales que le han dado la victoria. Hemos visto que la burguesía internacional se ha mostrado incapaz de organizar el reparto del botín sin guerras ni ruinas. ¿Puede ella, en general, renunciar sin combate al botín? La experiencia de los cinco últimos años no permite ninguna duda al respecto; si antes significaba la más pura utopía esperar que la expropiación de las clases poseedoras – gracias a la «democracia» – pasase inadvertida, pudiese realizarse sin dolor, sin alzamiento, sin colisiones armadas, sin tentativas de contrarrevolución y sin despiadadas represiones, hoy la situación que hemos heredado de la guerra imperialista no puede más que duplicar y triplicar el carácter despiadado de la guerra civil y de la dictadura del proletariado.

V

LA COMUNA DE PARÍS Y LA RUSIA DE LOS SOVIETS

«El breve episodio de la primera revolución realizada por el proletariado para el proletariado terminó por el triunfo de sus enemigos. Este episodio (del 18 de Marzo al 28 de mayo) duró setenta y dos días». (La Comuna de París del 18 de Marzo de 1871. P. L. Lavrov, Petrogrado. Edición de la librería «Goloss», 1919, pág. 160).

LA FALTA DE PREPARACIÓN DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS DE LA COMUNA

La Comuna de París de 1871 fue la primera tentativa histórica – débil aún – de dominación de la clase obrera. Nosotros veneramos el recuerdo de la Comuna a pesar de su experiencia demasiado limitada, de la falta de preparación de sus miembros, del carácter confuso de su programa, de la ausencia de unidad entre sus dirigentes, de la indecisión de sus proyectos, de la irremediable confusión en su ejecución y del espantoso desastre que fatalmente resultó de ella. Saludamos en la Comuna, para tomar la expresión de Lavrov, a «la aurora, aún pálida, de la primera República del proletariado». Kautsky no lo entiende así. Habiendo consagrado la mayor parte de su libro *Terrorismo y Comunismo* a establecer una diferencia groseramente tendenciosa, entre la Comuna y el poder soviético, en la que ve las cualidades predominantes de la Comuna allí donde nosotros vemos su desgracia y sus errores.

Kautsky se esmera en demostrar que la Comuna no fue «artificialmente» preparada; antes bien, ella surgió de improviso, tomando por sorpresa a los revolucionarios, mientras que la Revolución de Octubre, por el contrario, fue preparada minuciosamente por nuestro partido. Esto es indiscutible. Como no tiene el valor de formular con claridad sus ideas profundamente reaccionarias, Kautsky no nos dice con franqueza si los revolucionarios de París de 1871 merecen ser elogiados por no haber previsto la insurrección proletaria y por no estar preparados para ella, o si nosotros debemos ser condenados por haber previsto lo inevitable y por habernos adelantado conscientemente a los acontecimientos. Toda la exposición de Kautsky está escrita de manera que provoque precisamente la siguiente impresión en el espíritu del lector: Ha caído una desgracia sobre los partidarios de la Comuna (¿no manifestó un día su pesar el filisteo bávaro Volmar porque sus militantes en vez de irse a la cama tomaron el poder?), y es por esto que ellos merecen nuestra indulgencia; los bolcheviques sí fueron al encuentro de la desgracia (la conquista del poder) y eso no se les perdonará ni en este mundo ni en el otro. Plantear la cuestión de esta forma puede parecer increíblemente absurdo. Pero no por eso deja de ser menos cierto que es una consecuencia inevitable de la posición de los «independientes kautskistas», que meten la cabeza entre los hombros para no ver nada – ni prever nada – y que no pueden dar un paso adelante sin antes recibir un buen golpe en la espalda.

«La principal preocupación – escribe Kautsky – por parte de la Asamblea Nacional y de Thiers que venía de ser elegido por ella como jefe del Ejecutivo, fue la de humillar a París, quitarle su primacía de capital, su administración autónoma y, finalmente desarmarla para lanzar sin falla el golpe de Estado. De esta situación nació el conflicto que condujo a la insurrección parisina. Vemos hasta qué punto esta insurrección fue totalmente distinta al golpe de Estado realizado por el bolchevismo, que extraía su fuerza del deseo de paz, teniendo a sus espaldas la masa campesina; y, que en la Asamblea Nacional no tenía contra él a ningún monarquista, sino tan sólo a socialistas revolucionarios y mencheviques.

«Los bolcheviques alcanzaron el poder por una revolución sabiamente preparada, que los hizo dueños de una vez por todas de la maquinaria política, la que utilizaron del modo más enérgico y desconsiderado para desposeer política y económicamente a sus adversarios, incluyendo los que pertenecían al proletariado.

«En cambio, los más sorprendidos por la sublevación de la Comuna fueron los mismos revolucionarios. Y a una gran parte de ellos el conflicto se les vino encima cuando menos lo deseaban» (26).

Con el fin de que se forme una idea perfectamente clara del sentido real de lo dicho aquí por Kautsky, a propósito de los partidarios de la Comuna, aportaremos un testimonio muy interesante:

«El Primero de Marzo de 1871 - escribe Lavrov en su instructivo libro sobre la Comuna - esto es, seis meses después de la caída del Imperio y algunos días antes de la explosión de la Comuna – los dirigentes de la Internacional en París no tenían todavía un programa político definido». «Después del 18 de marzo – escribe este mismo autor – París estaba en manos del proletariado; pero sus líderes, desconcertados por su inesperado poder no tomaron las medidas más elementales» (27).

«No estáis a la altura de vuestro papel, y vuestra única preocupación es esquivar las responsabilidades», declaró un miembro del Comité Central de la Guardia Nacional. «Había en ello mucho de verdad – escribe Lissagaray, miembro e historiador de la Comuna – pero la falta de organización previa y de preparación, en el

momento mismo de la acción, obedece generalmente a que los roles incumben a hombres que no poseen la suficiente talla para desempeñarlos»(28).

Por lo que precede (más tarde aparecerá con más evidencia aún) ya resulta que la carencia de un programa de lucha directa en los socialistas parisinos para la conquista del poder se explica por su inconsistencia teórica y su desorientación política, y en modo alguno por consideraciones de táctica superiores.

Está fuera de duda que la fidelidad del mismo Kautsky a las tradiciones de la Comuna se manifestará sobre todo por la profunda sorpresa con que acogerá la revolución proletaria en Alemania, en la que él no ve más que un conflicto «que se le vino encima cuando menos lo deseaban». Nosotros dudamos, no obstante, que las generaciones futuras le honren por eso. La esencia misma de su analogía histórica no es más que una mezcla de confusiones, de reticencias y de trapacerías.

Las intenciones que abrigaba Thiers con respecto a París, las abrigaba también Milioukov, sostenido por Tchernov y Tsérételly, con respecto a Petersburgo. Todos, de Kornilov a Potressov, repetían a diario que Petersburgo se había aislado del país, que no tenían nada de común con éste, y que, depravado hasta la médula, quería imponer su voluntad a la nación. Desacreditar y rebajar a Petersburgo, tal era la tarea primordial de Milioukov y sus acólitos. Y esto ocurría en una época en que Petersburgo era el verdadero foco de la revolución que no había logrado afianzarse en ninguna otra parte del país. Para dar a la capital una lección, Rodzianko; expresidente de la Duma, hablaba francamente de entregar Petersburgo a los alemanes, como se había hecho con Riga. Rodzianko no hacía más que expresar lo que constituía el propósito de Milioukov, que Kerensky apoyaba con toda su política.

Miloukov, tomando el ejemplo de Thiers, quería desarmar al proletariado. Peor todavía fue cuando, gracias a Kerensky, Tchernov y Tsérételly, en julio de 1917, el proletariado petersburgués fue desarmado. Sin embargo, en agosto, durante la ofensiva de Kornilov contra Petersburgo, este había parcialmente recuperado las armas. Este rearmamento del proletariado fue un serio factor para la preparación de la revolución de octubre. Así, pues, los puntos sobre los cuales se basa Kautsky para oponer la insurrección de marzo de los obreros parisinos a nuestra revolución de octubre-noviembre, coinciden en gran medida.

¿Pero en qué se diferencian? Antes que nada, en que Thiers alcanzó sus siniestros propósitos: París fue estrangulada y en ella fueron asesinados decenas de miles de obreros, mientras que Milioukov fracasó lamentablemente: Petersburgo siguió en pie cual fortaleza inexpugnable del proletariado, y los jefes de la burguesía rusa se tuvieron que ir a Ucrania a solicitar la ocupación de Rusia por los ejércitos del Kaiser (Alemania). Esta diferencia evidentemente fue, en gran parte, culpa nuestra, y estamos dispuestos a afrontar la responsabilidad que ello suponga. Hay también una diferencia esencial, la cual se ha hecho sentir más de una vez en el curso ulterior de los acontecimientos, que consiste en el hecho de que mientras los partidarios de la Comuna de preferencia partían de consideraciones patrióticas, nosotros nos colocábamos invariablemente en el punto de vista de la revolución internacional. La victoria del poder soviético condujo a la fundación de la Tercera Internacional.

¡Pero Marx – en vísperas de la insurrección – aconsejaba a los miembros de la Comuna no sublevarse, sino crear una organización! En rigor se comprende que Kautsky aportase este testimonio para demostrar cómo se daba cuenta Marx de la gravedad de la situación en París. Mas Kautsky, como todos los mandarines de la socialdemocracia, ante todo, ve en la organización un medio para detener la acción revolucionaria.

Aunque nos limitemos al problema de la organización en sí, no se debe olvidar que la revolución de noviembre estuvo precedida por los nueve meses de existencia del gobierno de Kerensky, en el curso de los cuales nuestro partido se ocupó, no sin éxito, de labores no sólo de agitación, sino también de organización. La revolución de Octubre estalló después de que hubimos alcanzado una aplastante mayoría en los soviets de obreros y soldados de Petersburgo, de Moscú y, en general, de todos los centros industriales del país y transformado los soviets en potentes organizaciones dirigidas por nuestro partido. En fin, teníamos detrás de nosotros a la heroica Comuna de París, de cuya masacre habíamos deducido que es misión de los revolucionarios prever los acontecimientos y prepararse para recibirlos. He aquí, una vez más, otro de nuestros errores.

LA COMUNA DE PARÍS Y EL TERRORISMO

Kautsky no hace su vasta comparación entre la Comuna y el poder soviético más que para calumniar y menospreciar la viva y triunfante dictadura del proletariado, en favor de una tentativa de dictadura que remonta a un pasado ya remoto.

Kautsky cita con singular satisfacción una declaración del Comité Central de la Guardia Nacional, fechada el 19 de Marzo, sobre el asesinato de dos generales, Lecomte y Clément Thomas, cometido por los soldados: «*Lo decimos indignados. Es una mancha de sangre con la cual se quiere mancillar nuestro honor. Es una miserable calumnia. Nosotros no hemos ordenado nunca el crimen; la Guardia Nacional no ha participado en lo más mínimo en la perpetración del asesinato*» (29).

El Comité Central, naturalmente, no tenía por qué cargar con la responsabilidad de un asesinato en que no había participado absolutamente. Pero el tono patético y sentimental de la declaración caracteriza perfectamente la

timidez política de estos hombres ante la opinión pública burguesa. Esto no debe sorprendernos. Los representantes de la Guardia Nacional eran, en su mayoría, hombres con un pasado revolucionario muy modesto. *«No hay uno cuyo nombre sea conocido – escribe Lissagaray. Son pequeños burgueses, tenderos, empleados, ajenos a los grupos, reservados y extraños, en su mayoría, a la política».*

«Un sentimiento discreto, algo temeroso, de su terrible responsabilidad histórica y el deseo de substraerse a ella lo más pronto posible – escribe Lavrov a este respecto – se transparenta en todas las proclamas del Comité Central, en cuyas manos cayó el destino de París».

Después de haber citado, para que nos dé vergüenza, esta declaración sobre la efusión de sangre, Kautsky, como Marx y Engels, critica la indecisión de la Comuna: *«Si los parisinos hubiesen perseguido a Thiers, quizá hubiesen logrado apoderarse del gobierno. Las tropas que salían de París no hubieran ofrecido la menor resistencia... Pero Thiers pudo escapar sin dificultad. Se le permitió que se llevase sus tropas y que las reorganizara en Versalles, donde las reforzó y les insufló nuevos ánimos» (30).*

Kautsky no puede comprender que son los mismos hombres, y por las mismas causas, quienes publicaron la citada declaración del 19 de marzo y los que permitieron a Thiers que se retirara a salvo y reorganizara su ejército. Si los comunards hubieran vencido ejerciendo una influencia puramente moral, su declaración hubiera tenido una gran importancia. Pero no fue este el caso. En el fondo, su sentimentalismo humanitario no era más que el reverso de su pasividad revolucionaria. Los hombres a quienes les cayó prácticamente del cielo el gobierno de París y que no comprendieron la necesidad de servirse de él inmediatamente, y hasta sus últimas consecuencias, para lanzarse en persecución de Thiers, para aplastarlo totalmente antes de darle tiempo a que se repusiera, para concentrar las tropas a su cargo, para efectuar la limpieza necesaria en el cuerpo de mando, para apoderarse de la provincia; en fin, estos hombres, no podían, evidentemente, estar dispuestos a castigar con severidad a los elementos contrarrevolucionarios.

En la revolución, una humanidad más elevada equivale a una energía más elevada. *«Precisamente los hombres que conceden tanto valor a la vida humana, a la sangre humana – escribe atinadamente Lavrov – son los que deben hacer cuanto esté en sus manos por obtener una victoria rápida y decisiva, y actuar después con la mayor rapidez y energía posibles para someter al enemigo; pues sólo procediendo de este modo se puede tener el mínimo de pérdidas inevitables y de sangre derramada».*

La declaración del 19 de Marzo puede, no obstante, ser apreciada más exactamente si se considera, no como una profesión de fe absoluta, sino como la expresión de un estado de ánimo pasajero sobrevenido al día siguiente de una victoria inesperada, obtenida sin el menor derramamiento de sangre. Totalmente ajeno a la comprensión de la dinámica de la revolución y al estado de ánimo que se modifica rápidamente a consecuencia de las determinaciones internas, Kautsky piensa por medio de fórmulas muertas y deforma la perspectiva de los acontecimientos por medio de analogías arbitrarias. No comprende que esta generosa indecisión es, generalmente, propia de las masas en las primeras etapas de la revolución. Los obreros no pasan a la ofensiva más que bajo el imperio de la férrea necesidad, así como no establecen el terror rojo sino ante la amenaza de los asesinatos contrarrevolucionarios. Lo que Kautsky describe como el resultado de una moral elevada del proletariado parisino de 1871, no hace en realidad más que caracterizar la primera etapa de la guerra civil. Hechos parecidos se han observado igualmente entre nosotros.

En Petersburgo, conquistamos el poder en octubre-noviembre casi sin derramamiento de sangre y hasta sin detenciones. Los ministros del gobierno de Kerensky fueron puestos en libertad inmediatamente después de la revolución. Aún más, después de que el poder hubo pasado a manos del Soviet, el general cosaco Krassnov, que se había dirigido contra Petersburgo de acuerdo con Kerensky y había sido hecho prisionero en Gatchina, fue puesto en libertad, bajo palabra de honor, al día siguiente. «Magnanimidad» parecida a la que se ve en los primeros días de la Comuna. Pero, no por eso dejó de ser un error. El general Krassnov, después de haber combatido, en el sur, contra nosotros casi un año, después de haber asesinado a varios miles de comunistas, volvió a atacar recientemente Petersburgo; pero ahora en las filas del ejército de Youdenitch. La revolución proletaria se hizo más violenta después de la sublevación de los junkers en Petrogrado y, sobre todo, después de la rebelión de los checoslovacos, en la región del Volga, – tramada por los cadetes, los socialistas-revolucionarios y los mencheviques, – donde los comunistas fueron exterminados en masa – después vino el atentado contra Lenin, el asesinato de Ouritsky, etc., etc.

Estas mismas tendencias, aunque sólo en sus primeras fases, las observamos también en la historia de la Comuna.

Impulsada por la lógica de la lucha, esta entró en materia de principio por la vía de la intimidación. La creación del Comité de Salud Pública fue dictada, para muchos de sus partidarios, por la idea del terror rojo. Este Comité estaba destinado a «cortarle la cabeza a los traidores» y a «reprimir las traiciones» (sesiones del 30 de Abril y del 1° de Mayo). Entre los Decretos de «intimidación» conviene señalar la disposición (del 3 de Abril) sobre el secuestro de los bienes de Thiers y sus ministros, la demolición de su casa, el derrumbamiento de la columna Vendôme y, en especial, el Decreto sobre los rehenes. Por cada prisionero o partidario de la Comuna fusilado por los versalleses, debían fusilarse tres rehenes. Las medidas tomadas por la Prefectura de Policía, dirigida por Raoul Rigault, eran de carácter puramente terrorista, aunque no siempre conformes al fin perseguido.

La eficacia de todas estas medidas de intimidación fue sofocada por la inconsistencia y el espíritu de conciliación de los dirigentes de la Comuna, en su esfuerzo por hacer aceptar a la burguesía el estado de los hechos mediante frases vacías, por sus oscilaciones entre la ficción de la democracia y la realidad de la dictadura. Esta última idea ha sido admirablemente formulada por Lavrov en su libro sobre la Comuna: *«El París de los ricos y de los proletarios indigentes, de los contrastes sociales, en cuanto comunidad política, exigía en nombre de los principios liberales una completa libertad de palabra, de reunión, de crítica al gobierno, etc. El París que acababa de hacer la revolución en interés del proletariado y que se había comprometido a realizarla en las instituciones, reclamaba, en cuanto Comuna del proletariado obrero emancipado, medidas revolucionarias, es decir, dictatoriales, contra los enemigos del nuevo régimen»*.

Si la Comuna de París no hubiese caído, si hubiera podido sostenerse en una lucha ininterrumpida, se habría visto obligada, sin duda alguna, a recurrir a medidas con el tiempo más rigurosas para aplastar la contrarrevolución. Es verdad que, entonces, Kautsky no hubiera podido oponer los humanitarios comunards a los bolcheviques inhumanos. Pero, en cambio, tampoco Thiers hubiese podido cometer su monstruosa carnicería contra el proletariado de París. La historia, de todos modos, habría salido mejor parada.

EL COMITÉ CENTRAL ABSOLUTO Y LA COMUNA «DEMOCRÁTICA»

«El 19 de marzo – refiere Kautsky –, en la reunión del Comité Central de la Guardia Nacional, unos exigían marchar inmediatamente sobre Versalles; otros que se apelase a los electores para decidir, y más allá estaban los que llamaban a tomar medidas revolucionarias. Como si cada uno de estos pasos – según nos enseña nuestro autor con una gran profundidad de pensamiento – no hubiesen sido necesarios, y como si cada uno de ellos excluyese a los demás» (31).

En las líneas siguientes, que tratan de estos desacuerdos en el seno de la Comuna, veremos cómo Kautsky nos ofrece una serie de trivialidades sobre las relaciones recíprocas entre las reformas y la revolución. En realidad, la cuestión se planteaba así: si se quería tomar la ofensiva y marchar sobre Versalles sin perder un minuto, era necesario reorganizar inmediatamente la Guardia Nacional y poner al frente de ella a los elementos más combativos del proletariado parisino, lo que hubiese provocado un debilitamiento temporal de París en su posición revolucionaria. Pero organizar las elecciones en París, haciendo salir de sus muros a la élite de la clase obrera, hubiese causado un debilitamiento temporal de París desde el punto de vista revolucionario. Pero organizar las elecciones en París sacando de sus muros a la élite de la clase obrera hubiera sido absurdo desde el punto de vista del partido revolucionario. Es cierto que la marcha sobre Versalles y las elecciones en la Comuna no se contradecían en lo más mínimo teóricamente, pero en la práctica se excluían: para el éxito de las elecciones había que suspender la marcha sobre Versalles; para el éxito de ésta, era preciso suspender las elecciones. En fin, si se ponían en campaña, el proletariado se debilitaba provisionalmente en París, por lo que resultaba indispensable prepararse contra todas las posibilidades de sorpresas contrarrevolucionarias en la capital; pues Thiers no se habría detenido ante nada con tal de encender, a espaldas de los communards, el incendio de la reacción. «Era necesario establecer en la capital un régimen más militar; esto es, más riguroso. Los communards *«tenían que luchar – escribe Lavrov – contra una multitud de enemigos interiores que abundaban en París y que ayer mismo se sublevaron en los alrededores de la Bolsa y la plaza Vendôme, que tenían representantes suyos en la Guardia Nacional, que disponían de prensa, que organizaban reuniones, que mantenían relaciones con los versalleses a plena luz del día, y que se hacían cada vez más resueltos y audaces a cada nueva imprudencia o fracaso de la Comuna»*. Era también preciso tomar al mismo tiempo una serie de medidas de orden económico y financiero para atender, sobre todo, a las necesidades del ejército revolucionario. Todas estas medidas – las más indispensables de la dictadura revolucionaria – difícilmente hubieran podido armonizarse con una larga campaña electoral. Pero Kautsky no comprende absolutamente nada de lo que es de hecho una revolución. Cree que conciliar teóricamente significa realizar prácticamente.

El Comité Central había fijado las elecciones para el 22 de marzo, pero falto de confianza en sí mismo, horrorizado de su ilegalidad, queriendo obrar de acuerdo con una institución más «legal», entró en negociaciones, inútiles e interminables, con la asamblea, desprovista de autoridad, de los alcaldes y diputados de París, dispuesto a repartirse el poder con ella, aunque no fuese más que para llegar a un acuerdo. Así se perdió un tiempo precioso.

Marx, sobre el cual Kautsky trata siempre de apoyarse, conforme a un viejo hábito, no ha propuesto nunca que se eligiera la Comuna y se lanzara simultáneamente a los obreros a una campaña militar. En su carta a Kügelmann del 12 de abril de 1871, Marx escribía que el Comité Central de la Guardia Nacional había abandonado demasiado pronto sus poderes para dejar el campo libre a la Comuna (32). Kautsky, según sus propias palabras, «no comprende» esta opinión de Marx. La cosa, sin embargo, es bien sencilla. Marx se daba perfecta cuenta de que lo que debía hacerse no era correr tras la legalidad, sino dar un golpe mortal al enemigo. *«Si el Comité Central hubiese estado compuesto de verdaderos revolucionarios – dice con gran acierto Lavrov –, habría actuado en forma muy distinta. Jamás hubiera concedido diez días a sus enemigos antes de la elección y convocatoria de la Comuna, para que pudieran triunfar de nuevo en el momento en que los dirigentes del proletariado abandonaban su misión y no se creían con*

derecho a dirigir inmediatamente al proletariado. La total falta de preparación de los partidos populares originó entonces la creación de un Comité que consideraba obligatorios estos diez días de inacción».

Las aspiraciones del Comité Central, deseoso de entregar el poder lo más pronto posible a un gobierno «legal», estaban dictadas, menos por las supersticiones de una democracia formal, que, además, no hacían falta, que por el miedo a las responsabilidades. So pretexto de que no era más que una institución provisional, el Comité Central, aunque tenía en sus manos toda la maquinaria del poder, se negó a tomar las medidas más necesarias y urgentes. Pero la Comuna no volvió a conceder todo el poder político al Comité Central, que siguió, sin molestarse mucho, inmiscuyéndose en todos los asuntos. De donde resultó una dualidad de poderes sumamente peligrosa, sobre todo en lo tocante a la situación militar.

El 3 de mayo, el Comité envió a la Comuna una delegación que exigía que se le entregara de nuevo la dirección del ministerio de la Guerra. Como dice Lissagaray, fue planteada otra vez esta cuestión: «Si convenía disolver el Comité Central o detenerlo, o si era necesario volverle a conceder la dirección del ministerio de la Guerra». De un modo general se trataba, no de los principios de la democracia, sino de la ausencia de un programa de acción en ambas partes, y del deseo común, tanto a la organización revolucionaria absoluta, personificada en el Comité Central, como a la organización «democrática» de la Comuna, de que la parte opuesta cargara con las responsabilidades, no renunciando por ello enteramente al poder. No se puede decir que semejantes relaciones políticas sean dignas de imitación.

«Pero el Comité Central – así se consuela Kautsky – nunca intentó discutir el principio de que el poder supremo corresponde a los elegidos por sufragio universal... En este punto, pues, la Comuna de París fue lo contrario de la República de los Soviets» (33). No hubo en ella unidad de voluntad gubernamental, ni tampoco firmeza revolucionaria, pero sí dualidad de poder; y el resultado fue su cataclismo rápido y espantoso. En cambio – ¿no es esto suficiente consuelo? – no se atacó en lo más mínimo el «principio» de la democracia.

LA COMUNA DEMOCRÁTICA Y LA DICTADURA REVOLUCIONARIA

El camarada Lenin ha demostrado ya a Kautsky que pretender describir la Comuna como una democracia formal no es más que charlatanería teórica. La Comuna, tanto por las tradiciones como por los propósitos de quienes la dirigían – los blanquistas –, era la expresión de la dictadura revolucionaria de una ciudad sobre el país entero. Así ocurrió en la Gran Revolución francesa; lo mismo hubiera ocurrido en la revolución de 1871, si la Comuna no hubiera caído tan pronto. El hecho de que en el mismo París el poder fuese elegido sobre la base del sufragio universal, no excluye este otro hecho mucho más importante: la acción militar de la Comuna, de una ciudad, contra la Francia campesina; es decir, contra toda la nación. Para que el gran demócrata Kautsky pudiera estar con razón satisfecho, habría sido preciso que los revolucionarios de la Comuna hubieran consultado con antelación, por medio del sufragio universal, a toda la población francesa para saber si debían o no hacer la guerra a las bandas de Thiers.

En fin, en el mismo París, las elecciones se efectuaron después de la huida de la burguesía, partidaria de Thiers, o por lo menos de sus elementos más activos, y tras la evacuación de los ejércitos del orden. La burguesía que quedaba en París, a pesar de toda su impudicia, no dejaba de temer a los batallones revolucionarios, y bajo la impresión de este temor – presentimiento del inevitable terror rojo del porvenir – se celebraron las elecciones. Consolarse con que el Comité Central de la Guardia Nacional, bajo cuya dictadura – por desgracia, blanda e inconsistente – se efectuaron las elecciones, no haya atacado el principio de sufragio universal, es, en realidad, dar espadazos en el agua.

Multiplicando las comparaciones inútiles, Kautsky se aprovecha de que sus lectores ignoran los hechos. En noviembre de 1917 elegimos también en Petersburgo una Comuna (la Duma municipal) sobre la base del mismo sufragio «democrático», sin restricciones para la burguesía. En estas elecciones, a consecuencia del boicot que nos declararon los partidos burgueses, obtuvimos una aplastante mayoría. La Duma, elegida democráticamente, se sometió por su propia voluntad al Soviet de Petersburgo; es decir, creyó que el hecho de la dictadura del proletariado estaba muy por encima del «principio» del sufragio universal; y algún tiempo después se disolvía por iniciativa propia en favor de una de las Secciones del Soviet petersburgués. De este modo el Soviet de Petrogrado – verdadero padre del poder soviético – tiene, por gracia divina, una aureola «formalmente» democrática que no cede en nada a la de la Comuna de París.

En las elecciones del 26 de Marzo – escribe Kautsky – fueron elegidos noventa miembros de la Comuna, quince de los cuales pertenecían al partido del gobierno (Thiers) y otros seis eran radicales burgueses, que no por ser adversarios del gobierno, no dejaban de censurar la insurrección de los obreros parisinos.

«Una República soviética – señala nuestro autor – jamás hubiera permitido que semejantes elementos presentaran su candidatura, y menos aún que fuesen elegidos. Pero la Comuna, respetuosa como era de la democracia, en nada se opuso a la elección de sus adversarios burgueses» (34).

Ya hemos visto más arriba cómo Kautsky pasa lejos de la cuestión. En primer lugar, en la fase análoga del desarrollo de la revolución rusa, se han celebrado elecciones democráticas en el Municipio de Petersburgo, durante

las cuales el poder soviético dejó en plena libertad a los partidos; y si los cadetes, los socialistas revolucionarios y los mencheviques, que tenían su prensa, que invitaban abiertamente a la población a derribar el gobierno de los Soviets, boicotearon estas elecciones, fue exclusivamente porque entonces creían que iban a acabar pronto con nosotros por la fuerza de las armas. En segundo término, no había en la Comuna de París democracia que agrupara a todas las clases. No había lugar en ella para los diputados burgueses – conservadores, liberales, gambettistas.

«Casi todos estos individuos, escribe Lavrov, saldrán instantáneamente o no, del Consejo de la Comuna que, consciente o inconscientemente, completa o incompletamente, encarnaba sin discusión la revolución del proletariado y la tentativa, aunque débil, de crear las formas de una sociedad que hubiese estado en armonía con esa revolución» (35).

Si la burguesía petersburguesa no hubiera boicoteado las elecciones comunales, sus representantes habrían entrado en la Duma de Petersburgo. Hubiesen permanecido en ella hasta la primera insurrección de los socialistas revolucionarios y kadetes, después de la cual – con o sin el permiso de Kautsky – habrían sido probablemente detenidos, si no se hubieran ido de la Duma a tiempo, como hicieron en cierto momento los miembros burgueses de la Comuna de París. El curso de los acontecimientos habría sido el mismo, excepto algunos episodios que hubiesen ocurrido de otro modo. Glorificando la democracia de la Comuna y acusándola al mismo tiempo por haber carecido de audacia con respecto a Versalles, Kautsky no comprende que las elecciones comunales que se efectuaron con la ambigua participación de los alcaldes y diputados «legales», reflejaban la esperanza de llegar a un acuerdo pacífico con Versalles. Tal es, lamentablemente, el fondo de las cosas. Los dirigentes buscaban una alianza, no la lucha. Las masas no habían agotado aún sus ilusiones. Las pseudo-autoridades revolucionarias todavía no habían tenido tiempo de revelar su verdadera naturaleza. A todo esto se llamaba «democracia».

«Debemos dominar a nuestros enemigos por la fuerza moral...», preconizaba Vermorel. «No hay que atentar contra la libertad ni la vida del individuo...» Vermorel, que aspiraba a conjurar la «guerra civil», invitaba a la burguesía liberal – a la que antes tanto estigmatizara – a constituir un «poder regular, reconocido y respetado por toda la población parisina». El *Journal officiel*, publicado bajo la dirección del internacionalista Longuet, escribía: «El lamentable malentendido que, en las jornadas de junio [de 1848], armó a dos clases sociales una contra otra, no puede reproducirse más. Esta vez el antagonismo de clase contra clase dejaba de existir» (30 de marzo). Y más tarde: «En lo sucesivo ya no habrá discordia, porque nunca ha existido tan poco odio ni ha habido tan pocos antagonismos sociales» (3 de abril). En la sesión de la Comuna del 25 de Abril, no sin razón Jourde se vanaglorió de que «la Comuna no hubiera nunca atacado en lo más mínimo a la propiedad. Así creían ganarse la confianza de los medios burgueses y llegar a un acuerdo. «Estas reiteraciones – dice muy atinadamente Lavrov – no desarmaron en absoluto a los enemigos del proletariado, que sabían perfectamente la amenaza que suponía el triunfo de este último; al contrario, quitaron al proletariado toda energía combativa, y lo cegaron, como a propósito, en presencia de enemigos irreductibles» (29). Pero estas seguridades emolientes estaban indisolublemente ligadas a la ficción de la democracia. La forma de pseudo-legalidad hacía creer que la cuestión podía resolverse sin lucha. «Por lo que toca a las masas de la población – escribe un miembro de la Comuna, Arthur Arnould –, estaban convencidas, no sin razón, de la existencia de una inteligencia tácita con el gobierno». Los conciliadores, impotentes para atraerse a la burguesía, inducían a error al proletariado, como siempre.

Que en las condiciones de la guerra civil inevitable que empezaba ya, el parlamentarismo no expresaba más que la impotencia conciliadora de los grupos dirigentes, es lo que acredita del modo más evidente la forma insensata de las elecciones complementarias de la Comuna (16 de Abril). «En aquel momento, escribe Arthur Arnould, no sabíamos qué hacer del voto. La situación era trágica, hasta el extremo de que no se tenía ni el tiempo, ni la sangre fría necesarios para que las elecciones generales pudiesen dar el resultado apetecido. Todos los hombres fieles a la Comuna estaban en las fortificaciones, en los fuertes, en los puestos avanzados. El pueblo no concedía ninguna importancia a estas elecciones complementarias. En el fondo, no pasaban de ser más que parlamentarismo. No era aquel el momento de contar los electores, sino de tener soldados; no de saber si habíamos ganado o perdido en las simpatías de la opinión de París, sino de defender París contra los versalleses». Estas palabras hubieran podido hacer comprender a Kautsky por qué no es tan fácil combinar en la realidad la guerra de clase con una democracia que agrupe a todas las clases.

«La Comuna no es una Asamblea Constituyente – escribía Millière, una de las cabezas más finas de la Comuna, en su publicación – «es un Consejo de Guerra. No debe tener más que un fin: la victoria; un arma: la fuerza; una ley: la de la salud pública».

«Nunca pudieron comprender – escribe Lissagaray, acusando a los líderes – que la Comuna era una barricada y no una administración». No empezaron a darse cuenta sino al final cuando ya era demasiado tarde. Kautsky no lo ha comprendido aún. Y nada hace prever que pueda llegar algún día a comprenderlo.

* * *

La Comuna fue la negación viviente de la democracia formal, pues en su desarrollo significó la dictadura del París obrero sobre la nación campesina. Este hecho se impone a todos los demás. Cualesquiera que fuesen los

esfuerzos de los políticos rutinarios en el seno mismo de la Comuna para aferrarse al espejismo de la legalidad democrática, cada acción de la Comuna, insuficiente para la victoria, fue bastante para convencer de la ilegalidad de su naturaleza.

La Comuna, esto es, el Municipio parisino, abrogó la conscripción nacional. Tituló a su órgano oficial *Journal Officiel de la République Française*. Aunque tímidamente, puso las manos sobre la Banca de Francia. Proclamó la separación de la Iglesia y el Estado y suprimió el presupuesto de cultos. Entabló relaciones con las Embajadas extranjeras, etc., etc. Todo ello, en nombre de la dictadura del proletariado. Pero el demócrata Clémenceau, que todavía era bisoño, no quiso reconocer este derecho.

En la asamblea con el Comité Central declaró Clémenceau: «La insurrección resultó de origen ilegal. Pronto parecerá ridículo el Comité, y sus Decretos serán despreciables. Además, París no tiene derecho a sublevarse contra Francia, y debe aceptar absolutamente la autoridad de la Asamblea».

La tarea de la Comuna era la de disolver la Asamblea nacional. Por desgracia, no pudo conseguirlo. Y Kautsky, ahora, trata de buscar circunstancias atenuantes a sus criminales designios.

Arguye que los communards tenían adversarios monárquicos en la Asamblea Nacional, mientras que nosotros, en la Asamblea Constituyente, teníamos en contra a... socialistas: socialistas revolucionarios y mencheviques. ¡Esto es lo que puede llamarse un eclipse total del espíritu! Kautsky habla de los mencheviques y socialistas–revolucionarios, pero olvida al único enemigo serio: los cadetes. Precisamente ellos constituían nuestro partido «versallés» ruso; esto es, el bloque de los propietarios en nombre de la propiedad, y el profesor Milioukov parodiaba como mejor podía al «pequeño gran hombre» Thiers. Bien temprano – mucho tiempo antes de la revolución de la Revolución de Octubre –, Milioukov había empezado a buscar un Gallifet que creía haber encontrado, uno tras otro, en las personas de los generales Kornilof, Alexeiev, Kaledina, Krassnov; y después de que Koltchak hubo relegado a segundo término los partidos políticos y disuelto la Asamblea Constituyente, el partido cadete, único partido burgués serio, no sólo no le negó su apoyo, sino, que, por el contrario, le dispensó una simpatía aún mayor.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios no desempeñaron en Rusia ningún papel autónomo, como le ocurre también al partido de Kautsky durante los acontecimientos revolucionarios de Alemania. Habían basado toda su política en la coalición con los cadetes, prometiéndoles así una situación preponderante, que apenas correspondía a la correlación de fuerzas políticas. Los partidos eserista y menchevique no eran más que un aparato de transmisión, destinado a conquistar en los mítines y las elecciones la confianza política de las masas revolucionarias despertadas por la revolución, para beneficiar con ello al partido cadete imperialista y contrarrevolucionario, independientemente, claro está, del resultado de las elecciones. La dependencia de la **mayoría** menchevique y eserista con respecto a la **minoría** cadete, no era más que una burla apenas velada de la idea de «democracia». Pero hay más. En todas partes donde el régimen «democrático» subsistía lo suficiente, sobrevenía inevitablemente un golpe de Estado contrarrevolucionario que acababa con ello. Así ocurrió en Ucrania, donde la Rada democrática, que había vendido al imperialismo alemán el poder soviético, se vio deshecha a su vez por la Monarquía de Skoropadsky. Así ocurrió – y es la experiencia más importante de nuestra «democracia» – en Siberia, donde la Asamblea Constituyente, oficialmente gobernada por los eseristas y mencheviques – a causa de la ausencia de los bolcheviques –, y dirigida de hecho por los cadetes, provocó la dictadura del almirante zarista Koltchak. Así ocurrió en el Norte, donde los miembros de la Constituyente, personificada por el Gobierno del eserista Tchaïkovsky, no fueron más que figurones en presencia de los cuales actuaban los generales contrarrevolucionarios rusos e ingleses. En todos los pequeños gobiernos limítrofes ocurrió u ocurre lo mismo: en Finlandia, en Estonia, en Lituania, en Polonia, en Georgia, en Armenia, donde, bajo el pabellón formal de la democracia, se afianza el régimen de los propietarios, de los capitalistas y del militarismo extranjero.

EL OBRERO PARISINO DE 1871 EL PROLETARIO PETERBURGUÉS DE 1917

Uno de los paralelos más vulgares, injustificables y políticamente vergonzosos, trazado por Kautsky entre la Comuna y la Rusia soviética, es el que se refiere al carácter del obrero parisino de 1871 y del proletario ruso de 1917–1919. Kautsky nos describe al primero como un revolucionario entusiasta, capaz de la más elevada abnegación, mientras que al segundo nos lo presenta como un egoísta, un aprovechado, un anarquista espontáneo.

El obrero parisino tiene detrás suyo todo un pasado perfectamente definido para necesitar de recomendaciones revolucionarias, o para tener que defenderse de las alabanzas del actual Kautsky. Con todo, el proletariado de Petersburgo no tiene ni puede tener por qué renunciar a compararse con su hermano mayor. Los tres años de lucha ininterrumpida de los obreros petersburgueses, primero por la conquista del poder, luego por su mantenimiento y afianzamiento, en medio de sufrimientos como no se han visto nunca, a pesar del hambre, del frío, de los peligros constantes, constituyen un hecho excepcional en los anales del heroísmo y la abnegación colectivos. Kautsky,

como demostramos, toma a los elementos más oscuros del proletariado ruso, para compararlos con la élite de los communards. En nada se distingue, en este punto, de los sicofantes burgueses para los cuales los muertos de la Comuna son muchísimo más atractivos que los vivos.

El proletariado petersburgués tomó el poder cuarenta y cinco años después que los obreros de París. Este lapso de tiempo nos ha dotado de una inmensa superioridad. El carácter pequeño-burgués y artesano del viejo París y, en parte, del nuevo, es totalmente ajeno a Petersburgo, centro de la industria más concentrada del mundo. Esta última circunstancia nos ha facilitado considerablemente la alborada de agitación y organización y el establecimiento del régimen de los Soviets.

Nuestro proletariado está muy lejos de poseer las ricas tradiciones del proletariado francés. Pero, en cambio, en los primeros días de la revolución presente, el recuerdo de la gran experiencia fracasada de 1905, estaba todavía vivo en la memoria de la generación actual, que no olvidaba el deber de venganza que le habían legado.

Los obreros rusos no han pasado, como los franceses, por la larga escuela de la democracia y del parlamentarismo que, en ciertas épocas, ha sido un factor importante para la cultura política del proletariado. Pero, por otro lado, la amargura de las decepciones y el veneno del escepticismo (que paralizan la voluntad revolucionaria del proletariado francés, hasta una hora que esperamos próxima) no habían tenido tiempo de infiltrarse en el alma de la clase obrera rusa.

La Comuna de París sufrió una derrota militar antes de que surgieran, en toda su magnitud, los problemas económicos. A pesar de las excelentes cualidades guerreras de los trabajadores parisinos, la situación militar de la Comuna se volvió pronto desesperada: la indecisión y el espíritu de conciliación de las esferas superiores habían engendrado la disgregación de las capas inferiores.

Se pagaba el sueldo de guardia nacional a 162 mil soldados rasos y 6.500 oficiales; pero el número de los que realmente combatían, sobre todo después de la salida infructuosa del 3 de Abril, oscilaba entre 20 y 30 mil soldados.

Estos hechos no comprometen en lo más mínimo el valor de los obreros parisinos, ni dan a nadie derecho a considerarlos como desertores, aunque los casos de deserción no faltaran. La capacidad guerrera de un ejército requiere sobre todo la existencia de un organismo director regular y centralizado. Los communards no tenían siquiera la más pequeña idea de ello.

El Departamento de guerra de la Comuna ocupaba, según la expresión de un autor, una cámara sombría donde todo el mundo se atropellaba. El despacho del ministro estaba lleno de oficiales, de guardias nacionales que exigían ora pertrechos militares, ora provisiones, o que se quejaban de que no se les relevase. Allí se les mandaba que fueran a ver al comandante de la plaza.

«Algunos batallones, escribe Lissagaray, permanecían en las trincheras de veinte a treinta días, desprovistos de todo lo necesario, mientras otros estaban siempre de reserva (...). Este abandono mató muy pronto toda disciplina. Los más valientes sólo querían depender de sí mismos; los demás se sustrayeron del servicio. Los oficiales hacían otro tanto; unos se iban de sus puestos para correr en auxilio del compañero expuesto al fuego del enemigo; otros abandonaban simplemente»... (36). Semejante régimen no podía seguir impune. La Comuna fue ahogada en sangre. Pero halláis en Kautsky un consuelo, único en su género: «Nunca la guerra – dice, meneando la cabeza – ha sido el fuerte del proletariado» (37). Este aforismo, digno de Pangloss, está a la altura de otra sentencia de Kautsky, a saber: que la Internacional no es un arma de épocas de guerra, sino por naturaleza «un instrumento de paz». Todo el Kautsky de hoy se resume en el fondo en esos dos aforismos, cuyo valor apenas es superior al cero absoluto. Nunca ha sido la guerra, ya ven ustedes, el fuerte del proletariado; dado que la Internacional no ha sido creada para un período de guerra. El barco de Kautsky ha sido construido para navegar sobre las aguas mansas de los bahías y los estanques, no para afrontar la plena mar y las épocas agitadas. Si empieza a hacer agua y a irse a pique, lo fuerte sin disputa es la tempestad, son los elementos, la inmensidad de las olas y toda una serie de circunstancias imprevistas a las que no destinaba Kautsky su magnífico instrumento.

El proletariado internacional se ha impuesto como tarea conquistar el poder. Sea o no la guerra civil «en general» uno de los atributos indispensables de la revolución «en general», de todos modos, es indiscutible que el movimiento liberador del proletariado, en Rusia, en Alemania y en determinadas partes de la antigua Austria–Hungría, ha revestido la forma de una guerra civil a muerte, y no sólo en los frentes del interior, sino en los frentes exteriores. Si la guerra no es el fuerte del proletariado y si la Internacional obrera no vale más que para las épocas pacíficas, hay que hacer una cruz sobre la revolución y el socialismo, pues la guerra es uno de los **fuertes** del gobierno capitalista, que, con toda seguridad, no permitirá que el obrero conquiste el poder **sin guerra**. Ya sólo falta considerar lo que se llama «democracia socialista» como un parásito de la sociedad capitalista y del parlamentarismo burgués; es decir, sancionar claramente lo que hacen en política los Ebert, los Scheidemann, los Renaudel y aquello contra lo cual creemos que Kautsky se levanta todavía.

La guerra no era el fuerte de la Comuna. Por esta razón fue aplastada. ¡Y cuán despiadadamente!

Hay que remontarse –escribía en su tiempo el escritor liberal moderado Fiaux – a las proscripciones de Sila, de Antonio y de Octavio para encontrar asesinatos parecidos en la historia de las naciones civilizadas; las guerras religiosas bajo los últimos Valois, la noche de Saint–Barthélemy, la época del Terror de la Revolución francesa, no eran, en comparación, más que juegos de niños. Sólo en la última semana de mayo se levantaron en París 17.000

cadáveres de federados insurrectos... El 15 de junio se seguía matando todavía» (38).

¿«La guerra, en general, nunca ha sido el fuerte del proletariado»? ¡Nada más falso! Los obreros rusos han demostrado que son capaces de dominar también la «máquina guerrera». Esto significa un enorme progreso sobre la Comuna. No es una abjuración de la Comuna – pues la tradición de la Comuna no es su impotencia –, sino la prosecución de su obra. La Comuna era débil. Para llevar a cabo su misión, nosotros nos hemos hecho fuertes. La Comuna fue aplastada. Nosotros asestamos golpe tras golpe a sus verdugos, la vengamos y tomamos el desquite.

* * *

De los 168.500 guardias nacionales que cobraban su sueldo, 20 o 30.000 iban al combate. Estas cifras son materia interesante que sirve para las deducciones que pueden sacarse del papel de la democracia formal en un período revolucionario. La suerte de la Comuna no se decidió en las elecciones, sino en los combates contra los ejércitos de Thiers. Los 168.500 guardias nacionales representaban la masa principal de los electores. Pero, de hecho, fueron estos 20 o 30.000 hombres – la minoría más abnegada y luchadora – los que trazaron en los combates los destinos de la Comuna. Esta minoría no era una cosa aparte, no hacía más que expresar con más valor y abnegación la voluntad de la mayoría. Pero, de todos modos, no pasaba de ser la minoría. Los demás guardias nacionales, que se ocultaron en el momento crítico, no eran adversarios de la Comuna; al contrario, la defendían activa o pasivamente, pero eran menos conscientes, menos resueltos. En el escenario de la democracia política, la inferioridad de su sentido social hizo posible la ilusión de los aventureros y de los caballeros de la industria, de los parlamentarios pequeño-burgueses y de los tontos honrados que se engañaban a sí mismos. Pero cuando se vio que se trataba de una franca guerra de clases, siguieron, en mayor o menor grado, a la abnegada minoría. Esta situación encontró su expresión en la creación de la Guardia Nacional. Si la existencia de la Comuna se hubiese prolongado, las relaciones recíprocas entre la vanguardia y la masa del proletariado se habrían afianzado cada vez más. Y la organización que se hubiese constituido y consolidado en el proceso de una lucha declarada, se habría convertido, en cuanto organización de las masas laboriosas, en el órgano de su dictadura, en el **Soviet de los diputados** del proletariado en armas.

VI

MARX Y... KAUTSKY

Kautsky rechaza desdeñosamente la opinión de Marx sobre el terror, expuesta por éste en la *Nueva Gaceta del Rin* (39). En aquel tiempo Marx era demasiado «joven» – vean ustedes – (es Kautsky quien nos lo hace notar); sus opiniones, pues, no habían tenido tiempo de suavizarse, no experimentaban todavía, diremos nosotros, ese reblandecimiento general característico que se observa en cierto número de teóricos cuando llega a los setenta años. Para establecer un contraste con el Marx de 1841–1849, que estaba a la sazón en todo su apogeo (¡era el autor del Manifiesto Comunista!), Kautsky prefiere citar al Marx de la madurez, al contemporáneo de la Comuna; bajo la pluma de Kautsky, este buen Marx, despojado por otra parte de su blanca melena de viejo león, nos aparece como un razonador venerable, devotamente inclinado ante los altares de la democracia, que nos lanza un juramento sobre la sagrada inviolabilidad de la vida humana y habla con todo el respeto debido de la política seductora de Scheidemann, de Vandervelde y, sobre todo, de su sobrino Jean Longuet. En una palabra, llegado a la sabiduría por la experiencia, Marx no es más que un bravo y honrado partidario de Kautsky.

De la inmortal **Guerra civil en Francia** (40), cuyas páginas cobran vida con particular intensidad en nuestra época, Kautsky no cita más que un pequeño número de líneas – aquellas en las cuales el profundo teórico de la revolución social traza un paralelo entre la generosidad de los communards y la ferocidad burguesa de los versalleses. Estas líneas han sido vaciadas de su contenido por Kautsky, que no les ha dado más que un sentido general. ¡Marx, predicador de una caridad abstracta, apóstol de la filantropía universal! Cualquiera diría que se trata de Buda o de Tolstoi... Para reaccionar contra una campaña de calumnias internacionales que trataba de presentar a los communards – a los defensores y mujeres de la Comuna – como seres prostituidos; contra estas infames calumnias que atribuían a los vencidos rasgos de salvajismo, fruto de la imaginación pervertida de los burgueses triunfadores – Marx daba a conocer y subrayaba algunos actos de clemencia y de grandeza de alma, que, a decir verdad, no eran generalmente sino las consecuencias lamentables de su indeterminación. Se concibe, por lo demás, que Marx haya procedido así: Marx era Marx. No era ni un vulgar pedante ni el procurador de la revolución: al trazar un análisis puramente científico del valor de la Comuna, sabía hacer de paso una apología de la Revolución. No se contentaba con explicar y criticar; defendía, combatía también. Pero cuando hacía resaltar la clemencia de la Comuna que había perdido la partida, no tenía duda alguna sobre las medidas que para ganar esta misma partida habría de tomar una futura Comuna para no sucumbir.

El autor de la *Guerra Civil en Francia* acusa al Comité Central, que era entonces lo que hoy llamaríamos el Soviet de los diputados de la Guardia Nacional, de haber cedido el puesto prematuramente a la Comuna nombrada por elección. Kautsky «no comprende» las razones de esta invectiva. Esta concienzuda incomprensión es un síntoma particular del embotamiento en que ha caído Kautsky con respecto a los problemas de la revolución en general. La dirección de la Comuna, según Marx, debía corresponder a un órgano puramente de combate, que habría sido el centro de la insurrección y de las operaciones militares contra los versalleses, y no a la organización autónoma de la democracia obrera. Su rol vendría más tarde.

Marx acusa a la Comuna de no haber pasado inmediatamente a la ofensiva contra Versalles, de haberse mantenido a la defensiva, que siempre da la impresión de ser «más humana» y la posibilidad de apelar a la ley moral y al carácter sagrado de la vida humana, pero que, en épocas de guerra civil, nunca conduce a la victoria. Marx no deseaba otra cosa que la victoria de la revolución. En ninguna parte habla de anteponer el principio de la democracia por encima de los intereses de la lucha de clase. Al contrario, con ese profundo desprecio que caracteriza en él al revolucionario y comunista, Marx – no el joven redactor de la *Gaceta del Rin*, sino el espíritu maduro, el autor de *Das Kapital*, en suma, el Marx potente de la melena leonina no sometida aún a los barberos de la escuela de Kautsky – nos habla, con profundo desprecio, de «la atmósfera artificial del parlamentarismo» ¡en donde los pequeños de talla y de espíritu como Thiers cobran aires de gigantes! Estas páginas de *La Guerra Civil en Francia*, después de la árida, pedantesca y mezquina argumentación del folleto de Kautsky, nos traen el mistral refrescante de una tempestad.

A pesar de las calumnias de Kautsky, Marx no participa en modo alguno de la opinión que sostiene a la democracia por última palabra, la palabra absoluta y suprema de la historia. El desarrollo de la sociedad burguesa, desde que surgió la democracia contemporánea, no constituye en modo alguno la democratización gradual con que soñara antes de la guerra el más grande utopista socialista de la democracia, Jean Jaurés; la misma con que sueña ahora el más sabio de todos los pedantes, Karl Kautsky. Marx considera el imperio de Napoleón III como «la única forma de gobierno posible en una época en que la burguesía ha perdido la capacidad de gobernar la nación, y en que la clase obrera todavía no ha adquirido esta capacidad» (41). Así, pues, no es la democracia, sino el bonapartismo lo que, desde el punto de vista de Marx, representa la forma final que asume el poder de la burguesía. Los que se atienen a la letra, los escolásticos, dirán que Marx se equivocaba, pues el imperio de Bonaparte fue

substituido por la ya cincuentenaria «República democrática». Pero Marx no se equivocaba; en el fondo tenía razón. La Tercera República fue la época de la descomposición total de la democracia. El bonapartismo halló en la república bursátil de Poincaré y Clemenceau una expresión más acabada que la que había encontrado en el segundo imperio. Era cierto que la Tercera República no portaba la corona imperial, pero, en contrapartida, sobre ella velaba la sombra del zar de Rusia.

En su apreciación de la Comuna, Marx evita cuidadosamente el empleo de la terminología democrática – moneda deteriorada por su largo y excesivo uso. «La Comuna era – escribe Marx – una institución no parlamentaria, un centro nervioso que ejercía al mismo tiempo las funciones ejecutivas y legislativas» (42). Lo que Marx estima por encima de todo, no es la forma democrática de la Comuna, sino su esencia de clase. Como se sabe, la Comuna había suprimido la policía y el ejército regular, y decretado la expropiación de los bienes eclesiásticos; e hizo todo esto valiéndose de la autoridad revolucionaria-dictatorial de París, sin la aprobación de la democracia nacional que, durante ese período, si nos atenemos a las formas establecidas, hallaba una expresión mucho más «legal» en la Asamblea Nacional de Thiers. Pero la revolución no se hace con votos. «La Asamblea Nacional – dice Marx – no era más que un incidente en esta revolución, cuyo verdadera encarnación seguía siendo el París armado». ¡Qué lejos está todo esto del formalismo democrático!

«Hubiera bastado que el régimen de los partidarios de la Comuna – continúa Marx – se estableciera en París y en los centros secundarios, para obligar al antiguo gobierno central a ceder el puesto, también en las provincias, al **autogobierno de los productores mismos**» (43). La tarea del París revolucionario consistía, pues, según Marx, no en pedir para su victoria la aprobación de una Asamblea Constituyente que mudaba todo el tiempo de opinión, sino en cubrir toda Francia de una red centralizada de comunas, basadas no en los principios superficiales de la democracia, sino el gobierno auténtico de los productores dirigido por ellos mismos.

Kautsky ha reprochado a la Comuna soviética la multiplicidad de grados de su sistema electoral, opuesta a las reglas de la democracia burguesa. Marx caracteriza la estructura de la Francia obrera esbozada del modo siguiente: «Las comunas rurales de cada distrito debían administrar sus asuntos comunes por medio de una asamblea autorizada de delegados a la cabeza del distrito; y estas asambleas de distritos debían, a su vez, estar representadas por sus diputados enviados a París a la Asamblea Nacional» (44).

Como se ve, a Marx no le molestaba en nada la multiplicidad de grados del sistema electoral cuando se trataba de organizar el estado proletario en sí. En el cuadro de la democracia burguesa, esta multiplicidad de grados oscurece las líneas distintivas de los partidos y las clases. Pero en el sistema de «auto-gobierno de los productores», esto es, en el Estado de clase proletario, la multiplicidad de grados no es una cuestión de política, sino de técnica de «autogobierno» que, con ciertas restricciones, puede ofrecer ventajas análogas a las que ya tiene en el dominio de la organización sindical.

Los filisteos de la democracia se indignan al ver la desigualdad que existe entre los obreros y campesinos en lo que toca al derecho de estar representados, desigualdad que en la Constitución de los soviets hace patente la diferencia de los papeles que desempeñan la ciudad y el campo en la revolución. Marx escribe: «La Constitución comunal quería que los productores del campo estuvieran subordinados a la dirección intelectual de los jefes de la cabeza de distrito y asegurarles en la persona de los obreros de la ciudad la representación de sus intereses» (45). En efecto, no se trata de decretar sobre el papel la igualdad del campesino y el obrero, sino de poner aquél al nivel intelectual de éste. Todas las cuestiones referentes al Estado proletario son estudiadas por Marx desde el punto de vista de la dinámica revolucionaria de las fuerzas vivas, no como un juego de sombras chinescas sobre la pantalla de feria del parlamentarismo.

Kautsky llega al punto crítico de su decadencia intelectual, negando el poder soberano de los soviets obreros, so pretexto de que no existe distinción jurídica entre el proletariado y la burguesía. Kautsky deduce la arbitrariedad de la dictadura soviética por el hecho de no estar establecidas legalmente las distinciones sociales. Marx dice exactamente lo contrario: «La Comuna era una forma de gobierno siempre capaz de expandirse, mientras que todas las formas gubernamentales que la habían precedido eran esencialmente represivas. Su verdadero secreto era simple: representaba esencialmente el **gobierno de la clase obrera**, el resultado de la lucha sostenida por la clase de los productores contra la clase de los usurpadores, la forma política tanto tiempo buscada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo» (46). Ese es el secreto de la Comuna que, esencialmente, era el gobierno de la clase obrera. Este secreto explicado por Marx, permanece hoy todavía para Kautsky como un secreto guardado bajo siete sellos.

Los fariseos de la democracia hablan con indignación de las represiones ejercidas por el poder soviético, de la suspensión de los periódicos, de los arrestos y las ejecuciones. Marx replica «a las bajas ofensas de los lacayos de la prensa» y a los reproches «de los doctrinarios burgueses bien intencionados» con respecto a las medidas represivas tomadas por la Comuna, con estas palabras: «No contentos con sostener abiertamente una guerra sangrienta contra París, los versalleses trataban en secreto de penetrar en la ciudad, mediante la corrupción y los complots. ¿Podía la Comuna, en semejante momento, sin cometer traición del modo más vergonzoso, observar las formas convencionales del liberalismo, como si la paz, en torno suyo, nunca hubiera sido turbada? Si hubiese animado al gobierno de la Comuna el mismo espíritu que al gobierno de Thiers, efectivamente no habría existido

razón alguna para prohibir la publicación de los periódicos del partido del Orden en París y los periódicos de la Comuna en Versalles» (47). Así pues, lo que Kautsky exige en nombre de los más sagrados principios de la democracia, lo denuncia Marx como una vergonzosa traición.

En cuanto a las devastaciones que le han echado en cara a la Comuna, lo mismo que ahora se le reprocha al poder soviético, Marx las ve «como una necesidad ineluctable, cuyas consecuencias son relativamente de poca importancia en la lucha gigantesca entablada entre la nueva sociedad que se eleva y la antigua que se derrumba» (48). Las devastaciones, las crueldades son siempre inevitables en la guerra. Sólo los mendaces pueden considerarlas como crímenes «en la guerra de los oprimidos contra sus opresores, única guerra justa que haya presenciado la historia» (Marx). Y sin embargo, nuestro feroz acusador Kautsky, no dice una palabra en su libro sobre el hecho de que nos encontramos en la situación de defender sin descanso la revolución y de sostener la guerra más encarnizada contra los opresores del mundo entero, «única guerra justa que haya presenciado la historia».

Una vez más, Kautsky se da golpes en el pecho al ver que el poder soviético, en el curso de la guerra civil, no retrocede ante métodos tales como la toma de rehenes. Con su inconsciencia y mala fe habituales, establece otro paralelo entre el poder soviético, tan cruel, y la Comuna, tan humana. He aquí clara y concisamente expresado lo que Marx piensa sobre este asunto: «Ya vimos que cuando Thiers, desde el comienzo mismo de la guerra civil, dejó que se manifestase el hábito tan humano de fusilar a los communards prisioneros, a la Comuna no le quedó otro remedio, para salvar la vida de éstos, que tomar rehenes, conforme a la práctica introducida por los prusianos. Si los versalleses no dejaban de fusilar a los prisioneros, tampoco esperaban salvar a los rehenes apresados por la Comuna. ¿Cómo se les podía seguir respetando la vida, después de la matanza con la cual celebraban los pretorianos de Mac-Mahon su entrada a París? (49). ¿Cómo –preguntamos ahora nosotros con Marx –, se podría proceder de otra manera durante la guerra civil, cuando la contrarrevolución, dueña de una parte considerable del territorio nacional, se apodera donde puede de los obreros desarmados, de sus mujeres, sus madres, y los fusila o ahorca? ¿Qué hacer para no tomar por rehenes a aquellas personas en quienes la burguesía tiene confianza, y no suspender sobre sus cabezas la espada de Damocles de la garantía recíproca? No sería muy difícil probar a través de toda la historia, día por día, de la guerra civil, que todas las crueldades cometidas por el poder soviético fueron estimadas como necesarias para la defensa revolucionaria. No creemos, sin embargo, que debamos entrar aquí en detalles para demostrarlo. Pero con el fin de facilitar la apreciación de las condiciones de la lucha, mencionaremos solamente un hecho: mientras los guardias blancos, así como sus aliados anglo-franceses, fusilan, sin excepción, a todo comunista que cae en sus manos, el Ejército rojo perdona la vida a todos los prisioneros sin excepción hasta a los oficiales superiores.

«Consciente al más alto grado de su misión histórica, resuelta, heroicamente decidida a quedar a la altura de ella en su acción – escribía Marx –, la clase obrera puede responder con una serena sonrisa de desprecio a las bajas invectivas de los lacayos de la prensa y a los aires protectores de los teóricos burgueses bien intencionados, cuya ignorancia radical lanza el cliché, el lugar común y los caprichos propios de sectarios, bajo la entonación de los oráculos de una ciencia indefectible» (50).

Si los teóricos burgueses bien intencionados desempeñan a veces el papel de teóricos jubilados de la Segunda Internacional, esto no quiere decir que hayan privado a las estupideces de su casta del derecho a seguir siendo lo que son: estupideces.

VII

LA CLASE OBRERA Y SU POLÍTICA SOVIÉTICA

EL PROLETARIADO RUSO

La iniciativa de la revolución socialista se encontró por la fuerza de las cosas, en manos no del viejo proletariado de la Europa Occidental, con sus potentes organizaciones políticas y profesionales, con sus densas tradiciones de parlamentarismo y tradeuniónismo, sino en manos de la joven clase obrera de un país atrasado. La Historia, como siempre, ha seguido la línea de menor resistencia. La época revolucionaria ha hecho irrupción por la puerta menos atrincherada. Las dificultades extraordinarias, verdaderamente sobrehumanas, con que ha chocado el proletariado ruso, han preparado, apresurado y facilitado considerablemente la tarea revolucionaria del proletariado de la Europa Occidental, que queda por hacer.

En lugar de considerar la revolución rusa como el punto de partida de una época revolucionaria en el mundo entero, Kautsky sigue deliberando sobre la cuestión de saber si el proletariado ruso no se ha precipitado demasiado al tomar el poder tan temprano.

«Para arribar al socialismo, nos explica, es necesario que el pueblo esté dotado de una alta cultura, una moral elevada, un fuerte desarrollo de los instintos sociales, el sentimiento de solidaridad, etc. Esta moral, agrega Kautsky para darnos una lección, existía ya en el proletariado de la Comuna de París, lo que, en cambio, le falta a la masa que representa hoy el proletariado bolchevique».

Dado el fin que persigue Kautsky, le importa poco desacreditar ante sus lectores a los bolcheviques como partido político. Sabiendo que, hoy, el bolchevismo y el proletariado ruso son una sola y misma cosa, Kautsky hace cuanto puede por desacreditar al proletariado ruso en su totalidad, presentándolo como una masa ignara, sin ideales, ávida de satisfacciones inmediatas y guiada sólo por sus instintos y las sugerencias del minuto presente. Desde que comienza hasta que termina, el libro de Kautsky suscita todo el tiempo la cuestión del nivel intelectual y moral de los obreros rusos y siempre para ensombrecer sus colores, para caracterizar mejor su ignorancia, su estupidez y su barbarie. Con el fin de que el contraste con la época de la *Commune* resalte más, cita, a modo de ejemplo, una empresa que trabajaba para la guerra en la época de la Comuna de París en donde los representantes obreros habían establecido un servicio nocturno con objeto de que siempre estuviera presente un obrero para entregar las armas reparadas a quien viniera a pedir las durante la noche. «Y – decía el reglamento – como en las presentes circunstancias es urgentemente necesario ahorrar el dinero de la Comuna, estas guardias nocturnas no serán remuneradas...» «Sin duda – deduce Kautsky – que estos obreros no consideraban la época de su dictadura como una coyuntura que permita satisfacer los intereses personales»(51).

En cuanto a la clase obrera rusa, eso es harina de otro costal. No tiene conciencia de sus deberes, sus ideas no tienen ninguna estabilidad, carece de firmeza, de abnegación, etc. Es tan capaz de producir jefes dignos de este nombre (son los chistes de Kautsky) cuanto lo era el barón de Münchhausen tratando de salir del pantano, tirándose él mismo de la cabellera. Esta comparación entre el proletariado ruso y el señor alemán de Crac es suficiente para darse una idea de la insolencia con que Kautsky trata a la clase obrera rusa.

Extrae, de nuestros discursos y artículos, pasajes en que denunciábamos algún aspecto negativo, ciertos defectos de nuestro mundo obrero y se esfuerza en demostrar que la pasividad, la ignorancia y el egoísmo bastan para caracterizar las facultades y la conducta del proletariado ruso en una época, de 1917 a 1920, que es la época más grande de todas las épocas revolucionarias.

Dijérase que Kautsky ignora, que no ha oído nunca, que no puede adivinar ni suponer siquiera que, durante la guerra civil, el proletariado ruso tuvo más de una ocasión de efectuar un trabajo desinteresado y establecer «totalmente gratis» no el servicio de un obrero durante una noche, sino el de millares y millares de obreros durante una larga serie de noches transcurridas entre continuas alarmas. Cuando Youdenitch marchaba sobre Petersburgo, bastó con un telegrama del Soviet para que millares de obreros acordaran velar en sus puestos días y semanas enteras, en todas las fábricas y cuarteles de la ciudad. Y no era el entusiasmo de los primeros días de la Comuna de Petrogrado lo que los impulsaba a ello; ocurría esto después de dos años de guerra, cuando imperaban el frío y el hambre.

Nuestro partido moviliza dos o tres veces por año a un número considerable de sus miembros para enviarlos al frente. En una extensión de 8.000 verstas [8500 km], estos hombres van a morir y a enseñar a morir a los demás. Y cuando en Moscú, que padece de hambre y frío, que ha dado ya la élite de sus obreros para las necesidades del frente, se notifica la «semana de la partida», las masas proletarias envían a nuestros hombres, en el espacio de siete días, destacamentos de 15.000 hombres. ¿Y en qué momento? En el momento en que el poder soviético era amenazado por el mayor peligro, cuando acababan de quitarnos Orel, cuando Denikine se acercaba a Toula y a Moscú. En uno de los períodos más graves, cuando Youdenitch amenazaba a Petersburgo, el proletariado de

Moscú dio en una semana a nuestro partido 15.000 hombres, que se preparaban de un día para otro a ser movilizados y enviados al frente. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que el proletariado de Moscú no se ha mostrado nunca, salvo en la semana de la gran insurrección, en noviembre de 1917, tan unánime en su entusiasmo revolucionario, en su abnegación para combatir, como lo fue en esos días de riesgos y sacrificios.

Cuando nuestro partido lanzó la consigna de los sábados y domingos comunistas, el arquetipo revolucionario del proletariado halló su expresión más elevada en el voluntariado laboral. Al principio, fueron decenas y centenas, luego miles, más tarde decenas y cientos de miles de obreros los que, renunciando a todo salario, consagraron todas las semanas unas horas de trabajo para restablecer la base económica del país. Los que de esta suerte procedían eran hombres insuficientemente alimentados, con las botas rotas, con la ropa interior sucia, porque el país carecía de calzado y jabón. Así es ese proletariado bolchevique al que Kautsky aconseja recibir lecciones de abnegación. Pero para aclarar más los hechos y su encadenamiento, nos bastará recordar que todos los elementos egoístas, burgueses, bajamente interesados del proletariado; todos los que trataban de no ir al frente ni a los sábados comunistas, que se ocupaban del contrabando y que, en las semanas de hambre, excitaban a la huelga a los obreros; todos esos dieron en las elecciones sus votos a los mencheviques, esto es, a los partidarios rusos de Kautsky.

Kautsky cita nuestras propias palabras para hacer notar que ya antes de la revolución de octubre nos habíamos dado cuenta de la falta de educación del proletariado ruso; pero que, considerando inevitable el paso del poder a manos de la clase obrera, nos creíamos con derecho a esperar que en el curso mismo de la lucha, gracias a la experiencia que nacería y con la ayuda del proletariado de los demás países, conseguiríamos vencer las dificultades y asegurar el paso de Rusia al régimen socialista. A este respecto, Kautsky abre la interrogante siguiente: «¿Se atrevería Trotsky a subir en una locomotora y ponerla en marcha, confiando en que durante ésta aprendería a conducirla?... Antes de ponerse a dirigir una locomotora hay que saber manejarla. Lo mismo: antes de hacerse cargo de la industria, puesto que debía tomarla en sus manos, el proletariado necesita capacitarse para dirigirla» (52).

Esta comparación edificante podría honrar a un pastor de aldea, aunque no por eso sería menos estúpida. Tendría mucho más fundamento decir: ¿Se atrevería Kautsky a montar a caballo antes de haber aprendido a sostenerse en la silla de montar y llevar a su cuadrúpedo al paso, al trote, al galope, a toda marcha? Tenemos razones para creer que Kautsky no se atrevería a realizar esta experiencia tan peligrosa y enteramente bolchevique. Pero, por otra parte, tememos que Kautsky, no atreviéndose a montar a caballo, experimente alguna dificultad en aprender los misterios de la equitación. Pues el prejuicio fundamental de los bolcheviques consiste en pensar que no se puede aprender a montar a caballo, si primero no se le monta.

Por lo que toca a la conducción de una locomotora, nuestro prejuicio no es tan evidente, visto en su primera intención; sin embargo, no deja de ser válido. Nadie ha aprendido a conducir una locomotora sentado en su despacho. Hay que subir a ella, meterse en la cabina, poner la mano en el regulador, hacerlo girar. Ciertamente que el estudio de la marcha de una locomotora se hace en la práctica, bajo la dirección de un mecánico experimentado, como a montar a caballo se aprende en un picadero bajo la dirección de un picador. Pero en el dominio de la administración del Estado es imposible crear condiciones artificiales para su aprendizaje. La burguesía no ha creado para el proletariado escuelas de Administración pública y no le confía, para ensayos temporales, las palancas del Estado. Además de que, para montar a caballo, los obreros y campesinos no necesitan picaderos ni lecciones de picadores.

A estas consideraciones conviene añadir otra, que probablemente es la más importante: nadie deja elegir al proletariado entre montar a caballo o no montar, entre conquistar el poder inmediatamente o dejarlo para más tarde. Hay circunstancias en que la clase obrera se ve obligada a adueñarse del poder, so pena de su propia aniquilación política por todo un período histórico. Una vez dueña del poder, es imposible aceptar, a capricho, determinadas consecuencias de este acto y rechazar las restantes. Si la burguesía capitalista se sirve, consciente y malignamente, de la desorganización de la producción como medio de lucha política para recuperar el poder soberano, el proletariado está obligado a socializar las empresas de toda suerte, sin preguntarse si esto es o no ventajoso para él, en **aquel momento dado**. Y cuando se ha encargado de la producción, se ve precisado, bajo la presión de la férrea necesidad, a aprender por sí mismo, a realizar a través de su propia experiencia esta obra tan difícil que es organizar el sistema económico socialista. Cuando va a caballo, el jinete tiene que guiar al animal, so pena de romperse el cuello.

* * *

Para dar a sus devotos partisanos y partisanas una idea precisa del nivel moral del proletariado ruso, Kautsky cita, en la página 116 de su libro, el siguiente mandato, entregado, según él por el Soviet obrero de Mourzilovka: «El Soviet, por la presente, otorga plenos poderes al camarada Gregorio Sareïef para requisar a su gusto y conducir a los cuarteles, con objeto de satisfacer las necesidades de la división de artillería de la guarnición de Mourzilovka, distrito de Briansk', a 60 mujeres y muchachas elegidas entre la clase de los burgueses y especuladores. 16 de septiembre de 1918». (Publicado por el doctor Nath, Wintch-Maléïef en su libro **What are the Bolchevists doing**, Lausanne, 1919, p. 10)» (53).

Sin poner en duda un solo instante la falsedad de este documento y el carácter mendaz de semejante comunicación, di orden de proceder a una investigación detallada para conocer los hechos o episodios que hubieran podido servir de pretexto a esta ficción. He aquí lo establecido por una investigación sumamente escrupulosa.

I. En el distrito de Briansk no existe ninguna localidad conocida con el nombre de Mourzilovka. Tampoco se encuentra este nombre en los distritos próximos. El nombre más parecido al citado es el de Mouraviofka, pueblo del distrito de Briansk. Pero nunca ha habido en él ninguna división de artillería ni ha ocurrido nada que pudiera tener algo en común con el «documento» arriba citado.

II. La investigación se ha hecho en todo los regimientos de artillería, y en ninguna parte se ha podido descubrir el menor indicio que recordase, ni de lejos, el hecho que cita Kautsky en los mismos términos que su inspirador.

III. En fin, en la investigación se ha preguntado si se había oído hablar, en la localidad, de alguna ciudad que se llamase Mourzilovka, y no se ha descubierto nada. Lo que no es sorprendente. Pero el contenido de la calumnia en cuestión está en contradicción demasiado evidente con las costumbres y opinión pública de los obreros y campesinos que dirigen los Soviets, hasta en las regiones más atrasadas.

Este documento puede, pues, ser tenido por una calumnia de baja estofa, la imagen que sólo pueden dar los sicofantes calumniadores de la más amarilla de las prensas amarillistas.

En el momento en que se procedía a la información de que acabo de hablar, el camarada Zinoviev me envió un número de un periódico sueco (Svenska Dagbladet), del 9 de noviembre, donde se reproducía, en facsimil, un mandato de este tenor:

«Mandato

«El portador de la presente, el camarada Karaséief, está imbestido del derecho a sozalizar, en la ciudad de Ekaterin' od (en este espacio vacío hay una tachadura), a todas las mujeres de 16 a 36 años que designe el camarada Karaseief.

«Le Glavkom (2) Ivatchef.»

Este documento es aún más ridículo, más impúdico que el que cita Kautsky. La ciudad de Ekaterinoidar, centro de la región de Kouban, sólo ha estado, como se sabe, poco tiempo en poder de los Soviets. Poco atento, evidentemente, a la cronología revolucionaria, el autor de esta calumnia ha omitido la fecha en su documento, por miedo a indicar que el Glavkom Ivatchef había socializado a las mujeres de Ekaterinoidar en la época en que la ciudad estaba ocupada por la soldadesca de Denikine. Que este documento haya podido engañar a algún burgués sueco de los más obtusos no tiene nada de extraño. Pero el lector ruso verá inmediatamente que no sólo es una calumnia, sino una calumnia fabricada **por un extranjero, con el diccionario en la mano**. Es curioso advertir que los nombres de los dos «socializadores» de mujeres – "Gregorio Saréief" y "el camarada Karaséief", tienen una consonancia totalmente ajena a la lengua rusa. La terminación "éief" en los apellidos de origen ruso sólo se encuentra raramente en determinadas combinaciones. Pero el desenmascarador de los bolcheviques, el autor del libro en inglés que Kautsky cita, termina su apellido precisamente en "ief" (Wintsch–Maléief). Es evidente que este individuo, este policía anglo-búlgaro, encerrado en su despacho de Lausanne, crea «socializadores» de mujeres a su imagen y semejanza (en el sentido más rigurosamente exacto de la palabra)".

¡En todo caso, son muy extraños los compañeros e inspiradores de Kautsky!

LOS SOVIETS, LOS SINDICATOS Y EL PARTIDO

Los Soviets, en cuanto forma de organización de la clase obrera, representan para Kautsky, con relación a los partidos y a las organizaciones categoriales de los países más avanzados, «no una forma superior de organización, sino un sucedáneo surgido de su inmadurez, un peor es nada (Notbehelf), con que nos contentamos a falta de organizaciones políticas» (54). Pongamos que esto sea cierto para Rusia. ¡Pero explicadnos entonces por qué los Soviets han surgido también en Alemania! ¿No convendría renunciar a ellos por completo en la República de Ebert? Sabemos que, a pesar de esto, Hilferding, con opiniones políticas vecinas a las de Kautsky, proponía no hace mucho, que se introdujeran los Soviets en la Constitución. Kautsky no dice nada de ello.

Juzgar que los Soviets sean una institución «primitiva», es tan justo como decir que la lucha abierta, la lucha revolucionaria es un procedimiento más «primitivo» que la acción parlamentaria. Pero la complejidad artificial de esta última sólo puede interesar, por consiguiente, a una clase superior poco numerosa. La revolución no es posible más que allí donde las masas se sienten directamente concernidas. La revolución de Octubre ha movilizad a tantas masas como nunca hubiera pensado en reunir el partido socialdemócrata. Por vastas que fuesen las organizaciones del partido y de los Sindicatos en Alemania, la revolución las ha superado en extensión de un solo golpe. Las masas revolucionarias han hallado su representación inmediata en una organización más sencilla y accesible a ellas: en el Soviet de sus delegados. Se puede confesar que el Soviet de delegados no se eleva a la altura del partido o del sindicato, en lo que se refiere a la claridad del programa o la reglamentación de la organización. Pero está,

y con mucho, muy por encima de los sindicatos y del partido en cuanto al número de hombres capaz de aportar a la lucha revolucionaria, y esta superioridad numérica proporciona al Soviet, en épocas de revolución, ventajas indiscutibles. El Soviet engloba a los trabajadores de todas las industrias, de todas las profesiones, cualquiera que sea el grado de su desenvolvimiento intelectual o el nivel de su instrucción política, por cuyo motivo se ve objetivamente obligado a formular los intereses generales del proletariado.

El Manifiesto del Partido Comunista consideraba que la tarea de los comunistas consistía precisamente en formular los intereses generales, los intereses históricos de toda la clase obrera.

«Los comunistas se distinguen de los demás partidos proletarios – según los términos del Manifiesto – en que, por una parte, en la lucha de los proletarios de las diferentes naciones, hacen valer y defienden los intereses de toda la masa proletaria independientemente de las nacionalidades; y en que, por otra parte, en todas las fases de la lucha que se establezca entre el proletariado y la burguesía, son los representantes constantes del interés del movimiento, tomado en su conjunto» (55). La organización de clase de los Soviets personifica este movimiento considerado «en su conjunto». A partir del cual se ve cómo y por qué los comunistas han podido y debido llegar a ser el partido dirigente de los Soviets.

Pero, a partir de allí, también se ve cuán falsa es la apreciación de los Soviets como «sucedáneos» del partido (Kautsky), y la estupidez de las tentativas realizadas para introducir los Soviets, en calidad de palanca secundaria, en el mecanismo de la democracia burguesa (Hilferding). Los Soviets son una organización proletaria revolucionaria y tienen un valor, bien sea en cuanto órgano de lucha por la conquista del poder, o bien como aparato del poder de la clase obrera.

Como no comprende la función revolucionaria de los Soviets, Kautsky ve insuficiencias fundamentales en lo que constituye su principal mérito: «La distinción entre burgués y obrero – dice – es imposible de establecer exactamente; es algo arbitrario, lo que hace pensar que el sistema de los Soviets sea más apropiado a favorecer el despotismo dictatorial, y menos inclinado a instaurar un régimen gubernamental claramente definido y sistemáticamente construido».

Si creemos, pues, a Kautsky, una dictadura de clase no puede crear instituciones que correspondan a su naturaleza, porque no existe una línea de demarcación irreprochable entre las clases. Pero entonces, hablando en términos más generales, ¿en qué se convierte la lucha de clases en general? Porque ha sido precisamente en la multiplicidad de grados intermedios de la escala social que separan a la burguesía del proletariado, donde los ideólogos de la pequeña burguesía han encontrado siempre su argumento más firme contra el «principio» de la lucha de clases. Kautsky se detiene, embargado por una duda, en el momento en que el proletariado, después de haber rebasado el carácter amorfo e inestable de las clases intermedias, alienándose una parte de estas clases y arrojando el resto al campo de la burguesía, organiza de hecho su dictadura en el régimen estatal de los Soviets. Los Soviets son un instrumento de dominio proletario que no puede ser sustituido por nada, precisamente porque sus cuadros son flexibles y elásticos y todas las modificaciones, no sólo sociales sino también políticas que se producen en la relación entre las clases y los estratos sociales, pueden hallar inmediatamente su expresión en el mecanismo soviético. Empezando por las grandes fábricas, los Soviets hacen entrar en su organización a los obreros de los talleres y a los empleados de comercio; de ahí se trasladan a las aldeas, allí organizan la lucha de los campesinos contra los terratenientes, y alzan más tarde a las capas inferiores y medias del campesinado contra los kulaks [labradores ricos]. El Estado obrero toma a su servicio innumerables empleados que pertenecen, en ciertos aspectos, a la burguesía y al mundo intelectual burgués. A medida que se van plegando a la disciplina del régimen soviético, adquieren representación en el sistema de los Soviets. Ampliándose – y reduciéndose, a veces – según se extiendan o disminuyan las posiciones sociales conquistadas por el proletariado, el sistema soviético sigue siendo el instrumento estatal de la revolución social, en su dinámica interna, en sus errores y en sus éxitos. Cuando la revolución social haya triunfado definitivamente, el sistema soviético se extenderá a toda la población, perdiendo por lo mismo desde entonces su carácter de Estado que, disolviéndose, se transformará en un poderoso sistema cooperativo de productores y consumidores.

Si el partido y los sindicatos han sido organismos destinados a preparar la revolución, los Soviets son el arma misma de esta revolución. Después de su triunfo, los Soviets se convierten en órganos del poder. El papel del partido y de los sindicatos, sin disminuir su importancia, se modifica substancialmente.

La dirección general de los asuntos está concentrada en manos del partido. No quiere decir esto que el partido gobierne de una manera inmediata, pues su estructura no está adaptada a este género de funciones. Pero tiene voto decisivo en todas las cuestiones de principio que se presenten. Aun más: la experiencia nos ha obligado a decidir que en todos los problemas litigiosos, en todos los conflictos que puedan surgir entre administraciones y en los conflictos entre personas dentro de las administraciones mismas, la última palabra pertenezca al Comité Central del partido. Esto ahorra mucho tiempo y energía, y, en las circunstancias más difíciles y complicadas, es lo que garantiza la indispensable unidad de acción. Semejante régimen no es posible más que si la autoridad del partido es indiscutible y si su disciplina no deja nada que desear. Por fortuna para la revolución, nuestro partido cumple igualmente estas dos condiciones. En cuanto a saber si en otros países, cuyo pasado no les ha legado una fuerte organización revolucionaria, templada en el combate, se podrá disponer, cuando llegue la hora de la

revolución proletaria, de un partido comunista tan autorizado como el nuestro, es cosa difícil de decir por adelantado. Mas es evidente que, en gran parte, la solución de esta cuestión ejercerá una influencia considerable sobre la marcha de la revolución en cada país.

El papel excepcional que desempeña el partido comunista cuando triunfa la revolución proletaria es perfectamente comprensible. Se trata de la dictadura de una clase. La clase se compone de diferentes capas, cuyos sentimientos y opiniones no son unánimes y cuyo nivel intelectual varía. Ahora bien, la dictadura presupone unidad de voluntad, unidad de dirección, unidad de acción. ¿Por qué otro procedimiento podría implantarse? La dominación revolucionaria del proletariado supone dentro del proletariado mismo la dominación de un partido dotado de un programa definido de acción y de una disciplina interna indiscutible.

La política de bloques está en íntima contradicción con el régimen de la dictadura revolucionaria. Nos referimos, no a un bloque constituido con los partidos burgueses, que es cosa imposible, sino a un bloque de comunistas con otras organizaciones «socialistas» que representan, en diversos grados, las viejas ideas y los prejuicios de las masas laboriosas. Ciertamente que puede preguntarse si dependía de ellos el obrar así.

La revolución elimina rápidamente todo lo inestable, acaba con lo artificial; las contradicciones ocultas por el bloque emergen bajo la presión de los acontecimientos revolucionarios. Lo hemos comprobado en el ejemplo de Hungría, donde la dictadura del proletariado tomó la forma política de una coalición de los comunistas con oportunistas disfrazados. La coalición dislocó en seguida. El partido comunista pagó bien cara la incapacidad revolucionaria y la traición política de sus compañeros de aventura. Es absolutamente evidente que hubiera sido más conveniente para los comunistas húngaros conquistar el poder más tarde, dando previamente a los oportunistas de izquierda el tiempo necesario para comprometerse a fondo; cabe preguntarse si esto era posible. De todos modos, el bloque con estos oportunistas, que no ha servido más que para ocultar provisionalmente la debilidad relativa de los comunistas húngaros, al mismo tiempo les ha impedido afianzarse, en perjuicio de los oportunistas, y les ha conducido a la catástrofe.

El ejemplo de la revolución rusa ilustra bastante bien este mismo principio. El bloque de bolcheviques y socialistas-revolucionarios de izquierda, después de haber durado algunos meses, terminó con una ruptura sangrienta. Verdad que en esta cuestión no hemos sido nosotros, los comunistas, quienes hemos pagado la mayor parte de los costos, sino nuestros infieles compañeros. Es evidente que un bloque en el que éramos los más fuertes y donde, por consiguiente, no corríamos demasiado riesgo al pretender utilizar, en ciertas etapas históricas, a la extrema izquierda de la democracia pequeño-burguesa, debía ser totalmente justificado desde el punto de vista táctico. No obstante, este episodio de nuestra alianza con los socialistas-revolucionarios de izquierda muestra claramente que una política de transacciones, de conciliaciones, de concesiones mutuas – y en esto consiste el régimen del bloque – no puede durar mucho, en una época en que es, sobre todo, necesaria la unidad de objetivos para hacer posible la unidad de acción.

Más de una vez se nos ha acusado de haber sustituido la dictadura de los Soviets por la dictadura del partido. Y, sin embargo, puede afirmarse, sin miedo a equivocarse, que la dictadura de los Soviets no ha sido posible más que gracias a la dictadura del partido. Gracias a la claridad de sus ideas teóricas, gracias a su fuerte organización revolucionaria, el partido ha asegurado a los Soviets la posibilidad de transformarse, de informes parlamentos obreros que eran, en un instrumento de dominio del trabajo. En esta sustitución del poder de la clase obrera por el poder del partido, no ha habido nada casual, e incluso, en el fondo, no existe ninguna sustitución. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase trabajadora. Es muy natural que, en una época en que la historia trae a la actualidad estos intereses en toda su magnitud, los comunistas se conviertan en los representantes reconocidos de la clase obrera en su totalidad.

«Pero ¿quién os garantiza – nos preguntan algunos pícaros – que vuestro partido será precisamente el que exprese los intereses del desarrollo histórico? Suprimiendo o hundiendo en la sombra a los demás partidos, os habéis desembarazado de su rivalidad política, fuente de emulación, y, gracias a ello, os habéis privado de la posibilidad de comprobar vuestra línea de conducta».

Esta consideración está dictada por una idea puramente liberal de la marcha de la revolución. En una época en que todos los antagonismos de clase estallan abiertamente y la lucha política se transforma con rapidez en guerra civil, el partido dirigente tiene en la mano bastantes materiales y criterios, aparte de la publicación factible de los periódicos mencheviques, para comprobar su línea de conducta. Noske aniquila por decenas a los comunistas alemanes y, sin embargo, el número de éstos no deja de aumentar. Nosotros hemos aplastado a los mencheviques y eseristas, y no queda ni rastro de ellos. Este criterio es suficiente para nosotros. En todo caso, nuestra tarea no consiste en evaluar a cada minuto, por medio de una estadística, la importancia de cada grupo representando cada tendencia, sino en asegurar la victoria de nuestra propia tendencia – la de la dictadura proletaria – y en hallar en el proceso de esta dictadura, en sus discrepancias internas, un criterio suficiente para comprobar el valor de nuestros actos.

La conservación prolongada de la «independencia» del movimiento sindical es tan imposible como la política de los bloques, en una época de revolución proletaria. Los sindicatos pasan a ser, en esta época, los órganos económicos más importantes del proletariado dueño del poder. Por este mismo hecho, se encuentran bajo la

dirección del partido comunista. El Comité Central de nuestro partido se encarga de resolver, no sólo las cuestiones de principio sobre el movimiento sindical, sino también los conflictos organizacionales serios que pudieran surgir en su interior (56).

Los secuaces de Kautsky acusan al poder soviético de ser la dictadura «de una parte» únicamente de la clase obrera. «¡Si al menos – claman – fuese la dictadura **de toda** la clase!». No es fácil darse cuenta exactamente de lo que quieren decir con esto. La dictadura del proletariado significa, en substancia, la dominación inmediata de una vanguardia revolucionaria que se apoya en las grandes masas y que obliga a los rezagados a que se unan cuando es preciso. Esto concierne también a los sindicatos. Después de que el proletariado conquista el poder, los sindicatos adquieren un carácter obligatorio. Deben englobar a todos los obreros industriales. El partido sigue como antes incluyendo en sus filas sólo a los más conscientes y abnegados. Es muy circunspecto cuando se trata de ensanchar sus filas, y sólo lo hace después de una gran selección. De ahí la función directriz que desempeña en los sindicatos la minoría comunista; función que corresponde al predominio del partido comunista dentro de los Soviets, al ser la expresión política de la dictadura del proletariado.

Las organizaciones sindicales cargan con el peso inmediato de la producción social. Expresan, no sólo los intereses de los obreros industriales, sino también los intereses de la misma industria. Al principio las tendencias tradeunionistas se manifiestan en los sindicatos, incitándolos a negociar con el Estado soviético, a poner condiciones, a exigir garantías. Cuanto más tiempo pasa, más cuenta se dan los sindicatos de que son los órganos productores del Estado soviético; y, entonces, respondiendo a su destino, no se oponen a él, se confunden con él. Los sindicatos se convierten en los promotores de la disciplina en el trabajo. Exigen de los obreros una labor intensiva en las más penosas condiciones, hasta tanto el Estado proletario cuente con los recursos necesarios para modificar estas condiciones. Los sindicatos se encargan de ejercer represiones revolucionarias contra los indisciplinados, contra los elementos turbulentos y parásitos de la clase trabajadora. Abandonando la política de las trade-unions, que es, en cierta medida, inseparable del movimiento sindical dentro de la sociedad capitalista, los sindicatos se suman totalmente a la política del comunismo revolucionario.

LA POLÍTICA CON RESPECTO AL CAMPESINADO

Los bolcheviques, vitupera Kautsky, «querían vencer en la labranza a los campesinos pudientes, no concediendo derechos políticos más que a los campesinos pobres. Tiempo después, sin embargo, estos derechos fueron concedidos también a los primeros» (57).

Kautsky enumera las «contradicciones» aparentes de nuestra política con respecto a los campesinos sin tocar la cuestión de su orientación interna y de las contradicciones inherentes a la situación económica y política del país.

El campesinado ruso, en el momento en que se implantó el régimen soviético, comprendía tres capas: los campesinos pobres, que en su mayor parte vivían de la venta de su trabajo y necesitaban comprar los alimentos para mantenerse; los de la clase intermedia, que tenían cubiertas todas sus necesidades, gracias a los productos de sus tierras cuyo sobrante vendían; la capa superior, es decir, los labradores ricos, los kulaks, que compraban sistemáticamente la mano de obra y vendían a vasta escala los productos de sus explotaciones agrícolas. No hay necesidad de decir que estos grupos no se distinguen ni por signos particulares ni por su homogeneidad a través del país. La clase pobre campesina era, no obstante, en su conjunto, indiscutiblemente, la aliada natural del proletariado de las ciudades, mientras que los campesinos ricos eran también sin disputa su enemigo irreconciliable; las capas **medias**, las mayores en número, eran las más volubles.

Si el país no hubiese estado tan agotado, si el proletariado hubiera tenido la posibilidad de suministrar a las masas campesinas los artículos de primera necesidad y medios para satisfacer sus necesidades culturales, la asimilación de las grandes masas campesinas al nuevo régimen hubiese sido mucho menos dolorosa. Pero la desorganización económica del país, que no era consecuencia de nuestra política agraria y de abastecimientos, sino que eran producto de causas anteriores a nuestra política, privó durante un buen tiempo a las ciudades de toda posibilidad de abastecer al campo de productos de la industria textil o metalúrgica, artículos coloniales, etc. La industria, con todo, no podía renunciar a sacar de los campos algunos productos, aunque fueran mínimos. El proletariado exigió a los campesinos adelantos de víveres, de préstamos garantizados en base a las riquezas que apenas se preparaba para crear; riquezas cuyo símbolo era el crédito que ya se devaluaba por entonces. Pero las masas campesinas no son capaces de hacer abstracción histórica. Ligadas al poder de los Soviets por la liquidación de las grandes propiedades y viendo en él una garantía contra la restauración del zarismo, no es raro, sin embargo, que le nieguen los cereales, hallando poco propicia su venta mientras no reciban a cambio tejidos, herramientas, petróleo, etcétera.

El poder soviético se inclinaba, naturalmente, a que el peso esencial del impuesto de abastecimientos recayera sobre las capas superiores del campesinado. Pero en las amorfas relaciones sociales del campo, los labradores ricos, los kulaks más influyentes, habituados a mandar sobre el campesino medio, encontraban mil estratagemas

para desprenderse del peso del impuesto y cargárselo a las amplias masas del campo, transformándolas así en enemigos del poder de los Soviets. Se imponía sembrar la desconfianza en las masas campesinas, despertar su hostilidad contra los kulaks. Los comités de campesinos pobres sirvieron para ello. Se creaban en los bajos fondos y los componían los oprimidos de antes, los últimos, los relegados a un segundo plano, los privados de todo derecho. Había entre ellos, naturalmente, elementos medio parásitos, lo que brindó una excelente ocasión para la propaganda demagógica de los «socialistas» populistas narodniki (eseristas, NdR) cuyos discursos hallaban un eco lleno de gratitud en el corazón de los kulaks. El mismo hecho de pasar el poder a los campesinos pobres tenía una profunda significación revolucionaria. Con el fin de dirigir a los semiproletarios del campo, el partido enviaba allí a los obreros avanzados de las ciudades, que realizaban un trabajo inestimable. Los comités de campesinos pobres llegaron a ser verdaderos grupos de asalto contra los kulaks. Apoyados por el Estado, pusieron a las capas intermedias del campesinado en la obligación de elegir no sólo entre el poder de los soviets y el de los proletarios, sino también entre la dictadura del proletariado y de los elementos semiproletarios y la arbitrariedad de los kulaks. Presionado por una serie de lecciones, algunas muy crueles, el campesinado se convenció de que el régimen de los Soviets, que había expropiado a los propietarios y disuelto a la policía, imponía a su vez a los campesinos nuevas obligaciones y sacrificios. Semejante experiencia de pedagogía política, que tocaba a decenas de millones de campesinos medios, no fue agradable ni cómoda, como en un salón de clases, ni dio tampoco resultados inmediatos e indiscutibles. Hubo revueltas de campesinos medios, aliados a los kulaks, que caían acto seguido bajo la dirección de los grandes propietarios contra-revolucionarios; hubo abusos cometidos por agentes locales del poder soviético y más especialmente por los comités de campesinos pobres. Pero se logró el fin político que se buscaba. Si bien los prepotentes kulaks no fueron aniquilados, quedaron al menos quebrantados profundamente y perdieron la confianza en sí mismos. Continuando amorfo políticamente, tal como lo es económicamente, el campesinado medio se acostumbró a tener por representante suyo, no al charlatán rico de la aldea, sino al obrero avanzado. Una vez alcanzado este resultado capital, los comités de campesinos pobres, por su calidad de institución temporal, tuvieron que ceder el puesto a los Soviets, en donde los campesinos de la categoría intermedia están representados al mismo tiempo que los pobres. Estos comités habían desempeñado el papel de una cuña afilada metida en la masa de los campesinos.

Los comités de campesinos pobres vivirán cerca de seis meses, de junio a diciembre de 1918. Tanto en su creación como en su supresión, Kautsky no ve más que «vacilaciones» de la política de los soviets. Se abstiene, sin embargo, de hacer la menor alusión a sacar de allí lecciones prácticas. Por lo demás, ¿de dónde las sacaría? La experiencia que estamos viviendo no tiene precedentes, y los problemas que resuelve prácticamente el poder soviético no tienen solución libresca. Donde Kautsky denuncia contradicciones políticas, hay en realidad **maniobras activas** del proletariado que actúa sobre la masa campesina frágil y delicada aún. El velero tiene que maniobrar con el viento, y nadie espera ver contradicciones en los movimientos que le permiten seguir su rumbo.

En la cuestión de las comunas agrícolas y explotaciones soviéticas, mal pueden advertirse «contradicciones», que indiquen a la vez los errores aislados y las diferentes etapas de la revolución. ¿Cuántas tierras conservará en Ucrania el Estado soviético y cuántas entregará a los campesinos? ¿Qué orientación se dará a las comunas agrícolas? ¿En qué medida deben apoyarse para no fomentar el parasitismo en ellas? ¿Cómo asegurar su control? He aquí una serie de problemas nuevos planteados por la obra económica socialista, cuya solución no prejuzga ni la teoría ni la práctica, y en la solución de la cual nuestra línea programática de principio, debe también hallar su aplicación práctica y su comprobación experimental, a costa de desviaciones momentáneas inevitables, ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda.

Pero incluso el hecho de que el proletariado ruso haya encontrado un apoyo en la clase campesina, Kautsky lo vuelve contra nosotros, pues, según él, «introduce en el régimen soviético un elemento económico reaccionario, eliminado (¡!) en la Comuna de París, cuya dictadura no se fundaba en soviets campesinos...» (58).

¡Como si fuese posible, para nosotros, recoger la herencia del régimen feudal burgués eliminando a nuestro antojo el «elemento económico reaccionario»! Pero esto no es todo. Después de haber envenenado el poder soviético con un elemento reaccionario, la clase campesina nos privó de su apoyo. Ella «execra» hoy a los bolcheviques. Kautsky lo sabe de buenas fuentes: por las radios de Clémenceau y las habladurías de los mencheviques.

De hecho, las grandes masas campesinas padecen la falta de productos manufacturados de primera necesidad. Mas también es cierto que todos los demás regímenes, sin excepción – y se han visto muchos en otras partes de Rusia en estos tres últimos años –, dejaron caer sobre los hombros de los campesinos una carga todavía más pesada. Ni el gobierno monárquico ni el democrático han podido aumentar los stocks de mercancías. Uno y otro necesitaban el trigo y los caballos que poseían los campesinos. Los gobiernos burgueses – contando entre éstos a los kautskistas-mencheviques – empleaban un instrumento puramente burocrático, que contaba con las necesidades de la economía rural infinitamente menos que el poder soviético formado por los obreros y campesinos. El resultado es que, a pesar de su incertidumbre, su descontento, e incluso sus revueltas, el campesino medio ha llegado a la conclusión de que, cualesquiera fuesen las dificultades que se le presentasen en el régimen bolchevique, la vida le sería infinitamente más dura en cualquier otro régimen. Es totalmente exacto que la ayuda

de los campesinos se la «ahorraron» en la Comuna de París. ¡Pero la Comuna, en cambio, no pudo ahorrarse el ejército campesino de Thiers! Entre tanto nuestro ejército, que en sus cuatro quintas partes está compuesto por campesinos, se bate con entusiasmo – alcanzando victorias – por la República de los Soviets. Y este solo hecho, desmintiendo a Kautsky y a los que lo inspiran, es la mejor apreciación de la política seguida por el poder soviético con respecto a los campesinos.

EL PODER SOVIÉTICO Y LOS ESPECIALISTAS

«Los bolcheviques – refiere Kautsky – al principio creían prescindir de los intelectuales, de los especialistas». Convencidos después de la necesidad de su concurso, abandonaron sus crueles represalias y procuraron su cooperación apelando a todos los procedimientos, sobre todo ofreciendo sueldos elevados. Y Kautsky dice irónicamente: «Así, pues, el mejor método para atraer al trabajo a los intelectuales consiste en maltratarles primero despiadadamente». Y así es. Con permiso de todos los filisteos, la dictadura del proletariado empieza precisamente maltratando a las clases antes dominantes para obligarlas a reconocer el nuevo régimen y a someterse a él. Educados en el prejuicio de la omnipotencia burguesa, los intelectuales profesionales tardaron mucho en creer, en poder creer, en querer creer que la clase obrera fuese capaz de administrar el país, que no hubiese conquistado el poder por un azar, que la dictadura del proletariado fuese un hecho ineluctable. La *intelligentsia* burguesa consideraba, pues, con gran ligereza sus obligaciones para con el Estado obrero, aun cuando entraba a su servicio, y le parecía completamente natural, dentro de un régimen proletario, entregar a los imperialistas extranjeros o a los guardias blancos los secretos militares y los recursos materiales, o recibir para la propaganda anti-soviética subsidios de Wilson, de Clémenceau o de Mirbach. Era necesario demostrarles con hechos – y demostrárselo firmemente – que el proletariado no había tomado el poder para permitir a costa suya bromas de gusto tan dudoso.

En las penas rigurosas promulgadas contra los intelectuales, nuestro pequeño burgués idealista ve: «la consecuencias de una política que trató de ganarse a los intelectuales no por la persuasión sino a puntapiés» (60). Kautsky piensa, pues, seriamente que puede ganarse el concurso de los intelectuales para la obra de construcción socialista con la persuasión como única arma – y esto mientras impera aún, en los demás países, una burguesía que no retrocede ante el empleo de ningún procedimiento para intimidar, corromper o seducir a los intelectuales rusos con objeto de convertirlos en instrumentos de la servidumbre colonial de Rusia.

En lugar de analizar el proceso de la lucha, Kautsky propone, con respecto a los intelectuales, recetas escolares. Es completamente falso que nuestro partido, al no comprender el papel de los intelectuales en la obra de reorganización económica y de cultura que tenemos que realizar, haya intentado prescindir de ellos. Al contrario, cuando la lucha por la conquista y la consolidación del poder estaba en su período más agudo, en el momento en que casi todos los intelectuales formaban prácticamente un batallón de asalto de la burguesía, luchando abiertamente contra nosotros o saboteando nuestras instituciones, el poder soviético sostenía una guerra despiadada contra los especialistas porque se daba cuenta de su extraordinaria capacidad organizadora cuando se limitan a realizar los encargos que les confía una de las clases fundamentales, y no intentan edificar su política «democrática» independiente. No fue sino después de haber quebrantado la resistencia de estos elementos por una lucha implacable que se abrió la posibilidad de invitar al trabajo a los especialistas. Y lo hicimos inmediatamente. La cosa no fue tan sencilla. En virtud de las relaciones existentes en la sociedad capitalista entre el obrero y el director de fábrica, entre el empleado de oficina y el administrador, entre el soldado y el oficial, subsistía una profunda desconfianza de clase con respecto a los especialistas, desconfianza que creció aún más durante el primer período de la guerra civil. Los intelectuales se habían propuesto matar la revolución obrera por hambre y por frío, a toda costa. Era preciso aplacar los resentimientos de los trabajadores. Pasar de un antagonismo encarnizado a una colaboración pacífica no era fácil. Las masas obreras tenían que acostumbrarse a ver en el ingeniero, en el agrónomo, en el oficial, no al explotador de ayer, sino al colaborador útil de hoy, al especialista indispensable puesto a disposición del poder obrero y campesino. Ya hemos mostrado el error de Kautsky al atribuir al poder soviético la intención de principio de sustituir los especialistas por proletarios. Pero es cierto que en las grandes masas proletarias sí se manifestaba cierta inclinación en ese sentido. Una clase joven que acaba de demostrarse a sí misma su capacidad para vencer los mayores obstáculos, que acaba de romper el encanto místico que rodeaba la soberanía de los poseedores, que se ha convencido de que «las artes humanas no son un regalo de los dioses», una clase de tal naturaleza revolucionaria debía inclinarse necesariamente – por lo menos sus elementos más inmaduros – a sobrestimar, antes que nada, su aptitud para resolver todo problema sin tener que recurrir a los especialistas cultos de la burguesía.

Todas las veces que se han manifestado estas tendencias de modo algo preciso las hemos combatido puntualmente.

«A la hora presente, afianzado ya el poder de los soviets – decíamos en la Conferencia urbana de Moscú, el 28 de marzo de 1918 –, la lucha contra el sabotaje debe tender a transformar a los saboteadores de ayer en servidores, en agentes, en dirigentes técnicos, en todas partes donde los necesite el nuevo régimen. Si no lo conseguimos,

si no atraemos a todas las fuerzas que nos son necesarias, si no las ponemos al servicio de los soviets, nuestra lucha de ayer contra el sabotaje, la lucha militar y revolucionaria, por esas mismas razones, será condenada; se habrá demostrado su inutilidad, su esterilidad.

«Estos técnicos, estos ingenieros, estos médicos, estos maestros, estos oficiales de ayer representan, como las máquinas inanimadas, una parte de nuestro capital nacional, que tenemos el deber de explotar, de utilizar, si queremos resolver a grandes líneas los problemas esenciales que se nos plantean.

«La democratización – y esto es el abecé de todo marxista – no consiste en negar el valor de las competencias, el valor de las personas que poseen conocimientos especiales y en sustituirlas siempre y en todas partes por colectivos formados por elección.

«Estos grupos, integrados por los mejores elementos de la clase trabajadora, pero que no poseen conocimientos técnicos, no pueden reemplazar al técnico procedente de las Escuelas especiales y que sabe realizar un trabajo especial determinado. La difusión del sistema de los colectivos nombrados por elección que observamos en todos los dominios, es la reacción muy natural de una clase joven, revolucionaria, oprimida hasta ahora, que rechaza la autoridad personal de sus dueños de ayer, de los patronos y dirigentes, y los sustituye en todas partes por representantes suyos nombrados por elección. Es – insistimos – una reacción revolucionaria perfectamente natural y sana en sus orígenes; pero no es el **nec plus ultra** de la construcción económica del Estado proletario.

«La etapa siguiente requiere la auto-limitación del principio electivo, de una sana y saludable autorrestricción de los poderes de la clase obrera que discierna en qué caso pertenece la última palabra al representante elegido por los obreros, y en qué otros conviene ceder el paso al técnico, al especialista, dotado de conocimientos especiales, al que debe imponerse una gran responsabilidad y a quien debe vigilarse cuidadosamente en materia política. Pero es indispensable conceder al especialista plena libertad de acción para realizar una labor creadora, porque ningún técnico, por poco capaz e inteligente que sea, puede trabajar en lo que es su dominio si está subordinado a un colectivo compuesto por personas que no conocen nada de ese dominio. Un control soviético colegial, político, es necesario siempre y en todas partes, pero para las funciones de ejecución es indispensable nombrar a especialistas técnicos, de ubicarlos en puestos de responsabilidad y de imponerles estas responsabilidades.

«Los que temen esta necesidad muestran inconscientemente su profunda desconfianza con respecto al régimen soviético. Los que se imaginan que al confiar puestos técnicos a los saboteadores de ayer ponemos en peligro los fundamentos mismos del régimen, olvidan que ningún ingeniero ni general alguno puede hacer tambalear al régimen soviético, que es invencible desde el punto de vista político, revolucionario y militar – pero que puede tambalear sólo a causa de su incapacidad para resolver los problemas de la organización creadora.

«Para esto últimos se necesita arrancar de las antiguas instituciones cuanto tienen de vital y precioso, y vincularlo a la nueva empresa.

«Si no lo hiciéramos, compañeros, no podríamos desarrollar nuestras tareas esenciales, puesto que al rechazar todas las fuerzas acumuladas del pasado, sería imposible encontrar, a corto plazo, en nuestro seno todos los especialistas necesarios.

«Ello vendría a ser, en suma, lo mismo que renunciar a servirnos de todas las máquinas que hasta hoy han contribuido a la explotación de los trabajadores. La locura de semejante determinación es manifiesta. Hacer trabajar a los especialistas competentes es tan necesario para nosotros como poner en nuestro activo todos los medios de producción y transporte y, en términos generales, todas las riquezas del país. Debemos hacer sin tardanza el recuento de los técnicos especialistas y someterlos de hecho al trabajo obligatorio, ofreciéndoles un vasto campo de actividad y ejerciendo un control político sobre ellos» (*)

La cuestión de los especialistas se planteaba, desde el principio, de un modo singularmente agudo en lo concerniente al dominio militar. Y aquí fue resuelto en primer término ante la presión de una necesidad ineluctable.

En la administración de la industria y transportes, las formas de organización indispensables no se han perfeccionado aún del todo. Obedece esto a que en los dos primeros años hemos tenido que trasladar los gastos del transporte y la industria a la defensa militar. El curso tan cambiante de la guerra civil ha sido, por otra parte, un obstáculo para el establecimiento de relaciones normales entre los especialistas y el poder soviético. Los técnicos competentes de la industria y el transporte, los médicos, los maestros, los profesores se unían a los ejércitos derrotados de Denikine y Koltchak, o eran llevados a la fuerza. Sólo ahora, cuando la guerra civil llega a su fin, los intelectuales se reconcilian con el poder soviético o se inclinan ante él. Los problemas económicos aparecen en primer plano. La dirección general de la organización científica de la producción de la industria se concentra en las manos del partido proletario.

(*) [Nota de Trotsky] El trabajo, la disciplina y el orden salvarán la República socialista de los Soviets (Moscú, 1918). Kautsky conoce este libro y lo cita en varias oportunidades. Esto no le impide omitir los pasajes, citados por nosotros, que clarifican la actitud que debe tomar el poder de los soviets frente a los intelectuales.

LA POLÍTICA INTERNACIONAL DEL PODER SOVIÉTICO

«Los bolcheviques – razona Kautsky – pudieron reunir las fuerzas necesarias para conquistar el poder político porque su partido fue el que con más energía pidió la paz, la paz a cualquier precio, la paz separada, sin preocuparse de las repercusiones internacionales que este llamado podía suscitar, sin pensar si favorecían con su actitud la victoria de la monarquía militar alemana, entre cuyos protectores se contaron, durante largo tiempo, tanto los rebeldes de la India o de Irlanda, como los anarquistas italianos» (61).

Kautsky, pues, no sabe más que una cosa sobre la razón de nuestra victoria: la paz como consigna. No explica la solidez del poder soviético cuando éste volvió a movilizar una parte considerable del ejército imperial para repeler victoriosamente, durante dos años, a sus enemigos políticos.

Sin duda, la paz como lema ha desempeñado un enorme papel en nuestra lucha, pero era precisamente porque atacaba a la guerra **imperialista**. No eran en absoluto los soldados fatigados quienes lo defendían más vigorosamente, sino los obreros de vanguardia, para quienes la paz significaba no el reposo, sino una lucha irreconciliable contra los explotadores. Estos mismos obreros van a dar sus vidas más tarde en el frente soviético en nombre de la paz.

Afirmar que exigíamos la paz, sin cuidarnos del efecto que podría crear en la situación internacional, es remachar el refrán de la calumnia de los cadetes y mencheviques. El paralelismo trazado entre nosotros y los nacionalistas germanófilos de la India e Irlanda se basa en que el imperialismo alemán **intentó**, en efecto, utilizarnos como a los indios e irlandeses.

Pero los chauvinistas franceses también trabajaron para utilizar en favor de sus intereses a Liebknecht, a Rosa Luxemburgo – ¡y hasta a Kautsky y Bernstein! Todo está en saber si hemos dejado que nos utilicen. ¿Ha dado nuestra línea de conducta, acaso alguna vez, a los obreros europeos, el menor motivo para que se nos ligue al imperialismo alemán? Basta recordar la evolución de las negociaciones de Brest-Litovsk, su ruptura y la ofensiva alemana de febrero de 1918 para destapar el cinismo de la acusación de Kautsky. Hablando con propiedad, no hubo paz entre nosotros y los imperialistas alemanes, no la hubo un solo día. En los frentes de Ucrania y del Cáucaso habíamos proseguido la guerra, sin gritarlo a los cuatro vientos, en la medida en que nuestras insignificantes fuerzas nos lo permitían. Éramos demasiado débiles para hacerla a lo largo del frente ruso-alemán; y, aprovechándonos de la partida del grueso de las fuerzas alemanas hacia el frente occidental, mantuvimos durante algún tiempo una ficción de paz. Si el imperialismo alemán era en 1917 y 1918 lo bastante fuerte para imponernos la paz de Brest-Litovsk, a pesar de todos los esfuerzos que hicimos con el fin de librarnos de aquel nudo corredizo, la culpa estaba principalmente en la vergonzosa actitud de la Socialdemocracia alemana, cuyo ornamento indispensable era Kautsky.

La paz de Brest-Litovsk fue zanjada el 4 de agosto de 1918. Entonces, Kautsky, en vez de declarar la guerra al imperialismo alemán – cosa que exigió más tarde al poder soviético, impotente aún en 1918 desde el punto de vista militar –, propuso votar los créditos de guerra «bajo ciertas condiciones», y se condujo de tal modo, en general, que pasaron meses hasta conocer su actitud y saber si era o no partidario de la guerra. Y este poltrón político, que en el momento decisivo abandonó todas las posiciones fundamentales del socialismo, se atreve a acusarnos de habernos visto obligados a dar, en cierto momento, un paso atrás – no ideológico sino puramente material – ¿y eso por qué? Porque habíamos sido traicionados por la socialdemocracia alemana, depravada por el kautskismo; es decir, por una postración política teóricamente disimulada.

¡Que no nos cuidábamos de la situación internacional! Lo que ocurre es que en lo concerniente a esta situación teníamos un criterio más profundo que nadie, y que no nos ha engañado. Como fuerza militar activa, el ejército ruso no existía ya antes de la revolución de febrero. Su disgregación definitiva era algo inevitable. Si la revolución de febrero no hubiese estallado, el régimen zarista habría acabado por transigir con la monarquía alemana. Pero la revolución de febrero, que hizo abortar esta transacción, precisamente porque era una revolución verdadera, deshizo definitivamente el ejército, basado en un principio monárquico. Mes antes o mes después, este ejército tenía que pulverizarse. La política militar de Kerensky era la del avestruz. Cerraba los ojos ante la descomposición del ejército y lanzaba frases sonoras y amenazaba de palabra al imperialismo alemán.

En estas condiciones, no nos quedaba más que una salida: mantenernos en el terreno de la paz, que era una conclusión inevitable de la impotencia militar de la revolución y hacer de esta postura un medio de acción revolucionaria para todos los pueblos de Europa; es decir, en lugar de esperar pasivamente con Kerensky la catástrofe militar que se avecinaba, y que hubiera podido sepultar bajo sus ruinas a nuestra propia revolución, hacer nuestra la consigna de la paz y arrastrar al proletariado europeo, especialmente a los obreros austroalemanes. Con este espíritu proseguimos nuestras negociaciones de paz con los imperios centrales y redactamos nuestras observaciones a los gobiernos de la Entente.

Prolongamos en todo lo posible las negociaciones de paz para dar tiempo a que las masas obreras de Europa comprendieran precisa y claramente lo que era el poder soviético y cuál era su política. La huelga de enero de 1918 en Alemania y Austria demostró que nuestros esfuerzos no fueron en vano. Esta huelga fue el primer presagio serio de la revolución alemana. Los imperialistas alemanes se dieron cuenta de que éramos para ellos un peligro

mortal. El libro de Luddendorff lo da a entender claramente. Ciertamente que los imperialistas alemanes no se arriesgaron más a emprender abiertas cruzadas contra nosotros; pero donde podían hacernos una guerra enmascarada, engañando a los obreros con el concurso de la socialdemocracia alemana, no desperdiciaban la ocasión para hacerlo. Así pasó en Ucrania, en la cuenca del Don, en el Cáucaso. En la Rusia central, el conde Mirbach había convertido la capital moscovita, a raíz de su llegada, en el centro de todos los complots contrarrevolucionarios y anti-soviéticos; pero, así también estaba el camarada Ioffé en Berlín estrechando contactos con la revolución alemana. La extrema izquierda de esta revolución, el partido de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, estaba de acuerdo con nosotros. La revolución alemana tomó enseguida la forma soviética, y el proletariado alemán, a pesar de la paz de Brest-Litovsk, no dudó ni un instante que estábamos con Liebknecht y no con Luddendorff. Este, al comparecer en noviembre de 1919 ante la comisión del Reichstag, refirió que «el alto mando militar había exigido la creación de una institución que tuviera por objeto descubrir los lazos que existían entre las tendencias revolucionarias en Rusia y Alemania. Después de la llegada de Ioffé a Berlín se abrieron consulados rusos en numerosas ciudades alemanas. Este hecho tuvo consecuencias desastrosas para la flota y para el ejército». Kautsky, no obstante, tiene la osadía de escribir tristemente: «Si las cosas han llevado hasta una revolución en Alemania, la culpa, en verdad, no es de ellos (de los bolcheviques)» (62).

Si en 1917 y 1918 hubiésemos tenido la posibilidad de apoyar el viejo ejército zarista, absteniéndonos de toda acción revolucionaria en lugar de obrar por su destrucción, habríamos simplemente prestado asistencia a la Entente, ayudándola con nuestra complicidad a arruinar y expoliar a Alemania, a Austria y a los demás países del mundo. Con semejante política, nos hubiéramos encontrado, en el momento decisivo, tan completamente desarmados como ahora Alemania, mientras que hoy, gracias a la revolución de Octubre y a la paz de Brest-Litovsk, nuestro país es el único que sigue en pie, con las armas en la mano, frente a los aliados de la Entente. No sólo no ayudamos a los Hohenzollern con nuestra política internacional a ocupar una posición mundial predominante, sino que, por el contrario, con la revolución de octubre, contribuimos más que ninguno a su caída. Al mismo tiempo conseguimos una tregua militar que nos hizo posible la creación de un ejército fuerte y numeroso, el primer ejército proletario que registran los anales del mundo y al que, hoy en día, no pueden vencer los chacales de la Entente.

En otoño de 1918, después de la debacle de los ejércitos alemanes, atravesamos el momento más crítico de nuestra situación internacional. En lugar de dos campos poderosos, que se neutralizaban más o menos mutuamente, teníamos ante nosotros a la Entente victoriosa, en el apogeo de su poder mundial, y a Alemania aplastada, cuya canalla burguesa hubiese considerado como una dicha y un honor saltar a la garganta del proletariado ruso por un hueso arrojado desde la cocina de Clémenceau. Propusimos la paz a la Entente y estábamos dispuestos (porque obligados) a aceptar de nuevo las condiciones más duras para su firma. Pero Clémenceau, cuya rapacidad imperialista había conservado intactos todos los rasgos de su estupidez pequeño-burguesa, negó a los junkers alemanes el hueso que solicitaban y decidió al mismo tiempo adornar el Hotel des Invalides con la cabellera por trofeo de los jefes de la Rusia de los Soviets. En política nos prestó un servicio grandísimo. Nos defendimos con éxito, y hasta hoy continuamos firmes.

¿Cuál era, pues, la idea que guiaba nuestra política exterior, después de que los primeros meses de funcionamiento del gobierno de los Soviets revelaran la estabilidad bastante considerable de los gobiernos capitalistas de Europa? Esto es precisamente lo que Kautsky, confundido, quiere explicar ahora como un resultado accidental: ¡resistir! Nosotros comprendíamos con perfecta claridad que el hecho mismo de la existencia del poder soviético era un acontecimiento de la más alta importancia revolucionaria. Y esta comprensión marcó nuestra política de concesiones y retrocesos relativos, no en materia de principios, sin embargo, sino en el dominio de las conclusiones prácticas, que emanan de una sobria apreciación de nuestra propia fuerza. Nos replegábamos como huelguistas que no tienen hoy fuerzas ni recursos, pero que, con los dientes apretados, se preparan para reanudar la lucha al día siguiente. Si no hubiésemos tenido una fe inquebrantable en la importancia mundial de la dictadura soviética, no hubiéramos aceptado todos los duros sacrificios que significó la paz de Brest-Litovsk. Si nuestra fe hubiese estado en contradicción con la realidad de las cosas, el tratado de Brest-Litovsk habría sido señalado por la Historia como la capitulación inútil de un régimen condenado a la perdición. Así apreciaban **entonces** la situación, no sólo los Kuhlmann, sino también los Kautsky de todos los países.

En cuanto a nosotros, habíamos apreciado con precisión nuestra debilidad de entonces y nuestra potencia futura. La existencia de la República de Ebert, con su sufragio universal, su engaño parlamentario, su «libertad» de Prensa y sus asesinatos de líderes obreros, no hace más que añadir un eslabón a la cadena histórica de la esclavitud y la ignominia. La existencia de la República de los Soviets es un hecho de importancia revolucionaria sin parangón. Era necesario mantenerla, sirviéndose del conflicto de las naciones capitalistas, de la continuación de la guerra imperialista, de la impúdica arrogancia de la pandilla de los Hohenzollern, de la estupidez de la burguesía mundial en todas las cuestiones fundamentales concernientes a la revolución, del antagonismo entre América y Europa y de las relaciones inextricables de los países aliados; era necesario pilotar el navío soviético, aún inacabado, y, durante la marcha, acabar su construcción y su armamento.

Kautsky se decidió a acusarnos, una vez más, por no haber marchado contra un enemigo poderoso a principios de 1918, cuando éramos débiles y estábamos desarmados. Si lo hubiésemos hecho, habríamos sido vencidos (*).

La primera tentativa importante del proletariado para conquistar el poder central habría sido un fracaso completo. El ala revolucionaria del proletariado europeo habría recibido un golpe de los más dolorosos. La Entente habría firmado la paz con los Hohenzollern sobre el cadáver de la revolución rusa, y el capitalismo mundial habría obtenido una tregua de muchos años. Kautsky nos calumnia, sin pizca de vergüenza, cuando dice que, al firmar la paz de Brest-Litovsk, no pensamos en la influencia que esto podía ejercer en los destinos de la revolución alemana. En aquellos días discutimos la cuestión desde todos los puntos de vista, sin tener presente más que un solo criterio: el de los intereses de la revolución mundial. Llegamos a la conclusión de que estos intereses exigían imperiosamente el mantenimiento del solo y único poder soviético en el mundo entero. Y nos asistía la razón. Pero Kautsky esperaba nuestra caída, sin impaciencia acaso, mas con seguridad inquebrantable, y en esta supuesta caída había basado toda su política internacional.

El acta de la sesión del gobierno de coalición del 19 de noviembre de 1918, publicado por el Ministerio Bauer, dice lo siguiente: Primero, reanudación de la discusión sobre la actitud de Alemania relativa a la República de los Soviets. Haase recomienda una política de condescendencia. Kautsky se adhiere a la opinión de Haase: «**Es preciso – dice – aplazar la decisión, en razón de que el gobierno soviético no podrá sostenerse y caerá inevitablemente dentro de unas semanas...**» Así pues, en el momento en que la situación del poder soviético era, en efecto, más precaria y delicada, pues la derrota del militarismo alemán parecía dar a la Entente la posibilidad de aniquilarnos «dentro de unas semanas», Kautsky no manifiesta ningún deseo de socorrernos y, no contento de lavarse las manos en este asunto, toma parte activa en la traición contra la Rusia revolucionaria. Para facilitar el papel de Scheidemann, convertido en **perro guardián** de la burguesía, en vez de en su **enterrador**, conforme a la función que le concedía su propio «programa» –, Kautsky se apresura a convertirse él mismo en el enterrador del poder soviético. Pero el poder soviético está vivo y sobrevivirá a todos sus sepultureros.

(*) [Nota de Trotsky] El periódico vienés *Arbeiterzeitung* pone como de costumbre, a los comunistas rusos razonables contra los comunistas austríacos. «¿Es que Trotsky – escribe el periódico –, con su ojo perspicaz y su comprensión de lo que es factible, no firmó la paz forzada de Brest-Litovsk, aun cuando esto haya servido para consolidar el imperialismo alemán? La paz de Brest fue tan cruel e indecente como la de Versalles. ¿De ello hay que deducir que Trotsky debía continuar la guerra contra Alemania? Y haciéndolo, ¿la revolución rusa no hubiese perecido desde hace ya bastante tiempo? Trotsky se inclinó delante del principio de la necesidad inevitable y, anticipando la revolución en Alemania, firmó un tratado vergonzoso». El mérito de haber previsto las consecuencias de la paz de Brest-Litovsk corresponde por entero a Lenin. Pero eso no cambia en nada, naturalmente, la argumentación del órgano del kautskismo vienés.

VIII

LAS CUESTIONES DE ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

EL PODER SOVIÉTICO Y LA INDUSTRIA

Si en el primer período de la revolución soviética los más graves reproches del mundo burgués se dirigían a nuestra crueldad, a nuestro espíritu sanguinario, después, cuando este argumento se hubo debilitado por el uso, se nos empezó a hacer responsables de la desorganización económica del país. Conforme a su misión actual, Kautsky traduce metódicamente en un lenguaje pseudo-marxista, todas las acusaciones de la burguesía, que imputa al poder soviético la ruina de la industria rusa: los socialistas se han puesto a socializar sin un plan; han socializado lo que no estaba maduro para la socialización. En fin, la clase obrera rusa no está preparada todavía para dirigir la producción, etc., etc....

Repitiendo y combinando estas acusaciones, Kautsky se obstina en dejar en silencio las causas esenciales de nuestra desorganización económica: la matanza imperialista, la guerra civil y el bloqueo.

Desde su inicio, la Rusia de los Soviets se vio privada de carbón, petróleo, algodón y metal. El imperialismo austro-alemán primero, el imperialismo de la Entente después, actuando de acuerdo con los guardias blancos rusos, despojaron a Rusia de la cuenca hullera y metalúrgica de Donetz, de las regiones petrolíferas del Cáucaso; de Turkestán, que nos suministraba el algodón; del Ural y sus inmensas riquezas en metales en bruto; de Siberia, rica en ganado y cereales. La cuenca de Donetz suministraba normalmente a nuestra industria el 94% del combustible mineral y el 74% de los metales brutos que aquélla consumía. El Ural daba el complemento: 20% de metales brutos y 4% de hulla. En el curso de la guerra civil perdimos estas dos regiones. Al mismo tiempo perdimos los 500 millones de pouds(*) de carbón que recibíamos del extranjero. Simultáneamente nos quedamos sin petróleo, porque el enemigo se había apoderado de todos los yacimientos. Es preciso no tener vergüenza para hablar, dadas estas condiciones, de la influencia disolvente de las socializaciones «prematuras», «bárbaras», etc., sobre una industria totalmente privada de combustible y de materias primas. Pertenzca una fábrica a un trust capitalista o a un Estado proletario, esté o no socializada, sus chimeneas no pueden echar humo sin carbón y petróleo. Algo de esto puede aprenderse en Austria y hasta en Alemania. Ninguna empresa textil, administrada conforme a los más sabios métodos de Kautsky – admitiendo un instante que con los métodos de Kautsky pueda administrarse algo más que un tintero – producirá tejidos de ninguna índole, si no se abastece de algodón bruto. Ahora bien, nosotros estábamos privados del de Turkestán a la vez que del de América. Además – repetimos – nos faltaba combustible.

Cierto que el bloqueo y la guerra civil han sido consecuencias de la revolución proletaria en Rusia. Pero no se sigue de aquí de ningún modo que las innumerables ruinas amontonadas por el bloqueo anglo-francés y por las campañas de bandidaje de Koltchak y Denikine, puedan ser imputadas a la ineficacia de los métodos económicos soviéticos.

La guerra imperialista que precedió a la revolución dañó mucho más a nuestra joven industria con sus insaciables exigencias técnicas y materiales que a la de los más poderosos Estados capitalistas. Nuestros transportes, especialmente, sufrieron una crisis espantosa. La explotación de los ferrocarriles aumentó considerablemente, provocando en consecuencia la usura del correspondiente material, cuando su renovación estaba reducida al mínimo. La ineluctable reglamentación de cuentas fue precipitada por la crisis de combustible. La pérdida casi simultánea del carbón del Donetz y del petróleo del Cáucaso nos obligó a recurrir al empleo de la madera para los ferrocarriles. Como las reservas de madera no habían sido preparadas para esto, fue preciso usar la madera recién cortada, húmeda, y su acción sobre las locomotoras, ya gastadas, fue deplorable. Vemos, pues, cómo las causas principales de la ruina de los transportes rusos actúan desde antes de octubre de 1917. E incluso, las causas ligadas directa o indirectamente a la revolución de Octubre, que más bien debieran contarse entre las consecuencias políticas de ésta, tampoco tienen que ver con los métodos de la economía socialista.

Ni qué decir tiene que el efecto de las sacudidas políticas no se manifestó sólo en la crisis del transporte y del combustible. Si la industria mundial tendía, sobre todo en el curso de los últimos decenios, a convertirse en un organismo único, esta tendencia se manifestaba más aún en la industria nacional. Sin embargo, la guerra y la revolución, fragmentaban, desmembraban la industria. La ruina industrial de Polonia, de las regiones del Báltico y Petersburgo, empezó bajo el zarismo, y durante Kerensky siguió ganando terreno.

Las evacuaciones indefinidas, simultáneas a la ruina de la industria, significaban también la ruina de los transportes. Durante la guerra civil, que es una guerra de movimiento, y por ello sus frentes son móviles, las evacuaciones revistieron un carácter aún más febril y destructor. Los dos beligerantes, al abandonar temporalmente algún centro industrial, tomaban todas las medidas imaginables para inutilizar las fábricas o servicios que iban a caer en manos del enemigo: se llevaban las máquinas más útiles o sus piezas más delicadas, como también a los mejores técnicos y obreros. La evacuación iba seguida de otra evacuación que acababa con frecuencia en

la ruina, tanto de los artículos transportados como de los ferrocarriles. Varios distritos industriales de primera importancia – sobre todo en Ucrania y en la región del Ural – cambiaron, así, de manos varias veces.

Añadamos a esto que en el momento en que la destrucción de la herramienta industrial revestía proporciones inusitadas, cesó completamente la importación de maquinarias extranjeras, que había desempeñado antes un rol decisivo en nuestra industria.

Pero los elementos materiales de la industria – edificios, máquinas, rieles, combustible y materias primas – no han sido los únicos que han sufrido estas terribles consecuencias de la guerra y la revolución; la fuerza viva, creadora de la industria, el proletariado, ha padecido más o, por lo menos, tanto. El proletariado ha hecho la revolución de octubre, ha implantado y defendido el régimen de los soviets, y ha sostenido una lucha ininterrumpida contra los blancos. Los obreros calificados son, por regla general, los más avanzados. La guerra civil privó al trabajo productivo, por mucho tiempo, de sus mejores trabajadores, por docenas de miles; miles de ellos se perdieron para siempre. Las cargas más pesadas de la revolución socialista recaen sobre la vanguardia proletaria y, por consiguiente, sobre la industria.

Durante dos años y medio toda la atención del gobierno de los soviets se concentró en la resistencia armada; sus mejores fuerzas, sus recursos más importantes eran consagrados al frente.

La lucha de clases, generalmente, origina perjuicios en la industria. Todos los filósofos que se han hecho apóstoles de la armonía social, se lo han reprochado hace ya mucho tiempo. En períodos de huelgas económicas ordinarias, los obreros consumen sin producir. La lucha de clases, en su forma más intensa – la lucha armada – da golpes tanto más terribles. Pero es evidente que no se puede considerar en modo alguno la guerra civil como un método de economía socialista.

Las causas que hemos indicado son más que suficientes para explicar la precaria situación económica de la Rusia de los soviets. Sin combustible, sin metales, sin algodón, con el transporte deshecho, con la maquinaria deteriorada, con la mano de obra dispersada por el país después de haber sido diezmada en los frentes, ¿es preciso todavía buscar en el utopismo económico de los bolcheviques una causa suplementaria de la ruina de nuestra industria? No, cada una de las causas indicadas basta para sugerir esta cuestión: ¿Cómo ha podido conservarse, en estas condiciones, cierta actividad fabril y manufacturera?

Y esta actividad existe – sobre todo en la industria militar, viva hoy a costa de las otras. El poder soviético ha tenido que crearla, como su ejército, con las ruinas que había heredado. La industria militar, restablecida en estas condiciones increíblemente difíciles, ha cumplido y continúa cumpliendo su misión: el ejército rojo está vestido, calzado, armado. Tiene fusiles, cartuchos, obuses y todo lo que necesita.

Tan pronto como entrevimos la paz, después de la derrota de Koltchak, Youdenitch y Denikine, nos planteamos en toda su magnitud los problemas de la organización de la industria. Y tres o cuatro meses de intensa labor en este sentido bastaron para poner fuera de duda que el poder soviético, gracias a su estrecho contacto con las masas populares, gracias a la flexibilidad de su maquinaria de Estado y a su iniciativa revolucionaria, dispone para el renacimiento económico de recursos y métodos que ningún otro Estado posee ni poseyó nunca.

Cierto que se presentaron ante nosotros nuevas cuestiones, que tuvimos que hacer frente a dificultades nuevas. La teoría socialista no tenía ni podía tener respuestas preparadas para todas estas cuestiones. Hay que encontrar las soluciones en la experiencia, y por la experiencia comprobarlas. El kautskismo pertenece a una época anterior a los inmensos problemas resueltos por el poder soviético. Bajo la forma del menchevismo sigue una marcha embarazada, oponiendo a las medidas de nuestra obra económica los prejuicios de un escepticismo pequeño-burgués, intelectual, burocrático.

Con el fin de poner al lector al corriente de la esencia misma de las cuestiones referentes a la organización del trabajo, como las que se presentan ahora ante nosotros, el autor de este libro cree hacer una cosa útil reproduciendo el informe que presentó al tercer Congreso panruso de los sindicatos. Para mayor claridad, estará completado por numerosos pasajes tomados de los informes presentados por el autor al Congreso panruso de los soviets de Economía popular y al IX Congreso del Partido Comunista.

(*) [Nota de Trotsky] 8 millones de toneladas.

INFORME SOBRE LA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

¡Camaradas! La guerra civil termina. En el frente oeste la situación sigue siendo incierta. Aún es posible que la burguesía polaca lance un desafío a su propio destino... Pero si esto ocurriera – y nosotros no hacemos nada para provocarlo – la guerra no exigirá de nosotros la abrumadora tensión de fuerzas que la lucha simultánea en cuatro frentes ha requerido. La terrible presión de la guerra se debilita. Las necesidades y labores económicas atraen cada vez más nuestra atención. La Historia nos coloca directamente frente a nuestra obra fundamental: la organización del trabajo sobre nuevas bases sociales. La organización del trabajo constituye en su esencia la organización de la nueva sociedad; toda sociedad histórica es, fundamentalmente, la organización del trabajo que

en ella se establece. Si la sociedad vieja estaba basada en una organización del trabajo que beneficiaba a la minoría, la cual disponía del instrumento de presión gubernamental contra la inmensa mayoría de los trabajadores, nosotros realizamos ahora la primera tentativa que la Historia universal registra de organización del trabajo en beneficio de la clase laboriosa. Esto, sin embargo, no excluye el instrumento de presión en todas sus formas, de las más suaves a las más rudas. El elemento de presión, de coerción, no sólo no abandona la escena histórica, sino que, por el contrario, desempeñará durante una época bastante considerable un rol importantísimo.

Siguiendo la regla general, el hombre buscará librarse del trabajo. La asiduidad no es una virtud innata en él; se crea por la presión económica y por la educación del medio social. Puede afirmarse que el hombre es un animal bastante perezoso. En el fondo, en esta cualidad, principalmente, se ha fundado el progreso humano. Si el hombre no hubiese tratado de ahorrar sus fuerzas, si no se hubiera esforzado por conseguir con el mínimo de energía el máximo de productos, no habría habido un desarrollo de la técnica ni cultura social. Considerada, pues, desde este punto de vista, la pereza del hombre es una fuerza progresiva. El viejo marxista italiano Arturo Labriola ha llegado a imaginar al hombre futuro como un «holgazán genial y feliz». Sin embargo, no hay que deducir de esto que el partido y los sindicatos deban preconizar esta cualidad como un deber moral. No es necesario. En Rusia la pereza es excesiva. La obra de organización social consiste precisamente en introducir la «pereza» en cuadros definidos, para disciplinarla, y en estimular al hombre con auxilio de medios y medidas que ha imaginado él mismo.

EL TRABAJO OBLIGATORIO

La clave de la economía es la mano de obra, sea ésta cualificada, semi-cualificada, o sin ninguna cualificación. Hallar los medios de llegar a conocerla con exactitud, de movilizarla, de distribuirla, de utilizarla en forma productiva, significa resolver en la práctica el problema de nuestra reconstrucción económica. Esta es la obra de toda una época; una obra grandiosa. Su dificultad aumenta porque tenemos que reorganizar el trabajo sobre bases socialistas, en condiciones de una pobreza tal, que nunca se ha visto miseria más espantosa.

Cuanto más se usa la herramienta y más se deterioran el material móvil y los ferrocarriles, menos posibilidad tenemos de recibir del extranjero en plazo breve una cantidad algo respetable de máquinas, y la cuestión de la mano de obra adquiere más importancia. Al parecer, disponemos de una mano de obra muy considerable. Pero ¿cómo reunirlos? ¿Cómo llevarlos al pie de la obra? ¿Cómo organizarlos industrialmente? Cuando este invierno emprendimos la labor de despejar los rieles de la nieve que hacía impracticables las vías férreas, chocamos ya con grandes dificultades, que no pudimos vencer con la compra de mano de obra por la depreciación del dinero y la ausencia casi completa de artículos manufacturados. Las necesidades de combustible no pueden satisfacerse, ni aun parcialmente, sin la utilización de una tal cantidad de fuerza obrera como nunca se ha ya empleado para la tala de árboles y la extracción de la turba y la hulla. La guerra civil ha destruido las vías férreas, los puentes, las estaciones. Para producir a gran escala madera para quemar, turba como para trabajar, se necesitan locales para los trabajadores, aunque sólo sean campamentos provisionales de construcción. También es necesaria una considerable cantidad de mano de obra para la organización del servicio fluvial. Y así sucesivamente.

La industria capitalista se alimentaba en grandes proporciones de mano de obra auxiliar proveniente de los elementos que emigraban del campo. La falta de tierras laborables, que se hacía sentir cruelmente, lanzaba al mercado constantemente cierto excedente de mano de obra. El Estado, mediante los impuestos, la obligaba a venderse. El mercado proveía mercancías al campesino. A la hora presente, esta situación ha desaparecido. El campesino tiene más tierra, pero como le faltan los instrumentos agrícolas, necesita más fuerza obrera. Además, la industria no puede dar casi nada al campo, y el mercado no ofrece ningún atractivo a la mano de obra.

Sin embargo, esta es hoy más necesaria que nunca. No es sólo el obrero quien tiene que dar su fuerza al poder soviético, para que la Rusia laboriosa y, con ella, los trabajadores mismos no sean aplastados; necesitamos también la fuerza de los campesinos. El único medio para tener la mano de obra que precisamos, ahora, para poner en marcha la economía, es la implantación del trabajo obligatorio.

El principio de la obligación del trabajo es indiscutible para los comunistas: «Quien no trabaja no come». Y como todos tienen que comer, todos están obligados a trabajar. El trabajo obligatorio está fijado en nuestra Constitución y en la Ley del Trabajo. Pero hasta hoy sólo era un principio. Su aplicación no había tenido más que un carácter accidental, parcial, episódico. Sólo ahora, frente a los problemas que origina el resurgimiento económico del país, se ha impuesto ante nosotros de una manera bien concreta la necesidad de la obligación del trabajo. La única solución correcta a las dificultades económicas, tanto en principio como en la práctica, consiste en considerar a toda la población del país como una reserva necesaria de mano de obra – como una fuente casi inagotable – y en organizar en un orden rigurosamente establecido su recuento, movilización y utilización.

¿Cómo cooptar la mano de obra prácticamente sobre la base del trabajo obligatorio?

Hasta hoy, sólo el Ministerio de la Guerra tenía experiencia en lo que se refiere a censo, movilización, formación y traslado de grandes masas. Nuestro Departamento de Guerra ha heredado, en gran parte, del pasado sus métodos y reglas técnicas. No hemos podido conseguir semejante herencia en el dominio económico, porque aquí regía el

principio del derecho privado, y la fuerza de trabajo afluyó hacia las empresas directamente del mercado. Era natural, pues, que utilizáramos en esa época el aparato del departamento de guerra para la movilización, a vasta escala, del trabajo.

Central y localmente, creamos los órganos especiales para la puesta en vigor del trabajo obligatorio; a este efecto, funcionan ya Comités en los provincias, distritos, cantones. Se apoyan principalmente en los órganos centrales y locales del departamento de la Guerra. Nuestros centros económicos: el Consejo Superior de Economía Nacional, el comisariado Nacional de la Agricultura, el Comisariado de Abastecimiento, el Comisariado de Vías y Comunicaciones, el Comisariado de Abastecimientos. El Comité Principal del Trabajo Obligatorio recibe todas estas demandas, las coordina, las pone en relación con las fuentes locales de mano de obra, da las instrucciones correspondientes a sus órganos locales y realiza por su intermediación la movilización del trabajo. En el interior de las regiones, de los gobiernos y distritos, los órganos locales ejecutan de manera independiente este trabajo, con miras a satisfacer las necesidades económicas locales.

Hasta aquí, toda esta organización no ha sido más que ligeramente esbozada. Dista mucho de ser perfecta. Pero el camino emprendido es el mejor, indiscutiblemente.

Si la organización de la nueva sociedad tiene por base una organización nueva del trabajo, esta organización nueva del trabajo requiere, a su vez, la implantación regular del trabajo obligatorio. Las medidas administrativas y de organización son insuficientes para realizar esta obra que abarca los fundamentos mismos de la economía pública y de vida cotidiana; choca con los prejuicios y hábitos psicológicos bien arraigados. La efectividad y adopción del trabajo obligatorio supone, por una parte, una gigantesca tarea en la educación; y, por la otra, la mayor prudencia en el modo práctico de realizarla.

La utilización de la mano de obra debe ser hecha con el mayor ahorro posible. Cuando hayan de hacerse movilizaciones de fuerza obrera, hay que tomar en consideración, en lo posible, la vida económica de cada región, así como las necesidades que se deriven de la actividad principal de la población, en este caso, la agricultura. Es indispensable tener presente las actividades adicionales que existían antes, los recursos adicionales de las poblaciones locales, etc. Es preciso que los traslados de la mano de obra movilizada se hagan a pequeñas distancias, es decir, que se tome ésta de los sectores más próximos al frente del trabajo. Es menester que el número de los trabajadores movilizados corresponda a la magnitud de la obra económica. Es necesario que los trabajadores movilizados sean provistos, de manera oportuna, de víveres y de instrumentos de trabajo y que tengan al frente a instructores experimentados y serios. Allí, hay que convencer a los trabajadores de que su mano de obra se utiliza con previsión y economía y que se gasta de manera adecuada. Siempre que sea posible, deberá substituirse la movilización directa mediante el trabajo; es decir, imponer a un determinado cantón la obligación de suministrar, en un tiempo dado, tanto de madera, o transportar hasta tal o cual estación tantos quintales de minerales, etc. En este ámbito es preciso el estudio minucioso de la experiencia adquirida, dar al sistema económico la mayor flexibilidad posible, mostrar que se toman muy en serio los intereses y particularidades locales. Pero es igualmente indispensable creer firmemente que el principio mismo del trabajo obligatorio ha sustituido tan radical y victoriosamente al del reclutamiento voluntario, como la socialización de los medios de producción a la propiedad capitalista.

LA MILITARIZACIÓN DEL TRABAJO

El trabajo obligatorio sería imposible sin la aplicación – en cierta medida – de los métodos de militarización del trabajo. Esta expresión nos introduce de golpe en el dominio de las mayores supersticiones y los gritos en contra.

Para comprender lo que se entiende por militarización del trabajo en el Estado obrero y cuáles son sus métodos, hay que tener una idea clara del modo como se ha efectuado la militarización del ejército mismo que, si todos recuerdan, estaba muy lejos de poseer en el primer período las cualidades «militares» requeridas. En estos últimos dos años, el número de soldados que hemos movilizado casi alcanzó al número de sindicatos en Rusia. Pero los sindicatos son obreros y sólo un 15% de ellos forma parte del ejército rojo; el resto de éste está constituido por la masa campesina. No obstante, sabemos, sin que esto deje lugar a dudas, que el verdadero organizador y creador del Ejército rojo es el obrero avanzado, procedente de las organizaciones sindicales o del partido. Cuando la situación en los frentes de combate se hacía difícil, cuando la masa campesina recientemente movilizada no daba pruebas de firmeza suficiente, nos dirigimos a la vez al Comité Central del partido comunista y a la Presidencia del Soviet Supremo panruso de los sindicatos. De estos dos organismos salieron los obreros avanzados que marcharon al frente a organizar el Ejército rojo a su imagen; a educar, templar, militarizar a la masa campesina.

Es este un hecho que debe recordarse con claridad, porque arroja suficiente luz sobre la idea misma de la militarización, tal como se concibe en el Estado obrero y campesino. La militarización del trabajo ha sido proclamada más de una vez como consigna y ha sido realizada tanto en Occidente como en Rusia bajo el zarismo. Pero la nuestra se distingue de esas otras por sus fines y métodos, exactamente como el proletariado consciente y organizado, para lograr su emancipación, se distingue de la burguesía consciente y organizada para la explotación.

De esta confusión, a medias inconsciente, a medias involuntaria, entre las formas históricas de la militarización

proletaria y la militarización burguesa, vienen todos los prejuicios, errores, protestas y gritos provocados por la cuestión. En este modo de interpretar las cosas se ha basado totalmente la actitud de los mencheviques, nuestros kautskistas rusos, tal cual aparece en su declaración de principios, presentada al actual Congreso de Sindicatos.

Los mencheviques no sólo se declaran enemigos de la militarización del trabajo, sino también del trabajo obligatorio. Rechazan estos métodos como «coercitivos». Proclaman que el trabajo obligatorio provocará una baja de productividad. En cuanto a la militarización, no tendrá, según ellos, otro efecto que un gasto inútil de fuerza de trabajo.

«El trabajo obligatorio ha sido siempre un trabajo poco productivo», tal es la expresión exacta de la declaración de los mencheviques. Esta afirmación nos traslada al centro mismo de la cuestión. Porque, en nuestra opinión, no se trata absolutamente de saber si es prudente o insensato declarar tal o cual fábrica en estado de guerra; si debe concederse al tribunal revolucionario militar derecho a castigar a los obreros corrompidos que roban las materias primas y los herramientas que nos son tan útiles o que sabotean el trabajo. No; la cuestión está planteada por los mencheviques de un modo mucho más profundo. Al afirmar que el trabajo obligatorio es siempre poco productivo, se esfuerzan por destruir toda nuestra obra económica en la época actual de transición, ya que no tenemos ninguna intención de pasar de la anarquía burguesa a la economía socialista sin recurrir a la dictadura revolucionaria y a los métodos coercitivos de organización económica.

En el primer punto de la declaración de los mencheviques se afirma que vivimos en una época de transición de las formas de producción capitalista a las formas de producción socialista. ¿Qué quiere decir esto exactamente? Y, sobre todo, ¿de dónde proceden semejantes axiomas? ¿Desde cuándo creen esto nuestros kautskistas? Nos han acusado (y este fue el motivo de nuestros desacuerdos) de utopismo socialista; afirmaban (y esto constituía el fondo de su doctrina) que no puede realizarse en nuestra época el paso al socialismo, que nuestra revolución no es más que una revolución burguesa, que nosotros, comunistas, no hacemos otra cosa que destruir el sistema económico capitalista, que no hacemos adelantar un paso a la nación, que la hacemos, por el contrario, retroceder. En esto consistía el desacuerdo fundamental, la divergencia profunda, incompatible, de la que derivaban todas las restantes diferencias. Ahora, los mencheviques nos indican de paso, en las líneas preliminares de su resolución, como algo que no necesita pruebas, que estamos en el período de transición entre el capitalismo y el socialismo; confesión totalmente inesperada, que se parece mucho a una completa capitulación de ideas, y dicha con tanta facilidad y ligereza que, como toda su declaración demuestra, no impone ninguna obligación revolucionaria a los mencheviques. Estos siguen siendo en bloque prisioneros de la ideología burguesa. Después de haber reconocido que caminamos hacia el socialismo, los mencheviques luchan con todo el furor posible contra estos métodos, sin los cuales, en las actuales condiciones graves y penosas, es imposible el paso al socialismo.

«El trabajo obligatorio – nos dicen – es siempre improductivo». Nosotros les preguntamos: ¿Qué entendéis por trabajo obligatorio al hacer esta afirmación? Dicho de otra manera, ¿a qué trabajo es antinómico? Aparentemente al trabajo libre. ¿Qué debe entenderse en este caso por trabajo libre? Esta idea está formulada por los ideólogos progresistas de la burguesía en su lucha contra el trabajo no libre, es decir, contra la servidumbre de los campesinos y contra el trabajo corporativo de los artesanos. Por trabajo libre se entendía el que podía comprarse «libremente» en el mercado de trabajo. La libertad se reducía a una ficción jurídica sobre la base de la esclavitud asalariada. No conocemos en la historia otra forma de trabajo libre. Que los pocos representantes mencheviques que asisten a este Congreso nos expliquen lo que entienden por trabajo libre no coercitivo, si no es otra cosa que la venta libre de la fuerza de trabajo.

La historia ha conocido la esclavitud, la servidumbre, el trabajo reglamentado de las corporaciones de la Edad media. Hoy, en todo el universo, impera el salariado, que los escritoruelos amarillistas de todos los países oponen como una libertad superior a «la esclavitud» soviética. Nosotros, en cambio, oponemos a la esclavitud capitalista el trabajo social y regular, obligatorio para todos y, por consiguiente, obligatorio para todos los obreros del país. Sin él es imposible hasta pensar en el advenimiento del socialismo. El elemento de presión material, física, puede ser más o menos grande; esto depende de muchas condiciones: del grado de riqueza o pobreza del país, del nivel cultural, del estado del transporte y del sistema de dirección, etc., etc.; pero la obligación y, por consiguiente, la coerción es la condición indispensable para contener la anarquía burguesa, para socializar los medios de producción y los instrumentos de trabajo, para la reconstrucción del sistema económico con arreglo a un plan único.

Para un liberal, libertad significa, en último instancia, el mercado. ¿Puede o no comprar un capitalista a un precio aceptable la fuerza obrera? Esta es la única unidad de medida de la libertad de trabajo para un liberal, y esta medida es falsa, no sólo con respecto al futuro, sino también con respecto al pasado.

Sería absurdo creer que cuando existía la servidumbre se efectuaba el trabajo solamente ante la amenaza de la presión física, y que el jefe de galeras estaba, látigo en mano, detrás de cada campesino. Las formas económicas de la Edad media eran el resultado de ciertas condiciones económicas, que creaban ciertas formas de vida social a las que el campesino se había adaptado, que en determinados momentos había creído justas, o cuya perennidad, por lo menos, había sido siempre admitida. Cuando bajo el influjo del cambio de las condiciones materiales, el siervo adoptó una actitud hostil hacia ellas, el gobierno lo sujetó por la fuerza material, lo que prueba el carácter coercitivo de la organización del trabajo.

Sin las formas de coerción estatal que constituyen el fundamento de la militarización del trabajo, la sustitución de la economía capitalista por la economía socialista no sería más que una palabra falta de sentido. ¿Por qué hablamos de militarización? Avisamos que es sólo por analogía, pero por una analogía muy significativa. Ninguna organización social, aparte del ejército, se ha creído con derecho a subordinar tan completamente a los ciudadanos, a dominarlos tan totalmente a su voluntad, como el gobierno de la dictadura proletaria. Sólo el ejército – precisamente porque ha zanjado a su manera las cuestiones de vida y muerte de las naciones, de los Estados, de las clases dirigentes – ha adquirido el derecho a exigir de todos y cada uno una sumisión conforme a sus tareas, fines, mandatos y ordenanzas. Y lo ha conseguido sobre todo porque los trabajos de organización militar coincidían con las necesidades del desarrollo social.

Hoy, la cuestión de vida o muerte de la Rusia de los soviets se decide en el frente del trabajo. Nuestras organizaciones económicas con nuestras organizaciones profesionales e industriales, tienen derecho a exigir de sus miembros toda la abnegación, disciplina y seriedad que hasta ahora sólo el ejército ha exigido.

Por otra parte, la actitud del capitalista con respecto al obrero, no se funda sólo en un contrato «libre»; incluye también poderosos elementos de reglamentación estatal y de presión material.

La competencia entre capitalistas ha prestado un cierto semblante de realidad a la ficción de la libertad del trabajo. Pero esta competencia, reducida al mínimo por los sindicatos y los trusts, ha sido eliminada completamente por nosotros al abolir la propiedad privada sobre los medios de producción. La transición al socialismo, reconocido en palabras por los mencheviques, significa el paso del reparto desordenado de la fuerza de trabajo, a causa del juego de compra y venta, de las oscilaciones de los precios en el mercado y los salarios, a una distribución racional de los trabajadores, hecha por los organismos del distrito, de la provincia, del país entero.

Este género de reparto supone la subordinación de los obreros sobre quienes recae el plan económico del Estado. Y en esto consiste el trabajo obligatorio que, como elemento fundamental, entra inevitablemente en el programa de la organización socialista del trabajo.

Si es imposible una organización sistemática de la economía pública sin el trabajo obligatorio, éste, en cambio, es irrealizable sin la abolición de la ficción de la libertad del trabajo y su reemplazo por el principio de la obligación, completada con la coerción.

Cierto que el trabajo libre es más productivo que el obligatorio en lo concerniente al paso de la sociedad feudal a la sociedad burguesa. Pero es preciso ser un liberal, o un kautskista en nuestros días, para eternizar esta verdad y extenderla a la época actual de transición del régimen burgués al socialista. Si es cierto, como dice la declaración de los mencheviques, que el trabajo obligatorio, bajo cualquier circunstancia, siempre rinde menos, entonces, nuestra reorganización económica está condenada a la ruina; pues no puede haber en Rusia otro medio para llegar al socialismo que una dirección autoritaria de las fuerzas y los recursos económicos del país y un reparto centralizado de la fuerza obrera, conforme al plan general del Estado. El Estado obrero se considera con derecho a enviar a todo trabajador adonde su trabajo sea necesario. Y ningún socialista serio negará al Estado obrero el derecho a castigar al trabajador que se obstina en no llevar a cabo la misión que se le encomiende. Mas – y esta es la razón de todo – la vía menchevique de transición al «socialismo» es una vía láctea, sin monopolio del trigo, sin supresión de los mercados, sin dictadura revolucionaria y sin militarización del trabajo.

Sin trabajo obligatorio, sin derecho a dar órdenes y exigir su cumplimiento, los sindicatos pierden su razón de ser, pues el Estado socialista en formación los necesita, no para luchar por el mejoramiento de las condiciones de trabajo – que es la obra de conjunto de la organización social gubernamental –, sino con el fin de organizar la clase obrera para la producción, con el fin de educarla, de establecer ciertas categorías y fijar a ciertos obreros en sus puestos por un tiempo determinado, con el fin, en una palabra, de introducir autoritariamente a los trabajadores, de pleno acuerdo con el poder, en el plan económico único. Defender, en estas condiciones, la «libertad» de trabajo, equivale a defender la búsqueda inútil, ineficaz e incierta de condiciones mejores, el paso caótico, sin sistema, de una a otra fábrica, en un país hambriento, en medio de la más espantosa desorganización del transporte y el abastecimiento. Aparte de la disgregación de la clase obrera y una completa anarquía económica, ¿cuál podría ser el resultado de esta insensata tentativa de combinar la libertad burguesa de trabajo con la socialización proletaria de los medios de producción?

La militarización del trabajo no es, pues, camaradas, en el sentido fundamental que he señalado, el invento de algunos políticos u hombres de nuestro departamento de guerra, sino que aparece como un método inevitable de organización y disciplina de la mano de obra en la época de transición del capitalismo al socialismo. Quienes piensen, como se afirma en la declaración de los mencheviques, que todas estas formas (reparto obligatorio de la mano de obra, su empleo pasajero o prolongado en determinadas empresas, su reglamentación conforme al plan económico general del Estado), todo el tiempo y en todas partes, han conducido a una disminución de la productividad, hacen una cruz sobre el socialismo, pues es imposible fundar el socialismo en la baja de la producción, la sociedad socialista que se está formando camina fatalmente, por ese mismo hecho, hacia la ruina, cualquiera que sea nuestra habilidad y cualesquiera que sean las medidas de salvación que imaginemos.

Por estas razones, he dicho desde el principio que los argumentos mencheviques contra la militarización nos trasladan al centro mismo de la cuestión del trabajo obligatorio y de su influencia sobre la producción. ¿Es verdad

que el trabajo obligatorio ha sido siempre improductivo? No hay más remedio que responder que es éste el más pobre y liberal de los prejuicios. Todo el problema se reduce a saber quién ejerce una presión, contra quién y por qué: qué Estado, qué clase, en qué circunstancias, por qué métodos. La organización de la servidumbre fue, en determinadas condiciones, un progreso y trajo aparejado un aumento de la producción. La producción aumentó también considerablemente bajo el régimen capitalista y, por consiguiente, en la época de la compraventa libre de la mano de obra en el mercado del trabajo. Mas el trabajo libre y el capitalismo entero, una vez llegado a su fase imperialista, se han arruinado definitivamente a causa de la guerra. Toda la economía mundial ha entrado en un período de sangrienta anarquía, de terribles sacudimientos, de miseria, de agotamiento, de destrucción de las masas populares. En estas condiciones, ¿se puede hablar de la productividad del trabajo libre, cuando los frutos de este trabajo desaparecen diez veces más de prisa que se crean? La guerra imperialista, con sus consecuencias, ha demostrado la imposibilidad de la existencia ulterior de una sociedad basada en el trabajo libre. ¿Acaso posee alguien el secreto que permita separar el trabajo libre del delirium tremens del imperialismo; dicho en otros términos, de hacer retroceder a la humanidad cincuenta o cien años atrás? Si sucediera que nuestra organización de trabajo planificado, y por consiguiente, de obligación, que va a remplazar al imperialismo, condujera al hundimiento de nuestra economía, ello significaría el fin de toda nuestra cultura, un retroceso de la humanidad hacia la barbarie y el salvajismo.

Por fortuna, no sólo para la Rusia de los Soviets, sino para toda la humanidad, la filosofía de la escasa productividad del trabajo obligatorio «siempre bajo cualquier circunstancia en que se realice» no es más que el refrán estúpido de una vieja melodía liberal. La productividad del trabajo es una cantidad que resulta de la suma del conjunto de las condiciones sociales, y no puede ser medida nunca, ni definida por adelantado como forma jurídica del trabajo.

Toda la historia de la humanidad es la historia de la organización y de la educación del hombre social mediante el trabajo, con el fin de obtener una mayor productividad. El hombre, como ya me he atrevido a decirlo, es perezoso; se esfuerza instintivamente por obtener, con el menor esfuerzo, un máximo de productos. Sin esta tendencia humana, no habría progreso económico. El desarrollo de la civilización se mide por la productividad del hombre, y toda forma nueva de relaciones sociales debe someterse a la prueba de esta verdad fundamental.

El trabajo «libre» no nació de un sólo golpe con toda su potencia productiva; sólo la ha alcanzado gradualmente, mediante la aplicación prolongada de métodos de organización y educación del trabajo. Esta educación empleó los medios y procedimientos más diversos, que se modificaban además según sus épocas. Al principio, la burguesía expulsaba de su pueblo, a latigazos, al mujik, y lo dejaba en medio del camino, después de haberlo despojado de sus tierras. Y cuando no quería trabajar en la fábrica, lo marcaba a hierro candente, lo ahorcaba, le enviaba a las galeras, y acababa por acostumar al desdichado a la manufactura. En nuestra opinión, esta fase del trabajo «libre» difiere muy poco de los trabajos forzados, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales como desde el punto de vista legal.

En diversas épocas y en proporciones diferentes, la burguesía ha empleado simultáneamente el hierro candente, la represión y los métodos persuasivos, junto a los métodos de dominación de los espíritus, en este caso, los sermones de los pastores. A este efecto, en el siglo XVI, la iglesia reformó la antigua religión católica, que defendía el régimen feudal, y adaptó a sus necesidades una religión nueva – la Reforma –, que combinaba la libertad del alma con la del comercio y el trabajo. Formó nuevos sacerdotes, haciendo de ellos sus guardianes espirituales y servidores devotos. Adaptó la escuela, la prensa, los municipios y el parlamento con el propósito de modelar las ideas de la clase trabajadora. Las diversas formas de salario (a jornal, a destajo, por contrato colectivo) no constituían en sus manos sino medios diversos de sometimiento para conseguir que el proletariado trabajara. A esto hay que añadir distintas formas de estímulo al trabajo y de incitación al arribismo. En fin, la burguesía ha logrado apoderarse de las trade-unions – organizaciones de la clase obrera – y aprovecharse de ellas, sobre todo en Inglaterra, para disciplinar a los trabajadores. Aplacó a sus líderes, y, por medio de ellos, persuadió a los obreros de la necesidad de un trabajo orgánico y apacible, que su actividad sea irreprochable, en estricto cumplimiento de las leyes del Estado burgués. El coronamiento de toda esta labor ha sido el taylorismo, en el cual los elementos de organización científica del proceso de producción se combinan con los procedimientos más perfeccionados del *sweating system*.

De lo dicho se deduce claramente que la productividad del trabajo libre no es algo que ha sido dado, acabado, presentado por la historia en bandeja de plata. No; es el resultado de una política larga y tenaz, represiva, educadora, organizadora, de estímulo de la burguesía hacia a la clase obrera. Poco a poco, aprendió a extraer una cantidad cada vez mayor de productos del trabajo de los obreros, y el reclutamiento voluntario, única forma de trabajo libre, normal, sana, productiva y saludable, fue en sus manos un arma de lo más poderosa.

Una forma jurídica de trabajo que asegure por sí misma la productividad, no ha existido nunca en la historia, ni puede existir. La envoltura jurídica del trabajo corresponde a las relaciones e ideas de la época. La productividad del trabajo se desarrolla sobre la base del desarrollo de las fuerzas técnicas, de la educación del trabajo, en virtud de la adaptación progresiva de los trabajadores a los medios de producción, que se modifican constantemente, y a las nuevas formas de relaciones sociales.

El establecimiento de la sociedad socialista significa la organización de los trabajadores sobre nuevas bases, su adaptación a éstas, su re-educación con el fin de aumentar constantemente la productividad. La clase obrera, bajo la dirección de su vanguardia, debe darse a sí misma su re-educación socialista. Quien no comprenda esto,

no entiende una palabra del abecé de la realización socialista.

¿Cuales son, pues, nuestros métodos de reeducación de los trabajadores? Desde luego, son más vastos que los de la burguesía, y, además, honrados, directos, francos, limpios de toda hipocresía y de toda mentira. La burguesía tenía que echar mano de la mentira para presentar su trabajo como libre, cuando en realidad no solo era socialmente forzado, sino servil, puesto que era el trabajo de la mayoría en beneficio de una minoría. En cambio, nosotros organizamos el trabajo en interés de los obreros mismos, y por eso no tenemos ninguna razón para enmascarar el carácter socialmente obligatorio de su organización. No tenemos que contar cuentos de sacerdotes, de liberales ni de kautskistas. Decimos francamente y sin ambigüedades a las masas que no pueden salvar, levantar y llevar al país socialista a una situación floreciente sino a costa de un trabajo riguroso, de una severa disciplina y con la mayor conciencia por parte de todos los trabajadores.

El principal recurso que empleamos es la influencia ideológica, la propaganda no de palabra sino de hecho. La obligación de trabajar reviste un carácter coercitivo, pero esto no quiere decir que suponga alguna violencia contra la clase obrera. Si la mayoría de los trabajadores hubiese estado en contra del trabajo obligatorio, el régimen soviético habría quedado herido de muerte. Si los trabajadores se oponen a la militarización del trabajo, es porque estamos ante el método de Araktcheief (63). La militarización del trabajo por voluntad de los mismos trabajadores es la dictadura socialista. Que la obligación y militarización del trabajo no violenten la voluntad de los trabajadores, como ocurría con el trabajo «libre», lo atestigua mejor, que todo cuanto pudiera decirse, la considerable afluencia de obreros voluntarios a los «sábados comunistas», hecho único en los anales de la humanidad. En ninguna parte, el mundo ha presenciado una cosa semejante. Con su trabajo voluntario y desinteresado – una vez por semana y en ocasiones más – los obreros demuestran claramente que están dispuestos no solo a soportar el peso del trabajo «obligatorio», sino a dar al gobierno por añadidura un suplemento de trabajo. Los «sábados comunistas», no son sólo manifestaciones espléndidas de solidaridad comunista, sino la garantía más segura del éxito en la implantación del trabajo obligatorio. Es preciso, por medio de una activa propaganda, aclarar, ampliar y fortalecer estas tendencias tan profundamente comunistas.

El arma espiritual más importante que posee la burguesía es la religión, mientras que la nuestra es la explicación clara a las masas del verdadero estado de cosas, la difusión de los conocimientos naturales, históricos y técnicos, la iniciación en el plan general de la economía gubernamental, sobre cuya base debe utilizarse la mano de obra que tenga a su disposición el poder soviético.

La economía política fue, en otro tiempo, el principal motivo de nuestra agitación: el régimen social capitalista era un enigma, y este enigma lo hemos descifrado ante las masas. Ahora, el mismo mecanismo del régimen soviético, que llama a los trabajadores a los puestos más diversos, ha revelado a las masas los enigmas sociales. A medida que avancemos, la economía política adquirirá una importancia puramente histórica, y las ciencias, que sirven para escrutar la naturaleza y buscar los medios de someterla al hombre, ocuparán el primer plano.

Los sindicatos deben emprender, a la más vasta escala, una acción de educación científica y técnica que permita a todo obrero, a partir de su propio trabajo, desarrollar el trabajo teórico del pensamiento que, a su vez, perfeccione y haga más productivo el primero. Toda la prensa debe ponerse a la altura de la misión del país, no solo como hoy hace, es decir, en el sentido de una agitación general en favor de un aumento del entusiasmo en el trabajo, sino también en la discusión y examen de los problemas y planes económicos concretos, de los métodos y medios para resolverlos y, sobre todo, de comprobar y apreciar los resultados adquiridos. Los periódicos deben seguir día a día la producción de las fábricas más importantes, registrando los éxitos y fracasos, ensalzando los unos y denunciando los otros.

El capitalismo ruso, por su retardo histórico, su dependencia y los rasgos parasitarios que de ello han resultado, había conseguido, con mucho menos esfuerzo que el capitalismo de Europa, instruir, educar técnicamente y disciplinar industrialmente a las masas obreras. Esta tarea incumbe hoy por completo a las organizaciones sindicales del proletariado. Un buen ingeniero, un buen mecánico, un buen ajustador deben gozar de tanta celebridad y tanta gloria como antes los militantes revolucionarios, los agitadores más conocidos, y en nuestros días los comandantes y comisarios del pueblo mejores y más capaces. Los grandes y pequeños dirigentes de la técnica deben ocupar un puesto de honor en el sentimiento de las masas y hay que obligar a los malos obreros a que se avergüencen de no estar a la altura de su función.

El pago de los salarios obreros en Rusia se hace todavía en dinero y es de presumir que así ocurra durante mucho tiempo. Pero cuanto más progreseemos, más importante resultará el asegurar la satisfacción de las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Entonces, los salarios perderán su razón de ser. Hoy no somos lo bastante ricos para hacer una cosa semejante. El aumento de la cantidad de artículos manufacturados es la obra principal a que todas las demás se subordinan. En el momento actual tan sumamente difícil, los salarios no son para nosotros un medio de hacer más grata la existencia personal de cada obrero, sino un medio para estimar lo que cada obrero aporta con su trabajo a la República proletaria.

Por esta razón, los salarios, tanto en dinero como en especie, deben corresponder lo más exactamente posible con la productividad del trabajo individual. En el régimen capitalista, el trabajo a destajo, por obra y servicio, a producción, la implantación del taylorismo, etc., tenían por objeto aumentar la explotación de los obreros y usurparles la plusvalía. Una vez socializada la producción, el trabajo a destajo, las primas, tienen por objeto el

incremento de la masa del producto social y, por consiguiente, el aumento del bienestar común. Los trabajadores que aportan más al bienestar común adquieren el derecho a recibir una parte mayor del producto social que los perezosos, indolentes y desorganizadores.

El Estado obrero, en fin, al recompensar a los unos, no puede menos que castigar a los otros, es decir, a los que con todo conocimiento de causa quebrantan la solidaridad obrera, destruyen el trabajo común y causan un daño considerable a la reorganización socialista del país. La represión, que tiene por objeto realizar las labores económicas, es un arma necesaria de la dictadura socialista.

Todas las medidas enumeradas, así como algunas otras, deben asegurar el desarrollo de la emulación en el dominio de la producción. Sin esto, jamás será posible elevarnos por encima de un nivel medio totalmente insuficiente para nuestras miras. La emulación se basa en un instinto vital – la lucha por la existencia – que en el régimen burgués toma el carácter de competencia. La emulación no desaparecerá en la sociedad socialista perfeccionada, pero revestirá, a medida que esté más asegurado el bienestar necesario a todos, un carácter cada vez más desinteresado y puramente ideológico. Se traducirá por una tendencia a prestar los mayores servicios a la población, al distrito, a la ciudad y a toda la sociedad, y será recompensada con la popularidad, con el reconocimiento público, con la simpatía, o, tal vez, simplemente, con la satisfacción interna que resulta del sentimiento del buen cumplimiento del trabajo bien hecho. Pero en el período de transición, lleno de dificultades, en condiciones de extrema pobreza material y escaso desarrollo del sentimiento de solidaridad social, la emulación ha de ir fatalmente ligada en cierto modo al deseo de asegurarse objetos de consumo personal.

Tal es, camaradas, el conjunto de medios a disposición del gobierno proletario para aumentar la productividad del trabajo. Como vemos, no hay solución al alcance de la mano. La solución no figura en ningún libro. Tal libro, además, no puede existir. Nosotros no hacemos más que empezar a escribirlo con ustedes, con el sudor y la sangre de los trabajadores. Simplemente decimos: obreros y obreras, han entrado en la vía del trabajo reglamentado. Sólo perseverando en ella llegaréis a construir la sociedad socialista. Os encontraréis frente a un problema que nadie resolverá por vosotros: el aumento de la productividad sobre nuevas bases sociales. No resolverlo es perecer. Resolverlo, es hacer progresar a la humanidad considerablemente.

LOS EJÉRCITOS DEL TRABAJO

Es empíricamente, sin basarnos para nada en consideraciones teóricas, que hemos llegado a plantear la cuestión de la utilización del ejército en el trabajo – cuestión que ha adquirido entre nosotros una gran importancia de principio. Por la fuerza de las circunstancias, en algunos lugares apartados de la Rusia soviética habían permanecido cierto tiempo grandes contingentes militares sin participar en ninguna operación militar. Llevarlos a otros frentes donde se combatía, era, sobre todo en invierno, muy difícil, dada la desorganización del transporte. Este fue el caso, por ejemplo, del III° ejército, que se encontraba en la región del Ural. Los dirigentes obreros de este ejército, comprendiendo que no nos era posible desmovilizarlo todavía, plantearon ellos mismos la cuestión de su pase a la actividad laboral y enviaron un proyecto más o menos elaborado de ejército del trabajo.

La tarea era nueva y poco fácil. ¿Estaban dispuestos a trabajar los soldados rojos? ¿Sería su trabajo harto productivo? ¿Económicamente se justificaría? Incluso a nosotros nos asaltaban las dudas al respecto. No hay necesidad de decir que los mencheviques abundaban en el sentido de su negación. En el Congreso de los Soviets de Economía nacional, celebrado, si no me equivoco, en enero o a principios de febrero, es decir cuando la cuestión no pasaba de ser un proyecto, Abramovitch predecía que nos íbamos a llevar irremisiblemente un fiasco, que esta empresa insensata era una utopía digna de Arakcheief, y así sucesivamente. Nosotros debíamos considerar las cosas de otra manera. Las dificultades eran grandes, cierto; pero esto se veía por todas partes en la obra soviética.

Veamos realmente lo que representaba el organismo del III° ejército. Quedaban en él muy pocas tropas: sumado todo, no pasaba de una división de cazadores y otra de caballería; quince regimientos, entre los dos), más los cuerpos especiales. El resto de las unidades había sido distribuido mucho antes entre los demás ejércitos en los frentes de combate. Pero el organismo de dirección del ejército seguía intacto y nosotros creíamos muy probable que necesitaríamos enviarlo en la primavera, por el Volga, hasta el frente del Cáucaso, contra Denikine, que por aquel entonces no había sido todavía derrotado por completo. El contingente total de este III° ejército ascendía a uno 120.000 hombres. En esta masa, donde predominaba el elemento campesino, había cerca de 16.000 comunistas y simpatizantes, obreros del Ural en su mayoría. Era, pues, por su composición, una masa campesina convertida en organización militar y dirigida por obreros de vanguardia. Trabajaban allí numerosos especialistas militares, que ocupaban importantes puestos y estaban bajo el control político general de los comunistas. Si se echa una ojeada de conjunto sobre el III° ejército, se verá que es el reflejo de toda la Rusia soviética. Lo mismo si consideramos el ejército rojo en su totalidad, que la organización del poder soviético en un distrito, en una provincia o en toda la República, hallaremos siempre el mismo esquema de organización: miles de campesinos adaptados a nuevas formas de vida política, económica y social por el esfuerzo de los trabajadores organizados que llevan la dirección en todos los campos de la edificación soviética. A los especialistas de la escuela burguesa se les coloca en puestos que

requieren de conocimientos especiales, se les concede la autonomía necesaria; pero su trabajo queda bajo el control de la clase obrera, personificada en el partido comunista. Desde nuestro punto de vista, sólo es posible la implantación del trabajo obligatorio, a condición de que se haga un reclutamiento entre el proletariado del campo bajo la dirección de los obreros avanzados. Por esto no hubo ni pudo haber ningún obstáculo de principio en la implicación del ejército en el trabajo. En otros términos, las objeciones de principio de los mencheviques contra los ejércitos del trabajo, no eran en el fondo más que objeciones contra el trabajo «obligatorio» en general y contra los métodos soviéticos de edificación socialista. Y este es el motivo por el cual no nos ha costado refutarlas.

Entiéndase que no es que el organismo militar esté adaptado a la dirección del trabajo. Por otra parte, nunca hemos hecho nada en ese sentido. La dirección debía continuar en manos de los órganos económicos correspondientes. El ejército suministraba la mano de obra necesaria en forma de unidades compactas y organizadas, aptas para la ejecución de los trabajos homogéneos más sencillos: escombramiento de la nieve, tala de árboles, obras de construcción, organización de los camiones, etc.

Hoy tenemos ya una experiencia considerable en lo que se refiere a la utilización del ejército del trabajo y en lo sucesivo podemos hacer más que previsiones o hipótesis. ¿Qué conclusiones sacar de esta experiencia? Los mencheviques se han apresurado a sacarlas por nosotros. El mismo Abramovitch, su orador, declaraba en el Congreso de mineros que nos habíamos llevado un fiasco, que el ejército del trabajo no es más que una organización parasitaria en que 100 hombres no valen lo que diez trabajadores. ¿Es esto cierto? No. Es exclusivamente una crítica irresponsable formulada a la ligera por ajenos a los hechos, que no hacen más que recoger desperdicios y basuras de aquí y de allá, que se pasan todo el tiempo constatando nuestra bancarrota o prediciéndola. En realidad, no sólo no han fracasado los ejércitos del trabajo, sino que por el contrario han hecho importantes progresos, han demostrado su vitalidad, y se expanden fortaleciéndose cada día más. Quienes han fracasado son precisamente los profetas que pronosticaban la inutilidad de esta empresa, que nos anunciaban que nadie trabajaría, que los soldados rojos no irían al frente del trabajo, sino que regresarían simplemente a sus casas.

Estas objeciones estaban dictadas por el escepticismo pequeño-burgués, por la falta de confianza en las masas y su audaz iniciativa organizadora. Pero, en el fondo, ¿acaso no eran las mismas objeciones que tuvimos que refutar cuando iniciábamos las grandes movilizaciones para las tareas exclusivamente militares? También entonces se trataba de espantarnos agitando el espectro de una deserción unánime – inevitable, se decía –, después de la guerra imperialista. Sobra decir que hubo deserciones. Pero la experiencia ha demostrado que ellas no han revestido, ni de lejos, el carácter endémico ni la importancia que nos habían anunciado. No han destruido al ejército. El lazo espiritual y organizador, el voluntariado comunista y la presión gubernamental han hecho posible movilizar a millones de hombres, constituir numerosas unidades y realizar las tareas militares más complejas. En último análisis, el ejército ha vencido. Por lo que toca al trabajo, en base a nuestra experiencia militar, esperábamos idénticos resultados. Y no hemos sufrido desilusiones. Los soldados rojos no han desertado cuando hemos pasado del frente bélico al frente del trabajo, como nos pronosticaban algunos escépticos. Gracias a una agitación bien encauzada, esta transición se realizó con gran entusiasmo. No negamos que algunos soldados hayan querido abandonar el ejército, pero esto ocurre siempre que se trasladan grandes unidades militares de un frente a otro o desde la retaguardia a la vanguardia y, en general, cuando se las pone en movimiento y la deserción potencial se transforma en deserción activa. Mas cuando sucedían hechos semejantes, inmediatamente intervenían las secciones políticas, la prensa, los órganos especiales de lucha contra la deserción, y el porcentaje actual de la deserción en los ejércitos del trabajo no es mayor que el de los ejércitos combatientes.

Se había afirmado que a consecuencia de su estructura interna, los ejércitos del trabajo no podrían dar más que un débil porcentaje de trabajadores. Esto es una verdad a medias. El III° ejército ha conservado, como ya he dicho, su aparato administrativo con un número muy pequeño de unidades militares. Tanto que, empujados por consideraciones de orden militar y no económico, hemos conservado intacto el Estado Mayor del ejército y su dirección, aunque el porcentaje de los trabajadores que suministraba era excesivamente bajo. De los 110.000 soldados rojos ocupados en las labores administrativas y económicas, sólo un 21% eran trabajadores; los servicios diarios de guardia (facción, etc.), a pesar del gran número de instituciones y depósitos militares, no ocupaban más que el 16%; el número de enfermos, atacados de tifus sobre todo, junto con el personal médico y sanitario no pasaba del 13%; el de ausentes por diversas razones (misiones, permisos, ausencia ilegal) se elevaba al 25%. Así pues, la mano de obra disponible no era más que del 23%. Este era el máximo de las fuerzas que el III° ejército podía suministrar al frente del trabajo. En realidad, al principio, no dio más que el 14% de trabajadores, tomados sobre todo de las divisiones de cazadores y caballería, que eran las dos divisiones que quedaban.

Pero tan pronto como se supo que Denikine estaba derrotado y que, en la primavera, no necesitaríamos enviar el III° ejército al frente del Cáucaso, empezamos en seguida a liquidar los aparatosos servicios del ejército y a adaptar de modo más racional sus instituciones a los nuevos trabajos. Aun cuando todavía no hayamos acabado esta transformación, los resultados dados ya por ella no son menos considerables. Hoy (marzo de 1920), el antiguo III° ejército suministra un 38% de trabajadores con relación a sus efectivos. En cuanto a las unidades militares que trabajan a su lado en la región del Ural, dan ya un 49%. Estos resultados no son tan malos si se comparan con lo que ocurre en las fábricas, en muchas de las cuales las ausencias, justificadas o no, pasan todavía del 50% (*). Agreguemos que,

los trabajadores fabriles se han hecho asistir en el funcionamiento de las fábricas por miembros adultos de su familia, mientras que los soldados del ejército rojo no pueden contar sino consigo mismos.

Si enviamos a estos jóvenes de diez y nueve años, movilizados por el ejército en el Ural, a talar árboles, veremos que de unos 30.000, más del 75% van al trabajo. Esto es ya un enorme progreso, y además la prueba de que utilizando el instrumento militar para su movilización y formación podemos introducir en las unidades de trabajo modificaciones que aseguren un alza considerable del porcentaje de los participantes directos en el proceso material de la producción.

(*) [Nota de Trotsky] Después de que lo escribimos, este porcentaje ha disminuido considerablemente (junio de 1920).

Finalmente, hoy podemos hablar de la productividad de los ejércitos del trabajo basándonos en la experiencia adquirida. Al principio, la productividad en los distintos sectores del trabajo, a pesar del enorme entusiasmo, era, a decir verdad, demasiado baja. Y la lectura de los primeros comunicados del ejército del trabajo podía parecer claramente desalentadora. En los primeros tiempos, se necesitaban de trece a quince jornadas de trabajo para la preparación de una *sagéne* cúbica [alrededor de 10 m³] de madera, cuando la media fijada, que aun hoy sólo se alcanza raramente, es de tres días. Hay que agregar que los especialistas en la materia son capaces, en condiciones favorables, de preparar una *sagéne* cúbica por día. ¿Qué ha sucedido en efecto? Las unidades militares estaban destacadas lejos de los bosques en que se efectuaba la tala. Ocurría a menudo que para ir al trabajo y volver a casa había que recorrer de 6 a 8 verstas [6 a 8 km], lo que absorbía una parte importante de la jornada de trabajo. Llegado al bosque, faltaban las hachas y sierras. Muchos soldados rojos originarios de la estepa no conocían el bosque, no habían abatido árboles nunca ni estaban familiarizados con la sierra y el hacha. Los Comités forestales de las provincias y distritos distaban mucho de haber aprendido, desde un comienzo, a utilizar las unidades militares, a dirigir las donde fuese necesario, a equiparlas convenientemente. En estas circunstancias, nada tiene de sorprendente que esto traiga como resultado la poca productividad del trabajo. Pero una vez fueron corregidos estos defectos principales, los resultados fueron mucho más satisfactorios. Con arreglo a los últimos datos, la *sagéne* cúbica en este mismo III° ejército requiere cuatro días y medio de trabajo, lo que no se aleja mucho de la norma actual. El hecho de que la productividad aumente sistemáticamente a medida que se mejora el trabajo, es altamente reconfortante.

Los resultados a que puede llegarse en este sentido han sido demostrados por la experiencia breve, pero rica, del batallón de ingenieros de Moscú. La dirección general de Ingeniería militar que conducía las operaciones comenzó por fijar una norma de tres días de trabajo por *sagéne* cúbica de madera. Esta norma fue pronto superada. En el mes de enero una *sagéne* cúbica no necesitaba más de 2,3 jornadas de trabajo; en febrero, 2,1; en marzo, 1,5; lo que representaba una productividad particularmente elevada. Semejante resultado se ha obtenido gracias a una acción moral, a la especificación exacta del trabajo de cada uno, a haberse despertado el amor propio del trabajador, a la concesión de primas a los obreros que producen más allá del número exigido, o, para emplear el lenguaje de los sindicatos, a una tarifa móvil adaptada a todas las fluctuaciones individuales de la productividad. Esta experiencia casi científica nos señala el camino que debemos seguir en adelante.

En el momento actual poseemos muchos ejércitos del trabajo en acción: el I° ejército, los ejércitos de Petrogrado, de Ucrania, del Cáucaso, del Volga, el ejército de reserva. Este último, como se sabe, ha contribuido a aumentar la capacidad de transporte del ferrocarril de Kazan—Ekaterinenburgo. Y en todas partes en donde, con cierta inteligencia, se ha hecho la experiencia de la utilización de las unidades militares, los resultados se han encargado de demostrar que semejante método es indiscutiblemente practicable y óptimo.

En cuanto al prejuicio sobre el inevitable parasitismo de las organizaciones militares, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentren, ha quedado definitivamente deshecho. El ejército rojo encarna las tendencias del régimen soviético gubernamental. No hay que pensar ya más ayudados por estas ideas muertas de la época desaparecida: «militarismo», «organización militar», «improductividad del trabajo obligatorio», sino considerar sin prejuicios las manifestaciones de la nueva época y no olvidar que el sábado existe para el hombre, no el hombre para el sábado; que todas las formas de organización, incluso la militar, no son más que armas en manos de la clase obrera ahora en el poder, que tiene derecho y puede adaptar, modificar, rehacer sus armas, mientras no haya obtenido los resultados deseados.

EL PLAN ECONÓMICO ÚNICO

La aplicación intensa del trabajo obligatorio, como las medidas de militarización del trabajo, no pueden desempeñar un papel decisivo sino a condición de ser aplicadas sobre la base de un plan económico único, que abarque a todo el país y a todas las ramas industriales. Este plan debe calcularse para un determinado número de años. Es natural que se divida en períodos, en consonancia con las etapas inevitables de la reanudación económica del país. Debemos empezar por las labores más simples y, a la vez, las más fundamentales.

Ante todo, es necesario garantizar a la clase obrera la posibilidad de vivir, aunque sea en las condiciones más ingratas, y para ello, conservar los centros industriales y salvar las ciudades. Este es el punto de partida. Si no

queremos que el campo absorba a la ciudad y la agricultura a la industria, si no queremos ruralizar a todo el país, tenemos que mantener, aunque sólo sea a un nivel mínimo, nuestro transporte, y asegurar a las ciudades el pan, a la industria combustible y materias primas, y forraje al ganado. Sin esto, no hay progreso posible. Por consiguiente, la obra más urgente del plan, es mejorar el estado del transporte, o, por lo menos, evitar su deterioro mayor, creando stocks de los artículos más necesarios, de materias primas y de combustible. Todo el período siguiente se dedicará a la centralización y tensión de la mano de obra para la solución de estos problemas esenciales, condición previa del desarrollo económico ulterior. ¿Se fijará por meses o por años cada uno de estos períodos? Es difícil anticiparlo en este instante, mucho más si se tiene en cuenta que esto depende de causas múltiples, comenzando por la situación internacional y terminando por el grado de unanimidad y firmeza de la clase obrera.

En el curso del segundo período deberá procederse a la construcción de máquinas necesarias para el transporte, la extracción de materias primas y la producción de víveres. La clave está en la locomotora. Por esta razón, en lo sucesivo, es indispensable comenzar a reparar el material rodante sobre la base de una producción masiva de sus piezas de repuesto. Ahora que los ferrocarriles y fábricas de Rusia están en manos de un solo propietario – el Estado obrero –, podemos y debemos establecer un tipo único de locomotora y de vagón para todo el país, unificar las piezas de repuesto, hacer que todas las fábricas necesarias se dediquen a la fabricación en masa de estas últimas, llegar a que las reparaciones no sean más que una simple sustitución de las piezas gastadas por otras nuevas, y ponernos, en consecuencia, en condiciones de efectuar el montaje en masa de las locomotoras. Ahora que disponemos otra vez de combustible y materias primas, tenemos que concentrar nuestra atención especialmente en la construcción de las locomotoras.

En el tercer período, será necesario construir máquinas para la fabricación de productos de primera necesidad y consumo masivo.

En fin, el cuarto período, que se apoyará en los resultados adquiridos por los tres primeros, permitirá pasar a la producción de objetos de uso personal, a gran escala.

Este plan reviste una importancia considerable, no sólo en cuanto orientación general de nuestros órganos económicos, sino también en cuanto línea de conducta para la propaganda de nuestras labores económicas entre las masas obreras. Nuestras movilizaciones para el trabajo serán letra muerta y no cobrarán consistencia si no tocamos el punto sensible de todo lo que hay de honrado, consciente y entusiasta en la clase trabajadora. Debemos decir a las masas toda la verdad sobre nuestra situación y nuestras intenciones futuras, y declararles francamente que nuestro plan económico, aun con el esfuerzo máximo de los trabajadores, no nos proporcionará mañana ni pasado el oro y el moro, pues en el curso del período que viene orientaremos nuestra acción principal hacia la preparación de condiciones de producción de medios de producción. Sólo cuando estemos en capacidad de restablecer, aunque no sea más que en mínimas proporciones, los medios de transporte y producción, pasaremos a la fabricación de objetos de consumo. Así pues, el producto palpable del trabajo destinado a los obreros en forma de objeto de uso personal no se obtendrá sino en último término, cuando hayamos entrado en la cuarta fase del plan económico. Sólo en ese momento habrá una mejora palpable que lime considerablemente las asperezas de la vida. Para que las masas que han de sufrir aún durante mucho tiempo pena y privaciones puedan soportar su peso, tienen que comprender en toda su amplitud la lógica inevitable de este plan económico.

El orden de estos cuatro períodos económicos no debe tomarse en sentido rígido. No está dentro de nuestras intenciones paralizar por completo nuestra industria textil; aunque sólo fuera por razones de orden militar, no podemos hacerlo. Pero con el fin de que la atención y las fuerzas no se dispersen bajo la presión de necesidades que se hacen sentir cruelmente, importa conformarse al plan económico – criterio principal – y distinguir lo esencial y fundamental, de lo auxiliar y secundario. Inútil decir que no nos inclinamos en modo alguno hacia un estrecho comunismo «nacional»; el levantamiento del bloqueo y la revolución europea, sobre todo, impondrían profundas modificaciones a nuestro plan económico, reduciendo la duración de las fases de su desarrollo y haciéndolas más cercanas unas a otras. Pero no podemos prever cuando sobrevendrán estos acontecimientos. Por esta razón, hemos de resistir y fortalecernos nosotros mismos, pese al desarrollo poco favorable, esto es, lentísimo, de la revolución europea y mundial. En caso de que reanudemos efectivamente las relaciones comerciales con los países capitalistas, nos seguiremos inspirando en el plan económico antes definido. Entregaremos parte de nuestras materias primas a cambio de locomotoras y demás máquinas necesarias; pues lo que está al orden del día no son los objetos de consumo como vestidos, calzado o artículos coloniales, sino, en primer término, la importación de medios de transporte y de producción.

Seríamos ciegos, escépticos y avaros pequeño-burgueses si nos imaginásemos que la reconstrucción económica puede ser una transición progresiva de la actual desorganización económica completa al estado de cosas que le ha precedido, o, en otros términos, que podemos volver a subir los mismos escalones que ya habíamos descendido, y que sólo después de un largo período pondremos nuestra economía al nivel en que se hallaba en vísperas de la guerra imperialista. Semejante modo de ver las cosas no sólo no serviría de consuelo, sino que sería, además, profundamente erróneo. La desorganización al destruir a su paso las innumerables riquezas, extirpaba al mismo tiempo muchas rutinas de la economía, muchas ineptias, muchas viejas costumbres, abriendo así el camino a la nueva estructura económica conforme a los datos técnicos, que son hoy los mismos de la economía mundial.

Si el capitalismo ruso se ha desarrollado no gradualmente, sino a saltos, construyendo en plena estepa fábricas a la americana, con más razón aún para que semejante marcha forzada pueda ser llevada por la economía socialista. Tan pronto como hayamos vencido nuestra horrible miseria, acumulado algunas reservas de materias primas y de artículos, y mejorado el transporte, libres ya de las cadenas de la propiedad privada, podremos franquear de un salto muchos grados y subordinar todas las empresas y todos los recursos económicos al plan único de Estado.

Podremos también, seguramente, introducir la electrificación en todas las ramas fundamentales de la industria y en la esfera del consumo personal, sin tener que pasar de nuevo por «la edad del vapor». El programa de electrificación está previsto en Rusia en cierto número de etapas consecutivas, en conformidad con las etapas fundamentales del plan económico general.

Una nueva guerra podría retardar la realización de nuestras orientaciones económicas; nuestra energía y perseverancia pueden y deben apresurar el proceso de la reanudación económica. Pero como quiera que sea la rapidez del curso de los acontecimientos, es indudable que, como base para nuestra acción (movilización del trabajo, militarización de la mano de obra, sábados comunistas y demás aspectos del voluntariado comunista del trabajo), debe haber un **plan económico único**. El período en que entramos exigirá de nosotros una concentración completa de toda nuestra energía para las primeras labores elementales: abastecimiento de víveres, combustible, materias primas y transporte. **Mientras tanto, no debemos dispersar nuestra atención, desperdiciar nuestras fuerzas ni diseminarlas.** Este es el único camino de salvación.

DIRECCIÓN COLECTIVA Y DIRECCIÓN UNIPERSONAL

Los mencheviques tratan de apostar sobre otra cuestión, que parece ofrecerles la ocasión para acercarse de nuevo a la clase obrera. Nos referimos a la forma de dirección de las empresas industriales. ¿Debe ser ésta colegial o unipersonal? Afirman que la entrega de las fábricas a un director único en lugar de dársela a un colectivo es un crimen contra la clase obrera y la revolución socialista. De todos modos, no deja de ser extraño que los más ardientes defensores de la revolución socialista en contra del sistema unipersonal, sean los mismos mencheviques que, hace poco todavía, pensaban que tener como consigna la revolución socialista era mofarse de la historia y cometer un crimen contra la clase obrera.

Ocurre que el gran culpable ante la revolución socialista es el Congreso de nuestro partido, por haberse declarado partidario del sistema unipersonal en la dirección de la industria, y especialmente para los cargos de menor jerarquía en las fábricas. Sin embargo, sería un error de los más grandes creer que esta decisión pueda causar algún perjuicio al espíritu de iniciativa de la clase obrera. El espíritu de iniciativa de los trabajadores no se define ni se mide porque la fábrica esté dirigida por tres hombres o por uno, sino por factores y hechos de índole mucho más profunda: en este caso, la creación de órganos económicos en los que tengan participación activa los sindicatos, la creación de todos los órganos soviéticos que constituyen el Congreso de los Soviets y representan a decenas de millones de trabajadores; en el nombramiento a la dirección (o para el control de la dirección) de los mismos dirigidos. En esto reside el espíritu de iniciativa de la clase obrera. Y si la clase obrera, en base a su propia experiencia, llega a pensar, a través de los congresos de su partido, de sus soviets, de sus sindicatos, que es preferible poner al frente de una fábrica a un director en lugar de un comité, esta decisión suya estará dictada por su espíritu de iniciativa. Esta puede ser exacta o equivocada desde el punto de vista de la técnica administrativa; en todo caso, nadie se lo impone al proletariado; se lo dicta su propio juicio y voluntad. Y sería el mayor error confundir la cuestión de la autoridad del proletariado con la de los comités obreros que administran las fábricas. La dictadura del proletariado se traduce por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, por la subordinación de todo el mecanismo soviético a la voluntad colectiva de las masas; de ninguna manera por la forma de dirección de las diversas empresas.

Antes de seguir adelante, es necesario refutar otra acusación lanzada contra los defensores de la dirección unipersonal. Sus adversarios declaran: «son los militaristas soviéticos quienes quieren trasladar su experiencia en el dominio militar al dominio económico; tal vez en el ejército el principio de dirección unipersonal sea excelente, pero en la economía no vale nada». Esta afirmación es falsa en todos los sentidos. En primer lugar, es totalmente inexacto que hayamos empezado implantando en el ejército el sistema unipersonal; hoy mismo estamos muy lejos de haberlo adoptado integralmente. Es igualmente falso que no hayamos empezado a defender las formas de dirección unipersonal con la participación de los especialistas en las empresas económicas más que basándonos en nuestra experiencia militar. En realidad, partimos en este asunto de una concepción puramente marxista de los problemas revolucionarios y de la obligación creativa del proletariado una vez dueño del poder.

No sólo desde el comienzo de la revolución, sino mucho antes de Octubre, habíamos comprendido la necesidad de aprovechar los conocimientos y las experiencias técnicas del pasado, la necesidad de llamar a los especialistas, de utilizarlos todo lo posible, con el fin de que la técnica no retroceda, sino que siga su progreso. Yo presumo que si la guerra civil no hubiese destruido nuestros órganos económicos, privándolos de todo lo que tenían de viviente, en cuanto a iniciativa y actividad, habríamos implantado mucho antes y sin dolor el sistema unipersonal en la dirección económica.

Algunos camaradas consideran el órgano de la dirección económica principalmente como una escuela. Esto es inexacto. La tarea de los órganos dirigentes es dirigir. Quien desee y se sienta con aptitud para dirigir que vaya a las escuelas, asista a los cursos especiales de instructores y trabaje en ellos como ayudante, con el fin de observar y adquirir experiencia. Pero el que pueda dirigir una fábrica, que no vaya a ella para aprender, sino para ocupar un puesto administrativo y económico de responsabilidad. Y aun si se considerara esta cuestión con un criterio estrecho, diré que el sistema unipersonal representa una escuela diez veces mejor, ya que si bien para vosotros es imposible reemplazar un buen trabajador por otros tres pocos competentes, y si, a pesar de todo, forman con ellos un Comité al que están confiadas las funciones más importantes de la dirección, de esa manera los privan de la posibilidad de darse cuenta en qué fallan. Cada uno de ellos cuenta sobre los otros cuando se trata de tomar una decisión, y si se fracasa, todos se arrojan las faltas mutuamente.

Que esto no es una cuestión de principios lo demuestran los mismos adversarios del sistema unipersonal al no reclamar el sistema de colectivos para los talleres, corporaciones y minas. Hasta llegar a declarar que se necesita ser un insensato para exigir que un taller sea dirigido por tres o cinco personas; según ellos, la dirección debe estar sólo a cargo de un administrador del taller. ¿Por qué? Si la dirección colegiada es una escuela, ¿por qué no admitir también semejante escuela elemental? ¿Por qué no introducir igualmente en los talleres la administración colegiada? Y si el sistema de colectivos no es una condición sine qua non para los talleres, ¿por qué es indispensable para las fábricas?

Abramovitch afirma que, puesto que en Rusia hay muy pocos especialistas – por culpa de los bolcheviques, repite después Kautsky –, tenemos que sustituirlos a la fuerza por comités obreros. Simples estupideces. Ningún comité formado por personas que no saben el oficio puede sustituir a un hombre competente. Un colegio de juristas no puede reemplazar a un solo guardagujas; un colectivo de enfermos no puede reemplazar a un médico. La idea en sí es falsa. El colectivo por sí mismo no puede dar el conocimiento a un ignorante. Él no puede sino disimular su ignorancia. Si colocamos a alguien en un puesto administrativo importante, éste tiene la posibilidad de ver claramente, no solamente en los demás, sino en sí mismo, lo que sabe y lo que ignora. Pero no hay nada peor que un colectivo de trabajadores ignorantes, mal preparados, en un cargo puramente práctico que exige conocimientos especiales. Sus miembros están, por este hecho, constantemente desamparados y descontentos los unos de los otros, y, por su impotencia, introducen la confusión y la desorganización de toda la labor.

La clase obrera tiene un profundo interés en aumentar su capacidad de dirección, en instruirse. Pero en el dominio industrial sólo puede conseguirlo si la dirección da cuenta de su actividad a todo el personal de la fábrica, y aprovecha estas ocasiones para poner en discusión el plan económico del trabajo anual o del mes en curso; si todos los obreros interesados seriamente en la cuestión de la organización industrial son enviados a cursos especiales, íntimamente relacionados con el trabajo práctico de la fábrica misma; si luego se les nombra para ocupar puestos, primero de importancia secundaria, y después de los más importantes. Así hemos formado a miles y formaremos a decenas de millares.

La cuestión de la dirección de tres o cinco personas interesa, no a las masas obreras, sino a la burocracia obrera soviética, más atrasada, más débil y menos apta para un trabajo independiente. Un administrador de vanguardia firme y consciente, procura tomar en sus manos toda la fábrica para probar a los demás y convencerse él mismo de que es capaz de dirigir. Pero, si el administrador es débil, intentará unirse a otros para que su debilidad pase inadvertida. Esta colegialidad como sistema implica un grave peligro: la desaparición de la responsabilidad personal. Si el obrero es capaz pero inexperimentado, es evidente que necesita un director; bajo su dirección adquirirá los conocimientos que le faltan y mañana podremos convertirlo en director de una pequeña fábrica. Así seguirá su camino. Pero si le ocurre caer en un comité donde la fuerza y debilidad de cada uno se manifiestan con claridad, su sentimiento de responsabilidad desaparecerá infaliblemente.

No hace falta decir que nuestra resolución habla de **acercarse** sistemáticamente a la dirección unipersonal, lo que no se puede efectuar de un simple plumazo. Son posibles diversas variantes y combinaciones. Cuando un obrero sea capaz de realizar la obra encomendada, lo elegiremos como director de fábrica, poniendo a su lado a un especialista. Si el especialista es hombre valioso, a él es a quien nombraremos director, poniendo a su lado a dos o tres obreros. En fin, cuando el comité haya dado pruebas de su capacidad, lo conservaremos. Este es el único modo serio de considerar el problema y sólo así podremos organizar de un modo regular la producción.

Existe, además, una consideración de carácter social y educativo, importantísima a mi juicio. En Rusia, la capa dirigente de la clase obrera es demasiado reducida. Esta capa ha practicado la acción política clandestina. Durante mucho tiempo ha sostenido la lucha revolucionaria. Ha vivido en países extranjeros. Ha leído mucho en las cárceles y en el destierro, ha adquirido una considerable experiencia política y una gran amplitud de criterio. Representa la parte más preciosa de la clase obrera. Detrás de ella viene la generación más joven, que participa conscientemente en la revolución desde 1917. También es una parte muy valiosa de la clase obrera. Dondequiera que dirijamos la mirada – a la organización soviética, a los sindicatos, a la acción del partido, hacia el frente de la guerra civil – en todas partes, el papel dirigente lo desempeña esta capa superior del proletariado. La principal acción gubernamental del poder soviético en estos dos años y medio ha consistido en maniobrar con esta capa de trabajadores de vanguardia, que enviaba a cada frente.

Las capas más bajas de la clase obrera, de origen campesino, aunque de espíritu revolucionario, aún son muy pobres en iniciativas. ¿Qué padece el mujik ruso? Un mal gregario: la ausencia de personalidad, es decir, lo que ha sido cantado por nuestros populistas reaccionarios, lo glorificado por León Tolstoi, en la persona de Platón Karateiev: el campesino se disuelve en su comunidad y se somete a la tierra. Claro está que la economía socialista no se funda en los Platón Karateiev, sino en los trabajadores que piensan, dotados de espíritu de iniciativa y conscientes de su responsabilidad. Es preciso a toda costa desarrollar en el obrero la iniciativa personal. El principio personal de la burguesía se conjuga con el individualismo codicioso y el espíritu de rivalidad. El principio personal de la clase obrera no está en contradicción con la solidaridad y colaboración fraternales. La solidaridad socialista no puede basarse en la falta de individualidad, sobre el instinto gregario. Y es esta ausencia de individualidad precisamente la que se oculta en el sistema colegial o de comités.

En la clase obrera hay mucha fuerza, muchos talentos y aptitudes. Es menester que todo eso se manifieste, y despierte en la emulación. La dirección unipersonal en el dominio administrativo y técnico contribuye a ello. Por esta razón es superior y más fecunda que la dirección colectiva.

CONCLUSIÓN DEL INFORME

Camaradas: Los argumentos de los oradores mencheviques, de Abramovitch principalmente, reflejan sobre todo un completo alejamiento de la vida y de sus problemas. Estos se hallan en la misma situación del observador que, teniendo que atravesar a nado una corriente de agua, reflexiona primero profundamente sobre la calidad de las aguas y la fuerza de la corriente. ¡Hay que cruzar la corriente; **aquí** está todo el problema! Y nuestro kautskista, ora en un pie, ora en otro, exclama: «Nosotros no negamos esa necesidad; pero vemos los peligros que ofrece, pues son numerosos: la corriente es rápida, hay escollos, y estamos fatigados, etc., etc. Pero es inexacto, completamente inexacto que nosotros no admitamos la necesidad de cruzar la corriente. No nos negábamos a admitirlo ni hace veintitrés años...»

De un extremo a otro, así está construido todo su razonamiento. En primer lugar, dicen los mencheviques, nosotros no negamos ni hemos negado nunca la necesidad de la defensa y, por consiguiente, del ejército. En segundo término, tampoco rechazamos en principio el trabajo obligatorio. ¡Disculpen! ¿Han existido alguna vez aquí en la Tierra, salvo en algunas sectas religiosas, hombres capaces de repudiar «de un modo general» la legítima defensa? Sin embargo, todas vuestras concesiones abstractas no hacen que las cosas adelanten una sola pulgada. Cuando se trataba de la lucha real y de la creación de un ejército real contra los enemigos reales de la clase trabajadora, ¿cuál ha sido vuestra actitud? Oponerse a ello, sabotear, claro, sin negar la necesidad de defenderse.

Decían y escribían en sus periódicos: «¡Abajo la guerra civil!, en el mismo momento en que los guardias blancos nos ponían el cuchillo en la garganta. Y después de una aprobación tardía de nuestra defensa victoriosa, se atreven todavía a fijar la mirada crítica en nuestras nuevos problemas y a declarar: «Nosotros no nos oponíamos, en términos generales, al trabajo obligatorio; pero... sin presión jurídica». ¡Qué formidable contradicción hay en estas palabras! La noción de «obligación» contiene en sí misma un elemento de presión. El hombre **forzado** se ve obligado a hacer algo. Si no hace nada, evidentemente sufrirá la presión, o, en otros términos, el castigo. Queda por saber cuál es la presión. Abramovitch declara: «La presión económica, sí; pero no la presión jurídica». El camarada Holzmann, representante del sindicato metalúrgico, ha puesto de manifiesto soberbiamente todo el escolasticismo de semejante argumentación. En el capitalismo, es decir, en el régimen del trabajo «libre», la presión económica era ya inseparable de la presión jurídica. ¡Ahora, con mucho más razón!

He tratado de hacer comprender en mi informe que, para instruir a los trabajadores sobre nuevas bases sociales en dirección de nuevas formas de trabajo para conseguir una mayor productividad de este, no hay más que un procedimiento: la aplicación simultánea de diversos métodos, el del interés económico, el de la presión jurídica, el de la influencia que puede ejercer la organización económica interiormente coordinada, el de las fuerzas represivas y, sobre todo, el de la influencia ideológica de la agitación y la propaganda, y, por último, el de la elevación del nivel cultural, tanto antes como después. Sólo con la combinación de todos estos medios puede alcanzarse un nivel elevado de economía socialista.

Si ya en el régimen capitalista la participación económica se combina infaliblemente con la presión jurídica, tras la cual se halla la fuerza material del Estado, en el Estado soviético, esto es, en el Estado de transición al socialismo, es aún más difícil trazar una línea que separe en general la presión económica de la presión jurídica.

En Rusia, las empresas más importantes están en manos del Estado. Cuando al tornero Ivanov le decimos: «Tienes que trabajar ahora en la fábrica Sormovo; si te niegas, no recibirás tu ración», ¿qué es esto? ¿una presión económica o una presión jurídica? Ivanov no puede irse a otra fábrica, pues todas están en manos del Estado, que no permitiría semejante mudanza. La presión económica se confunde, pues, aquí, con la represión gubernamental. Abramovitch desearía aparentemente que el reparto de la mano de obra estuviese regularizado por el aumento de salarios, la concesión de primas, etc., que bastaría para atraer hacia las empresas más importantes a los trabajadores que se necesiten. Al parecer, este es todo su pensamiento. Pero si se plantea así la cuestión, todo militante honrado del

movimiento sindical dirá que esa es una de las peores utopías. No podemos esperar la afluencia de mano de obra sobre el mercado de trabajo sin que el Estado tenga suficientes reservas de artículos de primera necesidad, alojamiento, transporte, es decir, las condiciones mínimas que están por crearse precisamente. Sin el traslado en masa, metódicamente organizado por el Estado, de la mano de obra conforme a las necesidades de los órganos económicos, no obtendremos ningún resultado. Para nosotros, ha llegado la hora de la presión en toda su necesidad económica. Les he leído un telegrama de Ekaterinemburgo sobre la marcha de las operaciones en el I° ejército del trabajo. En él se dice que más de 4.000 obreros calificados han pasado por el comité del Ural encargado del trabajo obligatorio. ¿De dónde venían? La mayor parte, del III° ejército. No les han enviado a su casa, sino que les han impuesto una nueva ocupación. Del ejército han pasado a manos del comité del trabajo obligatorio, que los ha repartido por categorías y distribuido entre las fábricas. Desde el punto de vista liberal, esto es una «violencia» contra la libertad individual. Sin embargo, la aplastante mayoría de los obreros han partido para el frente del trabajo como había partido antes para el frente de la guerra, comprendiendo claramente que lo exigían los intereses superiores. Algunos, sin embargo, partieron contra su voluntad, por lo que ha habido que obligarlos.

El Estado – no es necesario decirlo – debe colocar, por medio del sistema de primas, a los mejores obreros en condiciones de existencia más favorables. Pero esto no excluye, antes al contrario, supone que el Estado y los sindicatos (sin el concurso de los cuales el gobierno soviético no podría reorganizar la industria) adquieren sobre el obrero ciertos derechos nuevos. El trabajador no negocia con el gobierno soviético; está subordinado al Estado, sometido a él en todos los aspectos, porque es **su** Estado.

«Si se nos hubiese dicho simplemente – declara Abramovitch – que se trata de disciplina sindical, no habría habido motivo para entablar este debate. Pero ¿qué viene a hacer aquí la militarización?» Seguramente se trata, sobre todo, de disciplina sindical, pero de la disciplina nueva de los nuevos sindicatos **industriales**. Vivimos en un país soviético, donde la clase obrera ha tomado el poder, lo que no comprenden nuestros kautskistas. Cuando el menchevique Roubtsov dice que en mi informe no queda casi nada de los sindicatos, no deja de tener razón. De los sindicatos, como él los entiende, es decir, del tipo trade-unionista, queda, a decir verdad, muy poca cosa; pero a la organización profesional e industrial de la clase obrera rusa le incumben las más grandes tareas. ¿Cuáles? Desde luego, no la de luchar contra el gobierno en nombre de los intereses del trabajo. Se trata de una labor constructora, de economía socialista, realizada en perfecta armonía con el Estado. Un sindicato de tales características es en principio una organización nueva, que se distingue no solo de las trade-uniones, sino también de los sindicatos revolucionarios que existen en los regímenes burgueses, así como la dominación del proletariado es distinta del dominio de la burguesía.

El sindicato industrial de la clase obrera dirigente no tiene los mismos fines, ni los mismos métodos, ni la misma disciplina que los sindicatos de la clase obrera oprimida. En Rusia, todos los trabajadores están **obligados** a entrar en los sindicatos. Los mencheviques se declaran adversarios de este principio, cosa perfectamente comprensible porque en el fondo también lo son de la **dictadura del proletariado**. En última instancia, toda la cuestión se resume a esto. Los kautskistas se oponen a la dictadura del proletariado, y, por ende, a todas sus consecuencias.

La presión económica, como la presión jurídica, no son más que manifestaciones de dictadura de la clase obrera en dos dominios íntimamente relacionados. Es cierto que Abramovitch nos ha demostrado con mucha profundidad que no puede haber presión en el régimen socialista y que la coerción es opuesta al socialismo, que en el régimen socialista el sentimiento del deber, el hábito del trabajo, el atractivo del trabajo, etcétera, etc., serán suficientes. Esto es evidente. Basta con ampliar esta verdad indiscutible. Lo cierto es que en el régimen socialista no habrá instrumento de presión ni Estado. El Estado se disolverá completamente en la comuna de productores y consumidores. Con todo, el socialismo, en su proceso, atraviesa una fase donde el rol del Estado se intensifica al máximo. Precisamente en ese período nos encontramos nosotros. Así como la lámpara, antes de extinguirse, brilla con una luz más viva, el Estado, antes de desaparecer, reviste la forma de dictadura del proletariado; es decir, del más despiadado Estado, de un Estado que se apodera imperiosamente de la vida de todos los ciudadanos. Abramovitch y, a través de él, todo el menchevismo en general, no han advertido esta frivolidad, este pequeño grado de la historia – la dictadura estatal – y han tropezado con ella.

Ninguna otra organización en el pasado, salvo el ejército, ha ejercido sobre el hombre una coerción más rigurosa que la organización estatal de la clase obrera en la época de transición más dura. Precisamente por eso, es por lo que hablamos de **militarización** del trabajo. El destino de los mencheviques es ir a remolque de los acontecimientos y aceptar las partes del programa revolucionario que ya han tenido tiempo de perder toda su influencia práctica.

Hoy, el menchevismo – aún con reservas – no discute ya la legalidad de las represiones contra los guardias blancos y los desertores del Ejército rojo. Ha tenido que admitirlas después de sus propias y desdichadas experiencias de «democracia». Al parecer, ha comprendido muy tarde que, frente a las bandas contrarrevolucionarias, el problema no se resuelve con afirmaciones en que se diga que el régimen socialista no tendrá que recurrir al terror rojo... Pero en el campo económico, los mencheviques tratan todavía de hacernos pensar en nuestros hijos, y sobre todo, en nuestros nietos. Y, sin embargo, delante de esta triste herencia que la sociedad burguesa y la guerra civil inacabada nos han legado, tendremos que reconstruir la economía, ahora, sin pérdida de tiempo.

El menchevismo, como todo el kautskismo en general, se pierde en banalidades democráticas y en abstracciones

socialistas. Se trata una vez más de que para él no existe período de transición, es decir, de revolución proletaria, que imponga sus obligaciones propias. De aquí proviene la ausencia de vida en sus críticas, indicaciones, planes y recetas. No se trata de lo que ocurrirá dentro de veinte o treinta años –sobra decir que las cosas irán infinitamente mejor–, sino de saber cómo impedir, hoy en día, la desorganización, cómo distribuir en este momento la mano de obra, cómo aumentar la productividad del trabajo, qué actitud tomar sobre todo frente a los cuatro mil obreros calificados que hemos encontrado en el Ejército, en el Ural. ¿Abandonarlos, diciéndoles: «Váyanse a donde quieran»? No; nosotros no podemos actuar así. Luego, los hemos incorporado a contingentes militares especiales y distribuido entre las fábricas.

«Entonces, ¿en qué se diferencia vuestro socialismo –exclama Abramovitch– de la esclavitud egipcia? Casi con los mismos métodos construyeron las pirámides los faraones, obligando a las masas a que trabajaran...» ¡Inimitable analogía para un «socialista»! También aquí nuestro menchevique ha perdido de vista un pequeño detalle: ¡la naturaleza de la clase que detenta el poder! Abramovitch no ve la diferencia que existe entre el régimen egipcio y el nuestro. Se le ha olvidado que en Egipto había faraones, propietarios de esclavos y esclavos. No fueron los campesinos egipcios quienes, por medio de sus soviets, decidieron construir las pirámides: había allí un régimen social jerárquico de castas y fue su enemigo de clase el que les obligó a trabajar. En Rusia se aplica la presión mediante el poder obrero y campesino en nombre de los intereses de las masas laboriosas. He aquí lo que Abramovitch no ha notado.

Nosotros hemos aprendido en la escuela del socialismo que todo el desarrollo social está basado en la existencia de clases y en su lucha, y que todo el curso de la vida depende de la clase que ocupa el poder y de los fines en nombre de los cuales desarrolla su política. Pero esto no lo ha comprendido Abramovitch. Puede que conozca perfectamente el Antiguo Testamento; pero el socialismo es para él un libro herméticamente cerrado...

Siguiendo con las analogías liberales y superficiales, que no tienen en cuenta la naturaleza de clase del Estado, Abramovitch hubiera podido (y ya en el pasado los mencheviques lo han hecho muchas veces) identificar el Ejército rojo con el Ejército blanco. En uno como en otro, las movilizaciones se efectuaban con preferencia entre las masas campesinas. En ambos se recurría a la presión. En uno y otro, había muchos oficiales que habían servido en las filas zaristas. En los dos campos, los fusiles eran iguales, los cartuchos idénticos. ¿Cuál era, pues, la diferencia? Hay una señas, y se manifiesta por un indicio fundamental: ¿quién detenta el poder? ¿La clase obrera o la nobleza, los faraones o los mujiks, la canalla reaccionaria o el proletariado de Petersburgo? Existe una diferencia, y la suerte de Youdenitch, de Koltchak y de Denikine la acredita. Aquí, los obreros han movilizado a los campesinos; donde Koltchak, fue una casta de oficiales contrarrevolucionarios. Nuestro ejército se ha fortalecido; el ejército blanco ha quedado destrozado. Hay una diferencia entre el régimen soviético y el de los faraones, y no en vano los proletarios han empezado su revolución fusilando en los campanarios a los «faraones» de Petersburgo (*).

Uno de los oradores mencheviques ha tratado de presentarme como un abogado del militarismo en general. De los informes que proporciona resulta, ¡vean ustedes, pues!, que yo defiendo nada menos que el militarismo alemán. He demostrado –fíjense ustedes bien en esto– que el suboficial alemán es una maravilla de la naturaleza y que sus obras son tan excelsas que no pueden imitarse... ¿Cuál es exactamente mi afirmación? Únicamente que el militarismo, en el cual todos los rasgos del desarrollo social hallan su expresión más aguda, clara y acabada, puede ser considerado desde dos puntos de vista: primero, desde el punto de vista político o socialista –y aquí todo depende de la clase que ocupa el poder–; segundo, desde el punto de vista de la organización como un sistema estricto de repartición de las obligaciones, de relaciones mutuas precisas, de responsabilidad absoluta, de ejecución rigurosa. El ejército burgués es un instrumento de opresión feroz y de represión de los trabajadores, mientras que el ejército socialista es un arma de emancipación y de defensa de éstos. Pero la subordinación absoluta de uno y otro lado es un rasgo común a **todo** ejército. Un régimen interno riguroso e indisoluble es la característica de la organización militar. En la guerra, toda negligencia, toda ligereza, hasta una simple inexactitud, pueden ser causa de considerables pérdidas. De aquí la tendencia de la organización militar a llevar a su más alto grado la claridad, el formalismo, la precisión de las relaciones y la responsabilidad. Estas cualidades «militares» son apreciadas en todo lugar donde aparecen.

Y en este sentido he dicho que toda clase sabe apreciar a los miembros del servicio que, en condiciones análogas, han sufrido la disciplina militar. El campesino alemán que había salido del cuartel con el grado de suboficial era para la monarquía alemana –y lo sigue siendo para la República de Ebert– un elemento mucho más valioso que cualquiera de los restantes campesinos que no han pasado por esta escuela. El mecanismo de los ferrocarriles alemanes ha sido considerablemente mejorado gracias a la presencia de oficiales y suboficiales en los puestos administrativos del departamento de vías de comunicación. En este sentido, tenemos que aprender mucho del militarismo.

El camarada Tsiperovitch –uno de los militantes más conocidos de nuestros sindicatos– afirmaba aquí que un obrero sindicalista que ha pasado por la disciplina militar, que ha ocupado, por ejemplo, un puesto importante de comisario del regimiento durante un año, es todavía más valioso para la acción sindical. Después de haber combatido por la causa proletaria, ha vuelto al sindicato como antes, pero más templado, más viril, más independiente, más resuelto, ya que ha tenido que afrontar grandes responsabilidades. Ha dirigido a millares de soldados rojos de distinto nivel social, en su mayor parte campesinos. Con ellos ha vivido las victorias y las derrotas, y conocido avances y retrocesos. Ha visto casos de traición en los mandos, alzamientos de campesinos, oleadas de pánico; pero, siempre en su puesto, ha contenido a la masa menos consciente, la ha dirigido, la ha entusiasmado con su ejemplo, sin dejar

de castigar despiadadamente a los traidores. Es esto una experiencia grande y valiosa. Y así, cuando el excomisario de regimiento vuelve al sindicato, es un magnífico organizador.

En la cuestión del sistema de comités o **la colegialidad** para la administración de la producción, los argumentos de Abramovitch son tan absurdos como en todos los demás casos. Son los argumentos de un observador extranjero que está al margen de todo.

Abramovitch nos explica que una buena dirección colectiva es preferible a una mala dirección unipersonal, y que en todo comité bien organizado debe haber un excelente especialista. Esto es admirable en todos los sentidos. Pero ¿porqué los mencheviques no nos ofrecen algunos cientos de comités de esta naturaleza? Presumo que el Consejo Superior de Economía Popular los aceptaría gustosamente. Nosotros, que no somos observadores sino trabajadores, tenemos que construir con el material que tenemos a nuestra disposición. Disponemos de especialistas, un tercio de los cuales es concienzudo e instruido; otro tercio, a medias; y el tercero, totalmente inútil. La clase obrera es fecunda en hombres inteligentes, abnegados y enérgicos. Los unos – desgraciadamente poco numerosos – poseen ya los conocimientos y experiencias necesarios. Los otros tienen el carácter y las aptitudes, pero no conocimientos ni experiencia. El último tercio carece de ambas. Es de este material que salen los dirigentes de fábricas, talleres, etc., cosa imposible de hacer con simples frases. Ante todo, es menester seleccionar a los obreros que, en la práctica, han demostrado ser capaces de dirigir empresas, y darles ocasión de probar sus aptitudes. Estos obreros también desean una dirección unipersonal, pues las direcciones de fábricas no son escuelas para retardatarios. Un obrero enérgico, al corriente de su tarea, quiere **dirigir**. Si ha decidido y ordenado, su decisión debe ser cumplida. Que se le pueda sustituir: eso es otro problema. Pero mientras sea el patrón – un patrón soviético y proletario – dirigirá la empresa en su totalidad. Si se le nombra miembro de un comité compuesto de gentes más débiles que él y que se encargan también de la dirección, no se obtendrá ningún resultado positivo. Semejante obrero administrador deberá tener al lado uno o dos especialistas, según la importancia de la empresa. Si no se tiene a mano un administrador de esta naturaleza pero, en cambio, hay un especialista concienzudo que conozca su labor, le colocaremos al frente de la empresa, y en calidad de auxiliares pondremos a su lado a dos o tres obreros, con objeto de que toda decisión del especialista sea conocida por sus adjuntos, sin que éstos tengan, sin embargo, derecho a anularla. Seguirían minuciosamente su trabajo, y de esta manera conseguirían conocimientos. Luego de unos meses, gracias a este sistema, estarán en condiciones de ocupar por sí mismos otros puestos.

Abramovitch recogiendo mis palabras, ha citado el ejemplo de un barbero que ha llegado a mandar una división y un ejército. Es verdad. Pero lo que Abramovitch no dice es que si algunos camaradas comunistas han empezado a mandar divisiones y ejércitos es porque, antes, habían sido comisarios agregados a comandantes especiales. Toda la responsabilidad correspondía al especialista, que sabía que había de responder íntegramente del menor error, sin poder disculparse por su condición de «miembro consultor» de un colectivo...

Hoy, la mayor parte de los puestos de mando del ejército, sobre todo los inferiores, o sea, los más importantes desde el punto de vista político, están ocupados por obreros y campesinos avanzados. Hemos elevado a los oficiales a los puestos de mando, hemos nombrado comisarios a los obreros, y han aprendido a vencer al enemigo. Camaradas: entramos ahora en un período difícil, acaso el más difícil. A las épocas penosas de la vida de los pueblos y las clases, corresponden implacables medidas. Cuanto más avancemos, más fácil será la obra, más libre se sentirá el ciudadano, más insensible será la coerción del Estado proletario. Acaso entonces autoricemos a los mencheviques a publicar sus periódicos, admitiendo que haya todavía mencheviques.. Pero ahora vivimos en una época de dictadura política y económica. Y esta dictadura es la que los mencheviques quieren destruir. Mientras luchamos en el frente de la guerra civil para proteger la revolución contra sus enemigos, su periódico escribe: «¡Abajo la guerra civil!» Esto es lo que no podemos tolerar. La dictadura es la dictadura, la guerra es la guerra. Y ahora que hemos llegado a la más alta concentración de fuerzas en el campo de la reconstrucción económica, los kautskistas rusos, los mencheviques, siguen fieles a su vocación contrarrevolucionaria: su voz resuena como antes, como la de la duda y la derrota; destruye y mina; siembra la desconfianza y la disgregación.

¿No es monstruoso, aparte de ridículo, que en este Congreso donde están reunidos mil quinientos representantes de la clase obrera rusa, en que los mencheviques no figuran sino en una proporción de 5%, mientras los comunistas constituyen las nueve décimas partes, oír a Abramovitch aconsejarnos que «no nos dejemos apasionar por semejantes métodos, con los cuales una minoría aislada substituye al pueblo»? ¡Todo por el pueblo, dice el representante de los mencheviques, la masa no necesita tutores! ¡Todo por las masas laboriosas, todo por su acción!» Y después: «No se convence a la masa con argumentos». ¡Pero entonces miren en esta sala: aquí está la clase! La clase obrera está aquí delante de nosotros y con nosotros, y son ustedes, ínfimo puñado de mencheviques, los que tratan de convencerla con argumentos de pequeño-burgués! Ustedes son los que quieren hacerse tutores de esta clase. Pero esta clase tiene un gran espíritu de iniciativa, de lo que ha dado pruebas cuando los ha rechazado, siguiendo adelante su camino.

(*) [Nota de Trotsky] Así eran llamados los guardias zaristas que el Ministro del Interior Protopopov había colocado, a fines de febrero de 1917, sobre los techos y en los campanarios.

IX

KARL KAUTSKY, SU ESCUELA Y SU LIBRO

La escuela marxista austríaca (Bauer, Renner, Hilferding, Max Adler, Friedrich Adler) se oponía antaño a la escuela de Kautsky, como representante de un oportunismo disfrazado frente al marxismo auténtico. Esta oposición ha resultado ser un tremendo malentendido histórico que ha turbado los espíritus más o menos por un buen tiempo, pero que, por fin, ha sido puesto en claro de la manera más evidente: Kautsky es el fundador y más perfecto representante de la deformación austríaca del marxismo. Mientras la verdadera enseñanza de Marx condensa una fórmula teórica de acción, de ofensiva, de desarrollo de la energía revolucionaria, de llevar el enfrentamiento de clase hasta sus últimas consecuencias, la escuela austríaca se ha transformado en academia de pasividad y argucias, se ha hecho vulgarmente historicista y conservadora, ha reducido sus fines a la explicación y justificación de los hechos, en lugar de conducirnos a la acción y a la subversión del orden existente, se ha rebajado a desempeñar el papel de siervo surtidor del oportunismo parlamentario y sindical, ha reemplazado la dialéctica por una astuta casuística y, por último, a pesar de su exhibición de una fraseología ritualmente revolucionaria, se ha convertido en el apoyo más firme del Estado capitalista, a la vez que del trono y el altar que dominaban a este último. Y si el trono ha caído al abismo, no ha sido, desde luego, por culpa de la escuela marxista austríaca.

Lo que caracteriza al marxismo austriaco es la hostilidad y el miedo a toda acción revolucionaria. Un marxista austríaco es capaz de cavar un hoyo de pensamientos y explicaciones profundas sobre el pasado y demostrar una gran audacia en el dominio de las profecías relativas al porvenir; pero nunca tiene ideas ni principios directores para juzgar las grandes acciones del presente. El presente se desliza siempre estérilmente para él bajo el deseo de las pequeñas inquietudes del oportunismo, que son ulteriormente interpretadas, presentadas como el eslabón necesario entre el pasado y el porvenir.

Un austro-marxista es inagotable cuando se trata de averiguar las causas que obstaculizan la iniciación y la acción revolucionarias. El marxismo austriaco es la teoría pedante y altanera de la pasividad y las capitulaciones. No es por azar, claro está, si es precisamente en Austria – esa Babilonia desgarrada por estériles oposiciones nacionales, ese Estado que es la encarnación misma de la imposibilidad de existir y desarrollarse como Estado – donde ha aparecido y se ha consolidado la filosofía pseudo-marxista de la imposibilidad de la acción revolucionaria.

Los austro-marxistas más en boga presentan, cada uno a su manera, una cierta «individualidad». Hay con frecuencia, entre ellos, discrepancia de ideas acerca de diferentes cuestiones. A veces han llegado incluso a desacuerdos políticos. Pero, de manera general, puede decirse que son los dedos de una sola y misma mano.

Karl Renner es su representante más famoso, el de más envergadura y más pagado de sí mismo. El talento del plagio, o con más exactitud, de la falsificación, lo ha desarrollado en un grado excepcional. Sus artículos dominicales del 1° de mayo han sido, desde el punto de vista del estilo, una obra maestra de combinación de las palabras más revolucionarias. Y como las palabras y sus limitaciones tienen, en cierta medida, vida propia, los artículos de Renner han encendido en el corazón de los trabajadores el fuego de la revolución que el autor, aparentemente, no ha conocido nunca.

El falso oropel de la cultura austro–vienesas con miras a la pose, al rango, al título, ha sido propio de Renner más que del resto de sus camaradas. En realidad, no ha dejado de ser nunca un funcionario imperial y palaciego que dominaba a fondo la fraseología marxista.

La metamorfosis del autor del artículo de conmemoración de Karl Marx, artículo conocido por su grandilocuencia revolucionaria de canciller de opereta que se deshace en sentimientos de respeto y reconocimiento por los monarcas escandinavos, ofrece uno de los ejemplos más sorprendentes de paradoja que la historia registra.

Otto Bauer es más erudito, más prosaico, más serio y más aburrido que Renner. No se le puede negar el arte de leer libros, de parangonar hechos y sacar deducciones – conforme a los fines que le señala la política práctica hecha por otros. Bauer carece de voluntad política. Su virtud principal consiste en deshacerse, por medio de lugares comunes, de los problemas prácticos más agudos. Su pensamiento político vive una vida paralela a su voluntad, desprovista de todo coraje. Sus trabajos no van más allá de la compilación erudita de un alumno inteligente que ha pasado por un seminario universitario. Las artes más vergonzosas del oportunismo austriaco, la domesticidad más vil con respecto al poder de la clase capitalista que practica la socialdemocracia austro-alemana, han hecho de Bauer su más profundo intérprete, que hasta ha llegado, en ocasiones, a declararse respetuosamente adversario de la forma, aceptando siempre el fondo. Si a veces ha dado pruebas de temperamento y energía políticas, ha sido exclusivamente en la lucha contra el ala revolucionaria, en un maremagnum de deducciones, hechos y citas contra la acción revolucionaria. El momento de su apogeo fue el período siguiente a 1907 cuando, demasiado joven aún para ser elegido diputado, desempeñó el cargo de secretario de la fracción socialdemócrata, a la que alimentaba de materiales, de cifras, de ideas adulteradas, a la que educaba, para la que escribía, a la que creía inspirar grandes acciones cuando, en realidad, no hacía más que proveerla de artificios y falsedades para uso de oportunistas parlamentarios.

Max Adler representa otro matiz, bastante sutil, de tipo austro-marxista. Es un lírico, un filósofo lírico de la pasividad, como Renner es su publicista y jurista, como Hilferding es su economista y Bauer su sociólogo. Max Adler se encuentra incómodo en este mundo de tres dimensiones, aunque haya ocupado un puesto muy confortable dentro del socialismo burgués húngaro y del estatismo habsburguiano. La combinación del saber profesional y mezquino del abogado y la humildad política con los vanos esfuerzos filosóficos, más las flores de papel baratas del idealismo, han dado a Max Adler ese carácter especialmente meloso y repugnante a la vez.

Rudolf Hilferding, una gloria también, entró en la socialdemocracia alemana casi como un rebelde, pero como un rebelde del «tipo» austriaco; es decir, presto siempre a capitular sin combate. Hilferding ha tomado el dinamismo externo y la agitación de la política austríaca, que ha hecho elevar al rango de iniciativa revolucionaria; y durante una buena docena de meses ha estado exigiendo, en términos muy modestos, es verdad, una política más activa en la iniciativa por parte de los dirigentes de la socialdemocracia alemana. Pero la agitación austro-vieneses ha desaparecido rápidamente hasta en él. No ha tardado en someterse al ritmo mecánico de Berlín y al carácter automático de la vida espiritual de la socialdemocracia alemana. Ha dado rienda suelta a su energía intelectual para concentrarla en el campo de la pura teoría – donde, naturalmente, no hay nada de sensacional, porque ningún marxista austriaco ha dicho nunca nada sensacional en ningún campo –, pero donde ha escrito, sin embargo, un libro serio. Cargado con este libro, como un mozo de cuerda encorvado bajo un enorme peso, ha entrado en la época revolucionaria. Pero un libro erudito no puede substituir la falta de voluntad, de iniciativa, de instinto revolucionario, de decisión política, sin las cuales la acción es inconcebible... Hilferding, médico de profesión regresa a la sobriedad y, a pesar de su preparación teórica, aparece en el campo de las cuestiones políticas, como el más primitivo de los empíricos. Su tarea principal en el presente consiste en no salirse del plan de la víspera, y en hallar una justificación erudita de economista a esa actitud conservadora y blandengue del pequeño-burgués.

Friedrich Adler es el representante peor equilibrado del tipo austro-marxista. Ha heredado de su padre el temperamento político. En la lamentable lucha abrumadora contra el desorden del medio austriaco, Friedrich Adler ha permitido que su escepticismo irónico destruya los fundamentos mismos de sus convicciones revolucionarias. El temperamento heredado de su padre lo llevó más de una vez a oponerse a la escuela creada por este último. En algunos momentos, Friedrich Adler pudo aparecer directamente como la negación revolucionaria de la escuela austríaca, cuando no era más que su coronamiento, y su violencia revolucionaria, la expresión de agudos accesos de desesperanza del oportunismo austriaco, asustado de tiempo en tiempo de su propia nulidad.

Friedrich Adler es un escéptico hasta la médula de sus huesos: no cree en las masas, ni en su capacidad de acción. Mientras Karl Liebknecht, en el momento de mayor triunfo del militarismo alemán, descendía en la plaza de Postdam para incitar a las masas oprimidas a una lucha abierta, Frederic Adler entraba en un restaurante burgués para asesinar al presidente del Consejo. Con su atentado aislado, Adler, sin duda alguna, intentó deshacer su propio escepticismo. Pero después de semejante esfuerzo histérico, ha caído en un estado de postración más grande aún.

La jauría negri-rubia de los social-patriotas (Austerlitz, Chutner, etc...) colmó al terrorista Adler de todos los improperios de los cuales su cobardía grandilocuente era capaz. Pero cuando desapareció el período agudo y el niño prodigio volvió de los trabajos forzados a la casa paterna con la aureola del martirio, resultó doble, triplemente valioso para la socialdemocracia austríaca. La dorada aureola del terrorista fue transformada por los hábiles falsificadores del partido en moneda contante y sonante de la demagogia. Friedrich Adler llegó a ser ante las masas, la garantía valedera de los Austerlitz y de los Bauer. Por fortuna, los obreros austríacos ven cada vez menos diferencia entre la vaguedad lírico-sentimental de Friedrich Adler, la depravación grandilocuente de Renner, la impotencia talmúdica de Max Adler o la analítica ausatisfacción de Otto Bauer.

La cobardía de pensamiento de los teóricos de la escuela marxista austríaca se ha revelado completa e integralmente con su actitud frente a los grandes problemas de la época revolucionaria. Con su inolvidable tentativa de hacer entrar el sistema de los Soviets en la Constitución de Ebert–Noske, Hilferding ha dado un impulso, no sólo a su propio espíritu, sino también al de toda la escuela marxista austríaca que, a partir del advenimiento de la época revolucionaria, ha tratado de colocarse a la izquierda de Kautsky en la misma medida en que antes de la revolución se había colocado a su derecha.

A propósito de esto, el punto de vista de Max Adler sobre el sistema de los Soviets no puede ser más instructivo.

El ecléctico filósofo vienés reconoce la importancia de los Soviets; su audacia llega hasta hacerle adoptarlos. Declara francamente que son el instrumento de la revolución social. Pero lo que quieren, no es la revolución violenta de las barricadas, del terror, la revolución sangrienta, sino una revolución razonable, arreglada, equilibrada, canonizada jurídicamente, y aprobada por la Filosofía.

A Max Adler no le asusta la idea de que los Soviets violen el «principio» de la división constitucional de los poderes (en efecto, en el seno de la socialdemocracia austríaca hay más de un imbécil que ve en esta violación una grave laguna del sistema soviético); al contrario, en la fusión de los poderes, Max Adler, el abogado de los sindicatos y jurisconsulto de la revolución social, advierte una superioridad que garantiza la expresión inmediata de la voluntad de los trabajadores. Max Adler defiende la expresión inmediata de la voluntad de los trabajadores, pero no por medio de la conquista directa del poder por los Soviets. Preconiza un método más seguro. En cada ciudad, cada barrio, los Consejos obreros deben «controlar» a los funcionarios de policía y demás funcionarios, imponiéndoles la «voluntad

del proletariado». ¿Cuál será, sin embargo, la situación «estatalo-jurídica» de los Soviets en la República de los Seidz, Renner y consortes? A esto nuestro filósofo responde: «Los Soviets obreros gozarán, en último resultado, de tanto poder estatalo-jurídico cuanto sepan conquistar por su actividad» (64).

Los soviets proletarios deben crecer más allá y progresivamente en poder político del proletariado, como antes, conforme a la teoría reformista, todas las organizaciones obreras debían crecer en socialismo – socialismo, no obstante, que ha sido algo contrarrestado por los malentendidos imprevistos sobrevenidos durante cuatro años entre los Estados centrales y la Entente, y por todo lo que ha seguido (65). Fue necesario renunciar al programa económico de crecimiento metódico hacia el socialismo sin revolución social. Pero, en cambio, se ha descubierto la perspectiva de un desarrollo metódico de los soviets hasta la revolución social, sin alzamiento armado ni toma violenta del poder.

Para que los soviets no vegeten en tareas de distritos y barrios, el audaz jurisconsulto propone... ¡la propaganda de las ideas socialdemócratas! El poder político sigue, como hasta ahora, en manos de la burguesía y sus acólitos; pero en cambio, en los distritos y barrios, los soviets controlan a los comisarios e inspectores de policía. Y para calmar a la clase obrera y, al mismo tiempo, centralizar sus pensamientos y voluntad, Max Adler dará todos los domingos conferencias sobre la situación estatalo-jurídica de los soviets como antes daba conferencias sobre la situación estatal y jurídica de los sindicatos.

«Así – promete Max Adler –, el orden en la regulación estatal y jurídica de la situación de los soviets obreros, su peso e importancia estarían plenamente garantizados en el campo de la vida estatal y social; y, sin dictadura de los Soviets, el sistema adquiriría una influencia mucho mayor de la que puede alcanzar en la misma República soviética; además, no habría que comprar esta influencia a costa de tempestades políticas y bancarrotas económicas» (66). Como vemos, pues, Max Adler sigue en armonía con la tradición austríaca: hacer la revolución sin necesidad de conflicto con el señor Procurador.

* * *

El fundador de esta escuela y su suprema autoridad es Karl Kautsky. Conservando celosamente, sobre todo después del Congreso del partido en Dresde y de la primera revolución rusa, su reputación de guardián de la ortodoxia marxista, Kautskymeneaba la cabeza desaprobando las extravagancias más comprometedoras de la escuela austríaca. Como el difunto Victor Adler, todos los teóricos de la escuela austríaca en su conjunto y cada uno particularmente – Bauer, Renner, Hilferding –, consideraban a Kautsky muy respetable, pero demasiado pedante, demasiado inflexible, aun cuando, por otra parte, fuera tenido por el padre y maestro perfecto de la iglesia del quietismo.

Kautsky comenzó a inspirar serios temores a su propia escuela en el período de su apogeo revolucionario, durante la primera revolución rusa, cuando reconoció la necesidad de la conquista del poder por la socialdemocracia de este país y trató de inculcar a la clase obrera alemana las deducciones teóricas que dimanaban de la experiencia de la huelga general en Rusia. El fracaso de la primera revolución rusa detuvo la evolución de Kautsky hacia el radicalismo. Cuando el curso de los acontecimientos reclamaba más imperiosamente la solución de los problemas relativos a la acción de masas en el seno de la propia Alemania y la actitud de Kautsky frente a ella se hacía más equívoca, Kautsky dio marcha atrás, perdió la confianza de antes, y los rasgos de pedantismo escolástico que se notaban en su manera de pensar pasaron a ocupar en él el primer plano. La guerra imperialista, que mató toda indecisión y planteó brutalmente todas las cuestiones fundamentales, puso a la luz la completa bancarrota política de Kautsky. Desde el primer momento, fracasó sin remedio en una cuestión sencilla: la del voto de los créditos de guerra. Todas sus obras posteriores no son más que variaciones sobre un mismo tema: «Yo y mi embrollo». La revolución rusa mató definitivamente a Kautsky. Todo el curso anterior de los acontecimientos le había hecho adoptar una actitud hostil frente a la victoria de octubre del proletariado. Esta circunstancia lo llevó al campo de la contrarrevolución. Perdió los últimos vestigios de su sentido histórico. Sus escritos posteriores se convirtieron, cada vez más, en literatura amarillista, en literatura de pacotilla para el mercado burgués.

El libro de Kautsky estudiado por nosotros, posee todos los atributos externos de lo que se ha convenido en llamar una obra objetiva y científica. Para profundizar la cuestión del terror rojo, Kautsky procede con toda la rigurosa exactitud que le es propia. Empieza por estudiar las condiciones sociales que precedieran a la gran Revolución francesa, así como las causas fisiológicas y sociales que han contribuido al desarrollo de la crueldad en el mundo a lo largo de la historia de la raza humana. En el libro consagrado al bolchevismo, donde se examina la cuestión en la página 154, Kautsky refiere detalladamente cómo se alimentaba nuestro más remoto antepasado simiesco y emite la hipótesis de que, aunque comía principalmente productos vegetales, también devoraba insectos y, tal vez, ciertos pájaros (p.85). En otros términos, nada podía hacer pensar que un antepasado tan respetable y manifiestamente inclinado al régimen vegetariano fuese a tener descendientes tan sanguinarios como los bolcheviques. He aquí la sólida base científica sobre la cual Kautsky asienta la cuestión.

Pero, como ocurre con frecuencia en las obras de este género, detrás de una fachada académico-escolástica, se oculta en realidad un odioso panfleto político. Este es uno de los libros más mendaces, más deshonestos que pudieran existir. ¿No es increíble, en efecto, antes que nada, que Kautsky recoja las más despreciables chismografías anti-

bolcheviques de la inagotable mina de las agencias Havas, Reuter y Wolf, dejando así pasar bajo el gorro del sabio la oreja del sicofante? Pero estos indecentes detalles no son más que adornos de mosaico en el conjunto del embuste erudito dirigido contra la República de los Soviets y el partido que está al frente de ella.

Kautsky pinta, con los colores más sombríos, el cuadro de nuestra ferocidad para con la burguesía, que «no ha manifestado ningún asomo de resistencia». Kautsky condena nuestra actitud implacable con respecto a los socialistas-revolucionarios y mencheviques que, para él, representan los «matices» del socialismo.

Kautsky describe la economía soviética como un caos catastrófico. Kautsky presenta a los militantes soviéticos y, en general, a toda la clase obrera rusa como un conglomerado de egoístas, perezosos y cobardes.

No dice una palabra de la inmensa cobardía, sin precedentes en la historia, de la conducta de la burguesía rusa, ni tampoco de sus traiciones nacionales, de la entrega de Riga a los alemanes, con fines «pedagógicos»; no dice una palabra de la preparación de una entrega análoga de Petersburgo; pasa en silencio los llamamientos de esta burguesía a los ejércitos extranjeros, checoslovaco, alemán, rumano, francés, japonés, árabe y negro, contra los obreros y campesinos rusos; se calla sus complots y asesinatos perpetrados y ejecutados, pagados por la Entente, su bloqueo destinado a matar de hambre a nuestros hijos ya desparramar sistemática, incansable, tenazmente por el mundo entero oleadas de inauditas mentiras y de calumnias.

No dice una palabra de las cobardes vejaciones y violencias infligidas a nuestro partido por el gobierno de los social-revolucionarios y mencheviques antes de la revolución de octubre; ni de las persecuciones criminales realizadas contra millares de militantes de nuestro partido en virtud del artículo sobre el espionaje a favor de la Alemania de Hohenzollern; pasa en silencio la parte activa tomada por los mencheviques y social-revolucionarios en todos los complots de la burguesía, así como su colaboración con los generales y almirantes del zar, Koltchak, Denikine y Youdenitch; se calla los actos de terrorismo ejecutados por los social-revolucionarios a las órdenes de la Entente, las insurrecciones organizadas por estos mismos socialistas-revolucionarios, con el dinero de las Embajadas extranjeras, en nuestro ejército que vertía mares de sangre en su lucha contra las bandas monárquicas del imperialismo.

Kautsky no se digna recordar siquiera una vez que no sólo hemos afirmado más de una vez, sino que hemos demostrado en los hechos que estamos dispuestos, aun a costa de concesiones y sacrificios, a asegurar la paz a nuestro país, y que, a pesar de esto, nos vemos obligados a continuar una guerra implacable en todos los frentes para defender nuestra propia existencia y evitar la transformación de nuestro país en una colonia del imperialismo anglo-francés. Kautsky oculta igualmente que en el curso de la lucha heroica, en la que combatimos por el futuro del socialismo mundial, el proletariado ruso ha tenido que ofender lo mejor de su energía, lo mejor y más valioso de sus fuerzas, que hemos sustraído a la obra de construcción económica y de desarrollo de la cultura.

En todo su folleto, Kautsky olvida que el militarismo alemán primero, con ayuda de sus Scheidemann y la complicidad de sus Kautsky, y luego el militarismo de los países de la Entente, con la ayuda de sus Renaudel y la complicidad de sus Longuet, nos ha sitiado con bloqueo de hierro; que, después de haberse apoderado de todos los puertos, nos ha aislado del resto del mundo, ha ocupado por medio de sus bandas mercenarias de guardias blancos inmensos territorios ricos en materias primas, nos ha privado, sobretodo, por mucho tiempo, de la nafta de Bakú, del carbón de Donetz, del trigo del Don y de Siberia y del algodón de Turkestán.

Kautsky no recuerda que, en estas circunstancias extraordinariamente difíciles, la clase obrera rusa sostuvo durante tres años, y sigue sosteniendo una lucha heroica contra sus enemigos en un frente de 8.000 verstas; que la clase obrera rusa ha sabido trocar el martillo por la espada y crear un poderoso ejército. Que ha movilizado, para formar este ejército, su industria arruinada, y que, a pesar del saqueo del país provocado por asesinos del mundo entero, que lo han cercado por el bloqueo y asolado por la guerra civil, viste, alimenta, arma y transporta hace tres años, por sus propios medios, un ejército de un millón de hombres que ha aprendido a vencer.

Kautsky permanece mudo ante todas estas circunstancias, en un libro que consagra al comunismo ruso. Y este silencio suyo es su mentira fundamental, capital, probada; mentira pasiva, indudablemente, pero desde luego más criminal, más vil que la mentira activa de todos los bandidos de la prensa burguesa internacional.

Kautsky, calumniador de la política del partido comunista, no dice en ninguna parte lo que quiere ni lo que propone de manera precisa. Los bolcheviques no han actuado solos en la revolución rusa. Allí hemos visto y vemos, en el poder o en la oposición, a los socialistas-revolucionarios (entre los que hay, por lo menos, cinco tendencias), a los mencheviques (de, por lo menos, tres tendencias), a los discípulos de Plejanov, a los maximalistas y a los anarquistas... Todos los «matices del socialismo» sin excepción (para hablar en los términos de Kautsky), han probado sus fuerzas y mostrado lo que querían y lo que podían. Estos «matices» son tan numerosos que es difícil introducir la hoja de un cuchillo entre los más afines. El mismo origen de estos «matices» no es accidental. Representan, en suma, las diversas variantes en la adaptación de los partidos socialistas de antes de la revolución rusa a las condiciones de la época revolucionaria más grandiosa. Parece, pues, que Kautsky tenía ante sí un teclado político suficientemente grande para indicarle la tecla que, en la revolución rusa, da la nota marxista exacta. Pero Kautsky se calla. Rechaza la melodía bolchevique, que le desgarran los oídos, pero no busca otra; **el viejo pianista renuncia definitivamente a tocar el instrumento de la revolución.**

A MANERA DE EPÍLOGO

Este libro aparece en el momento en que va reunirse el 2º Congreso de la Internacional Comunista. El movimiento revolucionario ha dado un enorme paso adelante en los meses transcurridos desde la celebración del 1º Congreso. Las posiciones confesadas de los social-patriotas oficiales van siendo en todas partes destruídas. Las ideas del comunismo adquieren una difusión cada vez mayor. El kautskismo oficial, dogmático, está en grave estado. El mismo Kautsky, en el seno del partido «independiente», creado por él, parece una figura ridícula y mezquina.

No obstante, es ahora cuando comienza a encenderse la lucha ideológica en las filas de la clase obrera internacional. Si, como acabamos de decir, el kautskismo está en trance de muerte y los jefes de los partidos intermedios se apresuran a abandonarlo, el kautskismo, en cuanto estado de ánimo de la burguesía, en cuanto tradición de la pasividad, en cuanto pusilanimidad política, aún desempeña un papel considerable en los medios dirigentes de las organizaciones obreras del mundo entero, incluso en los partidos que tienden hacia la Tercera Internacional, y hasta en algunos de los que formalmente se han adherido a ella.

El partido independiente de Alemania, que ha inscrito en su bandera el lema de la dictadura del proletariado, tolera en sus filas al grupo de Kautsky, cuyos esfuerzos tienden exclusivamente a comprometer teóricamente y a desacreditar la dictadura del proletariado en su expresión viva: el poder soviético. Las condiciones de la guerra civil no hacen posible esta suerte de cohabitación más que cuando la dictadura del proletariado aparece en los círculos dirigentes de los social-demócratas «independientes» como un piadoso deseo, como una protesta amorfa contra la franca traición de Noske, Ebert, Scheidemann, etc., y – en última instancia – como un instrumento de demagogia parlamentaria.

La vitalidad del kautskismo aparece confusamente sobre todo en los longuetistas franceses. Jean Longuet se ha convencido y ha tratado mucho tiempo de convencer a los demás de que estaba francamente de nuestro lado, y que sólo la censura de Clémenceau y las calumnias de nuestros amigos franceses Lorient, Monatte, Rosmer y otros, impedían la existencia de una perfecta fraternidad de armas entre nosotros y él. Sin embargo, basta conocer cualquier intervención parlamentaria de Longuet para darse cuenta de que el abismo que hoy le separa de nosotros es mucho más profundo del que nos distanciaba en el primer período de la guerra imperialista. Los problemas revolucionarios que surgen ahora ante el proletariado internacional son mucho más serios, inmediatos y grandiosos, más directos y precisos que hace cinco o seis años; y el reaccionarismo político de los longuetistas – representantes parlamentarios de la pasividad eterna – es todavía más patente que antes, aunque ocupen formalmente los escaños de la oposición parlamentaria.

El partido italiano, que se ha adherido a la Tercera Internacional, tampoco está libre del kautskismo. Por lo que toca a sus jefes, muchos de ellos no enarbolan la bandera de la Internacional sino en razón de sus funciones y obligaciones, impuestas por el empujón de las masas. En 1914-1915 le fue mucho más fácil al partido socialista italiano que a los demás partidos europeos conservar una actitud de oposición en la cuestión de la guerra, puesto que Italia no intervino sino a los nueve meses de empezada y, además, porque su situación internacional había provocado la formación de un poderoso grupo burgués (los giolittistas, en el sentido lato del término) que permaneció hostil hasta el último momento de la entrada de Italia en el conflicto mundial. Estas circunstancias permitieron al partido italiano, sin que hubiera por ello profundas crisis interiores, rechazar los créditos de guerra y, de un modo general, quedar fuera del bloque intervencionista. Pero este hecho también generó un retraso en la depuración interna del partido. Y así es posible que, después de ingresar en la Tercera Internacional, el partido italiano siga tolerando en sus filas a Turati y sus adeptos. Este grupo, extremadamente numeroso – por desgracia no podemos dar cifras precisas acerca de su importancia numérica en la fracción parlamentaria italiana, en la prensa, en las organizaciones del partido y en las organizaciones profesionales – representa un oportunismo, sin duda menos pedante, menos dogmático, más declamatorio y lírico, pero que no por eso deja de ser un oportunismo de los más nefastos, un kautskismo romantizado.

Para excusar la actitud conciliadora frente a los grupos kautskistas, longuetistas, turattistas, se declara por lo general que en los países en cuestión la hora de la acción revolucionaria no ha sonado todavía. Pero esta es una manera totalmente falsa de plantear el problema. En efecto, nadie exige de los socialistas que aspiran al comunismo que fijen para una fecha inmediata el asalto revolucionario del poder. Pero lo que sí exige la Tercera Internacional a sus partidarios es que reconozcan, no de palabra, sino de hecho, que la humanidad civilizada ha entrado en un período revolucionario, que todos los países capitalistas van camino de inmensas conmociones y de la abierta guerra de clases, y que la misión de los representantes revolucionarios del proletariado consiste en preparar para esta guerra inevitable, muy próxima, el armamento ideológico necesario y las organizaciones que han de servir de puntos de apoyo.

Los internacionalistas que creen posible colaborar hoy todavía con Kautsky, Longuet, Turati, dirigir con ellos las masas obreras, renuncian de hecho a la preparación ideológica y organizativa de la sublevación revolucionaria del proletariado, lo mismo si esta sublevación ha de ser dentro de un año o un mes. Para que la sublevación de

las masas proletarias no se pierda en tardías búsquedas de un camino, de una dirección, es menester que vastos círculos de proletarios conozcan desde ahora en su totalidad las tareas que les corresponden y la absoluta oposición que existe entre estas tareas y las distintas formas de kautskismo y espíritu conciliador.

Un ala verdaderamente revolucionaria, es decir, comunista, debe oponerse ante las masas a todos los grupos híbridos y vacilantes de doctrinarios, abogados, tenores de la pasividad, fortificando sin descanso sus posiciones, ante todo ideológicas, además de los problemas de organización legal, semilegal o exclusivamente clandestina. La hora de la ruptura formal con los kautskistas reconocidos y disimulados, o la hora de su exclusión del partido obrero, debe estar naturalmente determinada por consideraciones de oportunidad en función de la situación; pero toda la política de los comunistas verdaderos debe tender hacia esta dirección.

Por eso me parece que este libro, si bien no llega a su debido tiempo, al menos, no ve la luz demasiado tarde – con gran pesar mío, desde luego-, ya que no desde el punto de vista del autor, al menos, desde el punto de vista comunista.

L. Trotsky,
17 de Junio de 1920.

NOTAS:

A la Presentación:

(1) Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. [Cfr. Lenin, *La rivoluzione proletaria e il rinnegato Kautsky*, in *Opere*, Ed. Riuniti, 1967, tomo 28, p. 258. En castellano, cfr.: *Contra el revisionismo (la revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Fundamentos, Madrid, 1975].

(2) Engels, *De la autoridad*. [Véase en italiano: Engels, *Dell'autorità*, in Marx-Engels, *Marxismo e anarchismo*, Ed. Riuniti, 1977, p. 83; en castellano se puede acceder a la traducción de <https://www.marxists.org/español/m-e/1870s/1873auto.htm/>].

(3) Este texto había sido escrito en 1979, y estaba aún viva la cuestión del golpe de Estado asestado en Chile por Pinochet. Pero, un ejemplo más contemporáneo tal como el golpe fallido en Venezuela de Abril de 2002, indica que la cuestión es fundamental ¡y siempre será de actualidad!

(4) Sobre el problema de la definición de la Rusia estaliniana (que Trotsky definirá como un «Estado obrero degenerado») y post-estaliniana, así como sobre muchas otras cuestiones más directamente políticas, por nuestra parte jamás hemos compartido las posiciones que luego tomaran Trotsky y, sobre todo, las diversas corrientes «trotskistas». Invitamos a leer, con respecto a la cuestión rusa, los textos de Amadeo Bordiga *Dialogato con Stalin* [v. *Dialogue avec Staline. Questions essentielles de theorie marxiste sur l'economie sovietique et sur pretendu socialisme en URSS*, Editions Programme, nº8] y *Rusia y revolución en la teoría marxista*, o el voluminoso trabajo *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi. Le grande questione storiche della rivoluzione in Russia. La Russia nella grande rivoluzione e nella societa' contemporanea.*, edizioni Il programma comunista, 1976. [Existe una traducción al castellano de la que no nos hacemos responsables y que también circula por interné, *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, «El Comunista», Madrid 1997].

(5) Ver en particular la serie de artículos y discursos de Lenin orientados a la cuestión de los sindicatos entre diciembre de 1920 y enero de 1921, en *Opere*, tomo 32.

Terrorismo y Comunismo:

Notas al prefacio de L. Trotsky:

(1) K. Kautsky, *Terrorismus und Kommunismus - Ein Beitrag zur Naturgeschichte der Revolution*, (*Terrorismo y comunismo: una contribución a la historia natural de la revolución*. Este libro apareció por primera vez en 1920 en traducción de J. Pérez Bances, en la editorial Biblioteca Nueva). Kautsky volverá a la carga con otro folleto intitulado *De la democracia a la esclavitud estatal*.

(2) Se trata de la organización Komsomol, fundada en 1918.

(3) CGT: Confederación General del Trabajo, sindicato obrero de la época, similar a la CGL italiana.

I. La correlación de fuerzas:

(4) Régimen del 3 de Junio de 1907. Esta ley sobre las elecciones a la Duma de Estado daba la preponderancia a los propietarios terratenientes y a la gran burguesía, privando de derechos electorales al grueso de la población. Coincide con una serie de medidas que marcaban la victoria definitiva de la reacción después de la revolución de 1905.

(5) Karl Kautsky, *Der Weg zur Macht*, Berlín, 1919, en castellano «La vía al poder».

II. La dictadura del proletariado:

(6) Cf Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, § VII p. 95 (a partir de aquí utilizaremos la compaginación de la traducción al español del señor Pérez Bances antes citada – junto a la de «*Terrorismo y Comunismo (El Anti-Kautsky)*» de L. Trotsky, trad. por Gabriel León Trilla –, Ed. Júcar, España, 1977).

(7) *Ibidem*.

(8) Se intuye fácilmente que Trotsky habla de la Comuna de París de 1871, primer ejemplo histórico de dictadura del proletariado (Marx).

(9) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VII e) Mitigación de las costumbres en el siglo XIX, p. 100.

(10) *Ibidem*, p. 98-99.

III. La democracia:

(11) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, op. cit., p. 143.

(12) *Ibidem*, p. 149.

(13) Ver también la obra de N. Bujarin: *De la dictadura del imperialismo a la dictadura del proletariado*, 1917.

(14) Ver a este propósito también Lenin, *La catástrofe inminente*, septiembre de 1917.

(15) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VI e) *el socialismo de la Comuna*, pp. 57-58.

(16) Cf. L. Trotsky, *De la Revolución de Octubre al Tratado de Paz Brest-Litovsk*.

(17) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VIII, p. 141.

IV. El terrorismo:

(18) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § I Revolución y Terrorismo, p.9.

(19) Cf. «*Le Socialdemocrate*» *Panorama político y literario trimestral*, Londres, 1890, Artículo sobre «*El Centenario de la Gran Revolución*», p. 6-7.

(20) Cf. Fletcher (Teniente coronel de la Infantería de la Guardia), *Historia de la guerra americana*, Londres, 1865-66, p. 96 y pp. 165-66.

(21) Cf. Fletcher, op. cit.

(22) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, § VII a) Bestialidad humana, pp.84 y siguientes.

(23) *Ibidem*, cit. § VII e) Mitigación de las costumbres en el siglo XIX, pp. 117

(24) *Ibidem*, § VIII b) Madurez del proletariado, pp. 140.

(25) *Ibidem*, § VIII d) La corrupción, pp. 137.

V. La Comuna de París y la Rusia de los Soviets:

(26) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VI *La segunda Comuna de París*, pp. 43-44.

(27) P.L. Lavrov, *La Comuna de París del 18 de Marzo de 1871*. Ed. de la Librería Goloss, Petrogrado, 1919, pp. 160

(28) No hemos encontrado la segunda parte de esta citación que Trotsky atribuye a Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, Bruselas, 1876 [Existe traducción española en H. Prosper-Olivier Lissagaray, *La comuna de París*, Txalaparta, 2004]. Los otros pasajes han sido cotejados de la edición original, respectivamente de pp. 70-71, 107 (cita de Clémenceau), y 238 (que Trotsky atribuye, por error sin duda, a Lavrov).

(29) Declaración del Comité Central de la Guardia Nacional del 19 de Marzo de 1871, publicada en del *Journal Officiel de la Commune*, 20 de Marzo de 1871. Igualmente hemos colacionado la fuente original con las citaciones hechas más abajo: sesiones de la Comuna del 30 de Abril y del 1º de Mayo. JO del 25 de Abril (declaración de Jourde).

(30) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VI, p. 56-57.

(31) *Ibidem*, § VI, p. 68.

(32) Cf. K. Marx, "Carta a Kugelmann", en Marx-Engels-Lenin, *La Comuna de París*, Editorial Revolución, 1980, pp. 107-109 [en italiano, *Lettere a Kugelmann*, Edizioni Rinascita, Roma 1950, p. 140].

(33) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* § VI, p. 68-69.

(34) *Ibidem*, 69-70.

(35) P.L. Lavrov, op. cit. *La Commune de Paris du 18 mars 1871*, p. 225

(36) Lissagaray, op. cit., pp.255-256.

(37) Cita del texto de Trotsky que traduce directamente del alemán. No la hemos encontrado en el texto de Kautsky en castellano.

(38) Esta cita ha sido traducida por el mismo Trotsky. La hecatombe de la cual habla el liberal Fiaux, también es comentada por Kautsky al final del cap. VI de su «*Terrorismo y Comunismo*»: «A la segunda Comuna los parisinos resistirán fiel y tenazmente, y la defenderán hasta lo último. Para vencerlos se debió ir al enfrentamiento calle a calle, que duró toda una semana. El número de víctimas, muertos, prisioneros, en fuga, que costó esta lucha suprema, llega a un total de 100.000 (a finales de 1871 se daba el número de 90.000), Bourguin, «*La Commune*», p. 183). Cf. K. Marx, *La Comuna de París* [v. Marx-Engels-Lenin, *La Comuna de París*, Editorial Revolución, 1980] y *La guerra civil en Francia*.

VI. Marxy... Kautsky:

(39) «Las masacres sin resultados desde las jornadas de junio y octubre, la fastidiosa fiesta expiatoria desde febrero y marzo, el canibalismo de la contra-revolución misma, convencerán a los pueblos que para abreviar, simplificar, concentrar la agonía asesina de la vieja sociedad y los sufrimientos sangrientos de el nacimiento de la nueva, no existe más que un medio: el terrorismo revolucionario» (Marx, «Victoria de la contra-revolución en Viena», *La Nueva Gazeta Renana*, n° 136, 7 de Noviembre de 1848).

(40) Cf. K. Marx, *La guerra civil en Francia, Mensaje al Consejo general de la Asociación Internacional de los trabajadores*, Londres, 30 de Marzo de 1871.

(41) K. Marx, *La Comuna de París, La guerra civil en Francia*, p. 133.

(42) *Ibidem*, p. 134.

(43) *Ibidem*, p. 136.

(44) *Ibidem*, p. 136.

(45) *Ibidem*, p. 136-137.

(46) *Ibidem*, p. 143.

(47) *Ibidem*, p. 155.

(48) *Ibidem*, p. 156-157.

(49) *Ibidem*, p. 138.

(50) *Ibidem*.

VII. La clase obrera y su política soviética:

(51) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo*, cit. p. 117.

(52) Cf. K. Kautsky, cit. p. 115.

(53) Cf. K. Kautsky, cit. p. 113.

(54) Cf. K. Kautsky, cit. p. 64.

(55) Cf. K. Marx - F. Engels «Manifiesto del Partido Comunista», § Proletarios y comunistas.

(56) Sobre la cuestión del rol y función de los sindicatos obreros bajo la dictadura proletaria, ver las posición de Lenin en 1921 frente a la crisis que había abierto al interior del partido bolchevique. Por ejemplo, en el artículo «Una vez más acerca de los sindicatos, la situación actual y los errores de Trotsky y Bujarin» del 25 de Enero de 1921, respecto a las divergencias surgidas en torno a la lucha «para que lo inútil y dañino de los excesos de burocratismo y el abuso de las designaciones no sean defendidos, ni justificados, sino corregidos», Lenin afirma (igualmente en contraposición de Bujarin, el cual sostenía que los sindicatos, bajo la dictadura proletaria, eran «por una parte, escuela de comunismo, por otra, aparato técnico-administrativo de gestión de la producción»), que «Él – Trotsky – no ha comprendido que los sindicatos deben y pueden ser considerado como una escuela, tanto delante del problema del ‘tradeunionismo soviético’, como cuando se habla de la propaganda de producción en general, tanto cuando se pone, como hace Trotsky, el problema de la ‘simbiosis’, de la participación de los sindicatos a la dirección de la producción. Y en este último problema, tal como es planteado en todo el folleto-plataforma de Trotsky, el error consiste en no comprender que los sindicatos son una escuela de dirección técnico-administrativa de la producción. No es ‘de una parte escuela, y de otra, algo completamente diferente’, sino bajo todos los aspecto, en el actual debate, del problema tal como lo plantea Trotsky, los sindicatos son una escuela, una escuela de unión, una escuela de solidaridad, una escuela de defensa de los propios intereses, una escuela de gestión económica, una escuela de administración. En lugar de comprender y corregir este error fundamental del camarada Trotsky, el camarada Bujarin nos ha dado una ridícula corrección: ‘de una parte y de otra’». O todavía, reforzando el aspecto dialéctico de la relación entre los sindicatos y el poder proletario: «El Estado es el campo de las constricciones. Sería una locura renunciar a la constricción sobre todo en la época de la dictadura del proletariado. Los ‘sistemas administrativos’ y la implantación administrativa son obligatorios. El partido es la vanguardia del proletariado que gobierna directamente, es la guía. La expulsión del partido, y no la constricción, es el medio específico de acción sobre la vanguardia, el medio para depurarla y templarla. Los sindicatos son la reserva del poder estatal, una escuela de comunismo, una escuela de gestión económica. En este campo el elemento específico y principal no es la gestión sino el ‘vínculo’ entre ‘la dirección centralizada’ (y también local, naturalmente) ‘del Estado, la economía nacional y las amplias masas laboriosas’» (Obras Completas, v. 32).

(57) Cf. K. Kautsky, cit. p. 143.

(58) Cf. K. Kautsky, cit. p. 63.

(59) Cf. K. Kautsky, *Terrorismo y Comunismo* §, p.126.

(60) Cf. K. Kautsky, cit. p. 126.

(61) Cf. K. Kautsky, cit. p. 41.

(62) Trotsky cita a Kautsky desde el original alemán. Dicha cita no la hemos encontrado en el texto de Kautsky en castellano.

VIII. Las cuestiones de organización del trabajo:

(63) Alusión al sistema introducido bajo Nicolás I por el ministro de la guerra Aracheiev, en el cual la unidad militar reunía el servicio militar propiamente dicho y el servicio «económico» del Estado. La introducción de este sistema provocó la desorganización de la agricultura y numerosas revueltas campesinas y deserciones masivas, seguidas de severas represiones.

IX. Karl Kautsky, su escuela y su libro...:

(66) Cf. *Abeiterzeitung*, n° 197, 1° de junio de 1917.

(65) Trotsky se refiere sarcásticamente a los cuatro años de la toma del poder político por parte del proletariado y de la instauración de la dictadura de clase, años de lucha extremadamente dura no sólo contra los estragos de la guerra y la carestía, sino también contra el cerco que sufría la Rusia revolucionaria por parte de todos los países capitalistas más importantes; años de guerra civil, de guerra del ejército rojo contra los ejércitos blancos organizados, apertrechados y apoyados no sólo, y no tanto, por los aristócratas ligados al zar, los burgueses ligados a la Entente, sino sobre todo por los Estados imperialistas de la Entente. Cosas de poca importancia para el jurisconsulto Max Adler.

(66) Siempre de *Abeiterzeitung*, n° 197, 1° de junio de 1917.

ÍNDICE

ESTA EDICIÓN	4
PREMISA	5
PRESENTACIÓN	7
PREFACIO de León Trotsky	10
CAPÍTULO I.—La correlación de fuerzas	13
CAPÍTULO II.—La dictadura del proletariado	16
CAPÍTULO III.—Democracia	19
<i>O democracia o guerra civil</i>	19
<i>La degeneración imperialista de la democracia</i>	20
<i>Metafísica de la democracia</i>	22
<i>La Asamblea Constituyente</i>	24
CAPÍTULO IV.—El terrorismo	27
<i>La libertad de prensa</i>	31
<i>La influencia de la guerra</i>	33
CAPÍTULO V.—La Comuna de París y la Rusia de los Soviets	35
<i>La falta de preparación de los partidos socialistas de la Comuna</i>	35
<i>La Comuna de París y el terrorismo</i>	36
<i>El Comité Central absoluto y la Comuna «democrática»</i>	38
<i>La Comuna democrática y la dictadura revolucionaria</i>	39
<i>El obrero parisino de 1871. El proletariado petersburgués de 1917</i>	41
CAPÍTULO VI.—Marx y ... Kautsky	43
CAPÍTULO VII.—La clase obrera y su política soviética	47
<i>El proletariado ruso</i>	47
<i>Los soviets, los sindicatos y el partido</i>	49
<i>La política con respecto al campesinado</i>	52
<i>El poder soviético y los especialistas</i>	54
<i>La política internacional del poder soviético</i>	56
CAPÍTULO VIII.—Las cuestiones de organización del trabajo	59
<i>El poder soviético y la industria</i>	59
<i>Informe sobre la organización del trabajo</i>	60
<i>El trabajo obligatorio</i>	61
<i>La militarización del trabajo</i>	62
<i>Los ejércitos del trabajo</i>	67
<i>El plan económico único</i>	69
<i>Dirección colectiva y dirección unipersonal</i>	71
<i>Conclusión del informe</i>	73
CAPÍTULO IX.—Karl Kautsky, su escuela y su libro	77
A MANERA DE EPÍLOGO	81
NOTAS	83

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales

con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y antigna la previsión de la concentración y de la disposición antagonica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñoburguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

(De esta edición)

En Junio de 1920 salía publicado este texto, titulado *Terrorismo y Comunismo*, uno de los más eficaces y tajantes de Trotsky. Fue entonces cuando la Internacional Comunista se encargó de su edición en diversas lenguas: rusa, francesa, alemana, inglesa, etc. Con la victoria de la contrarrevolución estaliniana y con la victoria de la democracia burguesa sobre el comunismo, este texto ha logrado convertirse en uno de los más indigestos que pudieran existir para todos aquellos – empezando por los propios trotskistas – que conciliaron con toda la ideología y la praxis de la democracia, del antifascismo democrático, de los frentes populares, del parlamentarismo y el electoralismo, del pacifismo.

En 1980, nuestro partido de ayer, a través de su casa editora, Editions Prométhée, de París, volvía a publicar este texto sobre la base de la traducción francesa de las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920, confrontándolo con el texto ruso contenido en *Sotchinenyia*, Moscú, Ediciones del Estado, 1925. Luego ha sido publicado por entregas, esta vez en lengua italiana, desde septiembre de 1995, en nuestro órgano «*Il comunista*» (n° 46 -47) hasta febrero de 2003 (n° 83), y después, en 2010, gracias a una importante colaboración de nuestros lectores, fue publicado en un solo volumen.

En esta ocasión, ponemos esta importante obra – esta vez en lengua castellana – a la disposición de todos aquellos militantes, simpatizantes, o simples lectores, que siguen nuestra actividad y leen nuestra prensa . Esta edición ha sido cuidada y revisada, teniendo por base y comparación tanto la traducción italiana, como la traducción francesa publicadas por las Ediciones de la Internacional Comunista en 1920.